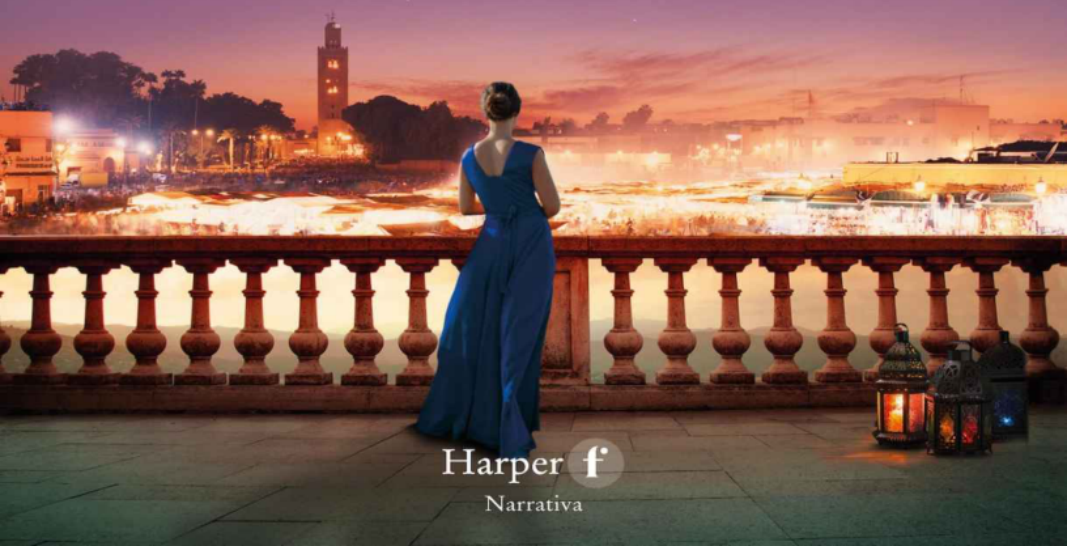
AUTORA SUPERVENTAS INTERNACIONAL

DINAH JEFFERIES

Tren nocturno a Marrakech

EL PASADO SE ESCONDE EN LAS SOMBRAS



Harper f
Narrativa

DINAH

JEFFERIES

Tren nocturno a Marrakech

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Tren nocturno a Marrakech
Título original: Night Train to Marrakech
© Dinah Jefferies 2023
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
© De la traducción del inglés, Sonia Figueroa

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Ellie Game/HarperCollinsPublishers Ltd
Imágenes de cubierta: © Silas Manhood/Trevillion Images (balcón), © Nikaa/Trevillion Images (mujer), Gary Yeowell/Getty Images (fondo Marruecos) and Shutterstock.com (linternas)

I.S.B.N.: 9788418976643

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Nota de la autora
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Para Caroline Hardman

Prólogo

El tren nocturno ganó velocidad, chirriante y traqueteante; la muchacha, sintiéndose a las puertas de una vida nueva, contuvo el aliento. Anhelante, esperanzada. No había vuelta atrás. El chacachá, chacachá, chacachá de las ruedas en los raíles resonaba en su cabeza con un ritmo pulsante, un ritmo que fue expandiéndose a su alrededor hasta que dejó de ser algo externo y pasó a estar también en su interior.

Todo dependía de aquel viaje, de aquel sueño repleto de esperanza; y, sin embargo, ahora que se encontraba allí, ahora que se había puesto por fin en marcha, todo le resultaba de lo más extraño. El compartimento, que en un principio olía a canela y menta, empezaba a apestar a sudor, aceite y algo en putrefacción. El chirrido y el traqueteo no hacían sino acrecentarse mientras el tren cortaba la noche como un rayo. Surcando a toda velocidad la negrura, cubriéndose los oídos con las manos, habría querido poder silenciar aquel estrépito, pero el ruido se intensificaba conforme iban más y más rápido, su hamaca se bamboleaba con cada sacudida del vagón. Se sujetó como buenamente pudo, pero, en medio de aquel calor asfixiante, el vulpino chillido de un silbato terminó por despertar sus miedos.

El aire sofocante se volvió un poco más salado.

Se le constriñó la garganta.

Los recuerdos inundaron su mente mientras el pulsante pasado reflejaba el rítmico golpeteo del tren, martilleándole la cabeza sin parar: pum, pum, pum. Desearía poder dormir para que fueran pasando las horas, pero tenía la piel en llamas. Se centró en escuchar la respiración de los pasajeros que dormían a su alrededor para intentar calmar la mente, pero, cuando se sumía en momentos de olvido, la despertaban sueños donde hambrientas criaturas se debatían en jaulas… Y también los pensamientos. Dios, los pensamientos que era incapaz de reprimir por mucho que lo intentara.

Transcurrieron horas, horas y más horas en las que su mente fue nublándose y sumiéndose en la oscuridad, hasta que el chillido de los

frenos indicó que había un final a la vista. ¡Gracias a Dios! Y, cuando el tren entró en la estación de Marrakech, el alivio la inundó y tomó las riendas de sus emociones mientras sentía el escozor de las lágrimas en los párpados. Porque estaba encaminándose en la dirección que realmente deseaba, ¿verdad?

1

Clemence

Kasbah du Paradis, Marruecos, julio de 1966

De vez en cuando, aún había gente que huía rumbo a las montañas y se esfumaba sin dejar rastro, al igual que en otras épocas había quien desaparecía en las mazmorras de los señores de la guerra; sin embargo, en el supuesto caso de que hubiera almas en pena deambulando por allí, Clemence Petier no las había visto jamás. En aquel lugar de belleza infinita, había hallado una especie de paz.

Miró por la ventana abierta de su dormitorio con la esperanza de alcanzar a ver el cambio de luz; sus rituales diarios la mantenían estable y centrada, viviendo en el presente. Y, mientras veía cómo iba alzándose el sol en el cielo, la niebla fue disipándose, las montañas empezaron a brillar y la gloriosa fragancia de las plantas silvestres inundó el ambiente.

Un día perfecto.

La casba se alzaba entre las cumbres de las montañas del Atlas, y en otros tiempos había sido una fortaleza construida para soportar ataques. Estaba abandonada y olvidada cuando ella la había encontrado, pero ahora la hacía sentir a salvo. Adoraba la luz radiante, las sombras de un intenso tono azul, las titilantes estrellas por la noche, la nieve cegadoramente blanca del invierno.

Clemence se puso la bata de color turquesa, ató los lazos y, tal y como hacía todas las mañanas, salió de la casa principal y se dirigió a la construcción anexa.

Mientras cruzaba la terraza, tan solo se detuvo para deslizar los dedos por las aterciopeladas rosas trepadoras. Muy abiertas, de color carmesí y a punto de marchitarse, sus pétalos cayeron al tocarlos. «Como sangre», pensó para sus adentros, y permaneció allí por un instante antes de echar a andar de nuevo. Abrió la puerta del anexo con la llave, descorrió los cerrojos y entró.

A primera vista, todo parecía tan idílico como la terraza del

exterior, pero había algo que no cuadraba.

Unos pájaros trinaban a pleno pulmón al otro lado de una ventana abierta que daba a un patio privado con acceso a las montañas que se alzaban más allá, y dos pequeñas mariposas cobrizas danzaban bajo la luz del sol. Pero ni la ventana tendría que estar abierta ni la habitación debería estar desierta. Clemence miró alrededor y vio la bandeja con el desayuno intacto (el café francés enfriándose, las dos rebanadas tostadas de una *baguette* recién hecha, la mantequilla derritiéndose bajo el sol de primera hora de la mañana) y la bata blanca que había quedado tirada con dejadez sobre la alfombra.

—*Touche du bois*… —murmuró, mientras alargaba la mano para tocar el brazo de lustrosa madera de una silla. «Toca madera».

Fue corriendo al cuarto de baño. Ella no estaba allí, pero uno de los grifos estaba abierto y lo cerró antes de dirigirse a toda prisa a la sala de estar. Nada, ni rastro.

—¡Madeleine! —La llamó en voz alta, consciente de que le temblaba la voz. Pero la única respuesta que se oyó fue el canto de los pájaros.

Y fue entonces, en ese preciso momento, cuando sintió el pánico. Madeleine había huido.

El distante pasado afloró de nuevo y se le secó la boca, el miedo de antaño aleteó como si fuera una de las mariposas. Salió a la carrera y llamó a gritos a Ahmed, su joven asistente, la persona en la que más confiaba en el mundo.

—¡Ayúdame!, ¡se ha ido! —le pidió mientras le veía acercarse.

Extendió las manos y el joven las envolvió por unos momentos en las suyas, mucho más grandes y fuertes.

—No puede estar muy lejos, *madame*. Hace media hora escasa que traje el desayuno, y ella estaba aquí. ¿Se lo ha comido?

Clemence negó con la cabeza.

—Se habrá ido hace media hora como mucho —añadió él con voz serena, mientras salían de la terraza.

—¿Has abierto tú la ventana?

—Perdón, se ha quejado de que hacía mucho calor.

Clemence sintió que se le caía el alma a los pies.

—Tenemos que mantenerla dentro, no puede estar fuera ella sola. Nunca, jamás. Creía que te lo había explicado.

—La ventana estaba tan rígida que no imaginé que tuviera fuerza suficiente para abrirla del todo —alegó él.

—Voy a tener que instalar barrotes. O una celosía de hierro, al menos quedaría más estética. Si es que la encontramos…

—La encontraremos.

Pero Clemence no estaba tan segura, Madeleine podía ser bastante astuta.

—Ahmed, a ver si la ves mientras bajas por el camino. Ve a buscar a

mi nieta con la motocicleta, el todoterreno podría hacerme falta para buscar a Madeleine.

No sabía si su nieta se quejaría por tener que ir de paquete en una moto durante el largo trayecto desde la estación de tren de Marrakech hasta la casba, pero en ese momento no había tiempo para preocuparse por eso.

Le dio la espalda a Ahmed y se dispuso a buscar por todo el complejo. Quedaban pocos muros perimetrales en pie y su casba se encontraba a la altura de los últimos árboles; por encima no crecía apenas vegetación, las rocosas caras de la montaña quedaban desnudas.

Pero la cosa era muy distinta al mirar hacia abajo. Bajabas la vista y encontrabas un paisaje verde, exuberante. Y al fondo se acurrucaba un pueblecito, Imlil, con bancales escalonados en las laderas donde se cultivaba durante todo el año gracias al abastecimiento de agua del río. Desde el elevado punto con vistas privilegiadas donde ella se encontraba, alcanzaba a ver los bosques de nogales y pinos donde recogía piñas para el fuego; más abajo se extendían las tierras de cultivo donde los lugareños cultivaban hortalizas, patatas y cebollas, además de alfalfa para alimentar a las vacas; y más abajo aún estaban los árboles frutales: ciruelos, higueras, almendros, albaricoqueros. Pero era imposible que Madeleine se hubiera alejado tanto yendo a pie.

El aire que bajaba de la cima de la montaña era liviano y puro, y la fría caricia en la piel le hizo alzar la mirada hacia las rocosas laderas. ¿Dónde se habría metido Madeleine?

—Y en camisón —murmuró—. *Pour l'amour de Dieu!*

En los últimos meses, cuidar de Madeleine había sido un desasosiego constante. Y, por si fuera poco, aquello tenía que pasar justo antes de la llegada de su nieta, una llegada que ya le causaba preocupación suficiente de por sí. ¿Había sido una necedad por su parte permitir que aquella muchacha, una completa desconocida, fuera a visitarla? Aunque la muchacha en cuestión no le había dejado mucha opción, la verdad.

Cruzó la pérgola revestida de buganvillas, miró por detrás del seto de romero, revisó entre las palmeras y regresó al patio privado, donde blancas nubes de aromático jazmín salpicaban los muros. Nada, ni rastro de Madeleine. Fue corriendo a echar un vistazo al escarpado camino descendente que Ahmed había tomado y que conducía al lugar donde ella tenía su todoterreno Hotchkiss de 1950, cerca de Imlil. «Por favor, por favor, que la encontremos pronto…». El calor podía ser muy cruel —mucho, muchísimo—, sobre todo si no se conocía el terreno; cuanto más tiempo pasara Madeleine allí fuera, más peligro corría.

Cuarenta minutos después, seguía sin aparecer. A esas alturas, Ahmed ya debía de haber alertado a la gente del pueblo al pasar por allí de camino a Marrakech, y cabía esperar que la ayudaran a buscar. Estaba revisando de nuevo hasta el último rincón del edificio cuando oyó a Nadia, la hermana de Ahmed, llamando también a Madeleine con voz aguda y llena de apremio. Se frotó la frente y respiró hondo varias veces para intentar calmarse, pero su miedo se había disparado.

Oyó de repente que aporreaban la puerta principal de la casba y echó a correr hacia allí por el pasillo, abrió de golpe y vio a Madeleine en el escalón de entrada. El camisón que llevaba puesto estaba sucio, la suciedad había teñido de gris su pelo grisáceo, tenía el rostro surcado de lágrimas y la piel cubierta de polvo. Se la veía totalmente exhausta. Estaba acompañada de un hombre que la sostenía para mantenerla en pie, pero ella apenas le dedicó una mirada mientras atraía a su madre hacia sí.

—Ay, ¡gracias a Dios! —susurró, con voz trémula por el alivio, mientras la abrazaba con fuerza.

—Pobrecilla, los años no pasan en balde —dijo el hombre—. La he encontrado arrastrándose a cuatro patas cerca de uno de los senderos del pueblo.

Su voz le resultó familiar de inmediato, la habría reconocido donde fuera. Pero, no, no podía ser… Incrédula, sin poder creerlo y con un nudo de miedo formándose ya en su estómago, se obligó a sí misma a alzar la mirada. Fue como si una amarga racha de viento la atravesara y, a pesar del calor, sintió un frío gélido. Él iba vestido con unos elegantes pantalones grises y una impecable camisa azul de lino. Era un hombre que no tenía nada especial, podría tratarse de un europeo como cualquier otro. Pero ella sabía que la realidad era muy distinta.

—Se la ve muy frágil y hablaba sin sentido, he… —Él se calló de golpe y se quedó mirándola en silencio.

Clemence sintió un nervio pulsándole en la sien y luchó por reprimir el impulso de salir huyendo.

—¿Adèle? ¿Adèle Garnier? —añadió, claramente sorprendido—. ¿Eres tú?

Hacía cincuenta años que nadie la llamaba así, se planteó negarlo. Creía que no volvería a ver jamás el rostro de aquel hombre, había albergado esa esperanza, pero hételo allí. Asintió sin decir palabra y, tras limpiar la cara surcada de lágrimas de la anciana con las yemas de los dedos, dijo con voz baja y suave:

—Venga, vamos a limpiarte. —Al ver que el hombre fruncía el ceño, esperando sin duda algo más de ella, mantuvo bien sujeta a su madre y añadió—: Lo siento, pero tengo que irme. En la actualidad utilizo mi segundo nombre, Clemence, y soy *madame* Petier. Gracias por traerla de vuelta, *monsieur* Callier.

—Patrice. —La corrigió como si se hubiera sentido ofendido, se secó el sudor de la frente con los dedos—. Si no es mucha molestia, ¿podría pedir un vaso de algo frío?

—Por supuesto que sí. Nadia lo traerá.

La aludida, que estaba parada a un lado observando la escena, inclinó la cabeza. Clemence se apresuró a conducir a su madre al anexo, se aseguró con rapidez de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas y, con manos trémulas, la ayudó a tomar unos sorbitos de agua. ¿Cómo era posible que Patrice Callier todavía fuera capaz de darle escalofríos?

Cerró los postigos, sacó un camisón limpio, le lavó el pelo a su madre y la sentó en el retrete, y entonces la acostó. Dócil y exhausta tras su aventura, la mujer de noventa y dos años obedeció sin rechistar.

Clemence entrelazó las manos con fuerza, hincándose las uñas en la carne. ¿Qué estaría haciendo Patrice allí? Ella le había dejado bien atrás, junto con el resto de su pasado. Respiró hondo varias veces para tranquilizarse con la esperanza de que él ya se hubiera marchado, dejó pasar el máximo tiempo posible antes de salir de nuevo. Su propia deshonra había sido su perdición años atrás y no podía dejarla reemerger en ese momento. No sabía si Patrice Callier se habría marchado ya, pero, en cualquier caso, lo único que importaba realmente era hasta qué punto estaría enterado él de lo ocurrido.

2

Vicky

Estación de tren de Marrakech

Vicky Baudin se puso la mano a modo de visera para protegerse de la cegadora luz blanca del sol que bañaba la estación. Después de mirar a izquierda y derecha, volvió la vista al frente y contempló la caótica escena: burros cargados con alforjas, bicicletas y motos, grupitos de ancianos que fumaban y chismorreaban. Nadie con pinta de poder ser su abuela. Su *grand-père* Jacques, un hombre taciturno entrado en años que llevaba una vida tranquila en su pueblecito de Francia, le había facilitado a regañadientes el nombre de la mujer y un apartado postal. Pero se había negado a darle una descripción, alegando que hacía más de cincuenta años que no veía a Clemence. Cuando ella le había pedido con insistencia más explicaciones, él se había cerrado en banda.

Miró la hora en su reloj. El tren había llegado puntual.

—Mierda, qué desastre —murmuró—. ¿Y ahora qué?

Aunque todavía era temprano y no hacía un calor asfixiante, le hormigueaba la piel. Todo cuanto la rodeaba era muy distinto a su pueblo natal; el aire era más caliente, el cielo más brillante, los paisajes más secos. Después de las preciosas construcciones de piedra de Tánger, esperaba algo más romántico, pero Marrakech le parecía un lugar deslucido y deprimente. El suelo estaba lleno de porquería, las ventanas del edificio de la estación tenían la pintura descascarillada. Pero por lo menos había terminado ya el trayecto en tren, algo era algo.

Las voces se arremolinaban y ascendían. Eran voces alarmantes, como si todas las vocales cortas se hubieran esfumado del mundo; aun así, en medio de aquellos cúmulos de consonantes que tan extraños le sonaban, detectó alguna que otra palabra en francés: *dommage, jour, demain*.

Aunque daba por hecho que el árabe marroquí debía de ser el

idioma dominante, se sintió afortunada al ver que todavía se hablaba algo de francés; según su abuelo, el país había sido un protectorado francés en otros tiempos y había sido una década atrás cuando se había conseguido la independencia completa. La cuestión era que ella podría entender alguna que otra cosa, comunicarse un poco… o lo suficiente para comprar una *baguette* o un cruasán, al menos.

Miró alrededor, absorbiéndolo todo. Le costaba creer que estuviera allí por fin. Cuando a su abuelo se le había escapado decir que todavía tenía una abuela con vida, la sorpresa había sido mayúscula. Nunca se había mencionado ni por asomo la identidad de la madre de su difunto padre y, cuando su abuelo había mencionado que aquella abuela misteriosa a la que hacía mucho que daba por perdida vivía en Marruecos, había parecido cosa del destino. Porque Marruecos era también la ciudad favorita de Yves Saint Laurent, y Vicky no podía llegar a explicar cuánto significaba ese diseñador para ella. Después del dolor y las vicisitudes del año previo, había tenido la súbita certeza de que viajar a Marrakech para buscarlos a ambos podría ser la respuesta a todos sus problemas. Podría servir para que volviera a creer en sí misma, para dejar atrás el dolor provocado por el cruel rechazo que había recibido por parte de su novio y, quién sabe, puede que incluso encontrara por fin la respuesta a los misterios que su familia había estado ocultándole durante toda la vida.

Se dio cuenta de que unas mujeres vestidas de negro la miraban con asombro y sintió que se le encendían las mejillas. Alzó la barbilla e intentó mantenerse indiferente mientras, con disimulo, tironeaba del bajo de su vestidito, uno corto de un vistoso color amarillo con un estampado de grandes amapolas rosadas. La prenda no ocultaba en absoluto sus voluptuosas curvas, y se dio cuenta (demasiado tarde) de que eso no era apropiado en Marrakech. En el tren se había tapado con una manta fina, pero ahora miró alrededor para ver si había algún lavabo público donde poder ponerse al menos unos pantalones y una camiseta de manga larga. No vio ninguno. Una de las mujeres se le acercó un poco y, después de soltar un extraño sonido similar al bufido de un gato, se alejó de nuevo. Vicky retrocedió ligeramente, un poco acobardada; hasta el momento, la cosa no empezaba con buen pie.

«No tengo miedo». «No, ¡no tengo ningún miedo!». Se repitió a sí misma aquellas palabras mientras reprimía las lágrimas que amenazaban con brotar. Se preciaba de ser una persona que siempre se mostraba fuerte ante cualquier provocación, al margen de lo que estuviera sintiendo por dentro. Cuando sus compañeros de colegio se habían burlado de ella por el tema de su padre, no había perdido los estribos; cuando su madre se había negado a hablarle de él una vez más, no había llorado; cuando Russell, su novio, había insultado sus

sueños con crueldad, no había derramado ni una lágrima. Bueno, esto último no era del todo cierto, pero por supuestísimo que no iba a romper en llanto en esa estación de tren.

Echó a andar con paso firme, envalentonada. Vio lo que parecía ser una parada de taxis, pero no había ninguno aguardando pasajeros. No sabía si su abuela vivía a mucha distancia de allí, ¿le saldría muy caro que un taxi la llevara a la casba? Se sacó del bolsillo la postal que Clemence le había mandado después de que contactara con ella a través del apartado postal; *Kasbah du Paradis*… No constaba dirección alguna, solo eso y unas cuantas palabras.

Finalmente, vio a un vigilante y le mostró la postal. Él indicó que se limitara a meter su maleta en uno de los carros tirados por burros, pero ella negó con la cabeza y, cada vez más acalorada y sudorosa, se sentó en una tapia baja y se dispuso a esperar; con un poco de suerte, su abuela aparecería pronto.

Una motocicleta monstruosa hizo acto de aparición después de lo que le parecieron horas, pitando a diestra y siniestra. El conductor —un hombre joven y bronceado de semblante serio que llevaba puesta una bandana azul— alzó una cartulina donde habían escrito a mano BAUDIN. Exhaló un gran suspiro de alivio y se dirigió hacia él a toda prisa.

—Ahmed Hassan, perdón por llegar tarde —la saludó, antes de estrecharle la mano.

—No pasa nada, lo importante es que estás aquí. —Vicky le pasó la maleta.

Él la ató a la parte posterior de la moto, y entonces se quitó la enorme bufanda negra y blanca que llevaba puesta y se la entregó.

—Cúbrase la boca y la nariz, póngasela alrededor de la cabeza. —Una vez que estuvo bien sentado, la invitó a que se acomodara detrás.

Vicky montó de paquete sin pensárselo dos veces, con una gran sonrisa en la cara y la bufanda firmemente atada a la nuca. ¡Su aventura estaba comenzando por fin!

Ahmed arrancó la moto y salió disparado de la estación, rodeó una rotonda y enfiló por una avenida de jacarandás. Ella se sentía ligera como un pájaro, ¡estaba en Marrakech! Sí, realmente estaba allí, y montada en una moto con un completo desconocido. ¿Qué diría su madre? Soltó un gran grito triunfal y se sujetó con fuerza.

3

Vicky

—Mire, ahí abajo está el valle del Ourika —indicó Ahmed, tras detener la moto por un momento.

Vicky contempló el valle fluvial bañado por el sol que se extendía al fondo, y vio varios pueblecitos de un oscuro tono rosado rodeados de árboles frutales.

—Es precioso —susurró.

Ahmed asintió.

Conforme la moto iba ascendiendo gradualmente, un fulgurante paisaje de laderas de terracota y agrestes montañas veteadas por el sol fue abriéndose ante ellos. En la distancia, blanqueadas por el sol abrasador, se volvían de color ceniza. En una de las cerradas curvas que abundaban en aquellos caminos de montaña sin asfaltar y llenos de baches, Ahmed le ofreció sus disculpas y le pidió que se agarrara con fuerza. Habían quedado atascados en un hoyo y las ruedas alzaban rosadas nubes de tierra que se arremolinaban en el aire. Vicky se frotó los párpados con los dedos para intentar aliviar el escozor, la bufanda no le cubría los ojos.

Ahmed no tardó en liberar la motocicleta, y prosiguieron camino arriba hasta que volvió a detenerse. Le indicó que a partir de allí iban a continuar a pie y, empujando la moto, la condujo por el laberíntico entramado de empinadas e irregulares callejuelas de un pueblecito bereber.

—Un atajo —explicó en un momento dado. Poco después, se detuvo al inicio de un tosco camino ribeteado de flores y le indicó con un ademán de la mano que lo precediera—. Lo siento, ahora toca subir hasta la casba. —Guardó la moto en un cobertizo que cerró con llave, y le quitó la maleta de la mano con un diestro movimiento—. Muy ligera —comentó, balanceándola al caminar.

—Cuento con que la ropa sea más barata aquí —afirmó ella, antes de devolverle la bufanda que le había prestado.

Subieron por el tosco camino hasta llegar a un edificio bajo de color

rosado que reposaba sobre un pequeño altiplano.

—*Voilà! Kasbah du Paradis de la montagne* —anunció él, indicando las cumbres con una floritura de la mano—. ¡Nuestra puerta de entrada a las nevadas montañas del Atlas!

Vicky contempló el paisaje que la rodeaba; sí, era sin duda un verdadero paraíso.

—La llevaré a ver las gacelas, si quiere —añadió él.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

Ahmed se echó a reír al verla tan entusiasmada.

—¡No! La mejor hora para ver el Atlas es el anochecer. No estamos en temporada de nieves, lo siento.

Vicky solo le había visto con semblante serio hasta el momento, pero parecía distinto desde que habían llegado a la casba y sus ojos marrones se suavizaron mientras la conducía hacia el edificio. Ella alzó la mirada al cielo, saboreando la calidez del sol en la piel y sintiendo que la tensión iba abandonando su cuerpo, y vio un pájaro enorme que se precipitaba hacia su presa.

—Qué pasada, ¡esto es espectacular! —exclamó, impactada.

—Águila real —dijo él, con una sonrisa que dejó al descubierto una preciosa dentadura blanca—. La casba ha sido restaurada usando el método tradicional bereber, con muros de tierra apisonada. *Pisé*, así se llama aquí. —Se volvió de nuevo hacia el edificio.

Vicky giró sobre sí misma, extendiendo ampliamente los brazos e inhalando aquel efervescente aire de montaña preñado del revitalizante olor a romero y menta. La casba estaba conformada por distintas partes interconectadas y encajaba perfectamente en aquel entorno, parecía sacada de la Edad Media. Se extendía de tal forma que parecía casi una serie de viviendas separadas o un pueblecito unido por pasillos o pasadizos exteriores. Y seguro que también los había interiores. No se parecía en nada al *château* francés de su padrastro, el lugar donde ella se había criado desde los siete años junto a su madre, Élise. Y tampoco se parecía a la enorme mansión cercana al hogar de su tía Florence y su tío Jack, una casa situada en Devon donde había pasado las vacaciones del cole jugando con su prima Beatrice. Aunque se había criado en la francesa región del Dordoña, había completado los estudios en una escuela superior de arte de Londres, y huelga decir que dicho entorno tampoco se parecía en nada a lo que la rodeaba en ese momento.

Ahmed la condujo por una larga terraza donde, bajo una marquesina de color azul cobalto, un diván recubierto de un vívido y rutilante tono naranja resplandecía contra el intenso rosa de la casba. Los colores eran impactantes. Más allá, una enorme mesa de madera con sillas a juego reposaba bajo una segunda marquesina idéntica.

—A *madame* le gusta sentarse aquí fuera, por las vistas —dijo él,

antes de abrir una maciza puerta lateral de madera.

La condujo por un largo y fresco pasillo hasta llegar a una gran sala con una chimenea y ventanas con vistas a las rojizas montañas. El suelo de piedra estaba cubierto de alfombras, había cuadros colgados por todas partes y las paredes de pálida terracota tenían un lustroso brillo. Vicky sonrió con deleite, cautivada.

—*Tadelakt.* —La voz de Ahmed la arrancó de sus pensamientos—. El revestimiento de las paredes. Enlucido de cal con un pigmento de color añadido, rematado con jabón negro de oliva. Sacado de estas montañas. Es impermeable y los bereberes lo usaban para sellar cisternas que contenían agua potable, pero ahora está en todas partes. Precioso, ¿verdad?

Sí, sí que lo era, pero Vicky se había girado y acababa de ver a una mujer bastante alta que había entrado en la sala sin hacer apenas ruido y se había quedado parada en el umbral, como intentando recobrar el aliento.

—Ah, ¡ya has llegado! —La desconocida dijo aquello con serenidad mientras la miraba de arriba abajo con expresión inescrutable—. He tenido una mañana bastante ajetreada y no me había dado cuenta, pero ya veo que Ahmed te está enseñando el lugar.

Su semblante, poco menos que adusto, no casaba con el sonido melódico y suave de su voz; aunque estaba sonriendo, había algo ligeramente discordante…, una especie de cautela, quizá, como si estuviera esforzándose mucho por controlarse. Vicky se sintió tan impactada en un primer momento que se quedó sin palabras, aquella mujer distaba mucho de parecerse a las abuelas que conocía. ¿Sería realmente cierto que estaban emparentadas? Porque, aunque sabía que ella no podía considerarse fea (tenía una boca carnosa de comisuras ligeramente curvadas, y grandes ojos de color tofe enmarcados por unas pestañas oscuras muy tupidas), lo cierto era que no veía ni rastro de sí misma en aquella mujer glamurosa y elegante. Esta llevaba un peinado bastante corto de estilo fresco y moderno, tenía el pelo completamente blanco y elegantemente apartado de la cara; sus ojos eran de color avellana y una red de arruguitas apenas visibles cubría su piel, que tenía un tono ligeramente bronceado; iba vestida con un precioso caftán en tonos rosados y dorados que fluctuaban cuando se movía; iba descalza, pero tenía las uñas de los pies pintadas de un brillante rosa dorado y llevaba una pulsera de tobillo cuyas perlas tenían pinta de ser auténticas.

—Sí —contestó al fin, cuando recobró la voz—, hemos hecho un pequeño recorrido.

—Qué bien. —La voz de la mujer no reflejaba ni pizca de alegría—. Bienvenida a mi casa, soy Clemence.

Vicky seguía mirándola como un pasmarote, no podía evitarlo. Solo

habían pasado un par de semanas desde que había sabido por su abuelo paterno que Victor, su padre, había nacido en Marruecos y que era hijo de Clemence, una mujer de la que ella no había oído hablar jamás. Nadie se la había mencionado siquiera. Ni su *grand-père* Jacques ni su madre, Élise; tampoco sus tías, Hélène y Florence. De niña no le había extrañado no saber nada sobre el pasado, lo veía como el funcionamiento normal de las cosas. Había emprendido ese viaje sin tener ni idea de con qué iba a encontrarse al llegar, pero estaba sorprendida y un poco perpleja.

—Ven, vamos a tu dormitorio para que te instales. Las limpiadoras vinieron temprano, ya debe de estar listo. —Clemence se puso unas sandalias y extendió un brazo con cierta rigidez.

Vicky escudriñó su rostro con la esperanza de descubrir en cierta medida cómo se sentía realmente, pero tanto el semblante como la voz de su abuela seguían siendo indescifrables. Salió al pasillo tras ella, doblaron una esquina y pasaron por un íntimo jardín aterrazado donde la luz bañaba una gran urna de terracota de la que emergía una cascada de geranios de un impactante color rosado. Después de entrar en otra de las largas secciones de techo bajo que conformaban el extenso complejo, llegaron a una puerta de color claro que Clemence abrió antes de indicarle que entrara primero. Los verdes postigos de las ventanas estaban parcialmente cerrados para que no entrara demasiado calor, y proyectaban por toda la habitación una agradable sombra de un intenso tono azul.

—Tengo que ir a encargarme de… —Clemence dejó la frase inacabada y lanzó una extraña mirada a Ahmed; cuando este asintió, como confirmando el mudo mensaje, prosiguió con voz más firme—. En fin, tengo cosas que hacer. Deshaz el equipaje sin prisa, Ahmed te traerá algo fresco para beber. El cuarto de baño está justo al lado. Tenemos nuestro propio generador hidroeléctrico, aunque lo más probable es que el agua salga fría. Procede de un manantial situado a muchos metros de distancia, nos llega gracias a la gravedad. —Se dirigió hacia la puerta mientras hablaba—. Echa un vistazo por la casa si te apetece, nos vemos a eso de la una para comer.

—Gracias.

Vicky no se sentía bienvenida ni mucho menos. Su abuela parecía muy distante y fría, ¿por qué había accedido a recibirla en su casa si tanto le molestaba aquella visita?

—Ah, y hay algunos caftanes en el armario. Úsalos si quieres. —Indicó el escueto vestidito amarillo de Vicky—. En Marruecos es mejor cubrirse las piernas, y los brazos también. Aquí debemos respetar la cultura islámica. Y elige uno de los sombreros, vas a necesitarlo. Aunque en esta época del año solemos hacer las tareas muy temprano, antes de que el calor nos obligue a permanecer dentro de casa.

A pesar de aquellas palabras relativamente amables, Vicky tuvo la sensación de que la mujer se sintió aliviada al marcharse; de hecho, parecía deseosa de hacerlo. La curiosidad que había cobrado vida en su interior desde que había descubierto la existencia de su abuela se avivó aún más. Tenía que conseguir más información sobre aquella mujer, mucha más. Por qué no había ido a Francia a visitar a su propio hijo ni una sola vez, por ejemplo; y por qué el abuelo Jacques seguía siendo tan reacio a hablar de ella, incluso a esas alturas.

4

Vicky se sentó en el borde de la cama después de ducharse, abrió su mochila y sacó la única foto que tenía de su padre, Victor. Quién sabe, quizá fuera porque nadie había pensado en hacer fotos durante la guerra; en cualquier caso, aquella única imagen la guardaba como un tesoro y siempre se le formaba un nudo en la garganta al verla. Aunque estaba borrosa, todavía alcanzaba a ver su cuerpo de constitución fuerte y poderosa, sus ojos oscuros y su mirada intensa. Se preguntaba qué estaría haciendo él ese día, en qué estaría pensando cuando le habían tomado la foto; ¿había sido Élise la fotógrafa? Ojalá pudiera oír la conversación que mantenían, verlos interactuar. En realidad, su madre no había respondido jamás a sus preguntas sobre su padre, el abuelo Jacques tampoco, y estaba desesperada por averiguar más cosas. Sabía que los dos se habían sentido orgullosos de Victor, pero quizá les resultaba demasiado doloroso hablar del tema.

Se oyó un toque en la puerta y Ahmed entró con una bebida, se la entregó y se marchó de inmediato. Ella dirigió entonces la mirada hacia la cama, que resultaba de lo más tentadora… La oscura colcha de seda, extendida en aquella habitación impregnada del aroma de una especie de incienso amaderado, parecía regaliz. Se moría de ganas de dormir, pero, al ver en el reloj que faltaba poco para la hora de la comida, eligió a toda prisa un caftán morado y se lo puso.

Mientras regresaba a la casa principal por el pasillo, pasó junto a una estancia que tenía pinta de ser una biblioteca o un despacho —había butacas de cuero, estanterías y una mesita baja con incrustaciones de nácar y marfil— antes de llegar a la sala principal. Su abuela estaba allí parada, contemplando el paisaje por la ventana con dos grandes perros de pelaje marrón y negro sentados obedientemente a su lado.

Vicky los vigiló con nerviosismo al comentar con voz suave:

—Son unas vistas preciosas.

Clemence se giró y sonrió. Era una sonrisa que parecía más sincera que antes, como si se hubiera quitado algún peso de encima en el transcurso de aquellas horas.

—¿Te gusta? Mi casa.

—Es maravillosa, es la primera vez que estoy en un lugar así.

—Era una fortaleza en ruinas cuando la compré décadas atrás, creemos que data del siglo XIV. No había instalación sanitaria ni electricidad, la reconstrucción duró años.

Vicky la observó en silencio. Tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero no sabía por dónde empezar.

—En mi opinión, las formas orgánicas reflejan la arquitectura tradicional marroquí —prosiguió su abuela—. Siempre que ha sido posible, he utilizado las formas geométricas y los motivos florales típicos del arte islámico. Bueno, ahora que ya estás instalada, ven a conocer a mis dos niñitos, Coco y Voltaire.

A Vicky le hizo gracia oír aquello y soltó una carcajada.

—¿Voltaire? ¿Como el escritor revolucionario francés?

—¿Por qué no? —contestó Clemence, con toda la naturalidad del mundo—. Son dos beaucerones y, aunque están algo mayores, siguen fuertes y llenos de energía. Fabulosos como guardianes, pero con un lado sensible… e ideas propias. —Sonrió y les dio unas palmaditas.

Vicky se acercó con cautela a los dos imponentes perros de pelaje negro y marrón (los «niñitos», según su abuela), pero se detuvo a una distancia prudencial.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —preguntó.

—Cedro, eucalipto e incienso. Pura ambrosía, ¿verdad?

—¿Ambrosía?

—Me refiero a que es especialmente delicioso, aromático. Digno de los dioses. Lo tengo por todas partes, ¿te gusta?

—Me encanta.

—El jardín está lleno de buganvillas, rosas trepadoras y palmeras. Y de jazmín, por supuesto. Los jardines son espacios de gran importancia. Cultivo tomillo y romero, pero en la zona también hay otras plantas silvestres; salvia, enebro y muchas más.

Vicky estaba impresionada con aquella mujer tan sofisticada, sus espectaculares jardines y la belleza salvaje del agreste paisaje montañoso. Por no hablar de aquel aire tan increíblemente aromático que la tenía medio embriagada, era como respirar un tónico relajante y adormecedor.

—Los jardines nos dan una lección sobre la falta de permanencia de la vida —estaba diciendo Clemence—. Después te lo enseño, pero ahora… vamos a comer unos platos magrebíes con bebidas marroquíes, espero que te gusten. —Al ver que Vicky se limitaba a sonreír con educación, añadió—: Los árabes se han referido al norte de África como el «Magreb», o «la tierra del sol poniente».

Los perros las siguieron mientras se dirigían al comedor, donde el intenso aroma de las especias hizo que a Vicky se le hiciera la boca

agua; aun así, no pudo evitar sentir cierta aprensión porque no había probado nunca la comida africana.

Cuando se sentaron a la mesa, Clemence la miró y preguntó, con una ligereza casi excesiva:

—Bueno, ¿vas a decirme por qué has venido hasta aquí?

Vicky se tomó unos segundos antes de contestar. Jacques, con su pelo blanco y sus hombros encorvados, le había preguntado lo mismo el día en que ella había revelado que estaba planteándose ir a Marrakech para conocer a Yves Saint Laurent. Ella había contestado que quería ser su aprendiz, que incluso estaba dispuesta a arrastrarse recogiendo alfileres del suelo del diseñador si fuera necesario.

Su abuelo había mostrado preocupación al conocer la noticia y eso la había extrañado, ya que no entendía el porqué de su reacción. Pero él le había acariciado la mejilla y la había llamado *mon chou*, algo que siempre la hacía sonreír.

Respiró hondo y miró a su abuela antes de decir:

—He venido para conocer a Yves Saint Laurent. Y a ti, claro.

Clemence la escudriñó con la mirada, como intentando averiguar algo.

—¿Y eso es todo? ¿No te ha mandado Jacques?

Vicky negó con la cabeza, desconcertada, y el asunto quedó ahí. Le costaba imaginar a su huraño abuelo con una mujer sofisticada como Clemence, pero, tal y como él mismo solía decir, «sobre gustos no hay nada escrito». Le habría gustado saber cómo se encontraba él en ese momento, lo que sentía por Clemence en la actualidad. Debía de estar deseoso de verla… o quizá seguía enfadado por el hecho de que Clemence no se hubiera ido a Francia con él años atrás, quién sabe.

La comida consistía en un guiso marroquí de pollo cocinado en un tayín, una cazuela redonda y poco profunda de barro con una tapa alta y puntiaguda con forma cónica. Se servía con tiernos granos de cuscús, y le resultó una verdadera delicia.

—Estudiaste en Londres en una escuela superior de arte, ¿verdad? —preguntó su abuela en un momento dado.

—Sí. Tengo un diploma en Diseño de Moda por la Escuela de Arte St. Martin's, lo que se conoce como un «diploma AD», y me ofrecieron una plaza para un posgrado en L'École de la Chambre Syndicale de la Couture Parisienne.

—Me cuesta entender por qué has renunciado a eso para venir aquí, la verdad.

Daba la impresión de que su abuela no sabía si creerla o no, y Vicky se sintió molesta.

—No he renunciado a nada. No tengo que estar en París hasta septiembre, y antes de eso quería ampliar un poco mis horizontes e intentar conocer a Yves Saint Laurent. Pensé que tendría más

oportunidad de verlo aquí que en París. —La vio fruncir el ceño y sintió la necesidad de justificarse—. Escribí mi tesis sobre él. Es un diseñador brillante, y en Londres todos dicen que Marrakech es un epicentro de creatividad y libertad.

Clemence asintió con la cabeza, pero no se la veía muy convencida y Vicky seguía sin poder descifrar lo que estaría pensando en realidad.

El postre llegó en ese momento.

—¡Vaya! ¡Qué buena pinta tiene! —exclamó.

—Es una serpiente de almendra, espolvoreada con azúcar glas. —Su abuela le entregó una porción y, tras unos segundos de silencio en los que se centraron en comer, añadió—: Hay quien las baña con miel tibia, ¿te gusta?

—¡Está deliciosa! —Todavía tenía la boca medio llena de aquella maravilla dulce de almendra. Siempre la habían chinchado por lo golosa que era, y por la facilidad con la que ganaba peso debido a ello.

Se dio cuenta de que Clemence estaba mirándola fijamente y se movió con nerviosismo en la silla, incómoda ante semejante escrutinio.

—¿Qué te ha contado Jacques sobre mí?

Aquella pregunta tan directa de su abuela la tomó desprevenida, pero respondió con calma.

—Nada, la verdad. Solo que estabas aquí. —Al ver que se limitaba a asentir con lentitud, añadió—: No me enteré de tu existencia hasta hace muy poco y me quedaba tiempo de sobra hasta septiembre para venir, así que lo hice.

Le sorprendió que Clemence no preguntara nada más acerca de Jacques ni mencionara a Victor, su propio hijo. Intentó encontrar la mejor forma de sacar el tema ella misma, y al final optó por decir:

—No llegué a conocer a mi padre, es algo que me pesa.

Su abuela no contestó. La cosa no estaba nada fácil, pero volvió a intentarlo.

—Victor y mi madre formaron parte de la Resistencia francesa, ¿lo sabías?

Su abuela se tensó de buenas a primeras y desvió el curso de la conversación:

—En Marruecos debes tener mucho cuidado, muchacha. Aquí, las cosas no son lo que parecen. Ni las personas son lo que aparentan.

—No te entiendo.

—Llevo toda la vida en Marruecos. Procedo de una familia de terratenientes que eran también experimentados funcionarios públicos, y sé de lo que hablo. Hay mucha agitación debido a la situación política de la zona. Esperemos que las cosas cambien, pero por ahora no se tolera ni la más mínima disconformidad. Quien se

oponga abiertamente al régimen se pone en peligro.

Vicky estuvo a punto de echarse a reír.

—Es poco probable que yo haga algo en ese sentido, ¿no crees?

Clemence la ignoró y siguió insistiendo.

—Además, existe cierta hostilidad comprensible hacia la oleada de visitantes europeos que está llegando, sería más que aconsejable que regresaras a Francia.

Vicky se quedó mirándola, atónita ante lo que estaba oyendo.

—¡No! No puedo irme.

—No escuchas lo que te digo.

—Pero es que he hecho este viaje tan largo para conocer a Yves Saint Laurent, ¡quiero trabajar para él! —Lo que no añadió, a pesar de pensarlo para sus adentros, fue que tampoco podía marcharse sin antes saberlo todo sobre la propia Clemence.

—¿Cómo voy a ser responsable de tu seguridad? —dijo esta con frialdad.

—No estoy metida en política —alegó Vicky.

—No sabes a quién puedes llegar a encontrarte, no sabrás con quién estás tratando.

—¿Quieres que me vaya? —Estaba peligrosamente cerca de echarse a llorar.

—Sería preferible que lo hicieras.

—¡Pero si acabo de llegar!

Dio la impresión de que Clemence se ablandaba un poco.

—Mira, querida, quizá pueda ayudarte al menos a conocer al diseñador. Es un hombre que vive en un ambiente muy relajado. No se anda con pompas ni formalidades y tiene una casita en la medina llamada Dar el-Hanch, «la Casa de la Serpiente». Aunque tengo entendido que pasa bastante tiempo en un estudio del Palmeral, una zona situada al norte de la plaza de Jemaa el-Fnaa, a una media hora en coche. Allí hay algunas villas francesas lujosas, aunque la mayoría están bastante deterioradas. Y también hay miles de palmeras.

—¿Podrías ayudarme?, ¿en serio?

—Puede que sí. Podría tardar un poco, ya que él no siempre está aquí.

—Como te he dicho, no tengo que estar en París hasta septiembre.

Su abuela suspiró.

—Bueno. Por favor, tienes que prometerme que, si consigo que lo conozcas, volverás a casa en cuanto termines la tarea que te trajo hasta aquí.

Hizo una pausa al ver entrar a Ahmed y, cuando este se acercó a darle un paquete, lo miró con ojos interrogantes. Él explicó que acababa de entregarlo un joven marroquí, y ella miró a Vicky antes de dejarlo sobre la mesa. Estaba claro que no quería abrirlo en su

presencia.

¿Qué estaría ocultando? Porque estaba ocultando algo, Vicky no tenía la menor duda de ello; al fin y al cabo, se había criado con una madre que guardaba secretos constantemente, que ni siquiera había accedido a confiarle la verdad a su propia hija cuando esta le había pedido suplicante que le contara lo sucedido en el pasado. En vista de ello, quizá resultara irónico el hecho de que ahora fuera la propia Vicky quien estuviera ocultándoles cosas tanto a Élise como a Clemence… porque lo cierto era que no le había contado a esta última toda la verdad.

En realidad, ni su madre ni su padrastro sabían de la existencia de su abuela, y no pensaba ponerlos al tanto por el momento. No, no les diría nada hasta averiguar al menos todo lo que quería saber.

5

Clemence

Kasbah du Paradis, a la mañana siguiente

La luz cristalina de primera hora de la mañana entraba por la ventana cuando Clemence abrió el cajón superior de su tocador, rebuscó por el fondo y sacó el paquete. Lo había abierto el día anterior, después de que su nieta fuera a acostarse, y apenas había podido mantenerse despegada del contenido desde entonces. El paquete contenía un sobre con viejas fotografías y una nota manuscrita: «He pensado que querrías tenerlas». La letra no le resultaba familiar, no aparecía ningún nombre ni había pistas que revelaran quién lo había enviado. Desearía tener a alguien con quien compartir aquellas instantáneas y se lamentaba de haber alejado al amor de su vida, al único hombre al que había amado de verdad. Incluso a esas alturas, después de tanto tiempo, el mundo se detenía a su alrededor al recordarlo, aunque, en lo que a él se refería, ya era tarde, muy tarde, y así había sido desde hacía mucho.

Las imágenes en blanco y negro eran instantáneas de su familia y del hogar que habían compartido, y una destacaba entre las demás: el despacho de su padre, el día posterior al incendio. Entornó los ojos mientras intentaba recordar quién la había tomado. ¿Habría sido el médico de cabecera de la familia, el padre de Patrice Callier, quien se había plantado en el destruido umbral con una cámara de fotos? Se esforzó por mantener la calma mientras observaba la imagen con detenimiento. Aún podía percibir los olores —cuero lubricado con aceite, puros de La Habana— que impregnaban el despacho de su padre, antes de que el fuego lo destruyera; también olía a *whisky*, y a la penetrante colonia que él se ponía, y al cuenco de cerámica azul repleto de dulzones albaricoques maduros. Pero seguía sin recordar con claridad al hombre que estaba parado en el umbral de la puerta. Se estremeció y volvió a guardar el paquete de fotografías en el cajón.

¿Habría sido Patrice Callier quien se las había enviado? Seguro que

sí, ¿quién más podría haberlo hecho? La cuestión era el porqué, debía de tratarse de algún tipo de mensaje… ¿Acaso estaba siendo demasiado desconfiada? Tuvo la insidiosa sensación de que la observaban y miró alrededor, aunque ¿acaso no era ella quien se dedicaba a observar? Había pasado la vida entera manteniéndose alerta, manteniendo la cautela en todo momento. El miedo a que la descubrieran llevaba tanto tiempo atormentándola que se había vuelto obsesiva, pero, incluso suponiendo que realmente hubiera sido él quien había mandado las fotos, no tenía por qué estar enterado de la verdad. Respiró hondo con decisión, se puso en pie y se dirigió al salón donde solía desayunar.

Entró al salón y vio que Vicky ya estaba allí, al igual que el día anterior. No esperaba que tuviera por costumbre levantarse tan temprano. Estaba sentada y contemplando el panorama de la cascada centelleando bajo la melosa luz, con los dos perros a su lado.

—Buenos días. —Su nieta sonrió y se puso de pie, no había duda de que era una joven atractiva—. He empezado sin ti, espero que no te moleste.

—En absoluto. Siéntate, por favor. Me alegra ver que has hecho buenas migas con Coco y Voltaire. He pensado que podríamos dar un paseo después de desayunar, recoger un poco de menta silvestre.

—¡Perfecto!

Clemence la contempló sin poder contener las preguntas que se agolpaban en su mente. ¿Se parecía su nieta a Victor? ¿Tenía los mismos ojos que él? ¿Compartían padre e hija algunos rasgos de carácter? Le había pedido con claridad a Jacques que no le mandara fotos de su hijo y, por mucho que se resistiera ahora contra aquellos pensamientos, no podía reprimirlos.

Nadia, la hermana de Ahmed, le sirvió café recién hecho y algo de fruta. Era una muchacha menudita de pómulos altos, piel lustrosa y cálidos ojos marrones que cuidaba de maravilla a Madeleine, a la que estaban esforzándose por mantener alejada de Vicky por temor a lo que pudiera llegar a decir inadvertidamente sobre Jacques o Victor.

—Hace un día precioso para dar un paseo, ¡qué suerte tienes de vivir aquí! —añadió su nieta.

—¿Tanta tranquilidad no te resulta aburrida?

—Me sentiría la mar de feliz sentada en la terraza, dibujando.

—Dibujas muy bien, con ligereza y precisión. Eché un vistazo al cuaderno de bocetos que dejaste abierto sobre la mesa.

—No soy una artista ni mucho menos, pero tengo que dibujar mis diseños. Y dudo mucho que la casba me resulte aburrida. Lo único que no tengo claro es cómo ir y volver de Marrakech si me alojo aquí.

—Sí, estamos en un lugar muy remoto, así que los traslados serán un problema.

Clemence era reacia a precipitarse y ofrecer los servicios de Ahmed de buenas a primeras; además, aunque quería garantizar la seguridad de su nieta, lo cierto era que esta no podía permanecer mucho tiempo en la casba. Dada la situación, era imposible. Ojalá hubiera ignorado la carta que Vicky le había enviado de forma tan inesperada, pero había sentido tanta curiosidad que no había sopesado debidamente las complicaciones. No, para ser sincera, no había sido por mera curiosidad; lo que la había impulsado a abrir la carta había sido mucho más que eso. Pero ya tenía la responsabilidad de proteger a su propia madre, y la misteriosa llegada de aquellas fotografías lo había cambiado todo. Cabía la posibilidad de que alguien la tuviera en el punto de mira y, de ser así, cuanto antes trasladara a Vicky a Marrakech, mucho mejor. Era una verdadera lástima, pero su nieta iba a tener que marcharse.

—Por cierto, esta noche he oído algo bastante raro —dijo esta de repente—. Como si alguien estuviera gimiendo o lamentándose.

—Sería algún animal salvaje; un chacal, quizá. Yo también lo he oído. Aquí, en las montañas, hay muchos animales. —Se esforzó por aparentar una ligereza que no sentía.

Vicky respiró hondo antes de preguntar:

—¿Quieres ver una foto de mi padre? —Se la sacó del bolsillo y se la ofreció.

Por un segundo fugaz, Clemence vio la imagen de un hombre de pelo oscuro, pero apartó la mirada de inmediato mientras la recorría un torrente de emociones encontradas. El impacto de la imagen fue tan potente que pensó que iba a desmayarse, sintió un profundo dolor en el pecho. Viejas heridas, viejos sufrimientos. Una esquirla de hielo clavada en lo más hondo de su ser.

Reculó un poco, tenía que ponerle un alto a la situación.

—Ya me la enseñarás otro día. —Intentó ocultar el temblor que la delataría, pero eso hizo que su voz sonara con una aspereza indebida.

Poseía (mejor dicho, había desarrollado) la habilidad de mantener la compostura en cualquier circunstancia. No era momento para permitirse el lujo de desmoronarse. Aun así, al ver que su nieta parpadeaba con rapidez, como intentando reprimir las lágrimas ante su rechazo, lamentó verse obligada a hacer lo que tenía que hacer.

—Te lo pasarás mucho mejor en Marrakech, siempre y cuando no cometas imprudencias. Allí conocerás a jóvenes de tu edad. No te conviene estar confinada aquí conmigo, cuando Marrakech es una ciudad tan llena de vida. Además, cuando llegue tu prima, seguro que os apetecerá disfrutar juntas de la ciudad. Por cierto, ¿tienes novio? ¿Lo dejaste en Londres?

Vicky hizo una mueca antes de contestar.

—Lo tenía, Russell. Pero digamos que fue él quien me dejó a mí.

—Ah. Bueno, no hay nada como Marrakech para volver a insuflar vida a una persona.

—Pero…

—Voy a hablarlo ahora mismo con Ahmed. —Clemence se levantó de la silla sin dejarla terminar la frase—. Será mucho mejor para ti estar en el epicentro de la actividad y el entretenimiento, aquí no tardarías en aburrirte. Puedes alojarte en casa de una buena amiga mía, ella estará pendiente de ti. Además, hay que tener en cuenta que Yves Saint Laurent está en Marrakech… o estará allí en algún momento dado.

Y entonces, a pesar de la cara de desconcierto de su nieta, salió en busca de Ahmed sin más.

6

Vicky

Marrakech

Al día siguiente, bajo la fresca brisa de primera hora de la mañana, Ahmed llevó a Vicky y a Clemence por la accidentada ruta que descendía por la ladera hasta la falda de la montaña. Varias horas después, cuando llegaron a las rojizas murallas de Marrakech, condujo por las serpenteantes y estrechas calles para aparcar lo más cerca posible del centro de la medina.

—¡Qué calor! —exclamó Vicky al bajar del coche. En la casba hacía más fresco, y la diferencia de temperatura la impactó de lleno.

Clemence sonrió y le pasó un gran sombrero blanco.

Ahmed abrió el maletero para sacar la maleta de Vicky, quien protestó de inmediato.

—No, ya la llevo yo…

Él negó con la cabeza y retrocedió un paso.

—Se acalorará demasiado, yo estoy acostumbrado.

Ella asintió para expresar su agradecimiento, y justo entonces oyó un sonido lastimero e hipnótico que le hizo alzar la mirada hacia una elevada torre rojiza.

—Cinco veces al día, oirá el llamado a la oración desde la mezquita Koutoubia —explicó Ahmed—. El minarete se alza guardando la vieja ciudad desde el siglo XII.

Estaban cruzando la gran plaza de Jemaa el-Fnaa cuando Vicky se detuvo a absorber bien la mezcla de olores que flotaba en el aire: menta, azahar y especias, además de algún tipo de animal. Camellos, quizá. Estaba inmersa de repente en un mundo rebosante de vida, y le costaba asimilar semejante cambio.

—Increíble, ¡es increíble! —repetía una y otra vez.

Creía que iba a permanecer más tiempo en la casba y se había sentido un poco dolida cuando su abuela, sin preguntarle siquiera su opinión, le había dicho de forma tan arbitraria que debía alojarse en

Marrakech. Resultaba difícil no sentir nerviosismo ante la idea de trasladarse tan pronto a la ciudad, pero, ahora que se encontraba allí, contempló fascinada aquella joya de lugar y comprendió por qué atraía a tanta gente. Los edificios islámicos y la luz luminosa; los grupos de hombres enfundados en chilabas a rayas, de mujeres ataviadas con caftanes de color morado, rosa y verde; los encantadores de serpientes evocando sus mantras; los vendedores de agua, con sus túnicas rojas y sus campanillas y sus sombreros borlados; y también estaba el sonido del agua, procedente de fuentes que ella ni siquiera alcanzaba a ver. ¡Qué increíble era todo!

Jamás había visto nada parecido…; aun así, era también consciente de una extraña sensación de familiaridad. Estaba tan perdida en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que Clemence estaba diciéndole algo.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Estaba explicándote que las caravanas de camellos solían venir desde el centro de África para vender a sus esclavos. Marrakech fue el mercado de esclavos más grande de Marruecos.

—Vaya, qué horror. —Podía imaginar a aquella pobre gente: hombres, mujeres y niños, sujetos con pesadas cadenas durante horas y horas bajo el sol abrasador.

—Incluso a día de hoy, todavía existen jornadas de venta de camellos —añadió su abuela.

Prosiguieron la marcha, pero Vicky se detuvo en seco al ver y oler unos carbones al rojo vivo. Miró con expresión interrogante a su abuela, quien accedió a hacer una parada para comer dónuts calientes bañados en azúcar. Eran una verdadera delicia y Vicky se chupó los dedos mientras veía cómo preparaban más frente a ella, pero, aunque se moría de ganas de comerse otro, no quería parecer una glotona ante su abuela, quien no tenía ni un gramo de grasa y parecía darse por satisfecha con uno. A los dónuts les siguieron unos vasos de zumo de naranja recién exprimido que compraron en un carrito ambulante de vivos colores.

Ahmed las condujo por los serpenteantes pasajes abovedados de la medina —él los llamaba *derbs*—, donde un rítmico tamborileo y las delicadas notas de una flauta de caña se alzaban sobre los tejados. Era como estar escuchando los pulsantes latidos de Marruecos. El polvo que flotaba en el aire solo cobraba vida cuando un haz de luz lograba colarse por alguna rendija de las misteriosas paredes que conformaban las callejuelas. Quién sabe lo que habría tras aquellos muros de color rojo rosado, la única pista la daban las desgastadas puertas de madera tachonadas de metal. Vicky no estaba segura de si sería capaz de encontrar el camino de regreso.

—Si le preocupa no saber orientarse, solo tiene que preguntar por la

plaza grande —dijo Ahmed—. La gente le indicará cómo llegar hasta allí.

Vicky se echó a reír.

—¿Sabes leer mentes?

Él se limitó a sonreír sin decir palabra, y fue Clemence quien dijo:

—En Marruecos, la arquitectura islámica exterior es sencilla para evitar despertar la envidia de los vecinos. Se considera indebido hacer alarde de riqueza.

En un momento dado, Ahmed tocó a una de las grandes puertas de cedro y anunció:

—Es aquí.

Les abrió una mujer menudita entrada en años que tenía facciones aguileñas y piel olivácea, unos impactantes ojos verdes y el pelo teñido de color castaño oscuro. Lucía con desenvoltura un largo vestido negro combinado con un intenso pintalabios rojo, un collar de color naranja y anillos de plata en todos los dedos. Decir que era llamativa sería quedarse muy corta.

Después de intercambiar unas palabras en árabe con Ahmed y de besar a Clemence en ambas mejillas, la mujer se volvió hacia ella y dijo, con un pronunciado acento neoyorquino:

—Soy Etta, y tú debes de ser Vicky. —Tenía un semblante muy expresivo.

—Mi nieta —dijo Clemence, con una nota de orgullo en la voz que sorprendió a la propia Vicky—. Espero que tu pequeño apartamento siga estando desocupado, Vicky viene a quedarse una temporada en la ciudad.

—Sí, no hay problema. Seguidme.

Vicky no pudo evitar darse cuenta de lo distintas que eran una y otra. Su abuela, alta y elegantemente vestida con colores suaves; Etta, por su parte, recordaba a un vistoso pajarillo.

—En realidad, mi hogar se compone de una gran casa y de un *dar* adyacente, el uno está detrás del otro. *Riad* significa «jardín» en árabe y *dar* es, básicamente, una casa.

Al cruzar una arcada, se vieron envueltos por la magia de un patio interior secreto donde un sinfín de rosas perfumaban el aire, vistosas buganvillas trepaban por las paredes y rojas cascadas de flores de hibisco emergían de grandes tiestos de barro. Se oía el canto de los pájaros que retozaban en las palmeras y el murmullo del agua que salía de la boca de una fuente con forma de pez. La luz del sol refractada brillaba sobre las baldosas azules del suelo. En el pequeño estanque que rodeaba la fuente, las cimbreantes palmeras creaban ondulantes reflejos que captaron la atención de Vicky. Aquel jardín la tenía totalmente cautivada.

—Trasciende el tiempo, ¿verdad? —dijo Clemence, quien ahora se

mostraba mucho más amistosa y relajada.

—Esa era mi intención —respondió Etta—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, cielo, porque el jardín es la mejor parte de la casa. —Los precedió por una pequeña escalera que arrancaba del jardín y ascendía hasta llegar a una solitaria puerta. Sacó una llave y, mientras abría, añadió—: Si decides quedarte, serás la única que use esta escalera. El apartamento es independiente del resto de la casa. —Una vez que entraron, cerró la puerta tras de sí y se plantó allí con los brazos extendidos, como si estuviera mostrando la suntuosa mansión de una estrella de cine. Su actitud era tan llamativa como su aspecto.

A Vicky le sorprendió la paz que reinaba en el apartamento. Aunque no era lujoso ni mucho menos, había dos habitaciones divididas por un desgastado biombo de madera con tres paneles plegables y un pequeño cuarto de baño.

—Es un biombo *zouak* —señaló Etta—. Hay que restaurarlo, pero espero que te guste.

Vicky asintió con entusiasmo.

La habitación del fondo estaba pintada de azul y amueblada con sencillez, había un armario y dos camas individuales. Ahmed dejó la maleta sobre una de ellas. La zona de delante tenía las paredes de color naranja y constaba de una pequeña cocina, un sofá, una silla, una vieja alfombra raída, una mesita auxiliar de latón y un puf de cuero. También contaba con lo que Ahmed llamó una *loggia*: una galería con un lado abierto con vistas al patio interior, pero con persianas que podían cerrarse.

—¡Me encanta!

Las dudas de Vicky se desvanecieron mientras oía el canto de los pájaros y contemplaba el exuberante patio secreto donde palmeras enanas y tiestos con plantas de hojas gigantescas destilaban exotismo y misterio. Un pajarillo marrón se posó en una hoja, y lo interpretó como un buen presagio. Seguro que ya no se sentiría tan sola cuando llegara su prima Bea.

—Gracias, Etta —estaba diciendo Clemence.

La aludida asintió con una inclinación de cabeza.

—Está decidido, tu nieta es más que bienvenida en mi *riad*.

Vicky se volvió hacia ella, presa de una súbita preocupación. Bea podía ser terriblemente despistada y desorganizada.

—Mi prima llegará procedente de Inglaterra en un par de días, se quedará aquí conmigo. ¿Le parece bien? Habla un francés bastante fluido porque su madre, mi tía Florence, es medio francesa.

—Ah, una mezcla de culturas. Como yo. —Se echó a reír al ver la cara de desconcierto de Vicky—. Sí, ya sé que hablo como toda una neoyorquina, pero mi madre era marroquí. Mi nombre árabe es Ettra.

—Es precioso, debería usarlo.

—Fue cambiando cuando fui a estudiar a la ciudad de Nueva York, y al final se quedó así.

—Qué lástima. ¿Podría darme unas pequeñas lecciones de árabe marroquí?

—Claro que sí. Y tu prima es bienvenida…, ¡siempre y cuando se porte bien! —añadió esto último con semblante severo, y soltó una sonora carcajada al ver que a Vicky se le borraba la sonrisa de la cara.

—Cóbrame a mí el alquiler —dijo Clemence.

Vicky se apresuró a protestar.

—No, ¡no hace falta! Puedo arreglármelas.

—Aun así, lo pagaré yo. Y Ahmed te llevará a los *souks*, los zocos, donde podréis encontrar algunas fruslerías para decorar y que os sintáis más a gusto.

A Vicky le dieron ganas de abrazarla, pero no se atrevió a hacerlo. Su abuela no era tan severa como le había parecido al principio, pero seguía mostrándose distante y se la veía distraída en ese momento.

—¿Podríamos hablar antes de que te vayas? —le preguntó.

—Tengo que ocuparme de unos asuntos. —Clemence miró alrededor, como si de repente tuviera apremio por marcharse—. Podemos comer juntas en el Café de France, Ahmed te indicará el camino. Ya hablaremos entonces.

A pesar de su entusiasmo por disponer de aquel apartamento situado en el centro neurálgico de la ciudad, Vicky no pudo ocultar su desilusión ante aquella respuesta. Pero, consciente de que no podía dar voz a las preguntas que le rondaban por la cabeza, se limitó a asentir. Todavía quedaban muchos interrogantes que quería despejar.

—No te dejes engañar en los zocos, no es decoroso —añadió su abuela, al dirigirse hacia la puerta—. No cedas con facilidad, presenta batalla. Y, hagas lo que hagas, sé precavida. Los zocos pueden ser peligrosos, allí debes tener siempre presente dónde estás.

7

Vicky se aferraba con fuerza al brazo de Ahmed mientras los dos se abrían paso entre el gentío que se dirigía hacia el arco de entrada principal del zoco, que, según explicó él, era un mercado con siglos de antigüedad. Cuando entraron y empezaron a recorrer el polvoriento laberinto de callejuelas a la sombra de las copas cruzadas de las palmeras, empezó a sentirse agobiada en medio de aquella aglomeración de gente.

—No sé si habrá sido buena idea venir aquí —admitió.

—Tranquila, no pasa nada.

La miró con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y se le veía muy relajado, pero Vicky estaba al borde de un ataque de pánico. Tenía la cabeza abotargada por el intenso calor, y se secó con la mano el sudor que le perlaba la frente mientras intentaba mantener la compostura en medio de aquel batiburrillo de imágenes y sonidos…, por no hablar de los olores: especias, tabaco, camellos, mulas, cuerpos humanos, desagües.

—Tiene que dejarse llevar y perderse, así es más divertido. —Ahmed se echó a reír cuando ella lo miró con desconcierto—. No se preocupe, yo estoy con usted.

A Vicky no le gustaba perderse, siempre procuraba controlar tanto como le fuera posible las riendas de su mundo. Su abuela le había advertido que fuera precavida, y aquel lugar tan arrollador suponía un verdadero desafío. Lo que ella necesitaba no era aquello, sino orden y que todo fuera predecible.

En el zoco había de todo: desde montañas de limones en conserva, frascos de cúrcuma y comino, pirámides de especias de las que no había oído hablar en toda su vida, carnes y aves de corral, hasta ropa y muebles. Cuando empezó a relajarse un poco le dieron ganas de tocarlo todo…, bueno, excepto las cabezas de oveja expuestas en fila. El desagradable olor a carne le revolvió el estómago e intentó alejarse a toda prisa, pero tuvo que esquivar un carro tirado por un burro y

terminó por chocar con un joven. Este cayó de espaldas sobre un saco de grano y la gente que había alrededor se echó a reír.

—¡Uy!, *merde!* —masculló en voz baja, molesta consigo misma, antes de fulminarlo con la mirada por estar en medio y avergonzarla frente a Ahmed.

—Hola —la saludó el chico, parpadeante, mientras otro joven lo ayudaba a enderezarse.

El que se había caído debía de tener la misma edad que ella más o menos y estaba claro que era inglés. Tenía el pelo largo y rojizo, pecas, y unas gafas de montura metálica que ocultaban unos miopes ojos de un tono azul nomeolvides.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó ella, pasando a hablar en inglés y recobrando (con cierto retraso) sus buenos modales.

—Por ahí vamos mejor —contestó él con una amplia sonrisa, mientras se sacudía la ropa—. ¿Siempre tienes tan mal genio?

—Siempre que alguien está parado sin saber para dónde ir, como si estuviera perdido.

—No estoy perdido, ¿y tú?

—Estoy con Ahmed, ese hombre de ahí. Con él no me perderé nunca.

—En ese caso, deberías quedarte a su lado por siempre. —La miró con una sonrisa llena de encanto—. Soy Jimmy, Jimmy Petersen. Y este es mi amigo, Tom Goodwin.

Jimmy tenía ojos bonachones y una mirada inteligente, pero también parecía el típico joven que fumaba hachís y llevaba camisetas de estilo *hippy*. Ella misma se había relacionado con muchos así en Londres. Tom, sin embargo, era un joven inglés de mirada intensa que debía de tener alrededor de veintitrés años, y era espectacularmente guapo: pelo rubio ceniza, un ligero bronceado y ojos muy oscuros.

Se sintió atraída por él al instante y lo saludó con una sonrisa.

—Hola.

—Tom es periodista político —apostilló Jimmy.

—Vicky —dijo ella, sin apartar la mirada de Tom—. Vicky Baudin.

—¿Francesa? —preguntó Tom.

—Mi nombre me delata, ¿verdad?

—Pues sí, y también ese ligero acento. ¿Estás aquí de vacaciones?

—No exactamente, he venido a cumplir una misión.

Él enarcó las cejas, sorprendido, y dejó pasar unos segundos antes de preguntar:

—Oye, hemos quedado con unos amigos en vernos en un bar de la zona dentro de un rato.

—¿Ah, sí?

—Deberías venir, conocer a gente. ¿Dónde te hospedas? Pasaremos a buscarte.

—No os conozco de nada. —Vicky no sabía qué hacer. Nunca se le había dado bien hacer amigos, pero aquella era una oportunidad que no debería desaprovechar.

A Tom le hizo gracia su respuesta y dijo, con una pequeña sonrisa:

—No mordemos, te lo aseguro.

Vicky sonrió a su vez con timidez, y Jimmy intervino en ese momento.

—Ahmed nos conoce —afirmó, con una sonrisa de oreja a oreja—. Bueno, la verdad es que conoce a casi todo el mundo. Y tú también conocerás a un montón de gente si vienes.

Ahmed esbozó una sonrisa bastante enigmática y, aunque Vicky no sabía si creerse del todo las palabras de Jimmy, terminó por aceptar y les dio la dirección de Etta.

—Tom y yo compartimos habitaciones en la casa de Jamal, en una calle que está muy cerquita de ahí. Solo son unos minutos a pie —dijo Jimmy—. ¡Hasta luego! —añadió, antes de alejarse con Tom.

Vicky siguió recorriendo el zoco con Ahmed. Cascadas de hilos de seda colgaban de madejas de vívidos colores (violeta, naranja, verde amarillento…) y, después de pasar junto a los hiladores de seda, encontraron finalmente los tintoreros. Llegaron entonces a los grandes puestos de alfombras y tapetes, apilados en altos montones o colgados según color. Unos eran planos y tejidos a mano, otros tenían un terso y brillante pelo largo que hizo que Vicky se derritiera de placer al deslizar los dedos por ellos.

Aun así, a pesar de múltiples distracciones, se ciñó a su plan y, siguiendo los consejos de Ahmed, se tomó su tiempo, regateó bien y terminó pagando, más o menos, una tercera parte del precio propuesto en un primer momento por los vendedores. Al final compró un chal bordado con hilos de seda, dos cojines estampados de color naranja y rosa, una lámpara de latón con pantalla de cristal violeta… y un espejo. Sabía que Beatrice no sobreviviría mucho tiempo sin uno, porque, aunque era una dulzura de persona, también era un tanto vanidosa.

Le vino a la mente una imagen de su rubia y alta prima, ¿le gustaría Marrakech? Se preguntó si había hecho bien en invitarla a viajar hasta allí o si había sido egoísta por su parte. Bea era un poco etérea y a veces podía ser bastante despistada, en eso había salido a su madre (la tía Florence se pasaba el día con la cabeza en las nubes, igual que su hija, y daba la impresión de que solo pensaba en escribir sus novelas y cuidar de su huerto). Pero, aunque su prima era mucho menos práctica que ella, las dos se llevaban muy bien y, casi tan pronto como había decidido ir a Marruecos, la había invitado a sumarse al viaje. Pero había habido un problema con los billetes y no habían podido partir el mismo día.

Miró a Ahmed, quien había esperado pacientemente mientras ella se perdía en sus pensamientos. Ya se había dado cuenta de que era un hombre muy paciente y tenía curiosidad por saber más cosas sobre él.

—Espero que no te moleste que te pregunte esto, pero es que da la impresión de que nada te inmuta. ¿Siempre eres así de plácido?

—A diferencia de usted, yo no busco alcanzar el éxito en la vida —contestó él, sonriente.

Aquellas palabras la dejaron perpleja.

—¿Por qué no? ¿No deberíamos buscarlo todos?

—No somos ni usted ni yo quienes determinamos el futuro, sino Dios. Mientras tenga suficiente para vivir, para comer, ¿por qué molestarme en querer más? Nosotros no tenemos esa lucha constante que tienen ustedes. Todo proviene de Dios, lo malo y lo bueno.

—Lo malo y lo bueno. —Siguió dándole vueltas al asunto hasta que encontró los caftanes—. Uy, ¡tengo que echarles un vistazo! ¿Queda tiempo?

—Si se da prisa.

Vicky los tocó todos uno a uno y al final se decidió por dos de ellos, pero solo porque Ahmed le advirtió que debían marcharse ya si no quería llegar tarde a la cita con Clemence.

El Café de France resultó ser un edificio de estilo colonial con vistas a la plaza principal. Burros, avestruces, camellos y grupos de gente deambulaban ahora entre vendedores de limonada cuyos puestos se alzaban entre toldos de lona y mujeres que, agachadas de cuclillas, tenían ante sí grandes cestas de rosas y lirios secos. Ahmed la dejó en la entrada del edificio y, una vez dentro, le indicaron que debía subir varias plantas porque su abuela se encontraba en la terraza de la azotea.

Una vez arriba, vio que la terraza en cuestión estaba delimitada por muros bajos de un intenso tono rojizo. Las mesitas bajas que estaban dispuestas aquí y allá estaban acompañadas de cojines azules, y contaban con doseles de muselina que protegían a los clientes del sol.

Clemence se levantó al verla llegar, se acercó a recibirla y le besó ambas mejillas antes de preguntar:

—¿Qué te parecen las vistas?

Vicky sonrió y abrió los brazos de par en par.

—¡Son fabulosas!

Con un cielo casi aterciopelado como telón de fondo, Clemence señaló en dirección a Dar El Bacha, el palacio del pachá. Le indicó entonces dónde estaba situado el hotel donde se alojaba la gente rica y glamurosa, La Mamounia.

—Winston Churchill solía alojarse allí en invierno —estaba explicando—. Dicen que iba de un balcón a otro para plasmar la maravillosa luz en sus acuarelas.

—No me extraña. Pero ¿qué es el palacio del pachá?

—T'hami El Glaoui fue el último pachá o gobernador de Marrakech, conocido también como «Señor del Atlas», y ese era su palacio. Hace poco más de una década, habrías visto hileras de cabezas cortadas y recubiertas de sal, expuestas empaladas frente a sus palacios. Pero la propia plaza principal tiene una historia de lo más sangrienta: Jemaa el-Fnaa era conocida como «la plaza de los muertos» debido a todas las ejecuciones.

—¡Madre mía!

—El pachá había sido un caudillo de las montañas que controlaba el enorme comercio de metales preciosos, especias, drogas y prostitución.

—Entonces, ¿estaba del lado de los colonialistas?

—Sí, así es. Tenía una casba en el Alto Atlas, y llenó las mazmorras de aquel lugar con nacionalistas y otros enemigos que jamás volvieron a ver la luz del sol. La casba de Telouet, así se la conocía.

Vicky la escuchaba con atención, consciente de lo mucho que le quedaba por aprender sobre la historia de Marruecos. Pero no tuvo oportunidad de hacer más preguntas, porque su abuela ya estaba cambiando de tema.

—Ahora que ya has visto el panorama desde aquí arriba, creo que será mejor que bajemos. Dentro se está más fresco. Ya he pedido la comida: una sencilla ensalada con cilantro, acompañada de olivas aliñadas con comino. ¿Te parece bien?

Vicky le aseguró que sí y bajaron al comedor, donde un camarero las condujo a una mesa baja que ya estaba dispuesta.

—¿Lo has pasado bien en los zocos? —preguntó Clemence, una vez que estuvieron acomodadas en unos cojines de suelo con estampado amarillo.

—Sí, Ahmed me ha ayudado muchísimo. —La miró con ojos penetrantes al añadir—: ¿Quién es? Ahmed, ¿quién es él?

Clemence contestó con calma.

—Un joven bereber al que conozco desde que era un crío de cinco años. Era un niño que siempre tenía una intensa curiosidad por todo. Me encargué de cuidarle cuando su padre falleció y su familia estaba pasando dificultades, y ahora es él quien me cuida a mí.

—¿Como un guardaespaldas?

Su abuela soltó una carcajada y se limitó a decir:

—¡Estaría encantado de hacerte creer eso!

Si bien no había sido una respuesta propiamente dicha, estaba bastante claro que no iba a dar mayores explicaciones, así que Vicky optó por cambiar de tema.

—Dijiste que quizá podrías ayudarme a conocer a Yves Saint Laurent.

Su abuela hizo una breve pausa antes de asentir.

—Sí. —Al verla poner cara de extrañeza cuando el camarero se acercó con una especie de jarra de agua, añadió—: Es un *tass*.

—¿Para qué sirve?

—Para la tradición de lavarse las manos antes de comer.

Llegó la comida y hubo un breve lapso de silencio, tan solo quebrado por el tintineo de las cucharas contra los platos metálicos. Mientras su abuela servía la ensalada, Vicky la observó para intentar identificar ese «algo» elusivo que había en ella, algo fuera del alcance e inescrutable. Cuando estaban en casa de Etta, había habido un momento en que le había parecido mucho más cercana y amigable, pero a lo mejor habían sido meras imaginaciones suyas. Puede que, después de todo, su abuela no sintiera ninguna simpatía hacia ella, que no fuera orgullo lo que había oído en su voz.

Se disponía a mencionar de nuevo lo de Yves Saint Laurent cuando Clemence dijo de improviso:

—Me gustaría saber más cosas sobre tu madre. Se llama Élise, ¿verdad?

—Sí, así es. —Le sorprendió que saliera aquel tema, pero pensó que responder a las preguntas de su abuela podría servir para que esta estuviera más dispuesta a responder después a las suyas—. Mi madre tiene dos hermanas con las que vivía años atrás en la región del Dordoña, Hélène y Florence. Pero ninguna de ellas vive allí en la actualidad. Bueno, mi madre sí, pero ya no vive en la vieja casa familiar, sino en el *château* de Henri…, mi padrastro.

Intentó mencionar ese último detalle con naturalidad, aunque lo cierto era que no entendía qué habría visto su madre en aquel hombre tan estirado. Aquel matrimonio había sido una verdadera traición a sus ojos. Y no es que Henri fuera una mala persona ni mucho menos, pero no podía compararse con Victor, su verdadero padre. Puede que no hubiera llegado a conocerlo, pero era todo un héroe de la Resistencia para ella y, en aquellos últimos años, tanto el deseo de conocerlo como la conexión que sentía con él habían ido intensificándose más y más. Le gustaría poder hablar del tema con su madre, pero, para esta, los problemas de todos los niños descarriados y vagabundos habidos y por haber eran más importantes que su propia hija.

—Lo de *château* suena imponente, debe de ser un lugar muy lujoso.

—Sí, podría decirse que sí. Mi madre estuvo en la Resistencia francesa durante la guerra, pero se cierra en banda cuando le pregunto al respecto. Aunque la verdad es que lo comprendo, debe de ser duro.

Vicky recordó una vez en que le había pedido con insistencia a su madre que le contara algo más, lo que fuera, sobre su padre.

—En las últimas navidades, le supliqué que me contara más cosas

sobre aquella época —admitió—. Y, cuando se negó a hacerlo, dije… cosas horribles.

—Todos decimos cosas que no sentimos.

Vicky asintió cabizbaja y Clemence añadió:

—¿Le parece bien que estés aquí, conmigo?

No respondió de inmediato, no quería revelar que su madre ni siquiera estaba enterada de la existencia de su abuela. Al pensar en ella —su lustroso cabello oscuro, su poco interés por la moda, su rígida determinación— se le hizo un nudo en el estómago, y bajó la mirada hacia el mantel. Aquella última discusión había sido horrible y le dolía recordar la mirada implacable que había visto en los ojos de su madre, unos ojos que eran preciosos cuando sonreía…, aunque a ella casi nunca le dirigía sonrisas en los últimos tiempos, la verdad; básicamente, se dedicaba a quejarse del tiempo que pasaba en compañía del abuelo Jacques. Cuando ella, tras completar sus estudios en Londres, había anunciado que tenía intención de ir a Marruecos en vez de pasar el verano en el *château*, su madre había tenido una explosión de furia y la había acusado de ser una egoísta, de rechazar todo el esfuerzo que había puesto en organizarle veladas con viejos compañeros de colegio y vecinos de la zona de Sainte-Cécile. Ella no sabía nada de aquellas veladas, no le había pedido que las organizara, pero su madre se había sentido dolida.

—No me llevo demasiado bien con mi madre, la verdad —admitió en voz baja.

Clemence la miró con semblante sorprendido, y dijo con voz suave:

—Estará preocupada por ti, ¿verdad?

Vicky negó con la cabeza y sintió el escozor de las lágrimas en los ojos, pero siguió comiendo su ensalada mientras dejaba de pensar en su madre y se centraba en recordar las partidas de cartas con su abuelo. Solía perder, pero su premio de consolación era la deliciosa limonada casera que bebían alrededor de la mesa azul pintada a mano que él tenía en su jardín de Sainte-Cécile.

—Según creo, Jacques vivió aquí, en Marruecos, en un momento dado —dijo al fin, con la mirada clavada en su abuela—. Así fue como lo conociste. —Al ver que se limitaba a hacer un ligero asentimiento de cabeza, añadió—: ¿Cuándo lo viste por última vez?

—¿A Jacques? Déjame pensar…, hace bastante tiempo.

—Pero ¿seguís en contacto?

Clemence se encogió de hombros y cambió el tema mientras servía más ensalada para ambas. Insistió de nuevo en la agitada situación política que se vivía en Marrakech y terminó diciendo:

—La CIA y el servicio secreto francés rondan por la zona.

—¿Espías? ¿Por qué?

—Quién sabe. Para ayudar a restaurar el régimen, supongo.

Descubrir a disidentes. No te metas en problemas, es lo único que digo.

Hubo una larga pausa.

Cuando las dos terminaron de comer, Vicky suspiró profundamente.

—Qué suspiro tan sentido —dijo Clemence.

Vicky la miró desde el otro lado de la mesa y preguntó con cautela:

—¿No volviste a casarte?

Su abuela se limitó a negar con la cabeza, pero ella insistió.

—Por favor, ¿podrías contarme cómo sucedió todo? ¿Por qué no te fuiste a Francia junto a tu marido y tu hijo? Tu propio hijo, mi padre. ¿Por qué le dijiste a Jacques que se fuera sin ti?

Clemence alzó la mirada al cielo antes de bajarla de nuevo hacia ella y contestar.

—Era joven y había hecho un trato.

—¿Con quién?

—Con mi madre.

—Entonces…

Clemence guardó silencio, y entonces miró la hora en su reloj y echó la silla hacia atrás. Estaba claro que el tema había quedado cerrado.

—Tengo que irme, lo siento —afirmó con semblante inescrutable—. Pide postre…; como has vivido en Inglaterra, no sé si tú lo llamarás «budín». En cualquier caso, pide que lo pongan a mi cuenta. ¿Sabrás volver tú sola al *riad*?

Se levantó sin esperar respuesta. Mientras Vicky permanecía allí, mirándola pasmada, añadió como si tal cosa:

—Adiós por ahora y cuídate. Disfruta de tu estancia en Marrakech y ven a visitarme a la casba siempre que quieras, por supuesto. Ahmed baja con regularidad y siempre pasa por casa de Etta. Ella sabrá lo que hay que hacer, y lo principal es que estará pendiente de ti y te cuidará.

Vicky la vio alejarse mientras intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir, sintió que un nudo le estrujaba el estómago y apretó un puño contra el vientre con fuerza para intentar aliviar el dolor. Era la primera vez que se sentía así desde su llegada a Marruecos, había sido tan tonta como para creer que quizá había logrado superarlo por fin.

Después de marcharse de casa, había acudido a distintos médicos debido a sus bajones de ánimo, y ellos habían puesto la etiqueta de «depresión» a lo que le ocurría. Había aprendido a controlar sus emociones porque no tenía forma de empezar a describir siquiera esa desgarradora sensación de vacío que se ocultaba en su interior. De niña anhelaba los abrazos que su madre solo ofrecía en contadas ocasiones (sabía que su madre la quería, lo que pasaba era que no tenía paciencia para lo que veía como una indulgencia emocional), y

ese sentimiento había ido intensificándose al llegar a la adolescencia; aun así, cuando tenía unos quince años y se miraba al espejo, su reflejo no revelaba jamás la desesperanza que albergaba en su interior, una desesperanza que su madre tampoco había sabido ver… o no había querido hacerlo. Henri, por su parte, se mostraba cortés y afectuoso sin llegar a sobrepasar jamás la amabilidad de un padrastro, y se limitaba a decir cosas tales como «No te preocupes, es una fase. Se le pasará».

Había albergado la esperanza de que localizar a su abuela pudiera ayudarla a llenar ese vacío; que, en cierto modo, compensaría tanto el hecho de no haber llegado a conocer a su padre como la actitud distante de su madre. Pero cada vez estaba más claro que conocer a Clemence no iba a darle ese sentimiento de permanencia que ansiaba. Y, mientras contemplaba aquella plaza tan increíble y pensaba en su abuela, se dio cuenta de que el pasado guardaba sus propios secretos con más celo que nunca.

8

Clemence

«Cobarde», se dijo Clemence para sus adentros. «¡Cobarde!». La cara de desilusión de Vicky se le había quedado grabada en la retina. ¿Por qué le había dicho aquello al despedirse?, ¿no se le había podido ocurrir nada mejor? Aunque solo fuera para expresar lo contenta que estaba por aquella oportunidad de conocer a su nieta. El afecto creciente que sentía la había tomado por sorpresa, pero, nerviosa por las densas capas de ese pasado que se interponía entre ambas, se había limitado a huir. Lo cierto era que, en todos aquellos años, se había limitado a informar a Jacques de su nuevo nombre y del nombre de la casba. Nada más, no habían permanecido en contacto.

Cerró los ojos por un momento, rezaba para que Vicky fuera lo bastante sensata como para no meterse en problemas. No hacía falta asustarla para que estuviera medio muerta de miedo, pero se había visto en la necesidad de hacerle entender lo importante que era la cautela. La muchacha no iba a tenerlo fácil, quería disfrutar de la vida y obtener respuesta a preguntas que ni siquiera se le habían pasado aún por la cabeza. La cautela quedaría relegada a un segundo plano, tendría otras cosas en mente.

En cuanto a ella, no tenía ni idea de cómo dar acomodo a aquel inmenso cambio que había sufrido su vida. Una nieta, ¡carne de su propia carne! El hecho de que Vicky estuviera allí cuando ni siquiera había llegado a conocer a su propio hijo, a Victor, parecía inconcebible. Había sido madre y no lo había sido, ¿cómo podía una explicar lo que se sentía en semejante situación? Aunque, a decir verdad, ¿no había sido ese el motivo que la había llevado a permitir la visita de su nieta?

Miró alrededor en busca de Ahmed y se apresuró a marcharse de la plaza en cuanto lo encontró, estaba deseando regresar al solaz de su hogar. No se paró para nada mientras iban en busca del todoterreno, se limitó a saludar con la cabeza a algunos conocidos aquí y allá. Aquellas personas la consideraban una mujer serena y sin

sentimentalismos, equilibrada, pero no la conocían en absoluto incluso después de tantos años. Aunque resultaba imposible mantener el anonimato, sí que podía al menos resistirse a establecer una cercanía, y así lo había hecho. Los rumores se propagaban rápidamente en aquel lugar si una no era cuidadosa.

Conforme el todoterreno, manejado por Ahmed, iba ascendiendo por los accidentados caminos de los alrededores de Imlil, Clemence vio aparecer la silueta de su hogar un poco más adelante y le vino a la mente la vieja finca familiar donde había jugado de niña con Jacques, el abuelo de Vicky. No le costó ningún esfuerzo evocar los soleados recuerdos del pasado. El sonido de un silbido o el olor a manzana bastaban para llevarla de vuelta al instante y Jacques estaría allí con sus orejas salidas, sus traviesos ojos marrones, sus delgaduchas piernas de crío y el peor silbido que habías oído en tu vida. Le gustaba regresar a aquellas calurosas tardes que, incluso después de tanto tiempo, seguían siendo mágicas.

Pero su amistad de la infancia con Jacques (el hijo del chófer, un niño de sangre francesa y marroquí) había sido un secreto guardado con celo. Ella procedía de una familia terrateniente que, junto con el resto de los colonos y los apoyos con los que contaban en Francia, había intentado evitar cualquier paso encaminado a lograr la independencia marroquí. Se trataba de gente que menospreciaba a los habitantes del lugar por considerarlos «sucios nativos ignorantes», según las propias palabras de su padre. Y este habría puesto fin a aquella amistad de la infancia en caso de haberla descubierto, con lo que habría vuelto a sentirse tan sola como antes de conocer a Jacques. Aunque su nieta ya estaba enterada de que ellos dos se habían conocido en Marruecos, estaba convencida de que Jacques no le había contado el resto de la historia.

Mademoiselle Lamorey, la institutriz que la cuidaba de niña, era una mujer perezosa a la que le gustaba echarse una siesta durante las calurosas tardes. Ella aprovechaba para salir a hurtadillas y, después de esconderse en el jardín de rosas hasta que todo estuviera despejado, cruzaba los huertos de manzanos y pasaba corriendo junto a los naranjos. Y allí estaría Jacques, esperándola en el pequeño hueco formado por ramas de mimosa y hojas de palmera que habían convertido en su propio escondrijo. Los dos tenían unos ocho o nueve años, los dos eran hijos únicos. Habían hecho juramento de lealtad mutua y fingían que eran hermanos, porque era lo que más deseaban en el mundo.

—Ay, Jacques, Jacques… ¡Cuánto lo siento! —murmuró, con un hilo de voz.

Se llevó la mano al corazón y dejó que los recuerdos que tenía de él fueran quedando en reposo, pero otros aspectos del pasado seguían atronando en su cabeza. Lo de las fotografías la tenía inquieta. *He pensado que querrías tenerlas*. ¿Por qué? Y ¿qué hacía realmente Patrice a medio camino de la casba cuando había encontrado a Madeleine?, ¿había sido una coincidencia? Eso parecía muy poco probable; más aún, tenía la sospecha de que había sido él quien había mandado el paquete de viejas fotografías en blanco y negro. No podía quitarse de la cabeza la del despacho quemado de su padre y cerró los ojos para intentar poner la mente en blanco. Debía seguir guardando para sí sus secretos.

Cuando llegó a la casba se dirigió a la cocina seguida de cerca por los perros, y poco después iba camino del anexo. Llevaba en las manos una bandeja que Nadia acababa de entregarle y, al llegar a la puerta, la dejó por un momento sobre la mesa de mosaico que había a un lado (era imposible seguir sosteniéndola mientras abría con la llave y, al mismo tiempo, procuraba evitar que Madeleine se escabullera).

Los perros estaban olisqueándole los tobillos, y les dio unas palmaditas en la cabeza antes de ordenarles que se quedaran allí fuera. Los dos se sentaron obedientemente y la miraron con ojos llenos de adoración.

Deseando para sus adentros que su madre fuera tan fácil de controlar como sus adorados niñitos, la llamó al entrar.

—*Maman!*

No obtuvo respuesta y, tras dejar la bandeja en una mesa, se dirigió al dormitorio. La encontró allí, sentada en una butaca, doblando una y otra vez la tela de su vestido con sus huesudos dedos. Le dolía verla vivir como un fantasma en una casa que nunca había sido su propio hogar. A veces fruncía el ceño, intentando ver mejor, y sus ojos iban entonces de acá para allá en busca de algo que le resultara familiar, algo que no iba a encontrar jamás, mientras murmuraba una y otra vez «Quiero ir a casa. Quiero ir a casa. Quiero ir a casa». Aunque ella tenía la sospecha de que la casa que su madre buscaba no era un lugar, sino que en realidad se buscaba a sí misma. La persona que había sido en el pasado. O la que quizá habría llegado a ser, o la que podría haber sido si hubiera tenido la oportunidad de serlo. Quién sabe.

—¿Te conozco? —preguntó Madeleine, con voz fina y quebradiza.

Clemence suspiró antes de contestar.

—Soy tu hija, ¿te acuerdas?

—No me mientas, ¡no lo eres! Ella se marchó sin avisar. —Rompió a llorar, empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás mientras exclamaba sollozante—: ¡Murciélagos! ¡Murciélagos!

Lo único que Clemence pudo hacer fue acariciarle la espalda, y a

través de la fina bata de algodón notó su huesuda espina dorsal y las terribles cicatrices. Cuando el llanto amainó y su madre la miró sonriente, ella le secó la cara con un trapo de franela y agarró un libro de plantas. A su madre le encantaban las flores y le gustaba deslizar sus trémulos dedos por las ilustraciones de rosas y delfinios.

Madeleine tocó las páginas del libro tentativamente, como si estuviera hecho de cristal; en un momento dado, alzó la mirada hacia ella y le dijo:

—Adèle, querida, ¡tendrías que haberme avisado de que venías! Habría preparado la habitación de invitados.

—Clemence, *maman*. ¿Te acuerdas?

Tragó el nudo que tenía en la garganta, pero no pudo reprimir las lágrimas que empañaron sus ojos. Aquellos breves momentos de lucidez la destrozaban siempre. Miró a su madre con una sonrisa y, secándose las lágrimas con disimulo, añadió:

—No te preocupes, *maman*, la habitación ya la he preparado yo.

9

Vicky

Jimmy estaba esperando en la puerta principal de la casa de Etta a las ocho en punto de la tarde, y Vicky se dirigió hacia la plaza con él. Estaba un poco decepcionada al ver que no lo acompañaba su amigo Tom, pero no dijo nada al respecto. Una vez en la plaza, se sintió cautivada por la febril atmósfera de aquella noche de calor tórrido: el ritmo pulsante de los tambores, los resonantes címbalos, el melódico sonido de las flautas, los muchachos de rostro pintado que bailaban sugerentemente mientras tocaban unas castañuelas.

El aroma a carne, canela y clavo impregnaba el aire. Vio que había gente sentada a lo largo de mesas comunitarias donde se compartían fuentes de cordero, cuscús y verduras. Se sentía como si estuviera flotando en una nube al pasar junto a cuentacuentos rodeados de multitud de personas que los escuchaban con fascinación, junto a mujeres sentadas en cuclillas que vendían unas planas hogazas de pan, junto a acróbatas de vistosa vestimenta que construían aterradoras torres de cuerpos humanos.

Enfilaron por una sinuosa y evocadora callejuela iluminada por faroles y se unieron a un grupo de unos doce jóvenes que estaban bebiendo cerveza. Se sintió un poco fuera de lugar y excluida mientras los veía charlar animadamente en aquel lugar que, de hecho, no era un bar, sino la habitación trasera de la casa de vete tú a saber quién.

—Mira, ¡ahí está Tom! —dijo Jimmy de repente.

Se acercaron al intenso joven inglés y ella lo saludó con cordialidad.

—Hola.

Estaba convencida de que se notaba lo atraída que se sentía por él, y se sorprendió al verlo responder con un vago ademán de la cabeza antes de alejarse. Lo siguió con la mirada sin saber por qué estaba mostrándose tan distante cuando, pocas horas atrás, la había tratado con tanta cordialidad, pero entonces se percató de que Jimmy estaba observándola detenidamente. Sintió que se le encendían las mejillas y le preguntó, un poco azorada:

—¿Qué pasa?

Él le guiñó el ojo y respondió en voz baja.

—No te lo tomes a pecho, Tom es así a veces. Tan ocupado y abstraído que no tiene tiempo de divertirse.

—Ah.

—¿No estás decepcionada?

—¿Por qué iba a estarlo? No lo conozco de nada.

—En fin, dime, ¿qué te trae a Marruecos?

—Ya sé que suena absurdo, pero quiero conocer a Yves Saint Laurent.

Jimmy soltó un sonoro silbido y le susurró al oído:

—Es un secreto a voces que todos los que estamos aquí somos… unos rebeldes, por decirlo de alguna forma.

—¿Como la Resistencia francesa durante la guerra?

—Algo así. Y nos vemos obligados a ocultar nuestra opinión.

—¿Ocultarla? ¿De quién?

—De cualquiera que no nos parezca de fiar.

—¿Por qué estás arriesgándote a contarme esto? —No estaba segura de hasta qué punto podía tomarse en serio lo que él estaba diciendo.

—He estado informándome. Ahmed es un amigo y eres la nieta de Clemence Petier, ella debe de tenerte bajo su protección.

—¿La conoces?

—He oído hablar de ella. Además, te alojas en el *riad* de Etta. Es una especie de bohemia de la vieja escuela, una persona creativa en plan Virginia Woolf y el círculo de Bloomsbury. No sé si lo sabes, pero es medio marroquí. Y está claro que no estarías en este ambiente si tuvieras vínculos con la derecha.

—A lo mejor soy una espía, quién sabe… —dijo ella.

—¿Lo eres?

—No. Pero, si lo fuera, no te lo diría, ¿verdad? Está claro que no tienes ni idea de cómo funciona el espionaje.

Él se rio al oír aquello y contestó sonriente:

—¿Y tú eres una entendida en la materia?

—¡Claro que sí! Entonces, ¿has estado recabando información sobre mí? ¡Me siento halagada!

—No te equivoques, tenía que hacerlo antes de traerte aquí conmigo. Todos tenemos bastante miedo, la verdad. La CIA y el servicio secreto francés tienen agentes encubiertos, así que nunca se sabe quién tiene buenas intenciones y quién nos tiene bajo vigilancia.

—¿Por qué lo hacen? O sea, ¿por qué os vigilan?

—Para poder detectar a simpatizantes de los comunistas. Los americanos están en contra de los comunistas, ya lo sabes. Tenemos amigos disidentes que se han enfrentado al Gobierno y han desaparecido sin dejar rastro.

—¡No me digas que los asesinaron! —exclamó, horrorizada.

—Eso es lo que creemos nosotros.

—¿Qué es lo que quieren los disidentes?

—Es complicado, pero, básicamente, educación para todos. El año pasado hubo disturbios en las calles. Los primeros ocurrieron en Casablanca, pero fueron propagándose a otras ciudades. Cada uno debe decidir en quién confiar y lo que quiere creer, por supuesto.

Vicky no esperaba oír nada parecido. Su abuela le había advertido que tuviera cuidado, ¿estaría refiriéndose a aquella situación?

—Tom y yo estamos intentando averiguar lo que le pasó realmente a Mehdi Ben Barka —añadió Jimmy.

—¿Quién es?

—Era un opositor al Gobierno, expresaba sus ideas bien alto y claro. Pero desapareció en una calle de París el año pasado y no se le volvió a ver desde entonces, nadie tiene ni idea de lo que le pasó.

—Ah. Sabía que Tom era periodista, ¿tú también lo eres?

—Activista, más bien.

Vicky lo miró en silencio mientras intentaba asimilar todo lo que acababa de oír, y respiró aliviada cuando un súbito runrún recorrió la sala. Una chica de lo más glamurosa con una llamativa nube de cabello cobrizo, enfundada en un vestido de seda escandalosamente transparente y unos zapatos de tacón dorados, acaparó todas las miradas al entrar.

—¡Eh, Frieda! ¿Has decidido pasarte hoy por los bajos fondos? —le preguntó uno de los muchachos.

Ella le lanzó un beso y se sacó del bolso una pitillera de marfil antes de contestar, con un meloso acento texano:

—¿Tienes fuego, cielo? —Esperó mientras Jimmy le encendía un cigarrillo, y entonces procedió a insertarlo en la boquilla—. Un amigo mío organiza una fiesta en el Palmeral este domingo por la tarde, ¿te apuntas? Será el no va más, te lo prometo. Ya has estado allí alguna vez, Jimmy.

—No sé, puede que vaya.

—Perfecto. Tráete a tu amiga. —Miró a Vicky y le dijo, con una sugestiva carcajada—: ¡Ven a descubrir el placer del *dolce far niente*!

—El dulce placer de no hacer nada —murmuró Jimmy.

Frieda miró a Vicky con curiosidad y preguntó:

—Bueno, dime, ¿quién eres tú? ¿Qué haces con este inglés andrajoso?

—Vicky Baudin, soy diseñadora de moda. —Era la pura verdad, pero sonó un poco falso.

—En ese caso, estás en el lugar idóneo, cielo. —Frieda la miró de arriba abajo—. Qué lástima que no seas más alta.

Vicky siempre procuraba mostrar seguridad en sí misma, al menos

de cara al exterior, pero se sentía empequeñecida y estúpida ante la apabullante seguridad de aquella mujer.

—Cuánto siento que mi estatura no dé la talla —contestó, bastante molesta.

—No te enfades conmigo, cielo, no lo he dicho de mala fe. Es que necesito modelos, a eso me refería. Ven a la fiesta. Ponte tus mejores galas y, si no tienes nada adecuado, pásate por mi tienda. Frieda's Frocks. Está en Guéliz, la ciudad nueva. Tengo unos vestidos tradicionales bordados y fabricados en seda preciosos, te quedarían fabulosamente bien. Un quince por ciento de descuento en la primera compra. —Mientras hablaba, la condujo a un banco de hierro forjado cargado de mullidos cojines estampados.

Frieda resultó ser más agradable de lo que había parecido en un primer momento, estaba claro que no había que juzgar a los demás precipitadamente. Según explicó, llevaba años en Marruecos. Allí había conocido a Youssef, quien procedía de una familia marroquí adinerada vinculada con el sultán y no tenía necesidad de trabajar. Había sido él quien había aportado el capital para montar Frieda's Frocks, y llevaban juntos desde entonces.

—Huelga decir que no le está permitido casarse conmigo; una forastera y, por si fuera poco, blanca. Las relaciones interraciales no están bien vistas.

—¿Y eso no te afecta? —A Vicky le vino a la mente Etta, pero esta se había criado en Nueva York.

—¿De qué me serviría pasarlo mal?

Siguieron conversando, y Vicky empezó a abrirse poco a poco.

—Me encanta la aventura —admitió—, y estoy totalmente decidida a llegar lejos.

—Eres igualita a mí, tienes empuje. A diferencia de algunos, yo no procedo de una familia adinerada. —Frieda hizo una pequeña pausa antes de añadir—: Oye, ¿por qué no me enseñas algunas muestras de tu trabajo?

—¡Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! Pásate mañana por la tienda. Tengo una costurera que me hace unos trabajos de primera, puede que incluso podamos preparar unas muestras para ver si tienen éxito. En fin, me voy ya. A ver si encuentro a Youssef. Nos vemos mañana, Vicky. Ah, y ven a la fiesta del domingo, Jimmy sabe dónde está la casa de mi amigo.

Se marchó por una habitación del fondo y Vicky no volvió a verla aparecer. Cuando le preguntó a Jimmy por ella, este contestó:

—No te dejes engañar por las apariencias. Sí, le gusta pavonearse, pero tiene buen fondo y está bien relacionada. Conoce a todas las figuras prominentes de la alta sociedad.

—¿Como quién?

—Yves, querida mía. Frieda podría ayudarte a conocerlo.
—Me ha invitado a ir mañana a su tienda.
—¿Te llevo en mi coche?
—¿Lo dices en serio?
—¿Nos vemos a las diez en la calle principal?
Vicky lo miró sonriente y accedió encantada.

Al día siguiente, mientras esperaba en la quietud de la calle, Vicky contempló con nerviosismo a un par de ciclistas que parecían demasiado mayores para circular, un tanto tambaleantes, en bicicletas que también tenían sus años. Poco después, un camión cargado de planchas de madera atadas precariamente con cuerdas pasó en dirección a la ciudad vieja de Marrakech. Hacía mucho calor a pesar del color gris plomizo del cielo, quizá se avecinaba lluvia. A las diez y media, cuando estaba mirando la hora en su reloj por enésima vez —tenía por costumbre ser puntual—, Jimmy apareció en un maltrecho Citroën amarillo y se detuvo con un sonoro frenazo.

—¡Tachán! —La miró con ojos chispeantes a través de las gafas mientras la saludaba con la mano por la ventanilla abierta. Su pelirrojo cabello estaba desmadejado—. ¡Bienvenida a mi limusina!

Vicky se echó a reír.

—¡Madre mía! ¿Este cacharro funciona de verdad?

—¡No insultes a mi tesorito! Sí, puede que haya visto días mejores, pero tiene sentimientos.

—Ah, vale, es un coche sensible —contestó ella con ironía, antes de montarse.

Tras dos intentos fallidos, Jimmy consiguió arrancar y puso rumbo a Guéliz.

—Compré a mi tesorito en París. Desde allí viajé hacia el sur por España, y llegué a Marruecos en ferri. Ahora lo comparto con Tom.

Conforme fueron acercándose a la ciudad nueva, Vicky vio amplias avenidas bordeadas de árboles y conectadas mediante rotondas, igual que en París. La zona estaba repleta de elegantes edificios de apartamentos, grandes parques abiertos, preciosos jardines, villas de estilo *art déco* y modernas tiendas. Estaba a un mundo de distancia de las serpenteantes callejuelas de la medina y de los zocos.

—Esta parte nueva la construyeron los franceses a principios de los noventa —le explicó Jimmy.

—Ah, entonces no es tan reciente.

—No.

Vicky tamborileó en el salpicadero con los dedos, estaba impaciente por mostrarle algunos de sus diseños a Frieda. No es que fuera la oportunidad del siglo, pero era un primer pasito y no quería ni

plantearse un posible fracaso. Frieda había acertado al decir que era una mujer con empuje. Había querido llegar lejos desde muy niña, desde que tenía que aguantar a diario que sus compañeros del cole se rieran de ella llamándola *bâtarde*. Se burlaban porque su padre había muerto y se llevaban un dedo a la sien, indicando que había recibido un tiro en la cabeza.

En aquel entonces, apretando los dientes y llena de furia, se había jurado a sí misma que les demostraría a todos ellos de lo que era capaz.

Las crueles palabras de sus antiguos compañeros de colegio resonaron en su cabeza, pero no solía dejar abierta durante demasiado tiempo aquella puerta que daba al pasado y, después de cerrarla con determinación, se centró en mirar por la ventana.

Poco después, Jimmy aparcó y le indicó dónde estaba la tienda de Frieda.

—Iré a tomar un café, nos vemos aquí en media hora.

Aferrada con fuerza a su carpeta, Vicky intentó entrar primero por la puerta principal, pero estaba cerrada y no alcanzaba a ver si había luz dentro del local. Se sintió como una tonta estando allí plantada, totalmente sola, y echó una mirada alrededor para ver si alguien estaba observándola. A lo mejor se había confundido de hora, ¿habían llegado demasiado pronto? No se veía a nadie por la calle, así que aguzó la mirada y apoyó la frente en la ventana. No, no había luz en el interior. Conforme sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, lo único que vio fueron percheros vacíos, papeles amontonados sin ton ni son y cajas tiradas por el suelo. ¿Se habría equivocado de lugar? Pero Jimmy conocía la tienda y le había indicado que era allí. Se sintió profundamente decepcionada. Pero entonces, al contemplar con mayor detenimiento aquel desorden, empezó a alarmarse y se le formó un nudo en el estómago. Lo que estaba viendo era un completo caos, el lugar estaba hecho un desastre. ¡Ay, Dios…! ¡Una huida frenética! Frieda no había mencionado en ningún momento que tuviera intención de marcharse, no lo había insinuado siquiera.

Esperó frente a la tienda durante media hora por si acaso, paseando de un lado a otro, y de repente vio a un individuo reflejado en la ventana. Un desconocido que tenía la cabeza rapada y un rostro delgado de mejillas enjutas, un rostro poco amigable que se reía de ella y que le puso los pelos de punta. Se giró hacia él de inmediato, pero no lo vio por ninguna parte. El calor era abrasador, mucho peor que en la medina; con tan poca sombra y tantos reflejos en el cristal de la ventana, el hombre debía de haber sido fruto de su imaginación. Estaba chorreando de sudor bajo el holgado vestido de algodón que llevaba puesto, era hora de regresar al Citroën amarillo de Jimmy.

En cuanto llegó, le contó lo de la tienda y lo del hombre que había

creído ver, y él guardó silencio mientras miraba alrededor con semblante grave.

—¿Qué buscas? —Al ver que él no contestaba, añadió—: Frieda me dijo que estaría aquí. Pero la verdad es que da la impresión de que han vaciado la tienda, parece arrasada. No lo entiendo, me dijo que nos veríamos aquí hoy. ¿Habrá sufrido un atraco?

—No lo sé. Entra en el coche. Tengo que pensar y no podemos hablar de esto en la calle.

Pero Jimmy siguió mostrándose taciturno y parco en palabras incluso dentro del coche, y ella insistió.

—Es muy raro que Frieda se haya esfumado sin más, ¿verdad? Me comentaste que algunas personas habían desaparecido.

—Sí, así es. No sé en qué estaría metida Frieda ni con quién estaría involucrada, pero tengo mis sospechas.

Permanecieron en silencio durante el resto del trayecto, pero, en un momento dado, Vicky se dio cuenta de que él miraba cada dos por tres por los retrovisores y que se había puesto tenso. Con una inquietud creciente revolviéndose en su estómago, se volvió a mirar por encima del hombro y vio un todoterreno verde a unos cuarenta metros de distancia.

—Me parece que nos están siguiendo —afirmó Jimmy.

—¿En serio? —Lanzó otra mirada hacia atrás. El todoterreno tenía las ventanillas tintadas, lo que resultaba muy extraño en un vehículo de aspecto tan robusto.

—Han hecho los mismos virajes que yo. Como te comenté antes, comparto este coche con Tom. Si han estado vigilándolo, quizá crean que es él quien va al volante.

—¿Es posible que seas tú quien está bajo vigilancia?

Jimmy no contestó y, segundos después, masculló entre dientes:

—Ay, Dios, ¡lo sabía! ¡Agárrate fuerte!

El todoterreno verde se acercaba de repente a toda velocidad. Vicky se puso rígida, el corazón le martilleaba en el pecho con fuerza. Su cuerpo entero se sacudió cuando el todoterreno los embistió desde atrás, su cabeza dio un fuerte latigazo. Se oyó un sonido ensordecedor cuando los embistió por segunda vez. Jadeante, luchando por respirar, se aferró a los bordes de su asiento mientras el impacto la sacudía de nuevo. Vio que el todoterreno se alejaba ligeramente y se preguntó esperanzada si todo había terminado, si el susto había pasado ya. Pero sus esperanzas quedaron destruidas en un abrir y cerrar de ojos: cuando no había tenido ni tiempo de comprender lo que estaba sucediendo, el todoterreno embistió de nuevo y golpeó con fuerza el lateral del Citröen. La mente se le quedó en blanco, sus músculos se quedaron sin fuerzas. Tan solo era consciente de la tremenda fuerza del impacto, del crujido del metal aplastado. Oyó que alguien gritaba

y se dio cuenta de que era ella misma, era ella quien gritaba. Una nueva poderosa embestida bastaría para aplastarlos y matarlos. Estaba pegada contra la puerta y tenía el pecho constreñido, no podía respirar. El olor químico a rueda quemada y a metal destrozado lo inundaba todo. El Citroën se sacudió, empezó a ladearse y, con un súbito temblor, terminó por ceder. Ella gritó de nuevo. Y el Citroën se precipitó a la cuneta mientras el todoterreno se alejaba a toda velocidad.

10

Vicky y Jimmy salieron con dificultad del maltrecho coche. Trémulos, sin aliento, se aferraron el uno al otro y permanecieron allí, doblados hacia delante en la cuneta. Vicky no podía hablar, jadeaba como un animal, temblaba de pies a cabeza a pesar del calor.

—Es por la impresión —dijo él, una vez que recobró el aliento y se incorporó.

Ella tragó saliva con dificultad y se llevó una mano al costado.

—¿Te duele? —preguntó él.

—No, no mucho.

—Tienes sangre en la mejilla.

—No es nada, me duele un poco la pierna.

—Déjame ver. —Le revisó el tobillo y la pantorrilla—. Quizá te salga un morado, nada grave.

—¿Qué hacemos ahora? —Estaba demasiado asustada como para avergonzarse por las lágrimas que le inundaban los ojos y le bajaban por las mejillas.

Él respondió tomándola de la mano y preguntando con voz suave:

—¿Puedes caminar?

Cuando ella le aseguró que sí que podía, la condujo hasta la carretera y extendió el pulgar.

—¿Vamos a hacer autostop? ¿Es seguro? —preguntó ella.

—¿Tienes una idea mejor?

Vicky se secó las lágrimas con furia mientras esperaban, pero no dejaban de brotar.

—No entiendo por qué no puedes dejar de llorar, me está poniendo nervioso.

—¡Y a mí me pone nerviosa que me saquen de la carretera a embestidas!

—Perdona.

Diez minutos después, un camión se paró a recogerlos y poco después estaban en el *riad* de Etta, quien, vestida de negro como de costumbre y pertrechada con todos sus anillos de plata, los revisó a ambos de pies a cabeza antes de decretar, con un teatral suspiro:

—Bueno, al menos la cosa no ha ido más allá de unos cortes y unos moratones. Tenéis mucha suerte de no haberos roto el cuello. Querida, ¿qué diantre ha pasado? ¿Ha sido una broma de mal gusto?

Vicky apenas podía articular palabra y solo alcanzó a negar con la cabeza, pero por lo menos había dejado de llorar.

—Tengo que ir a avisar de que vayan a recoger el coche —dijo Jimmy, antes de volverse a mirarla—. ¿Te importa que me vaya?

—Sigo sin entender por qué han hecho algo así —contestó ella, desconcertada.

—Porque querían darnos un susto.

—¿Has reconocido al conductor? —preguntó Etta.

—No, llevaban las lunas tintadas —dijo él.

—Pero ¿qué tengo yo que ver en todo esto? —insistió Vicky—. ¡Podrían haberme matado! ¡Podrían habernos matado a los dos!

—Has sido un daño colateral —contestó él—. Estoy…

Etta le interrumpió, dio la impresión de que quería cerrarle la boca.

—No te preocupes, Jimmy, yo me encargo de que Vicky descanse por hoy. Al fin y al cabo, mañana por la mañana llega su prima en el tren nocturno y tiene que ir a recogerla a la estación.

—Llegaremos al fondo de este asunto, Vicky, te lo prometo —afirmó él—. Y también voy a intentar averiguar qué está pasando con la tienda de Frieda. —Le dio unas torpes palmaditas en el hombro y se marchó.

Sus palabras no aliviaron lo más mínimo la desazón que la atenazaba y pasó el resto del día acostada en su cama, reviviendo una y otra vez lo ocurrido. Podría haber muerto, resultaba difícil de creer. Y Bea, ¿cómo iba a recibirla después de semejante día? ¿Hasta qué punto sería prudente contarle lo ocurrido? No quería asustarla con la verdadera causa de sus piernas amoratadas y el corte de la mejilla, pero, por otra parte, tampoco podía mentir. Bea tenía que estar al tanto de los peligros a los que ella también podría estar enfrentándose. ¿Había sido egoísta por su parte invitarla? Lo había hecho porque necesitaba compañía y había pensado que su prima necesitaba en igual medida la distracción, ya que, un par de semanas atrás, estando en Londres, había recibido una llamada suya.

Llorando desconsolada, Bea le había explicado entre sollozos que había suspendido los exámenes. «¡Y mi mejor amiga lo aprobará todo con muy buena nota! ¡Me quiero morir!», había repetido una y otra vez. Y había sido entonces cuando ella le había propuesto que viajara también a Marruecos.

A la mañana siguiente, Vicky oyó que alguien llamaba a la puerta del apartamento a una hora muy temprana y fue a abrir. Era Ahmed,

quien explicó que había ido a Marrakech para recoger una cosa que Clemence necesitaba y que aprovecharía para llevarla a la estación a recoger a Beatrice. El ofrecimiento la tomó por sorpresa. Tenía pensado tomar un taxi y, a decir verdad, habría preferido que él no hubiera hecho acto de aparición…, sobre todo porque la tirita que llevaba en la mejilla la obligó a contarle lo ocurrido.

—Su abuela es una buena mujer, tiene que contárselo —afirmó él, ceñudo.

Vicky frunció el ceño a su vez y bajó la mirada al suelo antes de refunfuñar:

—Preferiría no hacerlo.

—Si no lo hace usted, lo haré yo —le advirtió él.

Ella alzó la mirada de nuevo al oír aquello y alegó:

—De todas formas, lo más probable es que se lo cuente Etta.

Ahmed suspiró profundamente y dijo, con clara desaprobación:

—Siempre es mejor ir con la verdad por delante.

Cuando llegaron a la estación, él tomó la iniciativa y Vicky lo siguió mientras se abrían paso entre el bullicioso gentío. El aire estaba muy cargado y la hizo toser, el penetrante humo de tabaco se entremezclaba con el olor a piñas maduras. Justo en el centro de aquella congestión había un anciano sentado en el suelo, cortando en porciones la fruta que vendía en conos de papel. Había bastantes europeos, y se oían también algunos acentos americanos.

—¿Te molesta que tantos extranjeros vengan a tu país? —le preguntó a Ahmed, quien se limitó a encogerse de hombros—. Venga, ¡puedes decírmelo sin tapujos!

—Bueno, supongo que traen dinero. Trabajo para la gente de aquí.

—¿Qué opinas de mi abuela?

—Ella nació aquí, lleva aquí toda su vida. Para ella no es una moda pasajera. Venga, sígame.

Para cuando llegaron finalmente al andén, el tren nocturno ya estaba allí. La cuestión era encontrar a Bea… Deseosa de verla y con la preocupación de que no lograran verse entre aquella aglomeración de gente, la buscó con la mirada, consciente de que su prima era capaz de marcharse con la primera persona que le mostrara algo de amabilidad. Pero entonces la vio, arrastrando una maleta tan llena que parecía estar a punto de reventar. Le hizo gestos con la mano para llamar su atención y echó a correr hacia ella. Alta y delgada, su prima era la viva estampa de la modelo Pattie Boyd: guapa, ojos azules, delicada complexión de alabastro, larga cabellera rubia con las puntas hacia arriba. Ella siempre había envidiado su pelo…, por no hablar de su constitución a prueba de bomba y de esa capacidad que tenía para comer de todo sin ganar ni un kilo, mientras que ella vivía en una constante pugna por no aumentar de peso.

Se dieron un afectuoso abrazo. Bea iba enfundada en un vestido sin mangas de estilo bohemio en colores dispares y estaba fabulosa, llevaba su larga cabellera lisa y bien peinada. Ni siquiera se le habían descolocado las pestañas postizas, lo que era una verdadera proeza después de viajar en el tren nocturno. Su prima se abanicó con la mano y, con ojos llenos de excitación, exclamó sin aliento:

—Madre mía, ¡ya estoy sudando! ¡Qué calor hace tan temprano! ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Es una larga historia, después te la cuento.

Pero Bea apenas estaba escuchándola y siguió como si nada:

—¿Marruecos es tan romántico como imaginábamos? ¿Has conocido ya a Yves Saint Laurent? ¡No he pegado ojo en el tren! Ay, Dios, estoy aquí, ¡no me lo puedo creer! Aunque he pasado miedo, la verdad, sobre todo en Tánger. ¿Tú no? ¿Te impresionó tanto como a mí?

Bea tenía diecinueve años, tres menos que la propia Vicky, y su juventud quedaba patente mientras las palabras brotaban de sus labios a toda velocidad.

—Bea, ¡pon el freno! —exclamó sonriente—. Solo llevo unos días escasos aquí, así que no, no he conocido aún a Yves, pero tengo un lugar muy cómodo donde podemos alojarnos las dos y una fiesta a la que asistir el domingo.

Bea aplaudió como una niñita entusiasmada.

—¡Qué bien! ¡Estoy deseando ir! Lo pasaremos genial, ¿verdad? ¿Qué tienes pensado ponerte? He traído un vestido de fiesta, es naranja…, bueno, anaranjado y amarillo con algo de azul. Y unas sandalias plateadas. Había unas doradas que me convencían más, pero no tenían mi número. El dorado pega más con el naranja, ¿verdad?

—Me estás agotando, Bea. Tómate un respiro.

Pero dio la impresión de que su prima ni siquiera la había oído.

—¿El ambiente es frenéticamente bohemio? O sea, ¿está tan lleno de escritores, artistas y tal como imaginábamos? ¿Todo el mundo fuma hachís? Mi madre debe de estar tirándose de los pelos, y la tuya también. Por cierto, tengo que comprar un sombrero; de ala ancha, para que el sol no me dé en la cara. Y un pañuelo para el cuello, de seda. O de algodón.

Siguió parloteando sin parar durante el trayecto en coche. Ahmed aparcó tan cerca como pudo del *riad* de Etta, ni a doscientos metros de distancia, y se ofreció a llevar la maleta.

—Uy, ¡gracias! —contestó Bea con coquetería.

Pero Vicky se hizo con la maleta y dijo con firmeza:

—No digas tonterías, seguro que Ahmed tiene cosas que hacer. Además, estamos a un paso de la casa. ¡Hasta la vista, Ahmed!

Él se despidió y se marchó para encargarse de sus tareas antes de emprender el viaje de regreso a la casba. Poco después, cuando las dos

estaban recorriendo una estrecha callejuela —Bea seguía haciendo comentarios sobre todo lo habido y por haber—, Vicky oyó de repente unos gritos y el barullo de una pelea. Alzó una mano para silenciar a su prima y susurró:

—¡Shhh! ¿Has oído eso?

—¿El qué?

—No lo sé, pero no sonaba nada bien.

Al doblar la esquina de la casa de Etta, vieron algo tirado en el suelo, justo delante de la puerta, y Vicky aguzó la mirada y vio que se trataba de una cesta de mimbre volcada. La mitad del contenido estaba esparcido por el suelo, algunos de los paquetes se habían abierto y lo que había en el interior estaba siendo devorado por un perro famélico que les gruñó al verlas acercarse.

—Uy, ¡pobre animal! Está muerto de hambre, ¿podemos…?

—No, no podemos rescatar a todos los animales callejeros que encuentres.

Entre aquel revoltijo de comida echada a perder y a medio comer, Vicky vio que había media docena de naranjas perfectas. Pero, a pesar de lo lustrosas y jugosas que eran, a alguien no le había parecido necesario recogerlas… o quizá le había resultado imposible hacerlo. Se quedó mirándolas en silencio, preguntándose qué diantres habría sucedido allí.

11

Clemence

Kasbah du Paradis

Clemence tomó el grueso sobre que Ahmed acababa de llevarle y deslizó una uña bajo la solapa para abrirlo. El envoltorio de uno de los puros de La Habana de su padre cayó sobre la mesa. Presa de una inquietud creciente, volvió a percibir aquella sutil mezcla de olores que impregnaban el despacho de su padre…: el humo de los puros, los albaricoques maduros, el cuero lubricado. Sacó del sobre una hoja blanca de papel, la desdobló y contuvo el aliento al leer el mensaje que contenía:

Crees que te has salido con la tuya, ¿verdad?

Las fotografías todavía seguían atormentándola y aquel segundo sobre ya fue demasiado. ¿Quién estaría detrás de todo aquello?, ¿quién querría asustarla de semejante forma? Porque, fuera quien fuese, estaba logrando su propósito. Estrujó la nota con manos trémulas y la echó a la papelera, y entonces dirigió de nuevo la mirada hacia el sobre que contenía las fotos. Lo tomó y fue extendiéndolas sobre el tocador con la esperanza de descubrir alguna pista, algo que indicara o confirmara quién las había enviado. Y, más importante aún: que la ayudara a comprender el porqué. Había ocho en total. En dos de ellas aparecía el precioso edificio ornamentado de la vieja villa francesa de la familia; en otra, el despacho de su padre tras ser arrasado por el fuego; las otras eran de los huertos de árboles frutales y los jardines, y entre ellas había una donde salía el pozo. Había luchado por borrar el pasado, pero su mente se resistía a hacerlo.

Aunque Patrice Callier no había dicho nada que indicara que estaba enterado de lo que había ocurrido en el pasado, ella se había sentido desasosegada desde que lo había visto aparecer en la casba. A los setenta años, Patrice seguía teniendo la misma mirada descarada de antes, la mirada de un hombre que no dudaría en pasarse de la raya. Contempló de nuevo las fotos y se mordió el interior de la mejilla hasta que sintió el sabor de la sangre, recordó cómo era de niño: solitario, huraño, obsesivo. No estaba segura de que hubiera sido Patrice quien había mandado las fotos, pero ¿y si realmente había sido él? ¿Y si estaba allí para una confrontación? La mera posibilidad le revolvía el estómago.

Necesitaba con desesperación un buen amigo, alguien que la amara como ella deseaba ser amada. Alguien que la abrazara y le dijera que todo iba a salir bien cuando salieran a la luz los terribles secretos que había estado ocultando durante tanto tiempo. Pero, cuando había tenido esa oportunidad única en la vida, el miedo la había paralizado. En aquel entonces era una mujer extraña y solitaria, y estaba tan desesperada por ocultar la verdad que había apartado de su lado al único hombre al que se había permitido amar. Y ahora desearía poder viajar hacia atrás en el tiempo.

Estiró la espalda y rotó los hombros para aliviar la tensión y el miedo tenaz que se le enroscaba en las entrañas. El dolor del pasado había ido volviéndose más y más poderoso conforme más había intentado reprimirlo. Había luchado con todas sus fuerzas por conservar la cordura y también por sobrevivir, y temía no tener ningún control de la situación si el pasado lograba salir a la superficie de nuevo. Alejó de su mente los recuerdos, metió las fotografías en el sobre y las guardó de nuevo en el cajón. No había encontrado nada, ninguna pista, pero estaba convencida de que con la imagen del estudio calcinado de su padre se le quería transmitir un mensaje.

Cuando Ahmed regresó de nuevo por la tarde, fueron a sentarse al patio privado, donde la fresca fragancia de los cítricos se entremezclaba con el dulzor del jazmín y las rosas. Mientras disfrutaban del zumo de naranja recién exprimido que les sirvió Nadia, él le entregó un paquete de la farmacia de Marrakech con la medicación para Madeleine y le contó lo del accidente de Vicky.

—¿Seguro que ha sido un accidente? —preguntó ceñuda, al notar cierto titubeo en su voz.

—No, *madame* —admitió él tras vacilar por un instante—. Por lo que parece, han embestido el coche hasta sacarlo de la carretera.

—¡Santo Dios! ¿Qué hago yo ahora?

—Ella está bien. Un poco magullada, nada más.

El primer impulso de Clemence fue ir a ver a su nieta cuanto antes, pero ¿sería aconsejable volver a dejar sola a Madeleine? Le gustaba

encargarse de bañarla ella misma antes de acostarla, y sentarse junto a su cama para cantarle con suavidad mientras se dormía. ¿De qué serviría marcharse sin más y dejar sola a su madre? No podía salir corriendo rumbo a Marrakech cada vez que pasaba algo, Vicky empezaría a depender demasiado de ella; además, Etta estaba pendiente de ella.

Pero, aun así…, se debatía en la indecisión, porque el hecho de que te embistieran y te sacaran de la carretera no era una insignificancia ni mucho menos. ¿Quién habría podido hacer algo semejante?, ¿por qué motivo?

—Creo que debería ir —afirmó finalmente con un suspiro.

—¿Por qué no deja la decisión para mañana? —propuso Ahmed—. Hasta entonces, Etta se encargará de cualquier cosa que pueda necesitar su nieta.

Al día siguiente, Clemence estaba tan nerviosa que no podía quedarse quieta. Pasó un rato quitando malas hierbas para atarearse con algo e incluso intentó recortar con renuencia la mata de madreselva, que había crecido demasiado, pero no tardó en rendirse y, con una taza de café bien intenso en la mano, se sentó a leer una novela: *El mago*, de John Fowles. Aunque aquel *thriller* sobre un joven inglés que aceptaba un puesto de profesor en una remota isla griega era fascinante, no quedó absorbida en su lectura porque la preocupación por Vicky no dejaba de rondarle la mente.

Dejó el libro a un lado, se levantó de la silla y contempló los muros del patio, teñidos de oro bruñido por el sol que los bañaba. El contraste con la fresca zona umbría donde estaba el diván de Madeleine resultaba espectacular y, aunque esta dormía plácidamente con el arrullo del agua de la fuente como relajante sonido de fondo, decidió que ya era hora de llevarla dentro.

Después de dejarla al cuidado de Nadia, salió a recorrer los jardines. El cielo estaba increíblemente azul, las montañas parecían descoloridas. Cuando el calor se hizo insoportable, entró de nuevo con un vaso de agua en la mano. Seguía sin poder reconectar con su plácida vida habitual. Tenía que ir a Marrakech, y punto. Era una pérdida de tiempo seguir titubeando.

Al llegar a casa de Etta le presentaron a Beatrice, y le resultó difícil ocultar su sorpresa ante su belleza despampanante.

—Hola, ¡encantada de conocerte! —La joven sonrió con nerviosismo y le estrechó la mano mientras seguía hablando sin freno—. Qué horrible lo del coche, ¿verdad? ¡No me lo podía creer! ¿Qué opinas

tú? Le he dicho a Vee, y la verdad es que no se lo he dicho una sola vez, sino varias, en fin, le he dicho que tiene que…

Vicky se apresuró a intervenir.

—¡Olvidemos lo del accidente!

Clemence suspiró y contestó con serenidad.

—¿Se sabe si los daños del coche son irreparables?

—Aún no, pero creo que Jimmy lo tiene en el mecánico.

—Ah, el Citroën amarillo de Jimmy Petersen. Lo he visto alguna que otra vez.

—Sí, es ese —asintió Vicky—. ¿Conoces a Jimmy?

—Solo de vista.

—Bea y yo íbamos a ir de compras ahora que no hace tanto calor, ¿te apuntas? —Titubeó y añadió con cierta timidez—: Qué tonta soy, no se me ha ocurrido preguntarte cómo quieres que te llame. *Grand-mère* suena muy formal.

—«Clemence» está bien.

La rapidez con la que se había recuperado su nieta le parecía fascinante y comparó mentalmente a las dos primas. Se preguntó qué rasgos innatos compartía Vicky con Bea por haberlos heredado de su familia materna… y cuáles eran los que compartía con ella porque procedían de Victor.

Vicky la arrancó de sus pensamientos al tocarle ligeramente el brazo.

—Queremos encontrar un sombrero y un pañuelo que combinen con un vestido naranja de Bea. Podrías venir y ayudarnos a elegir, si quieres.

Aunque le preocupaba la seguridad de su nieta, era vigorizante estar en compañía de gente joven. Y no es que quisiera volver a ser una muchachita, pero resultaba tentador disfrutar, aunque solo fuera por un rato, de la vitalidad que desprendían mientras revoloteaban de un puesto a otro en los zocos. Bea tenía un entusiasmo infantil que resultaba contagioso, y terminó encontrando un sombrero y un pañuelo azul con estampado floral; según ella, el pañuelo en cuestión era «lo más de lo más», y su entusiasmo se disparó al ver que se lo dejaban a mitad de precio por una tara en el estampado.

Hacía tanto calor como de costumbre y, en un momento dado, Clemence se percató de que el constante parloteo de la joven iba amainando mientras seguían yendo de un puesto a otro. Después, cuando iban de regreso a la plaza principal y vieron a Ahmed acercándose, Vicky lo saludó con la mano, pero Bea quedó un poco rezagada y se quejó de un súbito dolor de cabeza.

—Por el amor de Dios, Bea, ¿podrías dejar de hablar por un segundo? —rezongó Vicky con irritación.

—¡Me duele la cabeza! No estoy acostumbrada a este calor,

¡tendrías que ser más comprensiva conmigo!

—Beatrice, me conoces de sobra. Si lo que querías era comprensión, tendrías que haberte quedado en tu casa de Devon con la tía Florence y el tío Jack.

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —exclamó Bea, mohína.

La conversación entre ambas primas hizo sonreír a Clemence, quien se volvió hacia ellas y propuso:

—¿Os apetece un café?

Vicky le explicó lo del dolor de cabeza de Bea, y Clemence asintió.

—Pobrecilla. En ese caso, Ahmed puede encargarse de llevarla a casa y, de camino, comprarle unas aspirinas. Tienes que beber bastante agua, querida. Vicky, nosotras podemos ir al Café de France. ¿Os parece bien?

Una vez en la plaza, condujo a su nieta a una de las mesas dispuestas bajo una marquesina en la terraza de la cafetería. Pidió para las dos y, cuando el camarero regresó con los granizados de café y los cruasanes de almendra en una bandeja de plata, se tomó unos momentos para observar a su nieta, quien procedió a comer su cruasán con apetito mientras contemplaba a su vez las escenas que se desarrollaban alrededor.

—¡Está buenísimo! —afirmó Vicky al fin, antes de tomar un sorbito de granizado—. Y esto también.

—Es por el helado artesanal que usan, se elabora aquí.

Se quedaron de nuevo en silencio y Vicky siguió contemplando a los transeúntes. A Clemence le habría gustado saber más sobre ella, sobre su vida, y querría hacerle todo tipo de preguntas; pero, por otro lado, la presencia de su nieta la perturbaba. Tenía muy presente en su mente a Victor y, aunque jamás había hablado de él con nadie, en ese momento se debatía sin saber qué hacer. ¿Hasta qué punto podía revelarle la verdad a su nieta?

—Sé que estás deseando enterarte de todo —dijo al fin—, y habrá tiempo para eso.

Antes de que pudiera formular sus siguientes palabras, se dio cuenta de que alguien estaba acercándose a la mesa. Alzó la mirada y lo vio allí parado, pasándose una mano por su plateado cabello.

—Perdón por la interrupción —dijo el recién llegado, con una amplia sonrisa.

La recorrió un escalofrío. Había albergado la esperanza de no tener que volver a verlo.

—¿Todavía sigues así? —le preguntó con voz gélida.

—Sí.

Clemence tragó con dificultad, intentando ocultar su desazón.

—Vicky, te presento a Patrice Callier. También es francés.

—Antiguo capitán del Ejército francés —afirmó él con ojos

chispeantes—. He pasado muchos años lejos de Marruecos, pero decidí regresar hace poco. Cabos sueltos por resolver, por así decirlo. Encantado de conocerte, Vicky.

Esta contestó asintiendo con la cabeza, y él añadió:

—Y ¿qué te trae por…?

Clemence lo interrumpió.

—¿Ahora eres aficionado a la fotografía? —Dirigió la mirada hacia la cámara que él llevaba al hombro, se preguntó para sus adentros si habría alguna relación con las fotografías.

—Sí, es una afición mía, pero en estos últimos años he sido tratante de arte.

Clemence consultó la hora en su reloj de muñeca y exclamó, sin mirarlo a los ojos:

—Vaya, ¡qué tarde es! Mis disculpas, Patrice. —Se levantó a toda prisa y extendió una mano hacia Vicky, quien echó su propia silla hacia atrás y se levantó también. Vio por el rabillo del ojo que él las observaba sin perder la sonrisa en ningún momento—. Me había olvidado por completo, pero tenemos que ir a hacer un recado urgente. ¡Cuánto lo siento!

—En otra ocasión, quizá. —Se despidió de ellas con una ligera inclinación—. Me disculpo de nuevo por la intrusión. Ha sido un placer volver a verte, Clemence. Y conocerte, Vicky.

Se marchó sin más y ellas se fueron a su vez de la cafetería. Clemence sentía la necesidad de disipar los nervios acumulados por su repentina aparición y no se dio cuenta de que estaba caminando a toda velocidad.

—¡No tan rápido! —protestó Vicky—. Hace demasiado calor para ir tan deprisa.

Clemence se detuvo, pero no pudo evitar recorrer la plaza con la mirada para ver si él todavía seguía allí.

—¿Estás bien? —le preguntó su nieta con preocupación—. Se te ve muy apremiada.

—Sí, estoy bien. Es que hoy no estaba de humor para aguantar a Patrice.

—Ah, pensaba que era un amigo tuyo.

Ella titubeó, pero alcanzó a esbozar una sonrisa y contestó con sinceridad.

—No, no lo es.

—¿No te cae bien?

Clemence contuvo a duras penas una oleada de náuseas, pero recobró fuerzas suficientes para decir:

—No se trata de eso. En absoluto. Es cosa mía.

Vicky la miró con suspicacia.

—¿Tú y él estuvisteis…? Ya sabes.

Clemence ignoró la pregunta, dio media vuelta y echó a andar de nuevo.

—¡Voy a llevarte a la azotea! —le dijo por encima del hombro—. A veces va bien tener una visión amplia de lo que te rodea.

Al llegar al *riad*, la condujo por otra escalera zigzagueante que conducía a la azotea y al jardín secreto de Etta, quien, a la sombra de una cubierta de bambú trenzado, había creado un pequeño paraíso rosado bajo el cual tanto las plantas como las personas podían descansar en el frescor de primeras horas de la mañana (aunque en ese momento hacía un calor increíble).

Ante ellas se extendía un paisaje de cientos de tejados de distintas alturas que parecían estar unidos unos a otros. Ni siquiera se podían ver las calles que había más abajo, pero sí que se atisbaban las profundas sombras y se oían risas y el sonido de voces. Los minaretes se alzaban sobre los *riads*, raudas golondrinas surcaban el cielo a baja altitud y atrapaban a sus presas al vuelo. En algunas azoteas había mujeres tendiendo la colada y charlando, pero no había hombres por ninguna parte. Esbeltas palmeras se mecían en la distancia y, más allá, las montañas del Atlas se cernían sobre el paisaje.

—Me dijiste que habías hecho un trato con tu madre —soltó Vicky de repente.

Clemence respiró hondo. Lenta, muy lentamente. Sí, había sido tan tonta como para que se le escapara decir aquello.

—Sí. Estuve muy enferma después de dar a luz a mi hijo y mi madre pagó para que Jacques se lo llevara a Francia. Él era medio francés y medio marroquí y estamos hablando de la época en la que Marruecos era un protectorado francés, así que podía irse a vivir allí sin mucho problema. Yo estaba soltera y no podía quedarme con un hijo.

—Ah, ya entiendo. Pero ¿cuál fue el trato que hicisteis?

—Nada del otro mundo, me expresé mal. Lo único que pasó fue que mi madre se ofreció a hacerse cargo de todo, siempre y cuando yo no montara un escándalo.

Vicky la miró boquiabierta y preguntó con incredulidad:

—¿Y tú accediste?

—Como ya te he dicho, estaba enferma. No tuve alternativa. —Y entonces, con voz prácticamente inaudible, añadió—: En cualquier caso, para él era mejor estar sin mí.

—¿Qué has dicho? —Vicky la miró con abierta suspicacia.

—Nada, da igual. Eran tiempos muy distintos. —Clemence sopesó sus propias palabras—. O puede que no tanto. Por muy liberales que seamos ahora, sigue siendo escandaloso tener un hijo extramatrimonial.

Oyeron que la puerta de la azotea se abría y Etta se unió a ellas. Clemence extendió una mano hacia ella y sonrió.

—Etta es la amistad más antigua que tengo en Marrakech, Vicky. Muchos años atrás, me ayudó a instalarme aquí, en el mismo apartamento donde tú te alojas ahora.

—Tu abuela era una niñita asustada en aquellos días —dijo la aludida con una sonrisa.

«Y con razón», pensó Clemence para sus adentros. Incluso después de tantos años, oyó las palabras de su padre con claridad cristalina: «La próxima vez, la echaremos al fondo del pozo». Pero se las ingenió para esbozar una sonrisa y contestar:

—No era una niñita, Etta.

—Puede que no, pero tu padre te aterrorizaba.

Clemence tomó su mano y le dio un afectuoso apretón.

—La verdad es que en aquel entonces estaba un poco maltrecha.

Aunque Etta conocía parte de la historia y sabía que no debía mencionar lo de su cambio de nombre (Adèle Garnier se había convertido en Clemence Petier), lo cierto era que no estaba enterada de todo lo que había ocurrido en Casablanca.

—Vicky, quiero que entiendas lo difíciles que eran las cosas en aquellos tiempos. Nací en 1892, no lo olvides. Las mujeres pertenecíamos al cabeza de familia, él controlaba nuestra vida por completo. Nosotras no teníamos ni voz ni voto, no teníamos derechos. Aunque, en el caso de Etta, la situación era distinta.

—¿Por qué?

Fue la propia Etta quien contestó.

—Yo era una joven viuda con mucho dinero. Mientras no volviera a casarme, podía hacer lo que me viniera en gana.

—Ah, y por eso no volviste a hacerlo. ¡Una jugada magistral!

—¿Verdad que sí? —Etta era una mujer menudita, pero sus carcajadas resonaron por los tejados—. Empieza a hacer demasiado calor aquí arriba, bajemos a tomar un té a la menta a la sombra de los árboles.

—Me siento como si ya hubiera estado antes en Marruecos —les confió Vicky, cuando bajaron la escalera y se adentraron en el fresco patio interior.

—Quizá sea por tu relación con Jacques —aventuró Clemence.

—Pero él parecía de lo más francés en la región del Dordoña, jamás le oí mencionar Marruecos.

—Ya te comenté que él se crio aquí, en un mundo de habla francesa, cuando los franceses controlaban el país. Dado que tiene sangre francesa y es de piel clara, debió de resultarle fácil obtener documentación francesa y lo más probable es que se haya hecho pasar por un francés de pura cepa desde entonces.

Era obvio que Vicky estaba deseando saber más, pero tuvo la delicadeza de no insistir; al cabo de unos segundos, Etta se volvió

hacia ella y preguntó:

—¿Tu abuela te ha hablado de Theo Whittaker? Se le declaró y le ofreció matrimonio.

Vicky negó con la cabeza, y la propia Clemence esbozó una breve sonrisa antes de dirigirse hacia la escalera.

12

Vicky

La luz de última hora de la tarde inundó como una ola de oro líquido el pequeño apartamento hasta ir dando paso con rapidez a una umbría oscuridad, y llegó el momento de encender las lámparas. El melancólico sonido de una flauta se colaba por la ventana mientras Vicky decidía qué ponerse para la tan comentada fiesta en el Palmeral. Al final se puso para la ocasión unos pendientes de aro de plata y un caftán en un tono verde amarillento que resaltaba sus profundos ojos marrones y su pelo castaño. Bea estuvo debatiéndose durante una hora larga y al final se decidió por el vestido naranja que tenía pensado ponerse al principio.

—*Merde!* ¡Vámonos ya! —rezongó Vicky, mientras espantaba un mosquito con la mano.

Incluso antes de llegar a la plaza en aquella rutilante noche tan animada, les llegaron el persistente sonido de los tambores y el olor a brasas y carne asada. Caminaron hacia allí tomadas del brazo y Vicky no tardó en ver a Jimmy, sentado a solas en la terraza de una de las cafeterías más destartaladas.

Se acercó a él mientras Bea se quedaba viendo a los acróbatas y le preguntó en voz baja:

—¿Has averiguado algo sobre lo de Frieda?

—No. Si alguien sabe algo, prefiere mantener la boca bien cerradita; además, lo que fuera que sucediera, debió de ser por la noche. Pero Frieda ha desaparecido, se ha esfumado. Y Youssef también. Seguro que mosquearon a alguien, eso está claro. También han puesto patas arriba su casa de la medina, está tan arrasada como la tienda.

—¡Qué horror!

—Sí.

—¿Y el coche que nos embistió?

—Ni idea. ¿Quieres que vayamos en taxi a la fiesta? Estaba esperando a Tom, pero no aparece.

—Quizá haya ido directamente para allá.

Vicky se volvió y llamó a Bea en voz alta, y al hacerlo reconoció al hombre de cabello canoso que estaba acercándose y los saludó sonriente.

—Hola.

—Hola. *Monsieur* Callier, ¿verdad?

—Tutéame, por favor. Me llamo Patrice. ¿Cómo va todo? ¿A disfrutar de una agradable velada?

—Eso espero. Hay una fiesta en el Palmeral, nos disponíamos a tomar un taxi.

—Yo voy en esa dirección, ¿queréis que os lleve? Mi coche es de alquiler, no es nada del otro mundo, pero cumple su función.

—Gracias, ¡qué amable por tu parte! —Se interrumpió al ver llegar a Bea—. Perdón, tendría que haberte presentado a mi amigo Jimmy. Y ella es Beatrice, mi prima.

Patrice le estrechó la mano al primero, y después se volvió hacia Bea y le besó ambas mejillas.

—Un placer conoceros. Soy Patrice Callier.

Bea sonrió con timidez.

Se pusieron en marcha. Para cuando llegaron al Palmeral, la fiesta parecía estar en pleno apogeo a juzgar por la luz y el bullicio que salían de la casa.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? —le propuso Vicky a Patrice.

Él soltó una carcajada y dijo, con una pesarosa sonrisa:

—Mis días de fiesta quedaron atrás hace tiempo. Pero vosotros pasadlo bien y cuidaos mucho.

—Gracias por traernos.

—Hasta la vista —se despidió él, antes de marcharse.

—Aunque está mayorcito, me ha parecido agradable —comentó Bea—. ¿De qué lo conoces?

—Solo había coincidido una vez con él, es un conocido de mi abuela. Ella actuó de forma bastante extraña cuando nos lo encontramos, yo creo que a lo mejor tuvieron una relación en el pasado.

La idea les hizo gracia a las dos y se echaron a reír. Entraron en la casa junto a Jimmy, quien se detuvo a intercambiar unas palabras con el dueño; ellas, mientras tanto, se dirigieron hacia unas puertas francesas y salieron a un resplandeciente jardín de ensueño perfumado de jazmín. Mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de los faroles y, en la aletargada atmósfera que creaba el champán, el olor a hachís flotaba en el aire. Por un momento, Vicky tuvo la impresión de estar en otro mundo, en un lugar encantado que podía embrujarte si no tenías cuidado. Mujeres enfundadas en vistosos atuendos bordados fumaban con languidez, reían con demasiada estridencia, bailaban o yacían —desmadejadas y claramente fumadas— en sillas de ratán

cubiertas de cojines.

Estaba recorriendo el lugar con la mirada cuando vio que un hombre que estaba parado a cierta distancia se fijaba en Bea y en ella, sonreía y se acercaba con toda naturalidad. Alto y delgado, de cabello rubio oscuro y ojos verdes, debía de tener unos treinta y pico años. Era mayor que ellas, eso seguro.

—Hola, soy Oriel Astor. ¿Y vosotras…?

Estaba claro que estaba dirigiéndose a Bea, pero esta parecía haberse quedado embobada. Se puso a juguetear con los anillos que llevaba puestos mientras lo miraba a través de las pestañas con una coquetería ridícula.

Vicky optó por tomar las riendas de la situación.

—Soy Vicky Baudin y esta diosa silenciosa es Beatrice, mi prima.

—¿Francesas?

—Yo sí, Bea es inglesa casi por completo.

—Pero no del todo —dijo él, antes de soltar una pequeña carcajada—. Bueno, no se lo tendremos en cuenta. Marruecos sigue siendo un lugar de encuentro para viajeros de todo el mundo.

La propia Bea alzó una mano y, con ojos llenos de deleite, exclamó en tono de broma:

—Eh, ¡que estoy aquí!

A diferencia de su prima, Vicky no se dejó deslumbrar por la labia tan estudiada de aquel hombre; además, ¿quién se llamaba Oriel? ¿Qué clase de nombre era ese?

—Estás espectacular, Bea —estaba diciendo él—. ¿Te importa que te tome unas fotos? Soy fotógrafo.

«Sí, claro», pensó Vicky para sus adentros…, aunque sabía que, en el fondo, le gustaría ser una de aquellas personas glamurosas y rutilantes. Y también sabía que jamás encajaría entre ellas tanto como Bea, quien estaba mordiéndose el labio con indecisión mientras sopesaba el ofrecimiento de Oriel.

—Venid a conocer a más gente —estaba diciendo él—. Mirad, acaba de llegar Bill Willis. Es diseñador y decorador, amigo de Jean Paul Getty. ¿A qué os dedicáis? —les preguntó, mientras las conducía hacia un grupo de conocidos suyos.

—Las dos estamos en el mundo de la moda. —Vicky le lanzó una mirada de advertencia a su prima para que no la delatara—. Yo diseño, Bea es modelo. —Solo era una verdad a medias, claro.

—En ese caso, si todo va bien, ¡me parece que vas a convertirte en mi próxima víctima en Marrakech, Bea! —Oriel se echó a reír al ver la cara que ponía la joven—. En otras palabras: ¡mi musa!

Cuando les presentó a sus amigos, Bea quedó tan impresionada como cabía esperar y apenas se atrevió a pronunciar palabra, pero Vicky no les prestó atención (ninguno de ellos le pareció demasiado

interesante) y se centró en contemplar los fabulosos vestidos vaporosos y las lucecitas de colores que colgaban entre los árboles. El olor a marihuana cada vez era más fuerte y eso la puso un poco nerviosa, porque era bastante más intenso que en las fiestas a las que había asistido en Londres, pero, aparte de eso, la escena era mágica. Algunos bailaban lánguidamente al ritmo de *Go Now*, de los Moody Blues; otros permanecían entre las violáceas sombras y se enzarzaban en conversaciones enrevesadas que seguro que no tenían ningún sentido.

Y entonces fue cuando lo vio, como si hubiera sabido de forma instintiva dónde encontrarlo: alto, guapo, cabello largo, vestido con un caftán blanco y mostrando una barba incipiente. Se quedó sin aliento y se quedó allí, observando paralizada a aquel hombre que era mucho más elegante de lo que había imaginado. Yves. Nadie podría llegar a comprender lo profundo que era su anhelo por conocerlo, cuánto significaba para ella aquel hombre. Su tesis final había ido convirtiéndose en una obra de amor conforme había ido descubriendo más y más cosas sobre él. El hecho de que se hubiera marchado de Argelia para ir a vivir a París y que, una vez allí, hubiera conocido a Christian Dior, para el que había terminado trabajando, y que hubiera lanzado su propio sello en tiempos bastante recientes; el hecho de que sus esmóquines hubieran causado tanto revuelo en 1962 (a ella no le quedarían bien, por supuesto, pero Bea habría arrasado luciendo uno de ellos). Más recientemente, se había rumoreado que estaba diseñando una colección inspirada en Marrakech, y ese había sido uno de los factores que la habían impulsado a viajar a Marruecos. Sentía que ahora tenía la oportunidad de materializar la escena con la que llevaba tanto tiempo fantaseando: le mostraría sus diseños y él se quedaría tan impresionado que la invitaría de inmediato a ir a su estudio… ¡Y el *putain de merde* de su ex, Russell, podía irse a tomar por saco!

—¿Ese de ahí es él? ¿Es Yves? —susurró Bea, tras acercarse a ella—. ¿Con quién está hablando?, ¡qué mujer tan espectacular! —añadió con envidia.

Vicky contempló a la mujer en cuestión. Tenía el cabello largo y lustroso, llevaba los ojos muy maquillados y lucía un blusón de estilo campesino, una falda con volantes de color bermellón, pulseras a lo jipi, abalorios, y una diadema con campanillas plateadas alrededor de la frente. Sí, era exquisita, pero más artificial que su prima.

—Creo que se llama Talitha Pol —le contestó en voz baja—. Es la novia de Jean Paul Getty, pero no sé quién será el otro hombre que está con ellos.

—¿Te parece más guapa que yo? —susurró su prima, enfurruñada.

—¡Venga ya! ¡No existe mujer más guapa que tú!

—¡No exageres! —Pero la recompensó con un beso en la mejilla.

Vicky apenas estaba escuchándola. Sentía el atronador pálpito de la sangre en el cuello y tenía mariposas en el estómago, estaba haciendo acopio del valor necesario para acercarse a hablar con Saint Laurent. Avanzó unos pasos y se detuvo junto a él.

—Soy una gran admiradora de su trabajo. —Su belleza la dejó impactada, era como un dios vestido de blanco. Se le quedó la mente en blanco y, al cabo de un instante, alcanzó a decir—: ¿Marruecos aviva su inspiración?

—¿A quién no? —contestó él con cierta indiferencia.

Vicky estaba aturullada, se devanó los sesos intentando recordar qué era lo que siempre había querido decir cuando llegara por fin el momento crucial.

Él se quedó mirándola, como preguntándose por qué seguía allí parada, pero entonces debió de decidir darle algo de cancha y añadió:

—Lo que me deja extasiado son los increíbles colores…, los azules, los naranjas. Y la luminosidad de la luz.

Ella asintió, pero se sentía atenazada por el miedo y sobrepasada por la situación.

—Ha sido un placer conocerte —dijo él, antes de volverse hacia sus amigos.

—Eh… Acabo de obtener en Londres mi diploma en Diseño de Moda, y espero poder trabajar en París.

Él se volvió hacia ella y dijo, con una media sonrisa en la cara:

—Ah. En ese caso, quizá nos encontremos allí algún día.

—Sí, podría enseñarle mis diseños… —Metió la mano en el bolso y se puso a rebuscar—. De hecho, aquí tengo…

—Lo siento, tenemos que marcharnos ya de la fiesta —la interrumpió él, antes de mirar la hora en su reloj—. Pero deberías hablar en alguna ocasión con mi asistente, es una verdadera mina de información y podría aconsejarte. Decirte a quién podrías acudir, y tal.

Vicky sintió que le ardían las mejillas y se apartó a un lado mientras él les indicaba a sus amigos que era hora de marcharse. Se sintió derrotada mientras veía cómo se alejaban y terminaban por perderse entre el gentío.

Mientras Bea se acercaba de nuevo a Oriel, ella optó por deambular un rato a solas. Tendría que haberle hablado a Yves de la tesis que había elaborado sobre él, ¡tendría que haber sacado sus diseños con rapidez para mostrárselos antes de que se marchara! Soñaba con alcanzar cimas espectaculares y sabía que Yves Saint Laurent podía ser clave en su carrera; bastaría con que él la ayudara a dar un primer paso en el mundo de la moda, estaba convencida de ello. Porque Russell no solo había rechazado su amor a pesar de que llevaban ocho meses acostándose juntos, sino que, a pesar de ser un diseñador bien

establecido, se había negado a ayudarla a entrar en el sector.

—Querida, tus diseños no están mal —había dicho el muy capullo—. Pero jamás llegarás a ser una estrella. Eres del montón.

—He aprobado los estudios con excelentes notas.

—Eso significa que eres competente, en el mejor de los casos; en el peor de ellos, mediocre. No puedes compararte a alguien como… André Courrèges o Pierre Cardin, por ejemplo.

Oculta en el cuarto de baño de Russell para que este no viera cuánto la habían herido sus palabras, se había deshecho en llanto. Tenía que dar la talla en París, tenía que lograrlo. Y no solo en el posgrado en L'École de la Chambre Syndicale de la Couture Parisienne (el lugar donde el propio Yves Saint Laurent había estudiado), sino también en la industria francesa de la moda.

Más tarde, después de pasar un rato bailando, se sentó en un banco para recobrar el aliento. Todavía estaba un poco alicaída, todo aquel brillo y extravagancia le resultaban ahora un tanto sórdidos. Aunque aquella parte del jardín estaba menos iluminada, supo de inmediato que quien se acercaba con un plato de comida y un par de cervezas era Jimmy (su distintivo cabello pelirrojo lo delató).

—He pensado que estarías hambrienta.

Ella aceptó una de las cervezas con una sonrisa y le dejó sitio en el banco. La comida siempre ayudaba a aliviar un pelín las tristezas. Hubo un paréntesis mientras comían olivas y apetitosos cruasanes rellenos de salchichas *merguez*. Allí no ibas a encontrar los típicos aperitivos de las fiestas londinenses, claro; no ibas a ver brochetas de piña con tacos de queso, ni los omnipresentes Mateus Rosé y Cinzano.

En un momento dado, indicó con un pequeño ademán de la cabeza a un hombre de pelo largo que se mecía, claramente borracho, junto a un árbol situado a unos metros de donde estaban ellos, y preguntó en voz baja:

—¿Quién ese tipo de ahí con cara avinagrada?

—Georgio —contestó Jimmy—. Se rumorea que acaban de darle la patada en Yves Saint Laurent.

—Oh. ¿Qué ha hecho?

—No lo sé. Alguna cagada, supongo. Le han dicho que se lleve sus cosas del estudio.

Hubo una pequeña pausa mientras ella comía otro cruasán. Una vez que se lo terminó, comentó:

—Sigo preguntándome qué le habrá pasado a Frieda, ¿seguro que nadie lo sabe?

—Segurísimo.

—¿Vas a contarme qué es lo que haces en realidad en Marruecos? —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. Me dijiste que eres activista.

Él suspiró antes de admitir:

—Sí, pero también dispongo de un año para decidir si voy a trabajar en la empresa familiar o a intentar dejar mi impronta como escritor.

—¿A qué se dedica la empresa de tu familia?

—Todo el mundo me pregunta eso y pasa por alto lo de la escritura —rezongó él, ceñudo, mientras golpeteaba el suelo con el talón del pie.

—Perdona. Por cierto, ¿sabes dónde está Bea?

—Sí, se ha marchado con el fotógrafo americano. Menudo capullo pomposo.

—¿Se ha ido? —Increíble, ¡al menos podría haberla avisado!

—Tu prima es muy guapa, ¿verdad? —comentó él, sonriente—. Despampanante, la verdad. Una gacela con unas piernas de impresión, como Jean Shrimpton.

Vicky hizo una mueca y, a pesar de la preocupación que sentía, no pudo reprimir una punzada de envidia.

—En realidad, es como una niña atolondrada.

No le cabía en la cabeza que su prima pudiera ser tan imprudente. Oriel era un completo desconocido, no sabían si era un tipo de fiar y, aunque ella no creía que tuviera intención de hacerle algún daño a Bea, lo cierto era que esta era demasiado crédula y él demasiado listillo. Por no hablar de que su tía Florence se enfadaría muchísimo con ella si dejaba que su prima se metiera en algún lío. En fin, llegados a ese punto, no había nada que se pudiera hacer al respecto.

Suspiró y se levantó del banco antes de decir:

—Si mi prima realmente se ha ido y sigues sin poder encontrar a Tom, ¿podrías llevarme de vuelta a casa? Si no estás demasiado borracho, claro. —Se quedó atónita cuando, después de levantarse también, él se sacó una pistola de la bandolera que llevaba al hombro y la metió en el bolsillo de la chaqueta—. ¡Por Dios, Jimmy! ¿Siempre vas armado a las fiestas?

—¿Tú no?

La miró sonriente y ella no pudo evitar sonreír a su vez, pero seguía impactada por lo de la pistola. ¿Siempre la llevaba encima? Aquello la dejó con una sensación de desasosiego.

—Mi madre solía decir que siempre hay que ir preparado. —Jimmy le dio un pequeño codazo juguetón y sonrió de nuevo.

—Cuando la mía decía eso, creo que se refería a llevar ropa interior limpia —contestó ella con ironía.

Al cabo de un rato, cuando Jimmy la dejó en el *riad* y se despidió con un beso en la mejilla, Vicky subió al apartamento, abrió con la llave y entró. Encendió la luz y dejó caer su bolso al suelo mientras se lamentaba para sus adentros. Estar acompañada por él había servido de ayuda, pero volvía a sentirse vacía al estar sola. «Quizá tendría que

haberle besado», pensó para sus adentros.

La llamada nocturna del *muezzin* la entristeció aún más. Recordó su antiguo temor a estar sola, el piso vacío cuando estaba estudiando en Londres, la soledad de las tardes de sábado cuando todo el mundo había ido al *pub*, esa sensación de no tener ni un solo amigo que la invadía durante las cortas vacaciones. Y era consciente de que todo eso había sido obra suya. Había sido ella la que se había mantenido apartada de los demás, la que había rechazado a personas e invitaciones, la que había fingido ser más feliz estando sola. La que se había creído mejor que los demás. Y todo ello para evitar sentirse rechazada. En vez de eso, exceptuando aquella noche en que Russell la había rechazado, había sido ella quien rechazaba a los demás, y había vivido durante años con un dolor reprimido que permanecía subyacente.

Contempló la hoja en blanco de su cuaderno de bocetos y se puso a dibujar, pero se detuvo para bajar la mirada hacia el oscuro jardín y escuchar a las aves nocturnas que se posaban en los árboles. Recordó los bordados con formas geométricas y abstractas que había visto en los atuendos de las mujeres de la fiesta, y que estaban inspirados sin duda en la cultura arábigo-islámica. Cuando se puso a dibujar de nuevo, sus pensamientos seguían dispersos. Se había esforzado por comportarse con normalidad, pero lo cierto era que no estaba tranquila desde que había mirado hacia el interior de la destrozada tienda de Frieda y había imaginado ver el reflejo del inquietante hombre calvo en la ventana.

13

—¿Estás bien? —Bea la miró con atención—. Se te ve un poco…

Vicky la interrumpió con sequedad.

—Estoy perfectamente bien, no seas pesada. ¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana, más o menos.

A decir verdad, Vicky solo había dormido unos minutos y había soñado con unas cabezas bañadas en sal y empaladas frente al palacio del pachá que, de buenas a primeras, habían abierto los ojos y se habían puesto a hablar. Había despertado de golpe con el fino pijama de algodón empapado de sudor.

—Dios, ¡tengo hambre! —exclamó en ese momento, antes de bajar los pies al suelo.

—Tendrías que haber venido con nosotros, hemos cenado de maravilla —dijo Bea—. Oriel me ha llevado a una casa colonial rodeada de palmeras. Saint Laurent tiene su estudio allí, aunque vive en la medina de Marrakech. El edificio tiene un pórtico coronado por una terraza, como los de Francia. Estaba iluminada con velas, al igual que las ventanas de la primera planta. Mágico. Y ¡adivina quién estaba allí!

—Yo qué sé… ¿Mick Jagger?

Su prima enarcó las cejas y la miró con ojos chispeantes.

—¡Mejor aún!

—¿Quién?

—El propio Yves. Ha ido para allá al salir de la fiesta.

Vicky soltó un quejicoso gemido.

—¡Qué suerte la mía! —exclamó.

—Había una mujer que llevaba un montón de pulseras de colores en el tobillo, ¡tengo que conseguir unas idénticas! En fin, mira, traigo regalos —musitó para sí mientras rebuscaba en su bolso, y finalmente sacó una botella con una sonrisa triunfal—. Está esto…

Se la dio a Vicky, quien enarcó las cejas al ver lo que era.

—¿Vodka?

—Lo he birlado.

—Podemos permitirnos comprar una botella de vodka en el

mercado negro.

—No te enfades, es más divertido cuando sale gratis. Además, tenían un montón en la casa. —Le ofreció algo que estaba envuelto en su nuevo pañuelo azul—. Y también he traído esto, he pensado que te gustaría.

Vicky dejó el vodka a un lado y se levantó para tomar el objeto. Lo desenvolvió, frunció el ceño al ver que se trataba de un cuaderno, empezó a ojearlo sin pararse a pensarlo, y al cabo de un momento lo lanzó sobre la cama como si se tratara de un carbón al rojo vivo.

—¡Por el amor de Dios, Bea! ¡Qué cojones has hecho?

A su prima se le borró la sonrisa de la cara.

—Lo… he tomado prestado. Alguien había dejado abierta la puerta de un estudio de diseño, había caballetes y pizarras y una mesa de trabajo enorme. Esto estaba allí encima y he entrado a echarle un vistazo, pero he oído que se acercaba alguien y me ha entrado el pánico.

—Explícate mejor.

—Lo he metido en mi bolso y me he escondido detrás de la mesa.

—¿Por qué no has vuelto a dejarlo en su sitio cuando la persona se ha ido?

—Tendría que haberlo hecho, pero me he largado del estudio sin más.

Vicky sacudió la cabeza con incredulidad, ¡no podía creer que estuviera pasando algo así! Estaba harta de tener que ser la prima sensata que solucionaba los problemas mientras que Bea tenía siempre el papel de cabeza hueca glamurosa.

—He pensado que podría devolverlo después. —Su prima la miró con ojos implorantes.

—Bea, mira las fechas, los diseños son recientes. —Se sentó con pesadez en el borde de la cama, meneó el pie con nerviosismo mientras su prima permanecía cabizbaja.

—Alguien ha comentado que Saint Laurent estaba supervisando el trabajo de un aprendiz, y he pensado que… No sé, supongo que estaba borracha.

Su ira, su soledad, la envidia que le tenía a Bea…, todo estalló en ese momento.

—¡Esto no es de ningún aprendiz! ¡Mira las iniciales! —Las indicó con el dedo—. ¡Mira! ¡YSL!

—¡Ay, Dios…! ¡Lo siento! —musitó su prima, rascándose con nerviosismo.

Vicky apretó los puños con fuerza y aporreó la cama, ¡nadie iba a tomársela en serio después de aquello!

—Bea, ¡no puedo creer que seas tan idiota!

—¿Qué puedo hacer?

—¡No estamos hablando de neurocirugía! ¡Si él descubre quién lo ha robado…! —Se interrumpió al ver la cara compungida de su prima —. Está claro que no tienes ni idea.

Todo estaba desmoronándose a su alrededor, apenas podía respirar por el nudo que le constreñía la garganta. Aquello iba a echarlo todo a perder; más aún, podría meterlas en serios problemas a las dos.

—¡Lo siento mucho! —Su prima hizo un mohín y rompió a llorar.

—*Merde!* —masculló ella—. ¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda! —Agarró un cojín y lo lanzó contra la pared en la que estaba apoyada su prima, pero no obtuvo ninguna satisfacción al verlo deslizarse hasta el suelo.

Se hizo un prolongado silencio en el que tan solo se oía el tictac del pequeño despertador, pero al final respiró hondo y dijo con calma:

—Tienes que ir a devolverlo. Es un crimen, Bea. Y aquí están sus últimos diseños.

—¿Van a arrestarme?

—Es lo más probable.

—¿Van a encerrarme en una cárcel marroquí? ¡Vicky! ¡Por favor!

Tensó la mandíbula mientras la veía sollozar, ¿por qué diantre se le había ocurrido animarla a ir a Marruecos? ¡Las cosas le habrían ido mucho mejor estando sola!

—¿Podemos fingir que lo encontramos por casualidad?

—¿Por qué hablas en plural, Beatrice? ¡No me metas en esto!

Con la espalda apoyada en la pared y los ojos llenos de lágrimas, su prima bajó hasta sentarse en el suelo, encogió las rodillas contra la barbilla y se lamentó entre sollozos:

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

Vicky se ablandó un poco al verla así.

—¡Déjame pensar! —le pidió.

Fue a sentarse junto a ella y empezó a devanarse los sesos, se le estaba ocurriendo una idea.

14

Aquel mismo día, después de una cena rudimentaria consistente en tomates y un poco de pan, Vicky se puso a ojear un viejo ejemplar de *Vogue*. De vez en cuando hacía alguna pausa para escuchar los sonidos de la calle: el maullido de un gato, risas, alguien gritando. No quería seguir lidiando con el llanto de Bea y se moría de ganas de salir del apartamento para poder respirar en paz, pero era demasiado tarde para salir sola. Había descartado la idea que había tenido en un primer momento y, aparte de deshacerse del cuaderno de bocetos lo más lejos posible de la casa de Etta, no se le había ocurrido nada más.

Se levantó al oír que alguien subía por la escalera y fue a abrir. Era Jimmy, quien dijo sonriente:

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero ¿tienes hambre? Etta me ha dejado entrar.

La recorrió un alivio aplastante al ver que se trataba de él, ¡temía que pudiera ser alguien preguntando por el cuaderno desaparecido! Exhaló un largo y profundo suspiro antes de contestar.

—Estoy hambrienta.

—Lo he preparado con mis propias manos —afirmó él, al entregarle una bandeja.

—¿Qué es? ¡Parece un dónut enorme!

—*Meskouta*, un bizcocho marroquí a la naranja. Era demasiado grande para mí solo y Tom sigue sin aparecer. Tendríamos que acompañarlo de vino dulce, pero solo tengo cerveza.

Vicky cortó tres porciones de bizcocho, las repartió y hubo un largo momento de silencio mientras se comía la suya con apetito.

—Está muy bueno —dijo al fin, entre bocado y bocado—. No sabía que cocinaras.

—Soy un hombre de muchos talentos. —Abrió la mochila que llevaba consigo y sacó tres botellas—. ¡Traigo hasta abridor!

—Oye, que no somos un par de completas inútiles.

—No lo dudo. Por cierto, ¿os habéis enterado de la noticia?

Ella se limitó a negar con la cabeza porque tenía la boca llena y se acercó al fregadero para lavarse las manos, le habían quedado muy

pringosas. Bea, por su parte, se enderezó de golpe en su silla y preguntó con curiosidad:

—No, ¿qué ha pasado?

Jimmy se sentó a su vez antes de contestar.

—Pues resulta que soy portador de una noticia que os resultará difícil de creer, ¡adivinad lo que ha pasado!

—¿Ha muerto el primer ministro de Inglaterra? —aventuró Bea.

—¿Harold Wilson ha muerto? —preguntó Vicky, quien solo había oído parte de la conversación.

Jimmy soltó un bufido burlón.

—¡No! ¡Alguien ha robado los últimos diseños de Yves Saint Laurent!

Vicky estaba tragando lo que le quedaba de su trozo de bizcocho y se atragantó al oír aquello. Él empezó a darle palmaditas en la espalda, su prima se levantó a toda prisa para acercarle un vaso de agua, pero ella se dobló hacia delante y les indicó con gestos que se apartaran.

—¡Estoy bien! —dijo, cuando dejó de toser por fin y se enderezó—. Perdón, se me ha ido por el otro lado. —Su mirada se encontró con la de su prima y, desesperada por recordarle que debía mantener la boca cerrada, abrió bien los ojos antes de entornarlos a modo de advertencia.

Pero Jimmy captó su mirada al mismo tiempo que la propia Bea.

—¿Qué pasa? —dijo uno.

—Bueno, la verdad es que… —dijo la otra.

Vicky intervino a toda prisa.

—Qué locura, ¿cómo es posible que alguien cometa semejante estupidez? Sería imposible usar esos diseños.

—Ha sido por venganza —afirmó Jimmy.

Las dos reaccionaron al unísono.

—¡¿Qué?!

—Ha sido el tal Georgio. Yves le echó, ¿os acordáis? Pues, por lo que parece, se llevó el cuaderno de bocetos para vengarse. Y ahora se ha largado de la ciudad sin pagar el alquiler, jamás volverá a conseguir trabajo en el mundo de la moda.

Vicky asintió lentamente. Mientras estaba intentando pensar a toda velocidad, su prima la miró con ojos interrogantes y dijo:

—Pero yo debería…

Ella se apresuró a interrumpirla antes de que se fuera de la lengua.

—Bueno, ¡supongo que Saint Laurent tendrá que empezar desde cero!

Jimmy asintió y, tras anunciar que se marchaba ya para ver si Tom había regresado, añadió:

—¿Os importa que me lleve lo que ha quedado del bizcocho?

—Claro que no, gracias por venir a compartirlo —contestó Vicky.

Él tomó la bandeja y se marchó.

En cuanto el sonido de sus pasos se perdió en la distancia, ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—Madre mía, ¿te lo puedes creer? —exclamó, antes de echarse a reír.

Bea se quedó mirándola por un momento, y entonces agitó el trasero en señal de victoria y estalló también en carcajadas. La oleada de alivio fue tan arrolladora que no podían parar de reír, siguieron y siguieron hasta que les dolieron los costados.

—¡Ay! —Vicky se aferró a su prima y respiró jadeante mientras iba recuperándose—. ¡Estoy mareada!

Bea fue a por dos vasos y la botella de vodka y anunció:

—Esto nos vendrá bien. —Llenó ambos vasos por la mitad.

—Podríamos añadir un poco de zumo de naranja, ¿tenemos?

—Queda un poco.

Vicky se tomó su vaso en un santiamén, pero estaba tan exaltada que le apeteció otro más. El miedo por lo del cuaderno robado y la felicidad febril al descubrir que estaban salvadas habían desatado una sed insaciable. ¡No había ningún impedimento para que volviera a hablar con Saint Laurent! ¡Menos mal!

—¡Más! —Alzó su vaso y lo agitó en el aire—. ¡Rápido!

—Vale, tranquila. —Bea llenó de vodka ambos vasos y suspiró al verla apurar el suyo en un santiamén—. Deberías bajar un poco el ritmo —le aconsejó, antes de tomar un sorbito.

Embriagada por la ardiente sensación del alcohol recorriéndole las venas, Vicky se dio una palmada en el muslo en señal de victoria. Miró a su prima y le dio un ataque de risa.

—¡Tienes la cara roja y brillante! —exclamó. Se desplomó de espaldas en el sofá y cerró los ojos sin más.

Bea fue a mirarse al espejo a toda prisa, y fue entonces cuando preguntó:

—¿Qué vamos a hacer respecto a lo de Georgio? —Como Vicky se limitó a hacer una mueca, insistió—: Le han echado la culpa de lo que hicimos nosotras.

—¿«Nosotras»? ¿Cómo que «nosotras»? —Vicky alzó su vaso y unas gotas de vodka salieron volando—. ¡Más vodka!

—Hazte a un lado. —Botella en mano, su prima se sentó junto a ella en el sofá.

—¡Anímate, Bea! ¿Tienes yerba?

—Una poquita. Me la dio Oriel, estoy guardándola para alguna ocasión especial.

—¡Esta lo es! —Soltó un hipido y, feliz de la vida, se puso a cantar *You Don't Have to Say You Love Me*. Sí, exacto, «No hace falta que me

digas que me amas». Porque el capullo de Russell no lo había dicho, a pesar de que ella sí que lo había hecho.

—Me encanta Dusty Springfield. —Bea fue a por lo necesario para enrollar un porro y entonces volvió a sentarse junto a ella.

Vicky sentía que la cabeza le daba vueltas y la apoyó en su hombro. Pasaron un rato fumando en silencio hasta que su prima dijo:

—Todavía tenemos el cuaderno.

—Sí.

—Y también está lo de ese pobre tipo, el tal Georgio.

Vicky giró el cuerpo para poder mirarla y dijo, arrastrando un poco las palabras:

—Pues vamos a tener que deshacernos del cuaderno, ¿qué hora es?

—Alrededor de la medianoche.

Vicky se levantó del sofá y señaló hacia la puerta antes de anunciar:

—¡Es hora de salir pitando!

Como su prima se quedó mirándola con cara de no entender nada, la agarró de la mano y la condujo hacia la puerta. La noche anterior se le había ocurrido aquella idea, pero había hecho falta buena parte de una botella de vodka para que tuviera el valor necesario para llevarla a cabo.

—¡Vamos a dejar el cuaderno en el lugar donde lo encontraste!

—¡En la casa? —Su prima la miró horrorizada.

—No, en el jardín. ¡Vamos allá, *companheira*!

—No sabía que hablabas italiano.

—Es portugués, tontorrona. ¡Vamos!

15

Impulsadas por el alcohol y el hachís, salieron del *riad* y lograron llegar a la calle principal. Vicky alzó la mirada y se quedó extasiada.

—¡Qué passsada! ¡El cielo está vibrando!, ¡cómo vibra! —exclamó.

No había farolas, y el aterciopelado cielo nocturno estaba tachonado de estrellas. Entre risitas, agarradas del brazo, dejaron atrás el exquisito aroma a comino que emanaba de las brasas de carbón de la medina y siguieron caminado un poco más. Aunque era bien pasada la medianoche, el ambiente seguía siendo caluroso y polvoriento.

Vicky estaba tan concentrada escudriñando la oscuridad en busca de un taxi que las llevara al Palmeral, que tropezó y cayó de la acera. Masculló una imprecación.

—¿Hay alguno? —preguntó Bea.

—No sé, no se ve ni un alma. —Por algún motivo, le salió el acento inglés de King's Road que se le había pegado en Londres.

—¡Uf! Pues usa la linterna del móvil.

—No hace falta. Mira, las luces de un coche.

Un taxi se detuvo a recogerlas y media hora después estaban en el Palmeral, deambulando en medio de la oscuridad por caminos de arena y rodeadas de cientos de palmeras habitadas por lo que, a juzgar por el zumbido, debían de ser millones y millones de insectos.

—*Nom de Dieu!* ¡Esto es una jungla! —exclamó Vicky, cuando un insecto alado se estampó contra su mejilla—. Bueno, una jungla desierta, ¡salvo por estos condenados bichos!

—¡Uuuuh! ¡Y da mucho miediiiiitooo!

Las dos estallaron en risitas, pero, en plena noche, las inquietantes palmeras parecían ser impenetrables. La única luz procedía de la luna y de la débil linterna de Vicky. Pasaron por delante de varias villas francesas fantasmagóricas donde un dulce y penetrante olor a madreselva impregnaba el aire.

Vicky pensó para sus adentros que estaba «un pelín borracha» mientras su prima se quejaba de que le picaba todo y de que había mosquitos por todas partes, pero las dos se detuvieron en seco al oír un súbito chasquido a su espalda. Vicky se tensó y sintió que le

hormigueaba la piel, vete tú a saber lo que habría en aquel lugar…, ¿escorpiones?, ¿arañas gigantes?, ¿víboras? ¡Ay, no! Víboras no, por favor. ¿Por qué no le había dado nunca por preguntar? Dio media vuelta como una exhalación y aguzó el oído. Allí había toda clase de bichos vivientes, pero el haz de luz de la linterna solo iluminó a un perro y a nubes de insectos de todo tipo y tamaño.

—Joder… —masculló.

Siguieron avanzando así, aguzando la mirada para intentar ver algo, tropezando con troncos de árboles caídos y estampándose contra arbustos.

—¡Ay! —chilló Bea—. Qué pinchos tan odiosos, ¡me han atacado!

—Vuelve a describir la casa.

—Una de esas villas coloniales francesas, pero totalmente reformada. Rodeada de palmeras y de setos, y tiene al lado una mansión con muchísimo terreno. Alguien comentó en la cena que esa mansión perteneció en el pasado a Olga Tolstói, familiar de León Tolstói, pero no sé si será verdad.

Siguieron andando en medio de la oscuridad y sin encontrar ni un alma hasta que, en un momento dado, Bea exclamó alborozada:

—¡Allí! ¡Enfoca la linterna hacia allí! —Soltó un gritito victorioso cuando Vicky obedeció—. *Et voilà!*

La casa tenía un pórtico precioso con un balcón y seis ventanas en la primera planta, aunque en ese momento todas estaban a oscuras. Vicky recorrió el alto muro exterior con el haz de luz y suspiró.

—No vamos a poder escalarlo, esto parece Fort Knox.

—Mira, un poco más allá hay una mansión más grande. ¡Tal y como yo había dicho! —Bea hizo un pequeño baile victorioso.

—Anda, payasa, vamos a ver si podemos colarnos en el jardín de al lado.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees? Para dejar el cuaderno en la terraza trasera, claro. ¿No había una?

—Sí, pero… ¿Seguro que quieres hacerlo? ¿No te parece un plan un pelín loco?

Vicky se echó a reír y exclamó:

—Es una verdadera locura, pero ¡qué subidón!

Lo que pocas horas atrás había parecido un asunto de lo más serio, ahora parecía poco menos que absurdo. Era el tipo de comportamiento descabellado que algún día se convertiría en una anécdota graciosísima. Ya podía imaginarse a sí misma sentada con un grupo de glamurosos amigos en la terraza de alguna de las cafeterías llenas de encanto de Le Marais de París, relatando lo ocurrido y provocando risas generalizadas; o en alguna entrega de premios en La Coupole, quizá.

—¿Aquello de allí no es un coche aparcado bajo los árboles? —preguntó Bea de repente—. ¡A lo mejor hay alguien en la casa!

—Está muy lejos de la casa, lo habrán dejado abandonado.

Avanzaron un poco más y se detuvieron al llegar al comienzo de una valla de madera totalmente cubierta de hiedra. Vicky la iluminó con la linterna y comentó:

—Aquí debe de empezar el jardín de la mansión de al lado, tiene pinta de estar abandonado. Habrá que saltar la valla y, una vez dentro, encontrar la forma de entrar en la parte de atrás de la casa donde estuviste.

—Sí, claro, ¡como si fuera tan fácil! ¿Y qué pasa si no podemos volver a salir?

—¡Mierda! ¡Me ha picado otro bicho! ¡Estoy llena de picadas!

La propia Bea se rascó también y admitió pesarosa:

—Yo también.

Aunque desde la distante carretera llegaba el sonido de algunos vehículos, allí estaban rodeadas de una quietud absoluta, respirando los penetrantes y claustrofóbicos perfumes nocturnos de vete tú a saber qué animales salvajes, de la vegetación, del humo que flotaba en el aire, del jazmín y de las flores blancas que solo fueron visibles cuando Vicky deslizó el haz de luz por la valla. Sentía como si la tierra palpitara al ritmo de su propio corazón. Era una situación extraña, pero, al mismo tiempo, también resultaba liberadora. Su prima y ella eran unas exploradoras, un par de aventureras en un mundo desconocido que podían explorar y admirar a su antojo. Huesos, monedas antiguas, cámaras funerarias…, lo que fuera. Aguzó el oído para ver si detectaba señales de vida, pero no oyó nada nuevo aparte de unas rachas de aire que iban ganando fuerza.

Estaba acercándose a la valla con sigilo cuando Bea la detuvo y propuso con apremio:

—¿Por qué no nos limitamos a lanzarlo al jardín de la casa por encima del muro?

—Mmm… No sé.

—¿Qué más da si lo dejamos en el jardín de la casa?

—Se mojaría entre la hierba. —Aunque, pensándolo bien, su prima tenía razón. Lo dejaran donde lo dejasen, el cuaderno iba a mojarse un poco—. Pero es más divertido dejarlo en la terraza, ¿te imaginas la cara que pondrán mañana al encontrarlo?

—¡Eso me da igual! ¿Y si resulta que tienen perros guardianes?

—¡Shhh!

—¡No me chistes!

Vicky se limitó a ignorarla y se volvió de nuevo hacia la valla.

—Esta hiedra parece lo bastante fuerte para aguantar mi peso. —Gritó de dolor al golpear una piedra con el dedo gordo del pie—. ¡Ay!

¡No tendría que haber venido con estas dichosas chanclas!

—Ten cuidado con ese hoyo…

Pero la advertencia de su prima llegó demasiado tarde. Vicky no estaba prestando atención al suelo porque estaba centrada en la valla, y metió el pie en el hoyo. Perdió el equilibrio, se tambaleó y terminó por caer de culo.

—¡Uy! —Muerta de risa, se echó hacia atrás y se tumbó despatarrada en el suelo.

—¿Estás bien?

—No me duele nada.

—Eso es por el vodka —afirmó su prima—. Ven, te echo una mano.

Pero estando allí, tumbada bocarriba, Vicky acababa de ver algo que podría serles de utilidad.

—Mira, justo ahí, ¡me parece que hay un agujero en la valla! Quizá lo haya hecho algún animal. —No se molestó en levantarse, fue hacia allí a cuatro patas.

Su prima dio un respingo al oír el ladrido de un perro.

—¡Lo ves? ¡Sí que hay perros!

—Qué va, se oye muy lejos de aquí. ¡Sígueme!

—Vicky, esto no es buena idea. No tenemos ni idea de lo que hay al otro lado de ese agujero.

—Voy a echar un vistazo. —Apuntó con la linterna mientras se colaba con cierta dificultad por el agujero—. Aquí solo hay plantas de bambú, queda suficiente espacio entre unas y otras. Venga, ¡métete! Te doy luz con la linterna.

—No lo tengo nada claro…

—¡Venga, Bea! —Se sentía invencible. Sonrió de oreja a oreja al darse cuenta de que su prima estaba siendo la más sensata de las dos mientras que ella, para variar, estaba divirtiéndose de lo lindo.

Una vez que las dos estuvieron en el jardín de la mansión, llenas de arañazos y polvorientas, avanzaron con sigilo a lo largo del borde hasta que llegaron a una zona de maleza impenetrable que las obligó a detenerse.

—¡Mierda! No hay quien pase por aquí —masculló Vicky.

Retrocedieron sobre sus propios pasos hasta un punto desde donde se veía la gran silueta negra de la casa.

—Habrá que cruzar el jardín por ahí, es la única forma de llegar a la otra propiedad —afirmó.

Fueron acercándose de forma gradual a una hilera de setos que separaba la parte descuidada del jardín propiamente dicho de la zona trasera, donde había diseminados montoncitos de hierba cortada y hojarasca. Aquello no era el aromático jardín marroquí o francés que cabría esperar, sino un lugar desagradable que apestaba a hierba reseca y vegetación putrefacta.

—Uy, ¡qué pestazo! —murmuró Bea.

De repente, fue como si todos los sonidos sonaran más fuerte: pájaros revoloteando en los árboles, animalillos escabulléndose entre la maleza, una brisa agitando la vegetación. Presa de una mezcla de excitación y de miedo, Vicky apretó con fuerza el brazo de su prima, demasiado borracha como para pensar en si dolía o no. Aguzó el oído, pero no se oía a nadie y la casa permanecía sumida en una silenciosa oscuridad; en el jardín, sin embargo, todo tipo de animales creaban una cacofonía de sonidos al arañar, escarbar, corretear, reptar y vete tú a saber cuántas cosas más. Dios santo, ¡la maleza parecía ser un hervidero de actividad!

—¿Qué clase de bichos son? —susurró Bea.

Vicky prefería no saberlo. Mientras avanzaban con cautela, la luna asomó entre las nubes y volvió a cubrir el jardín con un luminoso manto azul plateado. Alguien podría verlas si miraba por alguna de las ventanas, pero todas ellas seguían a oscuras.

Su prima tropezó con una mata y se aferró a su codo para recobrar el equilibrio.

Cuando solo faltaban unos cuarenta metros para llegar al jardín de la propiedad más pequeña, un melancólico y seco aullido las detuvo en seco.

—Será otro perro; un chacal, quizá —susurró Vicky, con el corazón desbocado.

Y entonces, en una de las habitaciones de la primera planta de la mansión, se encendió una luz. Apagó la linterna a toda prisa y susurró con apremio:

—¡Escóndete detrás de las matas! ¡Corre!

—No son lo bastante altas, ¡van a vernos!

—No saben que estamos aquí y se ha nublado otra vez. Agáchate, ¡no nos verán!

La luz que emergía de la habitación reveló una amplia terraza cubierta que daba al jardín. Vicky alcanzaba a ver unas puertas francesas abiertas, pero no había ni rastro de flores, macetas con plantas, palmeras ni muebles de jardín. No, no había nada que indicara que el lugar estaba habitado, pero siguió atisbando a través del ramaje y vio a un hombre bastante alto hablando con otro.

Parecían estar sumidos en una intensa conversación, asentían y gesticulaban. A través de la ventana se oyeron algunas palabras sueltas, pero el más alto de los dos se situó tras una cortina y su voz se apagó. Maldición, ¡Bea y ella iban a tener que esperar a que la casa quedara a oscuras de nuevo!

—¿Qué está pasando? —le preguntó su prima.

—Nada, hay varias personas hablando. —Se le empezaba a pasar la borrachera.

—Tengo un calambre en el pie.

—Frótatelo. —Bostezó y siguió observando.

—¡Qué aburrimiento! —protestó su prima al cabo de un rato.

Pero, de buenas a primeras, el hombre alto avanzó hasta quedar de nuevo a la vista. Vicky pudo verle bien la cara y se sorprendió al darse cuenta de que se trataba de Patrice, el amigo de su abuela que había tenido la amabilidad de llevarlas a la fiesta en su coche. ¿Sería suya aquella gran mansión? Reconoció su pelo plateado, recordó sus chispeantes ojos azules. De forma impulsiva, con la cabeza abotargada aún por el alcohol, alzó una mano para saludarlo e hizo ademán de ponerse en pie, pero su prima la agarró y la obligó a seguir agachada.

—¡Ni se te ocurra, Vicky!

Patrice estaba sonriendo y alargando la mano hacia alguien, como para ayudarlo en algo. Vicky no veía al otro hombre, el que estaba hablando con él, pero le oyó reír. A lo mejor estaban en algún evento social, en una fiesta, aunque no daba la impresión de que hubiera un ambiente demasiado animado. Apareció un tercer hombre, pero de espaldas a ella. Pelirrojo. ¿Sería la persona hacia la que había alargado la mano Patrice? Él se volvió ligeramente y pudo verlo de perfil, se quedó atónita al ver que se trataba de Jimmy. No sabía que ellos se conocieran, más allá de cuando Patrice los había llevado a la fiesta. Y Jimmy tenía lo que parecía ser una sombra oscura en la mejilla… No, era un moratón. ¿Había sufrido otro accidente de coche?

—¿Qué está pasando? —susurró Bea con apremio.

—Nada. Jimmy parece recién salido de una pelea o de un accidente de coche, a lo mejor se ha caído. Y Patrice Callier lo está cuidando.

Pero entonces fue como si un súbito puñetazo en el estómago la dejara sin aliento, el mundo entero se detuvo a su alrededor… La crecida vegetación, las hojas de los árboles, los insectos, todo. Estupefacta, incapaz de parpadear siquiera, sintió que una gélida oleada tras otra recorría su cuerpo entero y se cubrió la boca con la mano para reprimir el grito que pugnaba por salir de sus labios.

Patrice empuñaba una pistola. Estaba segura de que lo que estaba viendo no podía ser verdad y parpadeó varias veces. Aquel hombre había sido muy amable en todo momento, ¿cómo era posible que estuviera apuntando a Jimmy con un arma? No podía estar amenazándolo en serio, ¿verdad? Estiró el cuello, desesperada por volver a ver la cara de su amigo para tranquilizarse, pero él ya no estaba a la vista.

De repente, fue como si el prisma a través del cual veía todo cuanto la rodeaba girara de golpe, y aquel momento suspendido en el tiempo llegó a su fin. El jardín cobró vida de nuevo y se esforzó por oír la conversación, sintió el azote de una ráfaga de viento que alzó y esparció las hojas muertas por la extensión de hierba.

—¿Qué pasa? —susurró Bea, antes de alzar la cabeza para echar un vistazo.

—¡Agáchate!

Jimmy apareció de nuevo en ese preciso momento y Vicky pudo verle la cara con claridad, estaba visiblemente aterrado y cubierto de sangre.

—¡Santo Dios! —susurró—. Patrice está apuntando a Jimmy con una pistola, ¡no puede ser!

Dio la impresión de que Patrice centraba su atención en otro punto de la habitación, como si estuviera hablando con alguien, pero seguía apuntando la pistola en dirección a Jimmy. Ella apretó una trémula mano contra la boca, ¿en qué estaría metido su amigo? Patrice no podía estar pensando en serio en pegarle un tiro, ¿verdad? No, claro que no. Sí, Jimmy estaba metido en cuestiones políticas, pero Patrice no tenía nada que ver con eso. Era tratante de arte, eso era lo que había dicho él mismo.

Pero, de buenas a primeras, Patrice se volvió de nuevo hacia Jimmy, apuntó… y el restallido de un disparo rasgó el aire.

Atónita, sin poder asimilar la situación, vio a Jimmy desplomándose en el suelo como a cámara lenta. El pulso que le atronaba en los oídos era tan ensordecedor que estaba convencida de que Patrice podría oírlo. Sintió que el jardín se balanceaba, los troncos y las ramas de los árboles crujían bajo el envite del viento.

—Voy a vomitar… —susurró, sin poder creer lo que acababa de pasar. Jimmy, no podía ser cierto…

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —susurró Bea con apremio. Estaba blanca como la cera.

Vicky asomó ligeramente la cabeza por encima de la vegetación para echar un vistazo alrededor, pero un perro se puso a ladrar en ese preciso momento y Patrice se giró un poco para mirar por la ventana. Ella sintió que su vida entera se detenía, intentó hacerse invisible mientras un miedo convulsivo la recorría en incontrolables oleadas. Él estaba mirando directamente hacia ellas.

Las dos permanecieron inmóviles como estatuas, rígidas y calladas. ¿Hasta dónde alcanzaba a ver Patrice?, ¿estaban fuera de su vista y podían pasar inadvertidas? No tenían ni idea. Pero Vicky tenía la impresión de que prácticamente podía oírlo respirar, le parecía notar su aliento en la piel.

Él apartó la mirada del jardín pasados unos segundos. Vicky se tragó un sollozo al verlo llevarse a rastras a Jimmy, oyó el suave golpeteo de la cabeza de este al deslizarse por el suelo. Jimmy, tan dulce y decente. Asesinado a sangre fría.

Cerró los ojos y Bea y ella se aferraron la una a la otra, las dos estaban temblando. Al cabo de unos largos segundos de silencio total,

se apartó ligeramente y susurró:

—Será mejor que nos vayamos ya, antes de que vuelva.

Su trémula prima asintió, pero, antes de que pudieran moverse, oyeron una especie de chillido, un sonido agudo y aterrador que se repitió una segunda vez. La luz de la habitación parpadeó y se apagó, sumiendo el lugar en la oscuridad. Vicky contuvo el aliento al oír que Patrice salía a la terraza y preguntaba en voz alta:

—¿Quién está ahí?

16

Clemence

Kasbah du Paradis

Hacía un buen rato que el clemente sol vespertino se había ocultado y, aunque Clemence se había acostado temprano y se había dormido al instante, se había visto acosada por los sueños, un sinfín de sueños oscuros. Estaba de vuelta en el dormitorio de su padre, había demasiada luz a pesar de que las persianas estaban medio cerradas y su madre iba de acá para allá procurando no hacer ruido, arreglando esto y aquello mientras la enfermera se tomaba un descanso. A ella le habían dado ganas de gritarle a su madre que lo dejara morir, «¿Por qué no lo dejas morir de una vez?».

Despertó sudorosa, jadeante, con los nervios a flor de piel. El sueño había sido demasiado real. Aunque en realidad no se trataba de un sueño, claro; mejor dicho, no era uno de esos sobre cosas irreales que no habían sucedido. En ese caso, se trataba de algo que sí que había pasado, y ella había deseado realmente que su padre muriera. Cuando el médico (el padre de Patrice) había confirmado que estaba en la senda de la recuperación, se había quedado horrorizada.

«Fuerte como un roble», había dicho el médico con cara de satisfacción, mientras se mesaba el bigote. «Tiene una constitución recia y está en buena forma, hará falta algo más que esta infección para acabar con él».

Clemence había tenido la certeza de que él estaba en lo cierto cuando, sumida en la desesperación, había visto que su padre empezaba a comer de nuevo. Recordaba cómo había fulminado con la mirada a su madre cuando, sentada en el asiento de la ventana, la veía tentarlo con distintas delicias culinarias. Se le revolvía el estómago al ver la escena. Y su madre lo sabía, sabía el porqué de aquellas miradas ceñudas.

No quería recordar todo aquello (no se trataba de dulces recuerdos de la infancia ni mucho menos), pero el sueño la había despertado y,

en medio de la noche, no podía quitárselo de la cabeza. Imágenes del pasado acudían a su mente cada vez que cerraba los ojos.

Cuando su madre lo había desobedecido poco tiempo después por quebrantar una norma sobre vete a saber tú qué minucia, su padre había ordenado que la azotaran en el patio bajo el abrasador sol de agosto, y a ella misma la había sacado a rastras para obligarla a presenciar el castigo. Quien se había encargado de llevarlo a cabo había sido el esbirro de su padre, un hombre huraño de cuerpo musculoso que solo sonreía ante el dolor ajeno, ya fuera de un animal o de un humano. Ella había retrocedido horrorizada al ver cómo aquel hombre rasgaba la espalda de la blusa de su madre y la obligaba a permanecer inclinada sobre el borde del muro que rodeaba el pozo mientras el látigo golpeaba su piel desnuda. En aquel entonces no había cumplido todavía los catorce años y, aterrada ante la posibilidad de que su madre se lanzara al pozo y se ahogara, la había invadido una furia tan cegadora que había tenido que hincarse las uñas en su propia piel para contener las ganas de gritar. Pero lo que no había podido contener había sido el terrible deseo incipiente de golpear a su padre por lo que estaba haciendo. No había querido darle la satisfacción de verla llorar, pero ver el dolor y la humillación de su madre (y lo mucho que estaba disfrutando su padre con la situación) había sido insoportable. No había podido evitarlo.

Todavía podía oír la voz de él, lo ufano y satisfecho de sí mismo que estaba. «¿Lo ves, muchacha? Esto es lo que hacemos con las mujeres desobedientes».

Después se había reído de su madre, había dicho que la próxima vez la echarían al fondo del pozo. Se comportaba como un déspota salvaje que se creía por encima de la ley y de la decencia humana. Era incluso peor que el hombre que un día llegaría a convertirse en pachá, quien había visitado la finca familiar cuando tenía unos veintipocos años acompañado de parte de su harén (ella sospechaba que su padre también había disfrutado de algunas de aquellas mujeres).

«Los dos han pasado mucho tiempo juntos», había dicho su madre. «No son una buena influencia mutua. Tu padre se considera una especie de caudillo». Como si una excusa ridícula pudiera exonerarlo.

Los acontecimientos del pasado se entremezclaban unos con otros e intentó recordar si Patrice todavía vivía en la zona cuando el futuro pachá había ido de visita. Estaba claro que el padre de Patrice, el médico, sí que estaba allí todavía, pero ¿había sido antes o después de que lo mandaran a estudiar a Francia? ¿No se había ido ya para entonces?

En cualquier caso, había sido Patrice quien había puesto fin a la diversión que Jacques y ella habían compartido cuando eran jóvenes, y eso era algo que jamás podría perdonarle. Él era un muchacho

extraño y solitario en aquel entonces, y ellos se habían negado a dejarle participar en sus juegos cuando los había descubierto en el escondrijo. Era huérfano de madre y puede que esa pérdida le hubiera hecho cambiar, vete tú a saber. Pero recordaba que Jacques le había empujado para que se fuera y se había reído de él. Ahora parecía una crueldad, pero los niños podían llegar a ser crueles.

«¡Me vengaré por esto! ¡Ya lo veréis!», había gritado Patrice, con el rostro enrojecido.

Al día siguiente, bañada por la calidez del sol bajo un cielo teñido de un precioso azul cerúleo, Clemence podaba sus rosales acompañada de Voltaire y de Coco, que pugnaban entre gruñidos por un palo que habían encontrado.

—¡Menudo par estáis hechos! Buscad otro palo, ¡los hay a montones!

Suspiró y, por el bien de su propia salud mental, prosiguió con su tarea. En una vida marcada por el sentimiento de culpa, la actividad física siempre lograba calmarla por mucho que terminara cansada y con dolor de espalda. Siempre había padecido de insomnio…, menos cuando estaba con Theo, al que seguía echando de menos incluso después de tantos años.

Pero apenas había pegado ojo desde que Patrice Callier había reaparecido en su vida. Recordó el día en que su padre la había hecho llamar al despacho, y al entrar lo había encontrado acompañado de su madre y de Patrice. Los tres estaban de lo más sonrientes y, de buenas a primeras, Patrice había hincado una rodilla en el suelo y había pedido su mano en matrimonio. En un primer momento se había quedado atónita, le había parecido inconcebible que todos estuvieran de acuerdo en llevar a cabo semejante farsa. Pero entonces se había echado a reír, creyendo que se habían puesto de acuerdo para gastarle una broma. Su risa se había parado en seco al ver el rostro enrojecido de angustia de Patrice. Estaba claro que su propuesta de matrimonio había sido totalmente sincera, pero ella acababa de humillarlo. ¿Por qué había optado por declararse de forma tan pública?, ¿para intentar que se sintiera intimidada y aceptara? Más adelante, se enteró por su madre de que Patrice había mentido diciendo que ella le había dado el sí, que estaba profundamente enamorada de él. Su padre había entrado en cólera al verla rechazar la propuesta de matrimonio.

Dejó a un lado los recuerdos y enderezó la espalda, se estiró y alzó el rostro hacia el sol. Dirigió entonces la mirada hacia los bosques y acudió a su mente la primera vez que había visto un macaco de Berbería, observándola desde las ramas bajas de un nogal con su pelaje marrón amarillento y su rostro rosado. Respiró hondo y se

sintió más animada, ojalá pudiera preservar para siempre momentos puntuales de su vida. Le encantaba trabajar la tierra, oír el zumbido de los insectos. Había tardado años en permitirse a sí misma el lujo de disfrutar de la belleza de su hogar, pero lo había conseguido de forma gradual.

Subió por la escalera que daba a la azotea y contempló el impresionante paisaje: el valle, el caudaloso arroyo de montaña, las pinceladas amarillas y verdes en las laderas, el pueblo bereber que servía de punto de partida de una fantástica red de sendas rurales. La belleza de la naturaleza la relajaba, la ayudaba a poner las cosas en perspectiva.

En ese momento, vio a Ahmed saliendo de la cocina con una bandeja de plata donde llevaba un zumo de fruta.

—¡Déjalo en la terraza, por favor! —le pidió—. ¡Ya bajo!

Mientras bajaba de la azotea y se dirigía al anexo para ayudar a su madre a vestirse, pensó en Vicky. Era obvio que esta tenía algunas desavenencias con Élise, y verla fingir indiferencia ante la situación había sido especialmente doloroso; al fin y al cabo, ella misma había hecho todo lo posible por intentar olvidar a su propia madre durante años después de refugiarse en la casba tras huir de Casablanca. Huelga decir que no lo había logrado, por supuesto. Era un intento inútil, ¿verdad? Algo tan oscuro como lo que había sucedido te dejaba marcada.

Pero Madeleine tenía uno de sus días buenos, así que Clemence decidió sacarla a pasear un rato por el jardín. Una vez fuera, intentó hablar con ella, pero su madre se limitó a decir:

—Naranjas. Me gustan las naranjas, ¿verdad?

—¿Quieres comerte una, *maman*? ¿Quieres comer una naranja?

—¿Yo he dicho eso?

—Eso he creído entender.

Su madre se quedó mirándola fijamente con expresión ceñuda y preguntó con sequedad:

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi hija?

Clemence suspiró con resignación. Era lo mismo de siempre.

—Soy Clemence, tu hija —repitió por enésima vez.

—¡No digas sandeces! Mi hija es una niña, ¿dónde está? ¡Exijo verla! Quiero ir a casa. —Se tironeó del pelo, cada vez estaba más exaltada.

Clemence tuvo que reprimir su genio y dijo, con entusiasmo fingido:

—¡Tengo una idea! Vamos a abrillantar unas cosas. —A su madre siempre le había encantado abrillantar sus muebles favoritos con un producto natural perfumado con naranjas y limas.

La condujo a la cocina y le dio un paño. Su madre se calmó de inmediato y se puso a frotar una encimera de mármol.

—Aquí no, vamos al comedor —le dijo con voz suave—. Mira, tengo abrillantador con olor a naranja. —Desenroscó la tapa metálica y le acercó el bote de cristal para que pudiera olerlo.

Guiando con delicadeza sus movimientos, la hizo mojar el paño en el abrillantador. El hecho de que frotara la misma zona una y otra vez carecía de importancia, la actividad servía para mantenerla centrada.

Madeleine adoraba la finca familiar y para ella había sido un duro golpe tener que venderla después de que su marido (Claude Garnier, el padre de Clemence) muriera el día del incendio. Él les había legado la finca a las dos a partes iguales, y Clemence había partido rumbo a Marrakech de inmediato para alejarse de todo y de todos; su madre, por su parte, había optado por quedarse en Casablanca y mudarse a un espacioso apartamento con vistas al océano. En sus cartas le contaba lo mucho que le gustaban las cortinas de encaje y las alfombras de su nuevo hogar, pero su tema favorito era su adorada perrita, Simone, una pilluela cuya muerte (por la avanzada edad) la había destrozado.

En un momento dado, Madeleine dejó de frotar y preguntó:

—¿Es hora de comer?

—Aún no, *maman*.

—¿Por qué insistes en llamarme así?

—Porque eres mi madre.

—¿De veras?

Clemence sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Extendió una mano hacia ella y, en esa ocasión, su madre la tomó entre las suyas.

—*Maman*, sabes que no debes mencionar nunca lo que pasó en Casablanca, ¿verdad?

Su madre se quedó mirándola muy seria con ojos intensos, ¿había entendido lo que ella acababa de decirle?

—Por cierto, ¡hoy tenemos tu plato preferido! —añadió.

Su madre dio unas palmaditas, entusiasmada como una niña pequeña. Su plato preferido era una tarta de pera con crema pastelera, le gustaba acompañar la comida con vino francés y tomar un jerez español antes de comer. Le encantaba desayunar cruasanes de almendras y una taza de café bien cargado, y las verduras no le gustaban lo más mínimo.

Nadia llegó en ese momento.

—Perdón por la interrupción.

—No te preocupes. Siempre se te ha dado de maravilla tratar con mi madre, ¡mira cómo te sonríe!

—Mi propia abuela pasó por lo mismo, estoy acostumbrada.

—Jamás te harás una idea de cuánto agradezco tu presencia.

Enmudeció cuando Nadia le entregó un grueso sobre blanco, se

estremeció de pies a cabeza mientras rezaba para que no se tratara de otra nota anónima más. «Por favor, otra no…».

—¿Puedes encargarte tú de Madeleine?

Nadia se hizo cargo de inmediato, y Clemence abrió el sobre apresuradamente mientras se dirigía a su despacho. Sacó la hoja doblada de papel que contenía y, al leer el mensaje, se derrumbó en la silla más cercana y sintió que se quedaba sin fuerzas.

¿Crees que tu secreto está a salvo? ¡Qué ilusa eres!

17

Vicky

Marrakech

Vicky tan solo pudo dormirse cuando quedó vencida por el agotamiento. Despertó sobresaltada al cabo de unas horas escasas y a plena luz del día, se sentó en la cama, gimió por la resaca y se llevó las manos a la cabeza. Habían tardado muchísimo en volver a casa. Habían permanecido ocultas tras la vegetación durante unos minutos que habían parecido eternos, con el corazón aporreándoles las costillas y temiendo que Patrice las sacara a rastras de su escondrijo de un momento a otro.

Mientras él escudriñaba el jardín con ojos penetrantes, un gato de grandes orejas y cara finita pasó con toda naturalidad por delante de ellas. Permanecieron allí, bien agazapadas y sin atreverse a respirar apenas, mientras olisqueaba la zona antes de alejarse sin más y adentrarse entre las altas briznas del descuidado césped.

Seguramente había sido él el autor de aquella especie de chillidos agudos que habían hecho salir a Patrice, quien seguía en la terraza. Vicky lo veía a través de la maleza allí parado, observando la oscura parte trasera del jardín. Ya habría bajado a buscarlas si las hubiera visto y supiera que estaban escondidas allí, ¿no?

El hombre que estaba dentro lo llamó y le dijo algo que ella no logró oír y entonces, a través de la maleza, lo vio titubear por un instante antes de avanzar unos pasos, escudriñar de nuevo la oscuridad con ojos llenos de desconfianza y encender una linterna que apuntó hacia el jardín. Pero de repente se apresuró a entrar en la casa al oír que el hombre de dentro lo llamaba de nuevo, y la luz de la habitación se encendió.

Varios minutos después, las dos habían sido testigos de cómo se llevaban de la habitación el cuerpo de Jimmy. Cuando oyeron el sonido de un coche alejándose a toda velocidad, ella se había doblado hacia delante mientras un gemido escapaba de sus labios.

—¡Vamos! —había exclamado su prima, tironeándole del brazo para que se levantara.

—¡Espera! Podría ser una trampa.

Habían dejado pasar unos minutos más y entonces habían echado a correr hacia la valla atropelladamente, tropezando sobre sus propios pies. Una vez que lograron encontrar de nuevo el agujero, salieron por él precipitadamente, sin importarles los arañazos que se hacían en los brazos y las piernas. Después de andar durante más de una hora, trastabillantes y trémulas, sosteniéndose la una a la otra, un camión que transportaba fruta al centro de Marrakech se había parado a recogerlas. El conductor las había dejado cerca de la plaza y habían ido a toda prisa al *riad*, agradeciéndole a Dios que aquella pesadilla hubiera terminado.

Pero no había terminado ni mucho menos, ¿verdad? Jimmy estaba muerto, lo habían asesinado.

Vicky se acercó al borde de la cama y, al plantar los pies en el suelo, la imagen del cuerpo sin vida de su amigo acudió de nuevo a su mente. Cerró los ojos con fuerza. Jimmy. Muerto. Pero ¿por qué? Si no hubiera visto con sus propios ojos cómo le disparaba Patrice, no se lo habría creído.

Tomó una trémula bocanada de aire, habían sido unas imprudentes. Bea había sido reacia a colarse en el jardín, y con razón; la idea había sido una locura. Ojalá se hubieran limitado a lanzar el cuaderno de bocetos por encima del muro. Contempló sus uñas rotas, giró las muñecas para examinar los arañazos que tenía tanto allí como en los antebrazos. ¡Cuánto desearía que hubiera alguna forma de volver atrás en el tiempo! Pero no la había, y ahora iban a tener que largarse de Marrakech lo antes posible. No tenían alternativa.

Estaba resacosa y tenía el estómago revuelto, así que procuró no hacer movimientos bruscos mientras pasaba por encima de la ropa sucia que habían dejado tirada por el suelo. Cuando llegó junto a su prima, le sacudió ligeramente el hombro para despertarla.

Ninguna de las dos dijo nada durante un largo momento, se limitaron a mirarse en silencio hasta que Bea susurró:

—¿Qué cojones vamos a hacer? —Se le había corrido el rímel, parecía como si hubiera pasado la noche entera de fiesta en algún antro.

Vicky se sentó en el borde de la cama de su prima, estaba rígida por el miedo.

—Tenemos que marcharnos de Marruecos. Si nos quedamos aquí, siempre estaremos mirando por encima del hombro por si hay alguna amenaza al acecho. Tendremos la preocupación constante de no saber si estamos a salvo.

En su mente se sucedían vívidas instantáneas del asesinato: la

sangre, Jimmy desplomándose, su cuerpo sin vida, el sonido sordo de su cabeza golpeteando contra el suelo. Aquel momento de pesadilla en el que había tenido la impresión de que Patrice la miraba directamente a los ojos. ¿Cómo podían tener la certeza de que no las había visto?

—Voy a pedirle ayuda a Etta, es posible que en el aeropuerto solo hablen en árabe. Voy a bajar ahora mismo.

Bea la agarró del brazo para detenerla.

—¿Por qué no vamos en tren? Sería más barato.

—Lo preguntaré. —Vicky se levantó y se zafó de su mano—. Cierra la puerta con llave.

Bajó a toda prisa y llamó a la puerta de Etta, quien salió a abrir de inmediato. Iba vestida de negro, como de costumbre, y la condujo a la cocina mientras ella le preguntaba si podía ayudarlas a sacar unos billetes de avión.

—Tenemos que regresar a Inglaterra hoy mismo —concluyó.

Etta frunció el ceño mientras la observaba atentamente y preguntó:

—¿Cómo te has hecho esos arañazos en las mejillas?

Vicky mintió sin vacilar.

—Me caí en unos arbustos, me pasé de copas.

—Cielo, ¿por qué quieres marcharte hoy mismo? —insistió con preocupación—. ¿A qué viene tanta prisa? Creía que te gustaba estar aquí.

—Y así es.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Por favor, Etta, no puedo explicártelo. Ahora no.

—Está bien. Ahí tienes café y cruasanes, sírvete lo que quieras. —Tomó el teléfono, marcó un número y esperó a que le pasaran a algún operador.

Vicky, mientras tanto, no prestó apenas atención a la alegre mezcolanza de cuadros que decoraban las paredes revestidas de *tadelakt*, ni a las palmeras que apenas cabían en sus respectivos maceteros ni a las coloridas lámparas de cristal. Lo vio todo, pero estaba demasiado alterada como para apreciarlo.

Etta se puso a hablar en árabe. La conversación se alargó durante unos minutos y frunció el ceño al oír lo que fuera que estaba diciéndole el operador.

—¿Está seguro? ¿Ni a Francia? —Había pasado a hablar en francés, se la oía impaciente—. ¿Nada hasta el treinta? Pero ¡eso es dentro de tres días! —Escuchó la respuesta y colgó de golpe.

—¿Qué pasa? —le preguntó Vicky con nerviosismo.

—Como Inglaterra ganó la semifinal de la Copa del Mundo ayer, todos los vuelos que salen de Casablanca y de Rabat están llenos.

—Pero se tardan horas en llegar a Rabat en tren, ¿no hay más

aeropuertos?

—No, me temo que no. Solo está el que usan las fuerzas armadas. Al parecer, todo hombre viviente asistirá a la final de Wembley o la verá por televisión en Londres o Alemania. Y eso incluye a toda la población masculina de Marruecos.

—¡No! —Vicky cerró los ojos con fuerza, ¡aquello no podía estar pasando!

—Y los vuelos a Francia también están llenos, solo suele haber unos cuantos en el mejor de los casos. Pero, en estas circunstancias… —Al ver que se llevaba las manos a la cabeza y se mecía de atrás adelante con la mirada puesta en el suelo, posó una mano en su hombro e intentó tranquilizarla—. Vicky, por favor. Sea lo que sea, se solucionará.

—Repíteme lo que te ha dicho el operador.

—Que los vuelos están llenos de turistas y de gente de aquí. —Etta se encogió de hombros—. No sabía que a los jipis y a la gente de la alta sociedad les gustara tanto el fútbol.

Vicky tragó con dificultad mientras luchaba por controlar el miedo.

—Prueba en la estación de tren, por favor.

Etta llamó y pasó media hora a la espera mientras ella paseaba de acá para allá contemplando unos tapices bordados que colgaban en la pared, las revistas amontonadas y la mampara de intrincada celosía que separaba una parte de la sala de la otra.

Cuando Etta consiguió hablar por fin con un operador, la conversación fue breve y terminó sacudiendo la cabeza con resignación antes de colgar.

—Lo siento, todos los trenes que salen de Marrakech están llenos también. —Suspiró al verla parpadear con rapidez en un intento de reprimir las lágrimas—. Vicky, ¿qué es lo que pasa? Tienes un aspecto horrible, ¿qué ha pasado?

—No puedo contártelo, de verdad que no. Pero tengo que ver a Clemence, ella sabrá lo que hay que hacer. —Subió a la carrera al apartamento y puso a Bea al tanto de la situación.

—¡No puede ser! —exclamó su prima, consternada.

—Puede que Patrice no nos viera.

—Pero ¡no lo sabemos con certeza! ¡No podemos quedarnos aquí sentadas, esperando a que aparezca! ¡Tenemos que hacer algo, Vicky!

Consciente de que su prima tenía razón, Vicky entornó los ojos mientras intentaba pensar en alguna alternativa.

—Voy a buscar a Tom —anunció al fin—. Dios, ¡ojalá que aquí hubiera más gente con teléfono! En fin, la cuestión es que hay que contarle lo de Jimmy. Y entonces nos largamos de Marrakech lo más rápido posible.

—¿Cómo?

—Le pediré a él que nos lleve a la casba de mi abuela, podemos refugiarnos unos días allí. Comparte el coche con Jimmy, espero que ya lo hayan reparado.

—¿Y si dice que no?

—Pues no tengo ni idea, Bea. Pero no le abras a nadie si oyes que llaman a la puerta, ni siquiera a Etta. Mantén las persianas bajadas y no hagas ni un solo ruido.

—¿Cuánto vas a tardar? ¡Tengo miedo, Vicky!

—Yo también, pero Tom vive justo a la vuelta de la esquina. —Sabía que tenía que ser fuerte por ella y estaba intentando calmarla—. No te preocupes —añadió, a pesar de que ella misma no se sentía fuerte ni calmada en absoluto.

—Puede que él no esté en su casa, ¿qué pasa si no lo encuentras? ¿Y si Patrice se presenta aquí en tu ausencia? ¿Y si…?

Vicky le aferró los hombros y dijo con firmeza:

—Bea, respira. ¿De acuerdo? —Esperó hasta que la vio asentir—. No hagas ruido y recuerda que no debes abrirle la puerta a nadie. Cierra con llave en cuanto me vaya. ¿Entendido?

—Sí.

Vicky salió del *riad* a paso rápido, mirando a izquierda y derecha, y se dio la vuelta para echar un vistazo a su espalda. Todavía era temprano y no vio a nadie al doblar la esquina y enfilar por la siguiente callejuela, que olía a humedad y a algo metálico que tardó unos segundos en identificar. Aceleró el paso. Sangre, ¿era sangre? Podría tratarse de algún gato muerto, ¿no? ¡Ay, Dios! «Respira, respira hondo». Una sombra se movió, pero ¿era una sombra o una persona?

Se sentía terriblemente expuesta y le dio pánico seguir avanzando, y entonces vio aparecer a un hombre vestido con una chilaba marrón con la capucha levantada. El desconocido le lanzó una mirada al ver que ella se dirigía en aquella dirección, y de repente dio media vuelta y regresó por donde había llegado. ¿A qué se debía su reacción?, ¿habría vuelto a por algo que se le había olvidado? Estaba tan asustada que sentía que el corazón le iba a explotar en el pecho.

Solo faltaban unos dieciocho metros para llegar a la esquina desde donde podría ver la casa de Tom y Jimmy. Le dieron ganas de llorar al pensar en este último, volvieron a acudir a su mente imágenes de Patrice arrastrando su cadáver por el suelo. Dulce Jimmy, pobrecito.

Aceleró aún más el paso y, al doblar la esquina, vio a alguien parado entre las sombras del portal de la casa adyacente a la de Tom. Aminoró el paso, se agachó fingiendo que se ataba las sandalias y esperó a que el hombre en cuestión se fuera. Un animal yacía en el suelo, junto a la pared; al parecer, el mal olor que había notado antes sí que se debía a un gato muerto.

En cuanto el hombre se perdió de vista, se aseguró de que no

hubiera nadie más en el portal de la casa adyacente a la de Tom. Todo estaba despejado. No había pensado de antemano en lo que iba a decir a quienquiera que saliera a abrirle la puerta y se sintió aliviada cuando vio aparecer a Tom, somnoliento y con su cabello rubio ceniza totalmente despeinado. A pesar de la gravedad de la situación, no pudo evitar darse cuenta de que estaba tan guapísimo como siempre.

—Bea y yo necesitamos tu ayuda, ¿puedo pasar?

—Supongo que sí. —Sus ojos se oscurecieron.

—No se trata de una visita de cortesía, ¡es una emergencia!

Él enarcó las cejas y su mirada dejó claro que estaba pensando que era una estúpida histérica. Después de soltar un suspiro de lo más exagerado, asintió y dijo:

—Vale. Pero te advierto que no reacciono bien a los histrionismos a estas horas tan tempranas de la mañana.

—No es temprano.

Él se limitó a encogerse de hombros y Vicky no hizo más comentarios al respecto. Tenía la sensación de que era un hombre que no reaccionaría bien a los histrionismos en ningún momento del día.

La condujo por el patio interior de la casa hasta una habitación que había al fondo y, una vez que ella estuvo sentada en una dura silla de madera, le ofreció un café.

—Solo tengo que calentarlo —añadió, indicando la cafetera.

—No, déjalo. He venido a…

—Espera —la interrumpió él—. Puede que tú no lo necesites, pero yo sí.

—Por el amor de Dios, Tom, ¡para ya! ¡He venido a decirte que Jimmy está muerto! —Se tragó un sollozo, se le rompía el corazón al pensar en su amigo.

Él frunció el ceño, pero en sus labios se esbozó una sonrisa.

—¿Qué? ¿Se trata de una broma?

—¡Claro que no! Por favor, te lo ruego, siéntate para que pueda contártelo.

Procedió a relatarle todo lo sucedido. Que Bea se había llevado el cuaderno, y por qué habían intentado devolverlo accediendo a la casa por el jardín de la mansión de al lado. Revivió por un instante aquel miedo asfixiante, se le secó la boca y tragó con dificultad antes de poder seguir hablando, logró controlarse y le contó que habían visto cómo Patrice Callier disparaba a Jimmy a sangre fría mientras permanecían ocultas en el jardín.

Él se quedó mirándola enmudecido, y finalmente susurró:

—¡Santo Dios!

—Sí, es horrible. —Al ver que seguía mirándola en silencio, con los ojos abiertos como platos y la tez macilenta bajo el bronceado, añadió —: Lo siento.

Él no dijo nada, tan solo negó con la cabeza mientras ella mantenía la mirada fija en un punto de la silenciosa habitación. Se sentía fatal.

—No me lo puedo creer, ¿estás segura de que era Jimmy? —dijo él al fin.

—Sí, por completo. Lo siento mucho.

Tom bajó la mirada al suelo, terriblemente consternado ante semejante noticia, aunque tragó con fuerza mientras intentaba reprimir las lágrimas y controlar sus emociones. Vicky no sabía qué decir, no sabía cómo suavizar el golpe, y sus propios ojos se inundaron de lágrimas al verlo tan afectado.

Él volvió a alzar la mirada al cabo de un largo momento y dijo, con una pequeña sonrisa llena de tristeza:

—Gracias por decírmelo, tendré que avisar a sus padres.

—¿Por qué lo mataron?, ¿tienes alguna sospecha?

—Descubrió un montón de pruebas que incriminaban tanto al Gobierno de este país como a las fuerzas de seguridad de Francia y de América. Si esa información hubiera salido a la luz, les habría creado muchos problemas.

—¿Qué tipo de pruebas?

Él la miró con ojos penetrantes y Vicky tuvo la impresión de que estaba intentando decidir si podía confiar en ella.

—Unas que demostraban que secuestraron y asesinaron al activista Ben Barka en París. Y a varios hombres más aquí, en Marruecos. Jimmy tenía intención de publicar lo que había descubierto, habría sido todo un escándalo. —Su voz se quebró y tuvo que recobrar la compostura antes de continuar—. Y lo han silenciado por ello.

Vicky sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas otra vez y se las secó antes de preguntar:

—¿Para quién trabaja Patrice Callier?

—No lo sé. Alguien registró ayer nuestras habitaciones.

—¿Avisaste a la policía?

Él soltó una carcajada seca y contestó con voz llena de amargura:

—¡Claro que no! Tenemos la sospecha de que están bajo el control del servicio secreto francés.

—¿Qué se llevó quien registró vuestras cosas?

—Los papeles de Jimmy.

—La cuestión es que es posible que Patrice nos viera en el jardín, no podemos saberlo con certeza. Él salió a la terraza y dio la impresión de que detectaba nuestra presencia, pero un gato maulló y entonces se marchó junto con otro hombre y se llevaron el cadáver de Jimmy.

—¡No podéis quedaros en Marrakech! —exclamó, horrorizado.

—Hemos intentado comprar unos billetes de avión, pero todos los vuelos están al completo por la Copa del Mundo. Vamos a tener que ir a refugiarnos a la casba de mi abuela, ella nos ayudará.

—¿Cómo vais a ir hasta allí?

Ella tragó con dificultad antes de contestar.

—Pues había pensado que… En fin, ¿podrías llevarnos en tu coche?

Él suspiró y se le hundieron los hombros. Hubo un prolongado silencio. Vicky no tenía ni idea de lo que iban a hacer si se negaba a llevarlas.

Al final, le preguntó si el coche ya estaba reparado.

—El motor funciona, así que podría decirse que puede usarse —contestó él—. Pero la carrocería no está a punto todavía.

—La decisión es tuya.

—Seguro que Callier también tiene este lugar bajo vigilancia, es posible que te haya visto llegar. Podríamos quedar cerca del taller de reparación. Hay una ruta alternativa y podré asegurarme de que no me sigan. Te explicaré por dónde tenéis que ir para llegar allí sin ser vistas.

—¿Podemos irnos ahora mismo?

—Qué más quisiera. No, habrá que hacerlo mañana de madrugada, mientras todavía esté oscuro. No salgáis de vuestra casa bajo ninguna circunstancia. Hablaré con el dueño del taller, es colega mío y se encargará de llenar el depósito y de dejar el coche donde yo le diga. Tengo llaves de repuesto.

—Gracias —susurró ella.

Al verlo así, intentando ocultar sus emociones a pesar de que saltaba a la vista lo pálido y nervioso que estaba, le dieron ganas de abrazarlo. La segunda vez que habían coincidido le había parecido un hombre muy seco y distante, y se sentía complacida al ver que estaba equivocada y que, en realidad, era una persona cuyo verdadero carácter estaba oculto bajo una especie de reticencia. Él se había comportado así la vez anterior porque tenía la mente puesta en otras cosas, tal y como había afirmado Jimmy. «¡Ay, Jimmy! ¡Cuánto lamento lo que te ha pasado!». Pero él había tenido en vida un fiel amigo, Tom, que iba a ayudarlas si podía. Aunque, muy en el fondo, Vicky no creía que él pudiera burlar a un asesino despiadado como Callier; ni él ni nadie.

18

Las dos primas apenas probaron bocado aquella noche, pero tomaron un poco de té a la menta. Cuando llegó la hora de acostarse, Vicky apagó las lámparas de aceite con reticencia y permaneció un buen rato despierta en la cama, sin poder dejar de darle vueltas a la cabeza. Cuando se durmió por fin, inundaciones de pesadilla e incendios de dimensiones bíblicas la atormentaron sin piedad, las llamas de un rojo anaranjado se alzaban hacia el cielo y el humo inundaba las calles. Despertó con un grito en la garganta al oler un humo muy real, pero lo transportaba la brisa desde algún punto de la ciudad. Bea despertó también y siguieron tumbadas en sus respectivas camas envueltas en el silencio, esperando a que llegara la hora de marcharse, atentas a si se oían pasos subiendo por la escalera y sin atreverse a pronunciar ni una palabra.

Poco después, cuando aún estaba oscuro, se pusieron con sigilo unas chilabas grises (aunque Bea se empeñó en llevar debajo su vestido naranja y el pañuelo azul con estampado floral), y se cubrieron la cabeza con las capuchas. Las dos llevaban el pasaporte, varios panecillos, una camiseta limpia y una botella de agua en sus respectivas mochilas, y Vicky también había metido en la suya el cuaderno de bocetos. Aunque ahora le parecía una bobada sin importancia, lo más probable era que la ciudad entera estuviera buscándolo. Se lamentó de nuevo por no haberse limitado a lanzarlo por encima del muro, tal y como había propuesto su prima. Nadie habría sospechado que ellas tenían algo que ver con su desaparición ni con el hecho de que apareciera posteriormente en el jardín, y habría podido seguir albergando la esperanza de impresionar a Saint Laurent.

Bien cubiertas con unos finos mantos grises de lana, salieron con sigilo de la casa y, siguiendo las instrucciones de Tom, avanzaron pegadas a las paredes de las callejuelas hacia el lugar donde estaba aparcado el coche. Vicky contuvo el aliento al vislumbrar una silueta oscura, el miedo la paralizó y no se atrevió a dar un paso más.

—Tranquila, es Tom.

Las palabras de su prima hicieron que se fijara mejor y se sintió

aliviada al darse cuenta de que realmente se trataba de él. Cuando llegaron al coche, Tom posó una mano en su brazo y le preguntó en voz baja:

—¿Os ha visto alguien?

—No, ¿y a ti?

—Siempre hay alguien merodeando. Venga, vámonos ya. —Una vez que los tres se embutieron dentro, giró la llave y susurró una imprecación al ver que el coche no se ponía en marcha—. ¡Mierda! Dijeron que el motor estaba reparado.

Vicky contuvo el aliento mientras él volvía a intentarlo. Si Clemence tuviera teléfono, Ahmed habría podido ir a buscarlas, pero algunas partes de Marruecos estaban desfasadas, sobre todo en las remotas montañas. El motor emitió un horrible chirrido lo bastante ruidoso como para despertar a los muertos, pero terminó por encenderse después de varias intentonas más.

—Bueno, menuda forma de despertar a la ciudad entera de Marrakech —dijo Bea—. ¡Y eso que había que actuar con sigilo!

Emprendieron la marcha en medio de la gélida oscuridad. Mientras Tom conducía por las calles de la ciudad, los tres eran vívidamente conscientes del ruido que seguía haciendo el motor.

—La dirección tampoco va bien —dijo él, cuando el coche viró a la izquierda y luchó por enderezarlo—. ¡Justo lo que nos faltaba!

Todos guardaron silencio mientras el coche avanzaba traqueteante por las oscuras calles y salía de la ciudad, pero Vicky se estremeció al contemplar el manto de espectrales nieblas que cubría el paisaje rural. Cuando los primeros trazos del amanecer empezaban a dibujarse en las montañas, dio la impresión de que el coche circulaba con más fluidez por fin.

—No sé hasta dónde aguantará —les advirtió Tom.

Empezaron a respirar con cierto alivio y siguieron avanzando conforme el cielo iba adquiriendo un tono azul claro surcado por alguna que otra nube plateada. Tomaban caminos secundarios menos conocidos siempre que era posible, pero al final se vieron obligados a incorporarse a la llamada «carretera principal». Y así prosiguió el trayecto, con el canto de algún que otro gallo sonando en la distancia y el amanecer tiñendo de rojo las cimas de las montañas del Atlas, que se alzaban por encima de la niebla remanente.

—Los bereberes de la zona llaman Idraren Draren al Alto Atlas —comentó Tom.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Vicky.

—Montañas de Montañas.

Poco después, cuando las nubes plateadas ya se habían disuelto, Tom bajó las ventanillas y —a pesar de la inquietud que los atenazaba— saborearon aquel aire fresco y puro, luminoso con aquella luz tan

nítida y distintiva que Vicky había notado en tantas ocasiones. El sol había transformado el paisaje; los campos parecían no tener ni principio ni fin y habían adquirido un intenso tono amarillento, el cielo era de un vívido azul cobalto. Pero aquella sensación de alivio estaba destinada a ser efímera y, conforme veía cómo el camino iba ascendiendo y los campos iban quedando atrás, Vicky no pudo evitar pensar de nuevo en Jimmy. Creía que recordaría lo sucedido con precisión, como la secuencia de una película, pero las imágenes aparecían sin consistencia ni lógica. Momentos de devastación acudían a su mente en un batiburrillo fragmentado: el terror que había sentido al presenciar algo tan horrible había borrado algunas partes, dejando las imágenes hechas jirones. No sabía que la memoria pudiera ser tan poco fiable, que bloqueara algunas cosas y exagerara otras.

Pensó en Clemence y sintió el súbito anhelo de sentirse cobijada y a salvo en la casba. Qué extraño. Aunque encontrar a su abuela no había sido tarea fácil, pensaba en ella como un refugio seguro de forma instintiva.

Cuando llegaron a un pequeño pueblo bereber y Tom aparcó el Citroën amarillo en un rincón bien apartado de la carretera, ella aprovechó para caminar un poco y estirar las piernas antes de detenerse a la sombra de un árbol. Se volvió entonces a mirar hacia el punto por donde habían salido de la carretera y frunció el ceño al ver que un todoterreno verde con las lunas tintadas pasaba de largo a toda velocidad. Se preguntó si sería el mismo que había embestido al Citroën días atrás o si en Marruecos sería normal que algunos todoterrenos tuvieran las lunas tintadas, el de su abuela las tenía normales.

Siguió a Tom y a Bea por un camino estrecho de tierra compacta hasta un lugar donde le compraron pan y tomates a una mujer que les ofreció también té a la menta. En una sencilla calle del pueblo, sentados en el suelo de tierra compacta a la sombra de un árbol y con el rostro oculto bajo las capuchas, permanecieron atentos por si aparecía alguien sospechoso. De no ser porque corrían un grave peligro, habría sido una escena de lo más plácida.

Pero vete tú a saber dónde estaba Patrice. ¿Estaría acechando cerca de allí, en algún punto de la despejada carretera? ¿Se habría ocultado en algún lugar remoto de las montañas? A lo mejor estaba en Marrakech, atareado con sus quehaceres diarios como si no hubiera pasado nada. Como si no hubiera asesinado a Jimmy. «¿Qué diantres va a pasar ahora?», se preguntó, mientras la recorría un escalofrío. «¿En qué terminará todo esto?».

19

Clemence

Kasbah du Paradis

Exhausta tras aquella noche tan inquieta, Clemence había salido a reposar sobre los grandes almohadones a rayas blancas y azules que cubrían el diván de la terraza. La nota que había recibido en el segundo sobre blanco tenía un tono similar a la primera, y no había podido quitársela de la cabeza: «*¿Crees que tu secreto está a salvo? ¡Qué ilusa eres!*».

La había roto hasta dejarla hecha pedazos mientras maldecía a la persona que se la había enviado, quienquiera que fuese.

Ahora, mientras esperaban a que llegara el desayuno, dispuso sobre la larga mesita auxiliar unas revistas para entretener a su madre, pero esta no les prestó ninguna atención. Se limitaba a dormitar, a contemplar las montañas mientras tarareaba una vieja tonada o a quejarse de lo hambrienta que estaba y de que nunca le daban nada de comer.

Clemence le pidió varias veces que tuviera paciencia y le aseguró que en breve llegaría el desayuno, pero oírla tararear había evocado momentos del pasado y recordó con nitidez lo mucho que solía molestarla de niña oírla musitar constantemente para sí misma.

Intentó mostrarse animada cuando Nadia les sirvió café y fruta, pero no dejaban de emerger otras imágenes del pasado. Saboreó su café mientras recordaba cuando Jacques la había encontrado entre los árboles frutales aquel día tan terrible en el que se había visto obligada a presenciar cómo azotaban a su madre en el pozo.

El sonido de unas voces la arrancó del pasado y la llevó de vuelta al presente.

¡Por fin había llegado el albañil! Se acercaba acompañado de su ayudante, con una sonrisa cordial en el rostro, y, aunque ella se planteó por un segundo ocultar a su madre, descartó la idea. Sería demasiado difícil ocultar su presencia durante las obras, iba a tener

que asumir el riesgo; en todo caso, si su madre decía algo sobre el pasado, lo más probable era que nadie entendiera sus divagaciones. Era la primera vez que veía al asistente del albañil, pero habían llegado temprano y por fin estaban listos para ponerse manos a la obra. Las preciosas rejas afiligranadas estaban hechas a medida y el trabajo había requerido su tiempo, lo que había provocado un retraso a la hora de instalarlas en las ventanas de las habitaciones de su madre. La piel clara del ayudante le llamó la atención; además, tenía la misma constitución fuerte que…

El recuerdo la golpeó de lleno. Theo Whittaker, el único hombre al que había amado. Contuvo el aliento al visualizar su adorada imagen con total nitidez, prácticamente le parecía estar viéndolo ante sí.

Theo era un poco más joven que ella, tenía el pelo rubio y unos chispeantes ojos azules llenos de vida. Podía ser intenso y serio, pero también era capaz de iluminarlo todo con una risa incontenible. Era un americano divertido a la par que inteligente, una combinación irresistible, y ella recordaba cómo esa mezcla de inteligencia y humor había resultado ser un verdadero afrodisíaco. Dios, ¡cuánto le había deseado! Se había enamorado en cuerpo, alma y corazón, pero le había ocultado su pasado y él se había quejado de que estaba guardándose una parte importante de sí misma.

«Todo o nada, Clem», le había dicho con ojos implorantes.

Ella no se había atrevido a hablarle de su pasado, de Victor, y él la había acusado de estar guardando secretos, había alegado que no lo amaba de verdad si no estaba dispuesta a contarle quién era ni de dónde venía. Sus palabras la habían herido terriblemente, pero no había cedido. Y él jamás podría imaginar por qué.

Había estado a punto de responder que a ella también le gustaría tener todas las partes de su propio ser, sentirse completa. Pero lo que Theo estaba pidiéndole era un imposible. Y entonces, cuando él se había marchado, había sentido que una parte de sí misma, la más vital, terminaba por apagarse.

Mucho tiempo después, él escribió diciéndole que estaba divorciado y que vivía en Tánger, donde tenía una pequeña empresa de seguridad privada. «Mi querida Clem…, por favor, dime que quieres que nos veamos». Ella se había aprendido de memoria hasta la última palabra de aquella carta, pero, a pesar de cuánto anhelaba volver a verlo, ¿de qué habría servido? El resultado habría sido el mismo y no había querido sufrir ese dolor por segunda vez.

Pero la experiencia sensorial de su presencia había permanecido presente, avivada por los recuerdos: la música que él solía escuchar, los libros que leía, el incienso que quemaba, la seda de sus cojines, el tacto de su piel, su cuerpo sudoroso… «Dios, ¡cómo olvidar eso!». Cada vez que lo recordaba, cada vez que intentaba darse explicaciones

a sí misma, se preguntaba hasta qué punto había llegado a desviarse de la verdad. ¿Qué habría pasado si se lo hubiera contado?, ¿debería haberlo hecho? A veces se preguntaba si su miedo había hecho que el pasado pareciera mucho más terrible de lo que había sido en realidad. A Theo siempre le habían gustado los elementos menos obvios de la vida, la esencia oculta de la gente, y para ella había sido una agonía saber que, por mucho que anhelara que él la conociera de verdad, no podía ser.

Al cabo de una hora más o menos, cuando su madre y ella ya habían terminado de desayunar, un súbito estruendo y el ladrido de los perros la arrancaron de sus pensamientos. El albañil apareció por la esquina a toda prisa y anunció que parte de la pared se había derrumbado.

—Vamos a tener que apuntalarla para reconstruirla —añadió, con una cara de pesadumbre un pelín exagerada.

—¿Antes de instalar las rejas de hierro forjado?

—Sí, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo necesitarán?

—Unos dos o tres días más.

Su madre estaba tarareando de nuevo en voz baja y permanecía ajena a todo aquello, pero cabía preguntarse cómo iba a sobrevivir sin poder usar durante toda la semana las habitaciones con las que estaba familiarizada, ese espacio personal donde descansaba y se relajaba. En cuanto a ella, estaba claro que también le esperaban unos días muy largos y se le ocurrió que quizá sería buena idea ir a visitar a la madre de Ahmed para cambiar un poco de aires. La mujer apenas sabía hablar francés y, como Madeleine no hablaba nada de árabe, era poco probable que entendieran lo que decía.

Fue en busca de Ahmed y le explicó sus planes.

—¿Quiere que la acompañe?

—No, mi madre puede bajar a lomos de una mula. Es un trayecto corto.

Él no parecía demasiado convencido, pero asintió.

En todo caso, ni su madre ni ella tenían prisa por moverse, y los perros empezaron a ladrar de nuevo poco después. Oyó el sonido de pasos acercándose por el camino de grava y se levantó para ver de quién se trataba, ¿qué nuevo imprevisto se avecinaba? Le habría gustado entrar a toda prisa en la casa y excusarse diciendo que le dolía la cabeza, pero su madre no podía moverse lo bastante rápido y, de todas formas, ya era demasiado tarde. Entornó los ojos para protegerlos del sol y vio aparecer a un hombre en lo alto del último tramo del escarpado camino que subía de Imlil.

Permaneció donde estaba sin amilanarse al ver que se trataba de Patrice Callier, ¿qué demonios estaría haciendo allí?

—Ah, la anciana —dijo él, con la mirada puesta en Madeleine—. Confío en que no haya vuelto a salir a deambular por los alrededores.

Clemence negó con la cabeza mientras fingía una calma que no sentía por dentro. ¿Por qué se había presentado allí sin ser invitado? Aquella era su casa, ¡su santuario! La recorrió un escalofrío de terror, ¿acaso estaba enterado de la verdad? Si Patrice sabía algo y se lo contaba a alguien, el escándalo estaría en boca de todos los habitantes de Marrakech en un abrir y cerrar de ojos. Pondrían cara de horror, fingirían sentirse estupefactos, pero los ojos de todos ellos brillarían de excitación ante semejante cotilleo y la vida que ella se había labrado en aquel lugar quedaría destruida.

—He venido a hablar contigo —dijo él—. Somos viejos amigos, he pensado que te gustaría charlar para ponernos al día.

—¿Vives aquí? Es decir, en Marrakech. —Le daba igual parecer poco hospitalaria, lo único que quería era que él se marchara.

Él esbozó entonces aquella gélida sonrisita suya, y el gesto le recordó la facilidad que tenía aquel hombre para sacarla de quicio. Apretó la mandíbula mientras intentaba mantener la compostura.

—He alquilado una propiedad en el Palmeral de forma temporal. —Patrice miró alrededor—. ¿Nos sentamos?

—Aquí fuera hace demasiado calor, pediré que nos preparen un poco de té.

Le indicó dónde estaba la sala de estar y, llevándose consigo a su madre y a los perros, se apresuró a ir en busca de Ahmed y le pidió que mantuviera a la primera fuera de la vista hasta que Patrice se marchara. Se dirigió entonces a la cocina para pedir que les llevaran algo de té a la sala de estar y, seguida por Coco y Voltaire, se dirigió hacia allí con rapidez.

Patrice se había puesto de lo más cómodo en el que ella consideraba su rincón especial de lectura: un pequeño *bhou* situado al fondo de la sala de estar, con un sofá empotrado de color azul marino. La pared de detrás estaba decorada con mosaicos de color azul plateado, y en el suelo había un *kilim* estampado con motivos geométricos islámicos en azul y crema. Les ordenó a los perros que se sentaran (la hacían sentir protegida) y ocupó un sillón frente a Patrice, que estaba repantingado en el sofá.

—Debo decir que hoy estás especialmente bella —comentó, posando los ojos en su cuerpo más tiempo del debido.

Clemence bajó la mirada como si quisiera comprobar su propia apariencia. Llevaba puesto un delicado caftán de lino con un turbante de seda color café y, alrededor del cuello, lucía una larga cadena de oro con esferas plateadas. Tenía las uñas pintadas, pero no llevaba maquillaje más allá de un pintalabios en un tono rosa tan pálido que prácticamente era traslúcido. No contestó a sus palabras. Apenas

podía tragar saliva, y mucho menos hablar.

—Eras una joven muy guapa, Adèle Garnier. —Esbozó una sonrisa que más bien podría describirse como una mueca burlona.

—Clemence —murmuró.

—Supuse que te habías casado.

Ella se limitó a encogerse de hombros y él añadió:

—Como ahora te apellidas Petier, lo di por hecho. Pero en realidad no has estado casada, ¿verdad? Me sorprende, Ade… Clemence.

—¿Estás proponiéndome matrimonio otra vez? —Era obvio que él había estado recabando información sobre ella.

—De ser así, ¿cuál sería tu respuesta?

Clemence se movió con nerviosismo en el asiento y lo observó en silencio antes de preguntar:

—¿Qué es lo que te ha traído hasta aquí en realidad después de tantos años?

—¿Es que un par de viejos amigos no pueden disfrutar juntos de una taza de té?

Ella sintió que una gota de sudor descendía por su piel por debajo del caftán.

—De acuerdo, iré directo al grano.

Estaba claro que aquel hombre se traía algo entre manos y, aunque Clemence no sabía de qué se trataba, no tenía más remedio que aguardar a que él dejara entrever sus cartas por si se trataba de algo de lo que debía estar enterada.

—La cuestión es que debo marcharme de Marruecos de inmediato —dijo él.

—¿Ah, sí?

—¿Te acuerdas de mi padre?

—Sí.

—La muerte de tu padre le afectó mucho, habían sido amigos. Espero que disfrutaras recordando los viejos tiempos con las fotos.

De modo que sí que había sido él quien las había enviado, ¿no? ¿Y las notas también eran obra suya? Disimulando a duras penas la ansiedad y el nerviosismo que sentía, Clemence eludió la pregunta y se limitó a sonreír. Sintió que se derrumbaba por dentro y luchó con todas sus fuerzas por controlarse. Dirigió la mirada hacia las paredes de la sala de estar. Ojalá fuera un poco más tarde, cuando, bruñidas por el sol, su pálido tono dorado se convertía en un intenso terracota cobrizo. Y Patrice ya se habría ido para entonces.

—Creo que tienes algo valioso que me pertenece —añadió él.

El tiempo se ralentizó de golpe, ¿a qué se refería? Con la mente puesta aún en las fotografías y en las notas anónimas, sin poder pronunciar palabra debido a lo constreñida que tenía la garganta, se limitó a enarcar una ceja en un gesto interrogante.

Nadia entró en ese momento con una tetera y un plato de galletas marroquíes. Les sirvió dos tazas y se marchó.

—Se trata de unos objetos que tu padre le prometió al mío —siguió diciendo él, mientras echaba un vistazo a las galletas—. Tengo en mi poder una carta de intenciones, pero, por algún motivo que desconozco, la ignoraron durante la lectura del testamento. En cualquier caso, se trata de objetos muy valiosos. Mi padre falleció hace poco y, dado que ahora forma parte de mi herencia, he venido a reclamarlos.

Clemence guardó silencio y bajó la mirada mientras intentaba pensar a toda velocidad, estaba atónita. ¿Estaba enterado de la verdad?, ¿cuánta información tenía en su poder? ¿Sería cierto lo que estaba diciendo?, ¿el único motivo que le había llevado hasta allí era obtener un beneficio económico? Sintió el peso de su mirada, pero no alzó la cabeza por miedo a lo que él pudiera decir a continuación. Se obligó a sí misma a respirar más lentamente. «Inspira, espira. Inspira, espira».

—Un pequeño cofre rectangular de oro incrustado de rubíes y esmeraldas, contiene una exquisita antigüedad: un par de tobilleras *khalkhal* en plata maciza esmaltadas, con cierres dorados. El valor es incalculable. ¿Las recuerdas?

El anhelo de quedar liberada del miedo que la carcomía desde el día de la llegada de Patrice se intensificó aún más y temió soltarlo todo de golpe, abrir la boca y que las palabras brotaran por voluntad propia y volaran por la sala, empapelando las paredes con el sentimiento de culpa que había acarreado durante tanto tiempo.

Él suspiró con irritación al ver que permanecía callada, pero siguió hablando.

—Son marroquíes, del siglo dieciocho. Con una filigrana de alambres de plata montada en la superficie y un esmaltado azul turquesa, verde y amarillo. Un esmaltado típico de Fez, una obra de arte.

Ella no tenía ni idea de lo que su padre había prometido, no recordaba ninguna conversación al respecto. Al final dijo entre dientes:

—Has dicho que tienes… ¿Qué era?, ¿una carta?

Él se sacó un papel del bolsillo y se lo entregó.

—Es una copia, el original está depositado en el banco.

Clemence se quedó mirando fijamente a aquel hombre mientras las imágenes se sucedían en su mente. El despacho de su padre, destruido por las llamas; el padre de Patrice, que era médico. ¿Acaso era una cámara de fotos lo que llevaba colgado al cuello mientras observaba el destrozado despacho desde la puerta? Tenía sentido, teniendo en cuenta que ahora sabía con certeza que había sido Patrice quien había

enviado las fotografías.

—No tengo forma de verificar si esto es auténtico —alcanzó a decir al fin, con la mirada puesta en el grueso papel apergaminado en cuya parte inferior estaba estampado el sello de su padre. Se lo lanzó con tanta indiferencia como le fue posible—. Además, si realmente lo es, ¿por qué no impugnó el testamento tu padre?

—No me gusta manchar su memoria, pero la verdad es que era demasiado débil. —Patrice esbozó una tensa sonrisa—. Creo que no pudo prever hasta qué punto necesitaría ese legado.

—A mí me parecía un hombre bueno y considerado.

—Bueno, es una larga historia.

Clemence se levantó del sillón a pesar de que le flaqueaban las piernas, estaba convencida de que el temblor que las sacudía era visible. Respiró hondo antes de contestar.

—Y yo creo que la tuya huele a cuento, no tiene sentido que tu padre no reclamara ese supuesto legado en su momento.

—Como ya te he dicho, era un hombre débil.

—No te creo.

Clemence se sobresaltó al ver que se levantaba y se acercaba, ¿acaso pensaba golpearla? Retrocedió un paso y recordó cómo la había arrinconado contra la pared de un cobertizo cuando ella tenía diecisiete años, poco después de que rechazara su propuesta de matrimonio, y le había metido la mano febrilmente bajo el escote. Había sentido repulsión, él le había parecido repulsivo. Le había apartado de un empujón con todas sus fuerzas y había echado a correr mientras llamaba a viva voz a Simone, la perrita de su madre, para que los sirvientes supieran que estaba allí.

—¡Contéstame! ¿Lo tienes? —estaba diciendo él, señalándola con un dedo acusador.

Ella se tomó un momento para serenarse antes de contestar en voz baja.

—No tengo ni idea de a qué te refieres, no sé nada de nada. ¿Has dicho que las tobilleras están en un cofre?

—¡No te hagas la tonta! —Apretó los puños con fuerza. Aunque intentaba ocultarlo, era obvio que su frustración iba en aumento.

Clemence quería echar a correr, llamar a Ahmed, alejarse todo lo posible de aquel hombre.

—¿Tienes mi herencia? —masculló él. Dio otro paso hacia ella con semblante amenazante, tenía los músculos de alrededor de los ojos tensos y los puños peligrosamente cerca de ella.

Clemence se mantuvo firme y no retrocedió, pero estuvo a punto de desmayarse ante el odio casi palpable que emanaba de él.

—No la tengo, ¿por qué habría de estar en mi poder? —dijo al fin.

Estaba a escasos centímetros de distancia de ella, sus mejillas

estaban surcadas de venillas rotas y amoratadas, su boca tenía un rictus cruel, sus ojos echaban chispas. ¡Quién sabe lo que podría llegar a hacer!

Ella estaba aterrada, estaba convencida de que iba a golpearla. Pero él se limitó a decir:

—¿Es posible que lo tenga tu madre? Porque la anciana que tienes escondida aquí es tu madre, ¿verdad?

Ella se puso a la defensiva de inmediato.

—Me mentiste, Clemence.

—Tengo mis motivos.

—Y yo tengo los míos para querer obtener lo que se le prometió a mi familia. Necesito ese legado. De inmediato. Mi padre murió enfermo, sin dinero y endeudado. Y tú te esfumaste sin más, llevándote contigo nuestra herencia. Él la necesitaba tanto como yo ahora.

Clemence contuvo el aliento, pero no contestó.

—Hiciste creer a todo el mundo que te habías marchado tras los pasos del hijo del chófer a algún lugar de Francia. Se llamaba Jacques, ¿verdad?

—Ese era su nombre.

—Nunca entendí cómo era posible que prefirieras al hijo de un chófer antes que a mí. Solo que, cuando partí también rumbo a Francia, te busqué y no encontré ni rastro de ti. —Ladeó ligeramente la cabeza, como sopesando si estaba hablando más de la cuenta—. No me gustaría que te pasara nada malo.

Lo dijo con un tono de voz escalofriante que la estremeció, y Clemence exhaló con lentitud. Le temblaban tanto las manos que no tuvo más alternativa que entrelazarlas tan fuerte como pudo, no podía dejar que él se diera cuenta de lo asustada que estaba.

—Ni a tu encantadora nietecita —añadió él.

Se quedó helada. Los ojos de Patrice habían visto crueldades perpetradas por otros, y seguro que también por él mismo. Se hizo un silencio agónico.

Horrorizada, ocultando a duras penas cuánto la había impactado aquella amenaza, alzó la barbilla y lo fulminó con la mirada.

—¡Fuera de mi casa!

—¿Crees que lo que pasó en Casablanca es un secreto? Sé qué tipo de persona eres en realidad, Clemence.

La vergüenza y el sentimiento de culpa empezaron a gritar en su interior. Aterrada por lo que él pudiera llegar a decir a continuación, por lo que ella misma pudiera decir, soltó la única respuesta posible en ese momento:

—¡Te he dicho que salgas de mi casa!

Notó el sabor de la sangre en la lengua, se había estado mordiendo

el interior de la mejilla con nerviosismo. Se obligó a mantenerse firme y hundió una uña en la parte carnosa de la palma de la mano para ocultar el pánico abrumador que sentía. Permaneció inmóvil durante unos minutos, y entonces dirigió la mirada hacia los perros.

—¡Voltaire! ¡Coco! ¡Vamos!

Desde una de las ventanas delanteras, vio cómo Patrice iba descendiendo por el camino hasta perderse de vista; una vez que tuvo la certeza de que realmente se había ido, echó a correr hacia su habitación y se derrumbó en la cama, donde sollozó y sollozó y se tragó la angustia y el miedo. Lloró hasta que le escocieron los ojos, hasta que sintió la garganta tan dolorida que creyó que la tenía en carne viva. Los perros se subieron a la cama para consolarla, gimieron mientras le chupaban la cara y las manos. No podía perder todo aquello, todo cuanto había construido, la vida que había creado. Tiempo atrás ya había sufrido una gran pérdida, no podía permitir que las cosas terminaran así ahora. Sintió un terror visceral ante la idea de que Patrice pudiera hacerle algún daño a Vicky, se levantó de golpe y se puso a pasear con nerviosismo de un lado a otro de la habitación. No, ¡su nieta no! ¡No! Patrice Callier era capaz de hacer cualquier cosa, tenía un pasado empapado de sangre. Ella podía ver con claridad la violencia que había en él, podía sentirla. Violencia y furia.

Al cabo de un rato, un sonido procedente del exterior captó su atención. Pensó que podría tratarse de Madeleine acercándose con Ahmed y se detuvo en medio de la habitación, se secó las lágrimas a toda prisa con las yemas de los dedos. Sintió que la atravesaba una gélida corriente que hizo que el miedo diera paso a la ira. Moriría antes de permitir que aquel hombre le hiciera daño a Vicky, estaba dispuesta a destruirlo si hacía falta.

20

Vicky

Después del breve descanso en el pueblo bereber, Vicky regresó al coche junto a Bea y Tom y reemprendieron la marcha.

—Oye, Tom, ¿por qué viniste a Marruecos? —le preguntó en un momento dado.

—Solo soy un periodista especializado en política que va en busca de la noticia.

—¿Y Jimmy?

—¿Jimmy? —Su voz se quebró y parpadeó repetidamente antes de continuar—. Él le decía a la gente que era activista y escritor, pero estaba más involucrado que yo en actividades antigubernamentales. Hay jóvenes agitadores marroquís que intentan generar cambios que beneficien a la población.

—Estoy enterada de lo de los disturbios.

—Sí, y la CIA está en el país para identificar a los agitadores. Creemos que el servicio secreto francés también está involucrado, aunque no hay pruebas que lo demuestren.

—Entonces, ¿no viniste para disfrutar de la fiesta y la diversión?

Vicky había dicho aquello en tono de broma para intentar aligerar el ambiente, pero al mirarlo le vio negar con la cabeza y decir con semblante despectivo:

—En este país están pasando muchas cosas preocupantes. Pero los ricos europeos, impulsados por el champán y el hachís, lo consideran su propio patio de juegos tóxico.

—Sí, ya me había dado cuenta de eso —comentó ella con ironía, recordando cómo se había sentido en la fiesta del Palmeral.

—A pesar de los disturbios del año pasado, la alta sociedad guarda silencio.

—Pareces resentido.

—Quizá sea porque lo estoy.

—¿Cómo se desencadenaron los disturbios?

—Unos estudiantes marroquíes organizaron una manifestación.

Exigían que todo el mundo tuviera derecho a una educación superior pública. Nosotros consideramos el derecho a la educación como algo normal, ¿verdad?

Vicky asintió y él prosiguió con su relato.

—Se empleó la fuerza contra ellos y al día siguiente empezaron los disturbios: destrozaron tiendas, quemaron autobuses y coches, lanzaron piedras y entonaron cánticos contra el rey.

—¡Vaya! ¡Qué miedo!

—La cosa se descontroló y el ejército llevó tanques a la zona. Hay quien dice que no tuvieron alternativa.

—¿Qué opinas tú?

—No estaba allí. Pero países europeos como Francia, España y Gran Bretaña llevan siglos intentando controlar Marruecos y afianzarse en África. La independencia de este lugar es frágil y muy compleja.

—¿Qué opina tu familia? ¿Les preocupa que estés aquí?

—Basta de preguntas, Vicky. Tengo que concentrarme en la carretera.

Ella habría querido preguntarle cómo se sentía al saber que Jimmy había sido asesinado de semejante forma, al saber que había muerto. Se volvió hacia la ventana para ocultar sus lágrimas. Aunque él parecía estar aguantando bien el tipo, seguro que por dentro tenía una horrible mezcla de emociones, al igual que ella misma. La consumía la tristeza más abrumadora que había sentido jamás, pero también estaba enfurecida por lo que había hecho Patrice. Intentó no pensar en Jimmy, se centró en respirar y logró serenarse, pero no fue una tarea nada fácil porque imágenes del asesinato insistían en colarse en su mente y la llevaban de vuelta a aquellos terribles momentos.

Miró por encima del hombro a Bea, que estaba en el asiento trasero, y la vio dormida con la boca entreabierta. Parecía tan joven e inocente… ¿Qué dirían sus padres, la tía Florence y el tío Jack, al enterarse de lo que había pasado? Ella les había prometido que el viaje no entrañaba ningún peligro.

—¿Estás bien? —le preguntó a Tom en un momento dado.

—¿En qué sentido?

—Me refiero a cómo te sientes.

—Estoy intentando no sentir nada. Estoy intentando mantener esta vieja tartana en la carretera hasta llegar al punto desde el que tengamos que continuar a pie.

Su tono de voz cortante la molestó y se preguntó si todos los hombres serían tan reacios a expresar sus emociones. Todavía estaba rumiando aquella cuestión cuando vio a una joven gacela —bueno, a ella le pareció una gacela— que corría hacia ellos a toda velocidad.

—¡Cuidado, Tom! ¡Cuidado!

Pero todo ocurrió de repente. La gacela chocó con ellos, el coche se

sacudió y viró de golpe, se descontroló y se estrelló contra un enorme saliente. Tom fue despedido hacia delante y chocó con el parabrisas, ella cayó lateralmente hacia la puerta mientras oía el estruendo y los chirridos, el crujido del metal. La puerta se abrió de golpe, dejándola con medio cuerpo fuera del coche y al borde de la inconsciencia. Luchó por permanecer despierta, se echó hacia delante para salir por completo del vehículo, cayó desmadejada al suelo de tierra y se quedó tirada a un lado de la carretera. Abrió los ojos y vio el cuerpo sin vida de la gacela a unos treinta centímetros escasos de distancia. Bea gritó, gritó una y otra vez. Se quedó callada de golpe y, en el súbito y extraño silencio, Vicky vomitó con virulencia. Se limpió la boca con el dorso de la mano y oyó los sollozos de su prima.

—¡No puedo salir! ¡No puedo respirar!

Temblando por el *shock*, Vicky echó mano de toda su fuerza de voluntad y logró ponerse en pie. Abrió la puerta de su prima desde fuera y entonces fue trastabillando a ver si Tom estaba bien. Se detuvo en seco al verlo, su cuerpo se quedó paralizado mientras su mente intentaba asimilar la escena: Tom tenía sangre en las mejillas, en la mandíbula, en el cuello. Sintió que se le constreñía el pecho e intentó respirar hondo varias veces. Inhaló aire por la nariz, lo exhaló por la boca… Dios, su cabeza había resquebrajado el parabrisas con el impacto. No lo había atravesado, pero algunos mechones de pelo habían quedado enganchados en las fisuras que irradiaban del círculo.

—¿Está muerto? —preguntó Bea. Se acercó a mirar y su voz se tornó más estridente aún—. ¡Está muerto? ¡Haz algo, Vicky! ¡Tienes que hacer algo!

Pero Vicky seguía paralizada. Tom yacía con la cara apoyada en el destrozado parabrisas, sangrando, mientras ella permanecía parada como un pasmarote y luchaba por controlar su respiración.

—Me parece que no respira —alcanzó a decir.

Bea se estremeció y se puso a berrear.

Vicky se acercó a Tom y le tocó la cara. El aire estaba preñado del zumbido de los insectos, algunos de los cuales ya habían sido atraídos por el dulzón olor metálico de la sangre. Le tomó la muñeca para comprobar si tenía pulso.

—¡Gracias a Dios! Está inconsciente, pero vivo.

—¡Dios! ¡Dios! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tenemos que ir a pedir ayuda.

—¿Adónde cojones vamos a ir? —Su prima miró frenética alrededor.

Vicky se puso la mano a modo de visera y recorrió los alrededores con la mirada.

—Mira, me parece que allí hay unos edificios. Podría ser un pueblo.

—¡O un espejismo!

—Esto no es el desierto del Sahara, Bea. Estamos en un camino de montaña. —Abrió su mochila y sacó una camiseta para cubrirle el rostro a Tom y protegerlo de las moscas y del sol—. Acortaré camino campo a través, tú quédate aquí y cuida de Tom.

—¡No! Deberíamos permanecer juntas, mantenernos fuera de la vista.

—Tengo que ir, Bea. Quién sabe cuándo pasará algún coche por aquí, y hay que conseguirle ayuda a Tom.

—¡No me dejes sola! No puedo ni ver la sangre, ¡déjame ir! Estoy más en forma que tú, deja que vaya yo al pueblo.

Vicky suspiró y terminó por claudicar.

—Está bien. Si eso es lo que quieres, adelante. Pero date prisa.

Su prima se sacó el pañuelo floreado azul de debajo de la chilaba y, después de atárselo alrededor de la cabeza, agarró su mochila y se volvió hacia ella.

—¿Cómo se pide ayuda en árabe? —preguntó con voz trémula.

—Etta me enseñó unas cuantas palabras. Sería algo así como *owni afak*.

—Vale.

—¡No te alejes demasiado! —le advirtió Vicky mientras la veía alejarse—. Diez minutos, ¡quince como mucho! Regresa si para entonces no estás cerca de ningún pueblo, tendremos que volver a Marrakech haciendo autostop para conseguir ayuda.

Intentó mantener la calma, pero tenía la respiración demasiado acelerada y creyó que iba a desmayarse al sentir el pánico que le subía por la garganta. Se tomó unos momentos para revisar su propio estado. Le dolía la pierna por la caída al salir del coche y también tenía el cuello y los hombros maltrechos, pero estaba casi segura de que no se había golpeado la cabeza.

El sol se encontraba ahora en lo más alto, inmisericorde y abrasador, y estaba pegajosa por el sudor y el miedo. Aturdida aún por la colisión, no podía dejar de revivir una y otra vez el momento del impacto. El horror vivido emergía una y otra vez. Pensó en Tom y la recorrió un estremecimiento, estaba aterrada por él; si no conseguían ayuda a tiempo, podría llegar a morir. Se volvió a mirarlo y le rogó en silencio que aguantara mientras le suplicaba a Dios que apareciera un coche, que hubiera algún pueblo cerca, que alguna aldeana pasara por allí. Nada. Consultó la hora en el reloj, ya había pasado un cuarto de hora desde que Bea se había marchado.

Recorrió los alrededores con la mirada y la llamó a gritos, escudriñó el nebuloso horizonte. Nada.

—¡Mierda! —murmuró, antes de tomar la muñeca de Tom con delicadeza para volver a comprobar si tenía pulso. Seguía inconsciente, pálido y sudoroso.

Al cabo de unos veinte minutos vio lo que parecía ser un camión cargado de fruta, tenía el techo descubierto y los laterales de madera. Se dirigía hacia la montaña procedente de Marrakech, y el conductor se detuvo al verla gesticulando como loca.

Ella intentó expresarse mediante las palabras que creyó que podrían servir: *owni afak*. Señaló hacia Tom, frenética, pero el curtido conductor ya estaba apeándose del vehículo y fue corriendo a inspeccionar la escena.

Poco después, el hombre empezó a apartar con mucho cuidado a Tom del parabrisas, empleando un cuchillo para liberar el pelo que había quedado enganchado en el cristal. Le indicó con gestos que ella agarrara los tobillos mientras él sostenía los hombros, la cabeza y el torso, y entre los dos lograron sacarlo del coche y acercarlo al camión. Lo depositaron con delicadeza en el suelo y el conductor fue a abrir la trampilla posterior del vehículo, que cayó con un fuerte chasquido. Volvieron a alzar a Tom entre los dos, el hombre subió al camión de espaldas cargando con el peso muerto del cuerpo mientras ella intentaba ayudar alzándole las piernas y los pies.

Cuando ya lo tenían extendido en el camión, Tom exhaló un gemido que hizo que el camionero se volviera a mirarlo. Vicky se asustó al verlo sacudir la cabeza con expresión sombría, como si pensara que su amigo tenía escasas probabilidades de salir de aquella con vida, y, sin pensárselo dos veces, subió al camión a toda prisa y se agachó para revisarlo. «Por favor, qué esté vivo, por favor…». Se sintió aliviada al ver que sus pestañas se agitaban por un instante, y le dijo con voz suave:

—Tranquilo, Tom. Aguanta, te pondrás bien.

La intranquilizaba separarse de él, pero no tenía más remedio que quedarse allí para esperar a Bea. Se incorporó y se dispuso a bajar de un salto, pero el camión se puso en marcha con una súbita sacudida. La inercia la lanzó hacia delante y cayó al suelo de rodillas, le pidió a gritos al conductor que detuviera el vehículo mientras intentaba ponerse de nuevo en pie.

Pero debieron de pasar por algún bache, porque otra fuerte sacudida la hizo caer de nuevo. Le gritó que se detuviera, si pudiera hacerse oír… y sería imposible saltar en plena marcha mientras el vehículo se zarandeaba de aquella forma por el accidentado terreno. El conductor hizo un giro demasiado rápido y ella se agarró como pudo al lateral del camión mientras le pedía de nuevo a gritos que se detuviera, pero estaban acelerando aún más. ¡Dios santo! ¿Qué sería de Bea?

21

Clemence

Kasbah du Paradis

Ahmed y Madeleine estaban tardando una eternidad en aparecer. La frustración de Clemence iba en aumento y salió a esperarlos, en el pueblo se estaba un poco más fresco y quizá habían bajado a pasar un rato allí. Podría ir a por el todoterreno, pero tenía que estar allí cuando su madre regresara a pesar de que su principal preocupación en ese momento fuera la seguridad de su nieta. Debía llegar a Marrakech a tiempo de avisarla del peligro que suponía Patrice.

—Ahmed, date prisa… —murmuraba una y otra vez—. ¡Date prisa!

La espera se le hizo interminable, no podía quitarse de la cabeza la amenaza de Patrice. Se tomó un vaso de agua y, con el pulso desbocado, fue corriendo a su habitación para sacar la pistola que tenía oculta en un cajón de ropa interior repleto de prendas de seda que no se ponía casi nunca. Lo único bueno que su padre había hecho por ella en toda su vida había sido enseñarle a disparar. Ella jamás había empuñado un arma cargada hasta que él le había enseñado a hacerlo y, una vez que había aprendido a disparar, había vuelto a usar la pistola de su padre en una única ocasión, muchos años atrás. Su propia pistola, una Modèle 1935A, era un arma de mano francesa de uso común durante la Segunda Guerra Mundial. La había obtenido en el mercado negro y la limpiaba y la lubricaba con regularidad, así que en ese momento solo tuvo que pasar un trapo por su brillante superficie antes de guardársela en el bolso.

Buscó con manos trémulas un cargador de ocho cartuchos y lo metió también en el bolso junto con un par de artículos de aseo.

Ahmed llegó poco después y, tras ayudar a Madeleine a desmontar del burro, la condujo hacia ella con cuidado.

—El camino está lleno de baches, no hemos ido muy lejos. Nos hemos sentado bajo un árbol y hemos estado viendo los pájaros.

Clemence le dio las gracias antes de decir:

—Ahmed, tengo que ir a Marrakech.

—Ya la llevo yo, *madame*. Mi hermana se encargará de cuidar a la señora.

—Sí, ya sé que puedo contar con ella, pero tienes que quedarte aquí y decirle a ella que se vaya a su casa.

Él se sorprendió visiblemente al oír aquello.

—Está bien, me quedo. ¿Hay algún problema?

—Podría ser. Si el hombre que ha venido antes regresa, no le dejes entrar. Se llama Patrice Callier y podría ser peligroso. Mantén a mi madre en la habitación de la torre por su propia seguridad y, cuando mandes a tu hermana a su casa, dile que le pida a tu hermano que suba a ayudarte a vigilar la casa. Mantenlo todo bien cerrado con llave, pero deja que los albañiles sigan trabajando.

—No se preocupe, *madame*.

Clemence se acercó a su madre, le besó la mejilla y le echó en las muñecas su fragancia preferida, L'Heure Bleue. Personalmente, el olor le había recordado tiempos llenos de tristeza al principio, pero había ido aceptando poco a poco su romántica dulzura especiada y ahora representaba para ella una época mucho más lejana. Una anterior, cuando tenía trece años y todavía conservaba su inocencia. Una época de transición en la que solía sentarse al aire libre con su madre antes de que su padre llegara a casa, rodeada de los sonidos vespertinos, antes de que las primeras estrellas tachonaran el cielo.

Se sentía melancólica al pensar en aquellos días. Era esa melancolía que solo aparecía cuando llegabas a la edad madura y estaba claro que muchas cosas habían llegado a su fin. Las esperanzas y las certezas que tenías al inicio de la edad adulta se habían esfumado y te dabas cuenta de que la senda que te quedaba por recorrer no sería tan agradable. No es que añoraras el pasado. No, no era eso. Lo que añorabas era una época de la vida que jamás podría repetirse. Ella no podría volver a vivir un amor de juventud, ni saborear el champán por primera vez, jamás sabría cuándo podría estar haciendo algo por última vez. Esa era la realidad. Porque, por mucho que una persona supiera que terminaría por morir, daba la impresión de que la muerte siempre llegaba de repente, como cuando te quedabas dormida.

Apretó las manos de su madre a modo de despedida, salió de la terraza y fue a por las llaves del todoterreno. Antes de marcharse, volvió a pedirle a Ahmed que cuidara de su madre y este le preguntó cuánto tardaría en regresar.

—El tiempo que haga falta —se limitó a contestar.

El viento empezaba a arreciar cuando se marchó, el cielo había adquirido un extraño tono amarillento que presagiaba tormenta. No solía llover en verano y, aunque el jardín pedía agua a gritos, los caminos se volverían lodosos y resbaladizos si el chaparrón duraba

demasiado. Pero daba igual si diluviaba o si hacía sol, la cuestión era que tenía que contactar con Vicky cuanto antes. Quién sabe si Patrice tenía realmente la intención de hacerle algún daño a su nieta, pero no podía ignorar sus amenazas y la policía no serviría de nada, ya que muchos de ellos eran corruptos o estaban controlados por la CIA o por el servicio secreto francés.

Patrice había perturbado su vida en demasiadas ocasiones. Había que pararle los pies…, y, en aquella ocasión, de forma permanente.

22

Vicky

Entre zarandeos y sacudidas, Vicky sostuvo la mano de Tom durante todo el trayecto de regreso a Marrakech y lo escudó con su propio cuerpo para evitar que los abrasadores rayos del sol le dieran de lleno. La aterraba la posibilidad de que él muriera en la carretera y, por primera vez en su vida, deseó que su madre estuviera allí. Ella sabría qué hacer.

—Por favor, Tom, sigue con vida. ¡Por favor! —susurró—. Estoy aquí, estoy contigo.

Afortunadamente, no sangraba mucho, aunque el sol había intensificado el olor dulzón de la sangre que le cubría la cara. Tenía un corte enorme justo al lado del ojo izquierdo y la hinchazón era enorme, ¿iba a perder la visión de ese lado? Ella habría querido limpiarle la sangre, pero no se atrevía por miedo a que tuviera algún cristal clavado en la piel.

Las imágenes del accidente seguían acudiendo a su mente. La gacela, el viraje, la colisión, el sonido del parabrisas resquebrajándose, el olor de las ruedas quemadas sobre las piedras. En un momento dado, Tom movió ligeramente las pestañas y murmuró unas palabras, pero no pudo entenderlo porque el camión hacía demasiado ruido y él estaba demasiado débil.

Tom no era el único que la preocupaba, también tenía miedo por su prima. Habían acordado que volvería pronto, ¿por qué no lo había hecho? ¿Adónde había ido? Podía imaginar lo asustada que debía de estar, ¡ojalá hubiera podido bajar del camión para quedarse esperándola! Rezó para que tuviera el sentido común de regresar haciendo autostop.

Bajó la mirada al oír que Tom murmuraba algo de nuevo y vio que tenía los ojos abiertos. Exhaló una exclamación de alivio y sus propios ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquilo, estamos llevándote al hospital —se apresuró a decir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, con voz prácticamente inaudible.

—Un accidente. Pero te pondrás bien.

Él cerró los ojos, y Vicky sintió pánico al ver que se quedaba muy quieto y que los músculos de su cara se relajaban. Comprobó si tenía pulso, suspiró aliviada al ver que seguía vivo.

Cuando entraron en la ciudad, le resultó increíble ver que allí la vida transcurría como de costumbre; el mismo ruido, el ajetreo de siempre. ¿Cómo era posible que todo siguiera igual después de que sucediera algo tan horrible? Una vez que llegaron al hospital, el camionero se apeó y fue directo a la sala de urgencias para alertar a los médicos mientras ella, por su parte, se quedaba esperando y observaba a la gente que entraba y salía: un hombre con muletas, una enfermera fumando un cigarro, dos mujeres charlando y un niño lloroso acompañado de una señora mayor (su abuela, quizá) que intentaba tranquilizarlo.

Poco después, una oleada de camilleros, médicos y enfermeras emergió de repente y se dirigió hacia ellos a toda velocidad, gritando instrucciones. Los camilleros colocaron a Tom en la camilla con sumo cuidado y lo entraron en el edificio por unas puertas batientes. El barullo que había en el interior era poco menos que ensordecedor. Enfermeras acudían corriendo a socorrer y gritaban pidiendo ayuda, el lugar estaba lleno hasta los topes de gente esperando, llorando, rogando ser vista. Ella intentó seguir a la camilla, pero una enfermera alzó la mano para indicarle que se detuviera y un médico alto y delgado de ojos compasivos la condujo a otra zona del hospital. El hombre hablaba francés y era muy amable, así que ella le contó con voz llorosa y quebradiza lo que le había ocurrido a Tom y que Bea todavía estaba sola en la montaña. Él le dijo que iba a pedirle a una enfermera que llamara de inmediato a la policía.

Vicky sintió que transcurrían horas y más horas mientras paseaba de acá para allá por un horrible pasillo verde oliva, oyendo el llanto de un niño y las voces de las enfermeras procedentes de lo que debía de ser una sala de descanso. No soportaba los hospitales. El color de las paredes, el olor a desinfectante y a lejía, la sangre, el sudor, el rancio olor a humo, el pestazo a heces y orina. Todo ello se entremezclaba y le revolvía el estómago. Incluso podías oler el miedo de las demás personas que esperaban sentadas; algunas de ellas con la mirada perdida puesta al frente y el semblante tenso y preocupado, otras con la cabeza gacha y la mirada fija en los pies.

Finalmente, llegaron dos policías y una enfermera les indicó que hablaran con ella. Se levantó al ver que se acercaban.

—Acompáñenos, señorita —le dijo en francés el mayor de los dos.

La condujeron a una sala sin ventilación, pero privada. El calor era tan asfixiante que Vicky sintió que se moría de sed.

Mientras el policía más joven iba a buscarle un vaso de agua, el otro

se sentó y la invitó a hacer lo propio. Daba la impresión de que no sonreía jamás y, con semblante severo, procedió a hacerle preguntas sobre el accidente y sobre las personas que la acompañaban.

—¡Mi prima! —contestó ella, angustiada—. Beatrice Jackson, mi prima. ¿Ha ido alguien a buscarla? ¡Está sola!

Siguieron haciéndole preguntas. ¿Quién conducía el coche? ¿Habían tomado drogas? ¿Adónde se dirigían? ¿A qué habían ido a Marrakech? ¿Tenían algún conocido allí? ¿Qué relación tenían ellas con Tom? ¿Y con Clemence? ¿Con Etta?

Asustada y terriblemente sola, se estrujó las manos sobre el regazo. ¿Por qué estaban preguntándole todo aquello? ¿Y si Tom había fallecido y querían endosarle la culpa a alguien?

Contestó a todo, pero titubeó por un instante al darse cuenta de que no podía mencionar por nada del mundo el asesinato de Jimmy. No, no debía mencionarlo bajo ninguna circunstancia, dijera lo que dijese. No sin haber hablado antes con Clemence. Al fin y al cabo, Tom había mencionado que la policía era corrupta. Lo único que quería en ese momento era averiguar si Bea había regresado sana y salva. Su expectante mirada se dirigía hacia la puerta cada dos por tres, a la espera de que se abriera de repente y su prima hiciera acto de aparición.

—Todo a su debido tiempo.

Esa era la única contestación que le daban ellos respecto a su prima y, cuando les preguntó si podrían darse prisa, se limitaron a sonreír. Le dieron ganas de gritar de frustración.

—Por favor, ¿puedo ir a buscarla yo? —insistió una vez más—. A lo mejor está esperando en otra zona del hospital, o vete tú a saber dónde. Y también tengo que averiguar si Tom está bien.

Al ver que el que estaba sentado se reclinaba en su silla, le dieron ganas de hacerle caer de espaldas con un buen empujón. La luz del techo parpadeaba sin cesar y los insectos que zumbaban alrededor de la bombilla estaban provocándole un dolor de cabeza. Se frotó las sienes para intentar aliviar el dolor.

El médico llegó poco después, y la miró con una sonrisa llena de cansancio antes de intercambiar unas palabras en árabe con los agentes. Ella esperó con impaciencia, estaba desesperada por saber cómo estaba Tom. Aunque el hombre no estaría sonriendo si tuviera que dar malas noticias, ¿verdad?

Tras hablar con los policías, el médico se sentó en una silla y la tomó de las manos.

—¿Está…?

—No, *mademoiselle*. La alegrará saber que su amigo va a recuperarse.

Vicky seguía sintiéndose culpable y apenas pudo respirar por el

alivio tan enorme que la inundó.

El médico le soltó las manos y añadió:

—Un corte en la cara; contusiones e hinchazón, sobre todo en la frente y alrededor de los ojos. También tiene la mandíbula rota, pero se trata de una fractura limpia y creemos que soldará bien por sí misma. Le hemos aplicado un vendaje alrededor de la cabeza y bajo la barbilla para que no abra demasiado la mandíbula. Y tiene conmoción cerebral.

—¿Es grave?

—Necesita tiempo para recuperarse. Mi compañero está suturando sus heridas, tendrá que quedarse un tiempo ingresado para poder tenerlo bajo observación.

—¿Puedo verlo?

—Hoy no. Mañana, quizá.

Vicky rompió a llorar. Su reacción pareció incomodar a los policías, que se movieron con nerviosismo en sus sillas. El médico le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda mientras ella se secaba las lágrimas.

Ahora que parecía que Tom iba a sobrevivir, los tres hombres se mostraban de lo más sonrientes. No se presentaría acusación por conducción temeraria, ni ninguna otra.

—Tengo que encontrar a Bea. —Se puso en pie—. Si ustedes no me ayudan, lo haré sola.

Después de intercambiar unas palabras en árabe con el médico, uno de los agentes se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Su amiga también es francesa?

—Mi prima, les he dicho que es mi prima. Es inglesa. —No se paró a explicar la compleja mezcla de nacionalidades, inglesa y francesa, que había en su extensa familia.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —El policía se levantó y se dirigió con lentitud hacia la puerta.

—¿Qué diferencia hay? —Miró a los tres con ojos interrogantes.

La respuesta del médico fue encogerse de hombros.

Pero de repente, cual ángel vengador, Clemence irrumpió en la sala.

Vicky se quedó mirándola estupefacta por un momento, incapaz de reaccionar.

Y entonces, al verla abrir los brazos hacia ella, corrió a refugiarse en ellos sin pensárselo dos veces. Su abuela la abrazó con fuerza mientras les decía algo a los policías, hablaba en árabe con total fluidez y con un tono de voz firme que no admitía discusión. Ellos asintieron y, después de intercambiar unas palabras más con ella, salieron de la sala junto con el médico.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Vicky—. ¿Qué te han dicho?

—Me han explicado que Bea no está contigo, y que van a iniciar una

búsqueda.

Vicky se apartó de ella e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero su abuela la detuvo agarrándola del brazo y dijo con firmeza:

—No, ni se te ocurra. Deja que hagan su trabajo, no los estorbes. Vas a tomar una infusión para serenar los nervios, y después te quitarás esa ropa ensangrentada y te darás una ducha. Hablaremos después.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí?

—No tenía ni idea. De camino a la ciudad, he visto el coche accidentado y lo he reconocido. Hace poco, cuando embistieron ese mismo coche amarillo hasta sacarlo de la carretera, también viajabas en él, no lo olvides. Me preocupaba que estuvieras involucrada en este nuevo accidente, así que he decidido venir directa al hospital. Una de las enfermeras me ha confirmado que eras uno de los pasajeros accidentados y me ha traído a esta sala.

—Tom conducía. Bea y yo estábamos intentando huir de la ciudad.

—¿Por qué?

Vicky bajó la voz al contestar.

—Tengo que contarte un secreto. Se trata de algo que vimos Bea y yo, algo realmente terrible.

Clemence le indicó que guardara silencio al ver que una señora de la limpieza entraba para asear la sala, e indicó con calma:

—No me lo cuentes aquí, vamos a casa de Etta.

—¿Conoces bien a Patrice Callier? —le preguntó Vicky.

—Ni una palabra más. Salgamos de aquí primero, después me lo cuentas.

23

Vicky se dio cuenta de las caras que pusieron su abuela y Etta al ver la ropa sucia que Bea y ella habían dejado esparcida por el suelo del apartamento, la que llevaban puesta cuando… Cerró los ojos, aturdida por el impacto del horrible recuerdo. En cierta forma, todo aquello parecía muy lejano, pero la realidad era otra. Cuánto desearía que hubiera transcurrido una eternidad desde entonces, que el tiempo hubiera disipado el recuerdo, aunque ¿podía disiparse realmente el impacto de semejante horror? ¿Acaso iba a perseguirla por siempre, corroyendo su vida entera?

Su abuela estaba hablando en voz baja con Etta, y al cabo de un momento se volvió hacia ella.

—Vicky… —Al verla permanecer inmóvil, parpadeando con rapidez y sin poder articular palabra, le limpió con delicadeza una mancha de sangre que tenía en la mejilla y la miró a los ojos—. A ver, ¿qué es lo que querías decirme?

Vicky respiró hondo antes de contestar.

—No sé si es seguro dejar a Tom solo en el hospital.

—¿Por qué no?

Vicky la miró en silencio mientras, de fondo, se oían los sonidos de la ciudad a través de la ventana abierta. No sabía si su abuela la creería; al fin y al cabo, era amiga de Patrice Callier. Repasó mentalmente lo que iba a decirle y se dio cuenta de que parecía una locura, ella misma parecería una desquiciada. Deseó con toda su alma no haber viajado jamás a aquel lugar tan terrible. Presenciar el asesinato de Jimmy había sido lo más horrible y desgarrador que le había pasado en toda su vida y, por si fuera poco, resulta que se había convertido en una fugitiva. ¿Por qué diantres había decidido hacer aquel viaje?

Miró a su abuela, quien se había sentado y estaba observándola en silencio.

—Vicky, estoy cansada. Habla ya, por favor. Si lo prefieres, vamos a comer cuscús a algún restaurante de la plaza y me lo cuentas allí.

Ella se mordió el labio y, de repente, las palabras brotaron como por

voluntad propia.

—No puedo salir.

—¿Por qué no?

—Porque Bea y yo vimos cómo Patrice Callier mataba a Jimmy de un tiro y no sabemos si nos vio. Es posible que se diera cuenta de que estábamos allí.

—¡Santo Dios! —exclamó Clemence, horrorizada.

—No nos sentíamos a salvo aquí, por eso estábamos intentando llegar a la casba. Tom nos llevaba en su coche, se lo habíamos contado todo. Le contamos que… —Las palabras habían brotado como un torrente, pero la voz se le quebró y rompió a llorar.

Clemence se acercó a ella, la condujo al sofá y se sentó a su lado. Le pasó un brazo por los hombros y esperó a que la tormenta de sollozos amainara antes de ofrecerle un pañuelo que había sacado del bolso.

—Ten, sécate. Ahora entiendo que no quieras dejar solo a Tom, tienes miedo de que Patrice pueda hacerle daño a alguien más.

—Sí —susurró Vicky.

Y entonces, mientras su abuela la escuchaba sin interrumpirla, se lo contó absolutamente todo: que Bea se había llevado el cuaderno de bocetos, por qué estaban escondidas en el jardín, que Tom había accedido a ayudarlas a salir de la ciudad.

—Patrice se dará cuenta de que estábamos intentando huir. Si realmente nos vio en el jardín, también dará por hecho que pusimos a Tom al tanto del asesinato.

Clemence se tomó unos segundos para rumiar la cuestión antes de contestar.

—Yo creo que, de haberos visto, habría bajado corriendo al jardín pistola en mano.

—Sí, puede ser, pero no sabes lo asustadas que estábamos. No sabíamos qué hacer.

—¿Todavía tienes el cuaderno?

—Sí. Saint Laurent cree que lo robó un tal Georgio, pero en realidad fue Bea.

—No te preocupes, eso se puede solucionar.

—¿Ahora mismo?

—No, cuando concluya todo este asunto. Venga, es hora de que te duches.

Al cabo de un rato, Vicky estaba tumbada en el sofá con los pies en alto mientras intentaba leer, pero su mente se empeñaba en ir en otras direcciones: la gacela, Tom, Bea, la policía, Jimmy, su madre. ¡Cuánto necesitaba en ese momento la presencia de su madre! Los sonidos procedentes de la ciudad parecían distintos, inusualmente alarmantes:

gritos que antes formaban parte de la cotidianidad, durante el día y la noche, ahora resultaban amenazantes. El súbito petardeo de una moto le dio un susto de muerte y sobresaltó también a su abuela, quien se volvió abruptamente hacia la ventana y permaneció alerta durante unos segundos. Esta estaba esforzándose por permanecer calmada y dar la impresión de que tenía la situación bajo control, pero, a juzgar por cómo se movía con nerviosismo en la silla y por el taconeo de su pie, estaba claro que sentía una profunda inquietud.

—Creía que Bea ya habría vuelto a estas horas —comentó Vicky—. Lo más probable es que haya hecho autostop, ¿no? O puede que la policía la haya encontrado.

—Etta ha ido a comisaría para enterarse de lo que ha pasado.

—Pero tendría que salir yo misma a buscar a mi prima…

—No, está empezando a oscurecer.

Vicky recordó algo de repente y sintió una punzada de terror.

—¡Ay, Dios! Con el accidente y todo lo demás, lo había olvidado por completo…

—¿El qué?

—Habíamos parado para descansar un rato y vi pasar un todoterreno.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Era verde y tenía las lunas tintadas, ¡como el que nos sacó a Jimmy y a mí de la carretera!

Se cubrió la boca y miró horrorizada a su abuela, quien preguntó con desconcierto:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Santo Dios! ¿Crees que es posible que Patrice la haya atrapado? ¡A lo mejor estaba en ese todoterreno, esperando al acecho, y aprovechó la oportunidad!

—Vicky, no estamos seguras de que fuera él quien os sacó de la carretera.

—No, pero la posibilidad existe. Primero sacaron a Jimmy de la carretera, y después lo asesinaron.

Por un momento, dio la impresión de que su abuela estaba debatiéndose entre decir algo tranquilizador o sugerir una posibilidad incluso peor que aquella; al final, se limitó a contestar:

—Patrice no es un buen hombre, así que espero que nadie más resulte herido.

—¿Sabías que es un asesino?

—No, por supuesto que no.

La ansiedad que atenazaba a Vicky no se parecía en nada a esa sensación de rechazo ni a ese miedo al fracaso con los que había convivido durante toda su vida, lo que sentía en ese momento estaba a otro nivel. Era un miedo visceral, temía por la vida de su prima y por

la suya propia. Ahora no estaba lidiando con una ansiedad sin base alguna por algún conflicto sin resolver, sino con un peligro muy real. ¿Por qué había malgastado tanto tiempo preocupándose por cosas carentes de importancia?, ¿por qué se sentía tan afectada cuando tenía la impresión de que no le agradaba a alguien? ¿Por qué había tenido miedo a no encajar cuando, en realidad, el verdadero miedo era aquel terror que le carcomía las entrañas, aquella constricción en la garganta y en el pecho, la sensación de que su corazón ya no tenía ni idea de cómo latir correctamente?

Lanzó el libro al suelo y al mirar a su abuela vio que estaba ceñuda, como dándole vueltas a un problema o encontrando una solución; en cualquier caso, se la veía muy tensa.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada, solo estoy intentando pensar. —Su abuela carraspeó ligeramente. Estaba claro que había llegado a alguna conclusión, porque añadió—: Tenemos que comer algo, bajaré a ver si hay algo de comida y a usar el teléfono de Etta para llamar a alguien.

—¿A quién?

—A un amigo. Si Etta ya está de vuelta, le pediré que vaya a hacerle compañía a Tom hasta que podamos conseguir mejor vigilancia. Supongo que ni el propio Patrice se atrevería a entrar en un hospital para matar a alguien a sangre fría a la vista de todos.

—¿Eso quiere decir que me crees?

—Por supuesto que sí. —Clemence titubeó por un instante—. El hombre al que voy a llamar es…, digamos que es un viejo…, en fin, alguien con quien tuve trato años atrás. Podríamos necesitar su ayuda ante una situación tan grave. Y supongo que la policía ya habrá contactado con los padres de Tom a estas alturas, seguro que quieren estar a su lado.

—Gracias.

—No estás sola, Vicky. Cierra con llave en cuanto yo salga. Estaré abajo, le preguntaré a la cocinera de Etta si puede prepararnos algo de comer.

—No tengo hambre.

—Es normal. Pero las dos debemos recobrar fuerzas para enfrentar lo que se avecina, sea lo que sea. Tenemos que comer y dormir.

A la mañana siguiente, Vicky seguía atormentada por la ansiedad. Apenas había pegado ojo, había pasado la noche entera muerta de preocupación por Tom y Bea.

Un toque en la puerta interrumpió sus pensamientos. Cuando Clemence le dijo que permaneciera sentada y que ya iba a abrir ella, la miró con curiosidad y preguntó:

—¿Es tu amigo?

—Puede ser. Respira hondo y mantén la calma, yo me encargo de esto. —Fue a abrir sin más dilación.

Quien estaba en la puerta no era el amigo de su abuela, sino los dos policías que habían acudido al hospital el día anterior. Vicky no entendió lo que decían porque hablaban en árabe, pero supo por sus caras largas y por cómo sacudían la cabeza que no traían buenas noticias.

Al final, no pudo esperar ni un segundo más y se levantó del sillón.

—¿Qué pasa?, ¿qué es lo que dicen?

—Han encontrado la mochila de Bea, pero no hay ni rastro de ella.

Vicky sintió que le flaqueaban las piernas y se desplomó en el sillón, pero se levantó como un resorte y fue corriendo al cuarto de baño. Vomitó con tanta virulencia como cuando estaba junto a la carretera tras el accidente, con el crujido del metal atronándole aún en los oídos. Se echó un poco de agua en la cara, se derrumbó y se quedó encogida sobre las baldosas del suelo, llorando en silencio. Se levantó con dificultad pasados unos minutos, se miró al espejo y se quedó impactada al ver lo enrojecidos que tenía los ojos y lo macilenta que estaba.

Poco después, su abuela tocó a la puerta del baño y le dijo que los agentes se habían ido. Esperó a que saliera y le entregó un vaso de agua.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Vicky.

—Esperar.

Vicky salió a la galería. Quería contemplar los árboles del sereno patio interior, oír el canto de los árboles. Necesitaba normalidad, la calidez del hogar; cualquier cosa, excepto la realidad de lo que estaba pasando en ese momento.

En las postrimerías de la tarde, su abuela llamó a un médico francés conocido suyo para pedirle que fuera a examinarla. El hombre acudió al apartamento poco después, revisó las magulladuras que Vicky tenía en la pierna y terminó por recetarle un sedante, afirmando que principalmente necesitaba descansar.

Aunque Vicky no quería tomarse las pastillas, su abuela insistió en que era por su bien y prometió ocuparse de todo mientras ella dormía, así que terminó por claudicar. Se las tomó acompañadas de unas galletas y, aunque intentó oponer resistencia, se sumió en un profundo sueño poco después.

24

Clemence

Clemence acababa de asomarse a ver cómo estaba su nieta, quien se había acostado en la habitación de al lado, y había suspirado aliviada al verla dormir como un bebé. Qué dulzura de niña. Ella, por su parte, estaba tumbada en el sofá en ese momento. A sus setenta y cuatro años, a pesar de que seguía estando sana y en forma, a veces se sentía muy cansada, como si el proceso de vivir la hubiera dejado sin fuerzas; de hecho, a veces incluso llegaba a envidiar a su madre, a la que seguramente no le quedaban muchos años más.

Cerró los ojos. Aunque daría lo que fuese por olvidar, su mente se negaba a hacerlo y, como en tantas otras ocasiones, los años se desvanecieron y regresó a la laberíntica casa de su infancia, situada a las afueras de Casablanca. De niña, siempre había tenido la sensación de que tanto su madre como ella misma existían única y exclusivamente a expensas de la aprobación —o la desaprobación— de su padre, y se habían visto obligadas a vivir bajo la amenaza constante de ser castigadas por infringir alguna de las normas. «La próxima vez, la echaremos al fondo del pozo». El problema era que se trataba de un hombre impredecible que cambiaba dichas normas constantemente. Ninguna de las dos había tenido vida propia ni autonomía, y su madre había sido cómplice… hasta aquel día terrible en que se había negado a serlo. Si ella mencionaba ahora a su padre, su madre ponía cara de confusión algunas veces, como si no se acordara de él; pero otras veces, cuando sí que se acordaba, ponía cara de asco, soltaba una risotada despectiva y escupía en el suelo.

El cambio que había experimentado su madre era increíble. Siempre había sido una mujer muy bien arreglada que jamás salía de casa sin uno de sus grandes sombreros victorianos y unos guantes blancos de seda a juego, hiciera el tiempo que hiciese. Una doncella la peinaba al estilo *pompadour* de principios del siglo veinte: un peinado alto, redondeado y abultado. La propia Clemence había visto cómo la doncella, Circe, iba creando la forma, peinando hacia atrás y

enrollando el largo cabello oscuro de su madre para crear un amplio pliegue. A veces usaba rellenos o pelo artificial para reforzar el estilo. Su madre se había puesto en manos de su doncella todos los días, y había usado distintas versiones de aquel anticuado peinado a lo largo de toda su vida.

Cuando estaban en presencia de su padre, tanto Clemence como su madre mantenían siempre bajo control la expresión de sus respectivos rostros. Ser transparente ante un hombre peligroso suponía meterse en la boca del lobo, era mucho mejor ocultar tu verdadero yo y dejarle creer que eras tal y como él quería que fueras. Así estabas a salvo. Si con ello estabas viviendo una mentira, pues que así fuera, era el precio que debías pagar por sobrevivir. A decir verdad, tampoco era tan difícil, y Clemence había cultivado tanto su mundo interior como el que había compartido con Jacques… hasta que Patrice lo había echado todo a perder y los había delatado. Eso era algo que ella no le perdonaría jamás.

Tanteó su bolso para asegurarse de que la pistola siguiera allí. Sí, allí estaba.

A la mañana siguiente, justo cuando acababa de despertar (entumecida por haber dormido en el sofá), Clemence oyó que tocaban a la puerta con suavidad. En esa ocasión no se trataba de la policía, sino de Etta, quien la llamó en voz alta antes de abrir la puerta.

—Abajo hay un hombre que pregunta por ti.

—¿Quién es?

Su amiga se limitó a sonreír.

—Ya lo verás. Venga, baja.

Bajaron al patio interior y Etta los dejó a solas sin decir palabra. El hombre estaba de espaldas, pero, cuando se volvió a mirarla y habló, Clemence creyó que iba a desmayarse al oír su voz. Era la primera vez que se veían después de tantísimos años…

—Clem. Clemmy.

Ella había intentado recordar su voz muchísimas veces a lo largo de los años y jamás había llegado a lograrlo. Pero, cuando él pronunció aquellas primeras palabras con aquel suave acento americano suyo, fue como si no hubiera pasado el tiempo. Hételo allí, sin haber cambiado ni un ápice, con una voz que dejaba entrever el mundo de sentimientos que albergaba en su interior.

Se llevó una mano al corazón, sintió cómo palpitaba de incredulidad y de dicha bajo su palma. Aunque había sido ella misma quien le había llamado, era impactante tenerlo delante. Tan fuerte, tan sólido. No podía articular palabra, sabía que le fallaría la voz.

Permanecieron así, mirándose en silencio. Clemence estaba tan abrumada que tuvo que parpadear para reprimir las lágrimas que amenazaban con brotar. Ninguno de los dos habló durante un largo momento. Ella había esperado aquel momento con nerviosismo. Sabía que podría llevarse una desilusión al volver a verlo, que él podría aparecer con una panza enorme o con la nariz amoratada y las mejillas enrojecidas de un bebedor empedernido. Pero nada más lejos de la realidad.

Quizá, si te fijabas mucho, podrías notar que tenía la nariz un pelín más grande, pero era básicamente el mismo en el sentido de que algunas personas seguían siendo siempre las mismas. Y sí, puede que tuviera algunas arrugas, pero no se había encogido. No se había empequeñecido visiblemente en ningún sentido; de hecho, había ido a más. Quizá fuera por esa seguridad en sí mismo y esa personalidad sólida que ya había tenido desde el principio. Theo, el hombre al que había amado por encima de todos los demás.

El hombre que la había comprendido sin necesidad de palabras, a un nivel que el tiempo jamás podría borrar. Y, sin embargo, hételos allí, mirándose con nerviosismo a pesar de que el uno había morado en el alma del otro.

Él sonrió de oreja a oreja al verla pasarse una mano por el pelo, y ella se echó a reír a su vez. No pudo controlarse.

Los dos se pusieron a hablar a la vez, se callaron de golpe.

—Perdona —dijo él.

—Vamos arriba. Te presentaré a Vicky, mi nieta.

—¿Tienes una nieta?

—Es una larga historia. —Jamás le había hablado de la existencia de su hijo y sabía que para él sería muy extraño enterarse de la verdad a aquellas alturas, pero no tenía más remedio que contársela—. Tuve un hijo, el padre de Vicky, mucho antes de conocerte. Se llamaba Victor, murió en la guerra.

Aunque se había quedado visiblemente estupefacto, debió de darse cuenta de que no era el momento adecuado para aquella conversación, porque se limitó a decir:

—Lo siento mucho.

—Gracias. Pero todo eso ya ha quedado en el pasado.

Él asintió y Clemence lo condujo al apartamento. Una vez arriba, al hacerse a un lado para dejarle pasar, los años transcurridos se desvanecieron de repente. La llegada de su nieta había dado un nuevo aliciente a su vida, pero aquello… aquello con Theo era distinto. Se sentía viva de nuevo, completamente viva y presente de nuevo.

—Estás igual —dijo él con una sonrisa.

Clemence era una persona que había cuidado su aspecto exterior a lo largo de los años; al fin y al cabo, no se requería gran cosa: un buen

corte de pelo, sus preciosos kimonos de seda y bellos caftanes de lino, joyas simples a la par que elegantes, uñas esmaltadas. El interior, sin embargo, era harina de otro costal.

—Bueno, tienes el pelo de otro color, por supuesto, pero estás igualita; de hecho, estás incluso más bella.

Clemence se sorprendió al sentir que le ardían las mejillas. Por Dios, ¡hacía una eternidad que no se ruborizaba!

—Eh… —No supo qué decir, se había quedado sin palabras.

Él abrió los brazos hacia ella y, necesitada de consuelo, aceptó la invitación sin vacilar.

Durante el prolongado abrazo, Clemence se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos estar entre sus brazos. Él olía igual que antes: un aroma especiado con un toque de sal, y un ligero olor a tabaco en su aliento. Se apoyó en él, empapándose de su presencia; recordó al instante aquellos embriagadores días de risas, las tórridas noches de sexo. Los cuerpos de ambos entrelazados mientras hacían planes de futuro, la cálida mano de él acariciando en todo momento alguna parte de su cuerpo. El intenso recuerdo la dejó sin aliento.

El abrazo llegó a su fin y se sintió azorada por el curso que habían tomado sus pensamientos.

—En fin… —dijo él, pasándose una mano por la frente y echándose el pelo hacia atrás.

Era un gesto tan increíblemente evocador, un gesto que ella conocía tan íntimamente, que le dieron ganas de llorar.

—Cariño mío, mi queridísima Clemmy, ¿podrías decirme de qué se trata todo esto? —Esbozó aquella sonrisa torcida tan suya, con la que siempre tenías la sensación de que estaba riéndose de sí mismo o por alguna gracia que solo él había captado.

Ella sonrió a su vez, tenerlo cerca la tenía trastocada. Siempre le había encantado la forma en que la llamaba «cariño mío». Ningún otro hombre antes que él, ningún otro después. Sintió que su cansancio se desvanecía y recordó lo que habían vivido juntos hasta que él había insistido en querer saber más sobre ella. Pero sus preguntas no se habían dirigido a conocer mejor su yo interior, sino a saber más sobre su pasado en Casablanca…, sobre la Adèle joven, cuya existencia ella había borrado casi por completo.

Se sentaron en el sofá y ella se centró en el presente, en el aquí y el ahora, y le contó con voz queda todo cuanto sabía sobre lo que había estado ocurriendo.

—¿Crees que tu nieta está diciendo la verdad? ¿Presenció realmente ese asesinato?

—Lo que está claro es que está convencida de ello. Y cree que el asesino pudo percatarse de su presencia.

—¿Es una joven racional?

—Sí, eso creo.

—¿Y dices que su prima ha desaparecido?

—Sí. La cosa no pinta bien, ¿verdad?

Él no contestó, pero su profundo suspiro fue respuesta suficiente. Clemence añadió:

—El hombre que, según mi nieta, apretó el gatillo, Patrice Callier, también me ha amenazado a mí por otra cuestión. Y lanzó también una amenaza contra ella.

—Por Dios, Clem, ¿en qué lío te has metido?

—¿Vas a ayudarnos?

—Sabes perfectamente bien que sí. Deja que tire de algunos hilos, a ver lo que puedo averiguar. Se supone que estoy retirado, pero sigo teniendo algunos contactos aquí y hay varios tipos que me deben viejos favores. Intentaré arreglarlo todo para que el joven que está en el hospital tenga protección, y también haré que alguien venga a hacer guardia aquí.

—De hecho, es posible que tengamos que volver en breve a la casba. Mi madre vive allí ahora y me necesita.

Pasaron un rato poniéndose al día, conversando de sus respectivas vidas. Habían sido amantes treinta años atrás, cuando ella tenía cuarenta y pocos. Él era varios años menor y en aquel entonces estaba casado, pero separado. Tiempo después, cuando él había escrito para decirle que estaba viviendo en Tánger, ella había escondido la carta.

—No contestaste a mi carta —dijo él, sin el más mínimo reproche en la voz—. Pensé que a lo mejor vendrías a verme.

A Clemence le dieron ganas de llorar al oír aquello, y alcanzó a decir con voz suave:

—Me lo planteé.

—Pero no lo hiciste.

—No.

—Nunca me volví a casar —dijo él.

El impacto de aquellas palabras dejó tras de sí un breve silencio.

25

Vicky

Vicky se había despertado, pero se sentía demasiado aletargada como para levantarse y permaneció tumbada. Se escuchaba un suave runrún de voces y, aunque no lograba descifrar lo que decían, estaba claro que no se trataba de la policía. Lo único que quería en ese momento era tener noticias de Bea.

Se levantó con pesadez, pero se sentía abotargada y entumecida por el sedante y se desplomó de nuevo en la cama. Contempló sus uñas, mordisqueadas a más no poder por culpa de los nervios. Detestaba aquella incertidumbre, aquella espera, aquel miedo angustioso. Empezó a arrancarse las cutículas. Aquella costumbre de morderse las uñas había provocado un montón de discusiones con su madre. Y no es que esta quisiera que fuera una niña de aspecto impecable, una señorita refinada; no, su madre no era tan quisquillosa y, de hecho, iba vestida casi siempre con alguna de las camisas de Henri y unos pantalones viejos. Solía sermonearla por cuestiones relacionadas con su actitud, pero lo único que conseguía con ello era empeorar aún más las cosas.

De niña, Vicky siempre había adorado a sus tías, las dos hermanas de su madre; en especial a la dispersa y soñadora Florence, la madre de Bea, con su rubio cabello desmelenado y los dedos manchados de tinta azul. Por no hablar de los deliciosos platos que preparaba, era una cocinera fantástica. Y también era una escritora de éxito; de hecho, era incluso más famosa que la tía Hélène, a la que le iban muy bien las cosas como artista.

Oyó que su abuela la llamaba y tuvo que dejar a un lado sus pensamientos. No tenía más remedio que ir ya a la sala de estar, no podía seguir retrasando el momento.

Un hombre alto de cabello rubio plateado se levantó y le ofreció la mano. No era joven…, debía de tener unos cuantos años menos que su abuela, quizá. Pero era atractivo en plan hombre maduro.

—Theo Whittaker —dijo él—. Y tú debes de ser Vicky. Siento

mucho que estés pasando por estos malos momentos.

—Eres americano —comentó ella, antes de estrecharle la mano.

—Sí. Un viejo amigo de tu abuela.

Vicky notó una atmósfera rara en el ambiente. No era nada malo, pero se trataba de algo claramente tangible.

—¿Teníais una relación estrecha?

—Éramos…

Su abuela no supo cómo continuar la frase, y el hombre le lanzó una mirada antes de contestar.

—Muchos años atrás, tu abuela se negó a casarse conmigo.

—Ah, sí, Etta mencionó algo de eso.

—Si mal no recuerdo, estabas casado en aquel entonces —dijo Clemence, con una carcajada.

Vicky la miró y notó el brillo que había en sus ojos color avellana y que se la veía más animada que nunca.

—Pero separado —afirmó él.

Estaba claro que lo que había pasado entre ellos, fuera lo que fuese, no había terminado ni mucho menos, pero Vicky decidió ser discreta y no inmiscuirse. En todo caso, lo principal en ese momento era saber si había noticias de Bea. Les preguntó al respecto y su abuela negó con la cabeza y le tomó la mano para reconfortarla.

—Aún no, querida. Quería decirte que, mientras tú dormías, Etta ha vuelto…

—¡No me digas que Tom ha muerto!

—No, ¡no es eso! Su padre está con él en el hospital y quiere hablar contigo, eso es todo.

—¿Es realmente necesario?

—Yo creo que sí, Vicky. Quiere saber qué fue lo que pasó. Y Theo va a usar el teléfono de Etta para llamar a Tánger y conseguirte protección.

—¿En serio?

—Y para ti también, Clemmy —afirmó él.

Vicky enarcó las cejas al oírle llamar así a su abuela, le costaba pensar en su distinguida abuela como una «Clemmy».

En ese momento se oyó un toque en la puerta y su abuela se levantó para ir a abrir. Salió al pequeño recibidor y poco después entró de nuevo y les dijo:

—La policía está ampliando la búsqueda. Acaban de decirme que el pasaporte de Bea estaba en la mochila y que se ha contactado con sus padres. Esperemos que lleguen mañana; pasado mañana, como mucho.

Vicky cerró los ojos con fuerza, la aterraba pensar en lo que podía haberle pasado a su prima. Lo único que la reconfortaba mínimamente era que tenía el cuaderno de bocetos en su propia mochila.

—La foto de su pasaporte es bastante vieja, me han pedido que te

pregunte si tienes alguna más reciente.

Vicky abrió los ojos y se mordió el labio inferior antes de contestar.

—¡Ay, Dios! No, no tengo ninguna. Ni ella ni yo teníamos una cámara, así que no hemos hecho fotos.

—Qué lástima. En todo caso, los agentes han dicho que se les ha pedido a los padres de Bea que traigan algunas, pero tener que esperarles ralentizará las cosas. Y también están intentando contactar con tu madre.

Vicky se sintió esperanzada, pero también temerosa. ¿Cómo era posible sentir semejante mezcla de emociones?

—¿Por qué? —preguntó.

—No me lo han dicho —contestó su abuela—. Para contarle lo del accidente, supongo. Puedo decirte que no han logrado contactar con ella todavía; en cuanto a los padres de Bea, viajarán en avión desde Londres a España, donde tomarán el ferri para llegar a Marruecos. Al llegar al país, vendrán hasta aquí en tren.

—No me dejarás sola, ¿verdad? —Estaba asustada, sentía que aquella situación la superaba.

Fue Theo quien contestó.

—Los dos vamos a estar a tu lado.

—Pero, antes de nada, hay que desayunar —dijo su abuela—. Etta se ha ofrecido a mantenernos bien alimentados a los tres. Baja con nosotros y Theo te llevará después al hospital.

Bajaron a la primera planta y el tentador aroma a café los condujo hacia la puerta abierta del apartamento de Etta, quien estaba esperándolos. En esa ocasión, la menudita mujer de facciones aguileñas llevaba puesto un largo vestido verde combinado con joyas negras y su aspecto no era tan llamativo como de costumbre, sino bastante dulce.

—¡Adelante! —les dijo, antes de conducirlos a la cocina.

Desayunaron sentados alrededor de una antigua mesa de madera que parecía conservar el aroma de las especias empleadas allí durante décadas. Estaba dispuesta con *baguettes* francesas recién hechas, rosquillas *sfenj* espolvoreadas de azúcar, unas galletas de almendra llamadas *ghoribas*, un cuenco de higos, quesos de varias clases, y unas pastas elaboradas con tiernos dátiles Medjool impregnados de la fragancia del azahar y mezclados con pistachos.

Vicky se sintió hambrienta por primera vez en días y comió a dos carrillos mientras Theo, Etta y su abuela conversaban sobre el pasado. Ella apenas les prestaba atención. Los padres de Bea ya estaban de camino, ¿significaba eso que su propia madre también haría acto de aparición? En cierto sentido, albergaba la esperanza de que su madre se presentara en Marrakech, la idea incluso la alegraba en cierto sentido; pero, por otra parte, sentía cierta preocupación. No por sí

misma, sino por su abuela y por su madre. A menos que Jacques hubiera dicho algo al respecto, esta última no tenía ni idea aún de la existencia de la primera.

Hacía mucho tiempo que su madre había dejado de hablar de su padre; si alguien lo mencionaba, se limitaba a cambiar de tema. Sus tías le habían contado lo terriblemente devastada que se había quedado cuando había sido ejecutado, y que después había jurado hacer todo lo posible para que el mundo fuera un lugar mejor. Qué ironía, ¿cómo era posible que jamás se hubiera dado cuenta de que cuidar a su propia hija también tendría que estar incluido en eso?

Después del desayuno, Vicky salió del *riad* acompañada de su abuela y de Theo para ir al hospital, pero se le revolvió el estómago y se puso a temblar en cuanto puso un pie en la polvorienta callejuela. Apoyó la palma de la mano en la rosácea pared para sostenerse, pero la callejuela empezó a oscilar.

—¡Ayuda! —alcanzó a decir, con voz estrangulada.

—¿Qué pasa? —preguntó su abuela.

Vicky tenía la boca y la garganta secas, le costaba respirar, un sudor frío perlaba su piel. El corazón le martilleaba en el pecho y el pulso le atronaba en los oídos. Estaba mareada y tenía náuseas, sentía que todo giraba a su alrededor.

—Ayuda… —repitió, extendiendo la mano en un gesto suplicante.

Una mujer que pasaba por allí se quedó mirándola con extrañeza. Vicky se dobló hacia delante, oyó que su abuela decía algo, pero se sentía desconectada y distante de todo cuanto la rodeaba y fue incapaz de responder. Tenía un peso terrible en el pecho, ahora ya no podía respirar en absoluto e intentó gritar, pero tan solo logró tragar una bocanada de aire mientras su cuerpo entero temblaba.

—Estás a salvo, Vicky —oyó que decía Theo—. Estamos aquí. Agáchate y pon la cabeza entre las rodillas, lo que te pasa se debe al miedo.

Cuando ella consiguió alzar la cabeza finalmente, él siguió hablando con un tono de voz sereno y neutral.

—Ahora, mira alrededor. ¿Dónde estás?

—No… pu… No… puedo.

—Sí, sí que puedes. Poco a poco. Agarra mi mano.

Ella se sentía muy pequeñita y aterrada, pero logró decir:

—En la callejuela.

—Bien. Vamos a caminar un poco. —Con cuidado, sin soltarle la mano, la ayudó a enderezarse y dieron varios pasos—. Bien hecho. ¿Ahora ya puedes respirar?

Vicky fue recobrando la respiración de forma gradual y terminó por apoyarse en la pared, exhausta.

—Creía que iba a morir, me abrasaba de calor —admitió.

—¿Qué es lo que te ha asustado? —preguntó su abuela.

—Todo —susurró.

Eran demasiadas cosas como para enumerarlas. No podía quitarse de la cabeza a Patrice, la imagen de aquel hombre apuntando a Jimmy se le había quedado grabada en la mente. Podría estar en cualquier parte, alzando un arma para dispararles al amparo de las sombras; podría estar planeando cómo atacar a Tom; y cabía la posibilidad de que ya hubiera asesinado a Bea.

—Mira, mi coche no está lejos de aquí —le dijo Theo con voz suave —. No puedo meterlo por esta callejuela porque es demasiado estrecha, pero solo tenemos que caminar dos o tres minutos. Todo lo demás, lo resolveremos a su debido tiempo. Estoy buscando la mejor forma de lidiar con Patrice. Tendremos que informar a la policía, pero eso será en unas horas. Primero quiero hacer unas averiguaciones. ¿De acuerdo?

—Bueno.

—Y dentro de nada estaremos en mi coche para ir al hospital, donde pronto tendré a alguien haciendo guardia.

Su abuela le pasó un brazo por el hombro para ayudarla a llegar al coche y echaron a andar. Puede que el pánico hubiera remitido, pero Vicky seguía sin estar calmada por dentro porque sabía que Patrice estaba allí fuera, en algún lugar.

26

Clemence

Durante el trayecto en coche hasta el hospital, Clemence no pudo dejar de pensar en el ataque de pánico de Vicky. Se volvió a mirarla y vio que estaba mordiéndose las uñas, ¿sería un signo de ansiedad? Era lo más probable. Desearía poder enviarla a Francia para que estuviera a salvo, pero sabía que no iba a poder salir de Marruecos siendo una testigo potencial clave en la investigación de un asesinato.

Dirigió la mirada hacia Theo. Siempre había sido un hombre atento que estaba lleno de ideas y de inspiración, y daba la impresión de que no había cambiado. Jamás había conocido a nadie como él. Qué maravillosamente bien había calmado a Vicky, con cuánta delicadeza.

Años atrás, en aquellos días felices que habían compartido, había hecho lo mismo por ella. Tras huir de Casablanca, había pasado buena parte de su vida manteniéndose en guardia, atenazada por una ansiedad constante, alerta en todo momento por si había alguna amenaza al acecho. Pero estando con Theo… había sido como volver a ser una muchacha. Conversaban durante horas sobre los lugares a los que podrían ir, imaginaban quiénes podrían ser en otra vida; charlaban sobre Rajastán, Indochina, Birmania; él era un conde, ella una condesa o una princesa india a lomos de un elefante engalanado con piedras preciosas. Hablaban de cosas tanto ordinarias como extraordinarias y, al oírle hablar, ella sentía su masculina voz resonando en su interior, como si él se hubiera convertido en parte de su ser. Theo le había hablado de su niñez, del accidente que había acabado con la vida de su mejor amigo. Ella estaba enroscada en sí misma cuando se habían conocido, era una mujer tensa y llena de nudos, y él había ido desplegándola con delicadeza.

El pánico de Vicky era un perturbador reflejo de lo que ella misma había vivido en su juventud, de la histeria que había sentido el día en que se había enterado de que su padre quería enviar a su madre a un hospital para gente «que estaba mal de la cabeza». A la cabeza de su madre no le pasaba nada, era su corazón el que estaba hecho pedazos.

Ella no había tenido a su lado a nadie que la ayudara a controlar la respiración cuando, tras enterarse de la horrible noticia, había empezado a jadear y a luchar por tomar bocanadas de aire; en su caso, su padre le había ordenado que extendiera las manos bocarriba y se las había golpeado con una regla metálica hasta que, con las palmas ensangrentadas, ella le había suplicado entre sollozos que se detuviera. Idear distintas formas de provocarle a su padre una cruel muerte «accidental» se convirtió en una fantasía para ella, en un juego que la entretenía. Solía jugar sola, pero a veces también participaba Jacques.

Theo estaba diciendo algo y su voz la arrancó del pasado.

—Perdona, tenía la cabeza muy lejos de aquí —le dijo.

—Ya hemos llegado. —Él se apeó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Alzó la mirada al cielo—. Es posible que llueva.

Clemence se alegró al oír aquello. La lluvia contribuiría a aliviar aquel calor tan intenso y a aligerar también la presión bajo la que se encontraban todos ellos.

A través de la puerta de cristal de la habitación que le habían asignado a Tom en el hospital, Clemence vio a un hombre de mediana edad achaparrado de cabello rubio que estaba de espaldas a ellos, mirando por la ventana. Al oírla abrir la puerta se volvió de inmediato, frunció el ceño y se llevó las manos a las caderas antes de preguntar con voz beligerante:

—¿Quién diantres es usted?

—Clemence Petier. —Clemence ofreció la mano, pero él no se la estrechó—. Vengo con mi nieta, Victoria Baudin. Ella iba con Tom en el coche.

El hombre miró con hostilidad a Vicky, quien estaba mirando fijamente a Tom. Clemence lo miró a su vez. El joven tenía la cabeza envuelta en vendajes y su cabello rubio asomaba como una especie de corona; tenía amoratada la piel de alrededor de los ojos, uno de los cuales estaba tan hinchado que ni siquiera se veía.

—¡Tú! —El hombre señaló a Vicky con un dedo y la fulminó con la mirada—. El accidente de mi hijo. ¿Quién tuvo la culpa?

Clemence sintió la necesidad de proteger a su nieta.

—Lamento mucho lo que le pasó a Tom, pero fue un accidente. Una gacela chocó contra el coche. Pero, díganos, por favor, ¿cómo está Tom?

—Durmiendo, como puede ver.

—Ah. Entonces, está consciente, no está en coma.

El hombre asintió y Clemence le ofreció de nuevo la mano; en esa ocasión, él sí que se la estrechó y dijo con sequedad:

—Lionel Goodwin.

Vicky se volvió a mirarlo y admitió con voz suave:

—Por un momento, pensé que…

—No —dijo el hombre.

—Realmente fue un accidente, señor Goodwin —añadió Vicky, con voz trémula—. Le conté a la policía todo lo que pude recordar, pero sucedió muy rápido. Todo iba bien y, de repente…, de repente…, la gacela vino hacia nosotros a toda velocidad. Chocamos y Tom se empotró de cabeza en el parabrisas.

—¿Y eso es todo?

Ella tragó saliva y cerró los ojos por un instante.

—Intentamos conseguir ayuda. Mi prima Beatrice se fue en una dirección y yo me quedé con Tom… —Se le apagó la voz al pensar en que Bea todavía estaba perdida por ahí, sola.

Clemence la rodeó con un brazo y tomó la palabra.

—La prima de Vicky ha desaparecido, señor Goodwin. La policía ha buscado por la zona, pero solo han encontrado su mochila.

—Lamento mucho oír eso.

—¿La madre de Tom llegará hoy?

—Lleva diez años sin ver a su hijo, así que lo dudo mucho —contestó él, ceñudo—. Victoria, ¿adónde os dirigíais?

Vicky no contestó. Estaba parada junto a la cama de Tom, observándolo con atención.

—Me parece que está despertando —dijo.

Tom abrió un ojo.

—Me… Me…

—No intentes hablar, hijo. Dicen que no podrás abrir demasiado la mandíbula durante seis semanas como mínimo, durante el tratamiento. Estoy aquí para asegurarme de que te cuidan como es debido.

—¿Patrice? —balbuceó él, antes de cerrar los ojos.

—¿A quién se refiere?, ¿quién es ese Patrice? —le preguntó el señor Goodwin a Clemence—. ¿También iba en el coche?

Ella contestó con autoridad, con firmeza.

—Creo que su hijo está aturdido. Vicky asegura que solo iban ellos tres: Tom, Beatrice y ella misma. No tengo motivos para dudar de su palabra.

Theo entró en ese momento.

—Todo arreglado, en un par de horas llegará alguien para proteger a Tom. Y ya sé cuál es el agente con el que tenemos que hablar sobre lo que presenció Vicky.

El señor Goodwin dio un paso al frente, retomando su actitud beligerante.

—¿Qué significa todo esto?

Clemence retrocedió ligeramente de forma instintiva. Theo, por su parte, se sorprendió ante la agresividad del hombre y sopesó la situación antes de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Hola, usted debe de ser el padre de Tom. Soy Theo Whittaker. *Madame* Petier es una vieja amiga mía y estoy ayudándola con una cuestión que no guarda ninguna relación con el accidente.

—Ah, es americano.

El señor Goodwin parecía aliviado al ver que estaba con otra persona de habla inglesa, y Clemence se tragó su desaprobación ante aquella típica actitud prejuiciosa. Theo, sin embargo, se limitó a asentir con una sonrisa.

—Sí, lo soy.

—¡Gracias a Dios! Es un verdadero placer conocerlo. —Le estrechó la mano, pero no lo soltó al añadir—: Pero, si está ayudando a su vieja amiga con una cuestión que no guarda ninguna relación…, porque esas han sido sus palabras exactas, ¿verdad? —Esperó a que Theo asintiera—. En ese caso, ¿podría decirme por qué va a traer un vigilante para que proteja a mi hijo en una habitación de hospital?

27

—Qué vistas tan espectaculares —le dijo Theo a Clemence, antes de dirigir de nuevo la mirada hacia el océano de tejados y minaretes que se extendía ante ellos—. En especial ahora, con un aire tan fresco y tantísimos pájaros. Hay muchísimos, ¡es impresionante! Tú y yo habíamos estado juntos aquí, ¿verdad?

Clemence estaba parada junto a él en la terraza de la azotea del Café de France y le lanzaba alguna que otra mirada de soslayo, consciente de que él hacía lo mismo mientras contemplaba el mercado de comida que montaban a diario los comerciantes de las montañas. A pesar de que solía ser un hombre seguro de sí mismo, daba la impresión de que se sentía igual que ella: tímido, cauteloso. Sus ojos se encontraron y ella intentó descifrar sus propios sentimientos. Lo vio sonreír y de repente se sintió un poco más relajada, con las emociones prácticamente bajo control de nuevo, pero la ansiedad regresó al cabo de unos instantes. «¡Venga ya, Clemence! ¡Eres una mujer madura!», se reprendió con frustración.

—¿Clem? —Él la tomó de la mano con delicadeza.

—Recuerdo el día que vinimos —contestó ella al fin.

Todavía era incapaz de procesar el hecho de que aquella excitación embriagadora cargada de timidez que la embargaba al volver a ver a Theo pudiera coexistir con el miedo que sentía por Beatrice. Seguían sin tener noticias de la joven, y el temor constante iba intensificándose cada vez más.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. Se te ve… No sé. Distraída, quizá. Aunque no es de extrañar.

—No.

—Yo me siento igual. Y, por si fuera poco, estar aquí… resulta un poco desconcertante, ¿verdad?

—Me siento culpable —admitió ella—. Lo único que debería estar sintiendo mientras Bea sigue desaparecida es preocupación. Sus padres deben de estar muertos de miedo. Y también me preocupa que Patrice Callier pueda intentar hacerle algún daño a Vicky.

Él le pasó un brazo por los hombros y Clemence se apoyó en su

cuerpo sin titubear.

Aunque los dos habrían preferido que Vicky no se apartara de ellos, la joven había insistido en quedarse con Tom, alegando que no se quedaría desprotegida porque no solo contaba con una enfermera que estaría pendiente de la situación hasta que llegara el vigilante, sino también con un botón de alarma. Por otra parte, el padre de Tom había ido a desayunar hecho una furia porque Theo no le había dado una respuesta clara y nadie había despejado sus dudas, pero seguro que no tardaría en regresar. Parecía un hombre capaz de cuidarse y de lidiar con quienquiera que se interpusiera en su camino, así que Clemence había terminado por claudicar.

—¿Recuerdas los paseos que dábamos por la montaña? —preguntó Theo, con una sonrisa de reminiscencia en el rostro.

Ella asintió y, en el breve silencio posterior, lo miró y se preguntó en qué estaría pensando; al final, en un intento de dejar a un lado el tema del pasado y encauzar la conversación en otra dirección, preguntó:

—¿Por qué no me hablas de tu hogar?

El rostro de él se iluminó.

—Una casa preciosa en lo alto de un risco situado en la ladera de la vieja montaña, con vistas al océano y un jardín en pendiente. Tardé bastante en terminar de restaurarla, pero me encantaría que la vieras algún día. Tánger es una zona que puede ser bastante fría y lluviosa, así que se trata de una casa muy cálida. Encalada por fuera y cómoda por dentro.

Clemence sonrió al imaginársela.

—¿Todavía te gusta leer? —le preguntó.

—¿Puedes imaginarme sin un libro en las manos? —Él se rio como en los viejos tiempos.

Aquella risa plena y abierta tan característica suya era lo que la había cautivado en un primer momento, junto con la luz que iluminaba sus ojos azules. Theo había visto desde el principio a la verdadera Clemence, la había visto de verdad; de hecho, incluso había sabido ver más allá del exterior, aunque no había llegado al rincón donde ella guardaba sus secretos.

—No tendrías que haberme dejado, Clem. —Se puso la mano a modo de visera para protegerse del sol y se volvió a mirarla.

La tomó por sorpresa que estuviera siendo tan directo, que fuera al meollo de la cuestión tan súbitamente, y lo miró con un atisbo de sonrisa.

—Si mal no recuerdo, fuiste tú quien me dejó a mí.

Él posó una mano en su brazo y admitió:

—El peor error de mi vida.

Clemence suspiró pesadamente.

—Qué profundo ha sonado ese suspiro —dijo él.

—Y con razón, supongo.

Clemence no pudo evitar que su mente la llevara de vuelta a los primeros días que él había pasado en la casba años atrás, aquellos días y noches tan preciados en los que se había enamorado de él y que habían sido el inicio de los meses que habían pasado juntos. Su olor corporal seguía excitándola tanto como en aquel entonces, el más mínimo contacto la embriagaba. Y, en un abrir y cerrar de ojos, revivió los dulces recuerdos…

Estaba tumbada en un viejo sofá que había en el jardín de la casba y había despertado de golpe después de soñar con su propia muerte. No es que tuviera miedo a morir; más bien, querría renacer con un pasado distinto. Theo había estado leyendo mientras ella dormía, pero había percibido su desazón y, tras levantarse con lentitud (con aquel calor de justicia, no podías hacer nada apresuradamente), se había ofrecido a ir a por limonada para los dos.

—Gracias, estoy asándome —había dicho ella.

—Tienes las mejillas acaloradas.

Theo había regresado minutos después y se había sentado a su lado en el sofá; sintiéndose letárgica aún, ella había colocado los pies sobre su regazo y se había estirado con languidez.

—Tienes unos pies elegantes —había dicho él, mientras acariciaba uno y después otro.

Ella no había podido reprimir una brusca inhalación de aire, había sido incapaz de ocultar cuánto la afectaban sus caricias.

—Procuro mantenerlos bien cuidados —había contestado, mientras sentía que una de sus grandes manos le rodeaba un tobillo. Para ser un hombre tan fuerte, mostraba mucha delicadeza, y la había recorrido una oleada de sensual languidez.

Él se había echado a reír.

—Mi señora tiene zonas muy erógenas en los pies.

Ella le había dado una palmadita juguetona, sonrojada.

—¿Te gusta caminar? ¿Sueles salir a pasear con estos elegantes y sensuales pies tuyos? —había añadido él.

—¿Por las montañas? Sí.

—¿Quieres que subamos juntos a las cumbres?

Y algunas semanas después, cuando no había llegado aún el calor, habían subido montaña arriba con ropa de abrigo para protegerse del frío. Mientras contemplaban las cumbres coronadas de nieve, él se había vuelto a mirarla con semblante muy serio y, tomando su enguantada mano, le había propuesto matrimonio.

Ella había sonreído al verlo tan solemne y sincero y, bien consciente

de que era una mujer que a veces parecía muy hermética, había contestado:

—¿Por qué no nos tomamos algo más de tiempo para conocernos mejor? Ni siquiera sé a qué te dedicas en Tánger.

Él había fruncido el ceño en un primer momento, pero entonces había aparecido un brillo de humor en su mirada y había esbozado una sonrisa.

—¡Pensaba que no me lo preguntarías jamás! Trabajo de adjunto a la embajada americana.

—¿Qué es lo que haces exactamente?

—Mi equipo y yo analizamos la situación política y económica de la zona, y mantenemos informado al Departamento de Estado de América. Antes entrenaba a agentes de la policía y del ejército de Marruecos para ayudarlos a implementar una seguridad mejorada.

—¿Y ahora?

—Francia se muestra más protectora con su «protectorado» hoy en día, bloquea todo lo que interpreta como una interferencia. Así que ahora desempeño un papel más clandestino; de hecho, es bastante aburrido.

—Tú no tienes nada de aburrido, Theo.

Qué desesperada se había sentido cuando, dieciocho meses después de conocerlo, lo había visto salir de su vida. Aquel día, se había sentido más vieja que las mismísimas montañas, más vieja y triste…

—El pasado nunca se deja atrás del todo, ¿verdad? —dijo él en ese momento.

Clemence negó con la cabeza. Bajaron a sentarse en la terraza de la calle, frente a la plaza, y pidieron un aromático café marroquí especiado con canela, cardamomo y jengibre. Era una mezcla que a ella siempre le había resultado muy reconfortante. Justo enfrente de ellos, a la sombra de un toldo, un grupo de hombres sentados alrededor de una mesita baja se entretenían con un juego de mesa.

Clemence contempló el ajetreo de la plaza. Un gato se estiró y se acercó para enroscarse alrededor de sus piernas; había estado acostado bajo el sol, y ella sintió la cálida caricia de su pelaje. Pero entonces vio a un muchacho con un burro que iba sujeto con una cadena, y la escena la afectó tanto como siempre. Se quitó las cuentas que llevaba alrededor del cuello y empezó a deslizarlas por los dedos una y otra vez. Se relajó un poco al contemplar el *halqa*, una especie de teatro callejero. El círculo de gente que rodeaba al acrobático artista no era demasiado grande, así que podía ver con claridad cómo interpretaba su repertorio de relatos y mitos.

Theo debió de percibir su melancolía, porque comentó con voz

suave:

—Se te ve muy reflexiva.

Ella no respondió de inmediato y, cuando lo hizo, fue para encogerse ligeramente de hombros y centrarse en la situación actual.

—¿Cuándo podrá hablar Vicky con el agente que mencionaste? El que dijiste que es de fiar. Es urgente.

Él frunció el ceño al ver que cambiaba de tema, pero no protestó.

—Pronto. El agente Alami se encuentra fuera de la ciudad, solo hay que tener paciencia y esperar a que regrese. Es importante que Vicky no le cuente a la policía local ni una palabra sobre lo que vio, ¿te mencioné lo de la corrupción?

—Sí.

—Es un problema endémico. Si alguien sabe dónde se encuentra Beatrice, podría pagar para que la policía guarde silencio e incluso para entorpecer la búsqueda. Pero al menos se está llevando a cabo una búsqueda más amplia, hay agentes uniformados rastreando la zona desde que amanece hasta el anochecer. No hace falta contarles por qué los tres jóvenes iban camino de la casba.

—Pero, al no estar enterados de lo de Patrice, no estarán buscándolo, ¿verdad? Seguro que sigue rondando por ahí.

—Sí, puede ser. Pero ten en cuenta que, si el asesinato se cometió por algún motivo político, sería peligroso decir algo al respecto hasta que vuelva Alami.

—También estoy pensando en Beatrice, la zona del Alto Atlas puede ser peligrosa.

—Esperemos que no se alejara demasiado y la encuentren pronto.

—¿Viva?

—Tenemos que confiar en que así será. Venga, terminémonos el café y vamos a ver si podemos averiguar cuándo llegan sus padres.

—Según tengo entendido, primero iban a viajar a España en avión y en Algeciras tomarían el ferri para llegar a Tánger. Una vez allí, supongo que tomarán el tren.

—Menudo viajecito.

—Y yo tengo que volver a casa cuanto antes, a mi madre le falla la memoria y a veces ni siquiera me reconoce.

—Qué duro para las dos.

—Sí. Le dejé a Ahmed, el joven que se encarga del manejo de la casba, una lista de las personas que pueden entrar en mi ausencia. Añadiré tu nombre por si tienes que ir en alguna ocasión, solo tendrías que mostrarle algún documento identificativo para demostrar quién eres.

Él enarcó las cejas.

—Vaya, me alegra ver que estás tan bien organizada. ¿Ese joven está armado?

Clemence negó con la cabeza, y él echó la silla hacia atrás y se levantó antes de añadir:

—Llevaré mi pistola. ¿Crees realmente que el tal Patrice ha capturado a la joven?

—Es posible.

Cuando llegaron a la estación de tren, Clemence y Theo retrocedieron unos pasos para dejar que fuera Vicky quien recibiera a los Jackson. Florence, la madre de Bea, parecía exhausta. Era una mujer muy guapa con un rostro con cara de corazón, ojos de un plomizo azul grisáceo y piel pálida, pero su angustia era claramente visible; a juzgar por sus profundas ojeras y por lo enrojecidos que tenía los ojos, debía de haber pasado horas y horas llorando. Llevaba su rubio cabello, salpicado de alguna que otra cana temprana, sujeto a la altura de la nuca y se aferraba a su marido con fuerza, como si le diera miedo soltarlo.

Sintiendo una compasión inmensa por aquella pobre mujer que debía de estar viviendo un infierno, Clemence esperó mientras Vicky corría hacia su tía y, reprimiendo visiblemente las lágrimas, la abrazaba con fuerza.

Al cabo de un largo momento fue Jack, el padre de Bea, quien se acercó a abrazar a Vicky.

—¿Estás bien? —le preguntó al soltarla.

—La verdad es que no —admitió la joven con voz trémula.

Jack la miró con semblante compasivo y le dio un pequeño apretón en el brazo, pero fue directo al grano.

—Por favor, Vicky, ¿podrías contarme qué diantres es lo que está pasando?

—Es una larga historia, pero comenzó con un cuaderno.

—¿Cómo es posible que un cuaderno termine causando la desaparición de mi niña?

Clemence se dio cuenta de que su nieta estaba a punto de perder la batalla contra las lágrimas y decidió intervenir. Posó una tranquilizadora mano en su espalda y, con la frente bien en alto, dio un paso al frente.

—Soy Clemence Petier, la abuela de Vicky. Y él es Theo Whittaker, un buen amigo mío.

Florence la miró sorprendida, ni siquiera se había percatado de su presencia.

—¡Cielos! ¿Usted es la madre de Victor?

—Sí.

Jack la saludó y le estrechó la mano a Theo, pero Florence seguía mirando atónita a Clemence. Abrió la boca para decir algo, pero se le

quebró la voz y rompió a llorar. Jack le pasó un brazo por los hombros para intentar consolarla, y Clemence dijo con voz suave:

—Querida, todos tenemos las emociones a flor de piel.

Hubo un breve silencio, y fue Clemence quien terminó por romperlo.

—¿Va a venir la madre de Vicky, Élise?

Fue Jack quien contestó en esa ocasión.

—No se sabe todavía. No estaba cuando llamamos por teléfono y le dejamos el mensaje a su marido, Henri.

Clemence no contestó. Por un lado, estaba deseando conocer a Élise, la mujer que había amado a su hijo; por el otro, se sentía tan avergonzada y culpable que le daba miedo conocerla. Al fin y al cabo, podía imaginar la opinión que aquella mujer debía de tener sobre ella, sobre alguien capaz de abandonar así a un bebé y ni siquiera hacer el más mínimo intento de volver a verlo.

28

Vicky

Su abuela la besó en las mejillas antes de repetir por tercera vez:

—Tengo que irme, Vicky. No querría tener que hacerlo, pero he dejado a mi madre en casa y está… —Dejó la frase inacabada y se ruborizó visiblemente. Parecía incómoda, como si hubiera dicho más de lo debido.

Vicky, por su parte, estaba sorprendida ante aquella inesperada revelación.

—¡No sabía que ella viviera contigo en las montañas!

Su abuela esbozó una titubeante sonrisa al admitir:

—Perdona, es que intento proteger a mi madre de…, en fin, de demasiadas…

No terminó la frase y Vicky frunció el ceño, desconcertada. No sabía a qué se refería.

—En fin, tiene noventa y dos años y debo asegurarme de que está bien.

—Sí, por supuesto.

—Te la presentaré la próxima vez. —Y entonces añadió precipitadamente, como aliviada de poder dejar atrás el tema de su madre—: No te preocupes, volveré pronto. No estás sola, tanto los Jackson como Theo están aquí y seguro que Etta te ayudará en lo que haga falta. El vigilante que va a custodiarte debería llegar en breve, eso nos dará más tranquilidad. Pero no hagas nada por tu cuenta.

Vicky tragó con dificultad mientras la veía alejarse en dirección al todoterreno, llevándose consigo esa sensación de reconfortante seguridad que le daba su presencia. Al parecer, su abuela guardaba incluso más secretos de lo que parecía al principio. Quién sabe, si su propia madre viajaba finalmente a Marruecos, quizá tuviera más éxito que ella misma a la hora de averiguar más cosas sobre el pasado.

Pero estaba por verse cómo iba a reaccionar su madre ante lo ocurrido, era muy improbable que comprendiera la situación. Por una parte, ella quería tenerla a su lado, la necesitaba; pero, por la otra,

estaba segura de que su llegada solo iba a servir para provocar más discusiones entre las dos.

Mientras Florence y Jack reservaban una habitación en uno de los hoteles más antiguos de Marrakech, Theo iba a llevarla a la comisaría de la ciudad nueva para hablar con su contacto, el agente Alami, y la llevaría de regreso después de la reunión. La policía seguía peinando la inmensa zona alta de las montañas haciendo preguntas, pero sus tíos se unirían a la búsqueda a primera hora de la mañana siguiente y se mostrarían en los pueblos las fotos que habían traído consigo. Ella ya había descrito cómo iba vestida Bea, por supuesto. Estaba aterrada, tanto por su prima como por sí misma, y luchó por controlar el temblor de las manos. ¿Cuándo terminaría todo aquello? Todo se había convertido en una pesadilla en aquel lugar, añoraba con todas sus fuerzas Londres y Francia.

Mientras iban de camino a las instalaciones policiales, las calles seguían tan bulliciosas como siempre; el sonido de las motos, el tintineo de las campanillas de las bicis, las voces de los compradores y los vendedores, la gente ociosa. Su madre diría que estos últimos estaban haraganeando y, aunque ella lo definiría más bien como «pasar el rato», en realidad era más parecida a su madre de lo que querría admitir. Las dos tenían tendencia a mantenerse ocupadas en todo momento, por ejemplo. No pudo por menos que admitir que ver a su tía Florence la hacía anhelar tener allí a su propia madre, quien siempre se mostraba competente y fuerte ante cualquier crisis.

Una vez que Theo y ella llegaron a la comisaría, que resultó ser un edificio sencillo y funcional, los condujeron a una sofocante sala donde el aire estaba caliente y viciado a pesar del ventilador que giraba con pereza en el elevado techo. El hedor de un desagüe situado en el exterior de la ventana abierta combinado con cierto olor a tabaco no contribuía a mejorar la situación, precisamente.

Se secó la sudorosa frente con el dorso de la mano y se tensó al ver entrar a un agente alto y delgado que, después de saludar a Theo con un ademán de la cabeza, los invitó a sentarse mientras ocupaba a su vez una silla y extendía sus largas piernas ante sí. Era un hombre de mediana edad de semblante serio con unas pobladas cejas negras y una nariz prominente, y al quitarse la gorra dejó al descubierto una cabeza prácticamente calva. Dirigió la mirada hacia Vicky y, con voz amable y un francés teñido de un fuerte acento marroquí, se presentó diciendo que era el agente Alami y le pidió que describiera lo que había visto la noche del asesinato de Jimmy.

Ella se sentía angustiada y avergonzada por tener que contarle que Bea había robado el cuaderno y los motivos que las habían llevado a colarse a hurtadillas en un jardín en medio de la noche. Todo aquello sonaba tan estúpido que le ardieron las mejillas por la vergüenza. El

agente la escuchó atentamente y sin interrumpirla, pero, cuando llegó el momento de relatar lo ocurrido en el jardín, lo que había visto, Vicky sintió que se le formaba un nudo en la garganta y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—En el jardín, me…, en fin, mi prima y yo… —Le tembló la voz y, reprimiendo a duras penas las lágrimas, se calló de golpe. Era incapaz de seguir.

—Tómese su tiempo, querida niña. No hay prisa —le dijo Alami con voz suave.

Vicky se limpió en la falda el sudor de las manos, respiró hondo y empezó de nuevo.

—Vimos… Bueno, la verdad es que fui yo quien lo vio todo.

Theo le puso una mano en el hombro para darle ánimo.

—Vi… Vi a Patrice empuñando una pistola, y entonces vi cómo… —Tragó con fuerza, pero se le estaba quebrando la voz—. Vi cómo le pegaba un tiro a mi amigo Jimmy.

Cerró los ojos con fuerza para intentar borrar de su mente aquella imagen tan horrible, pero no pudo evitar que las lágrimas le bajaran por las mejillas y gotearan sobre sus manos y su regazo.

Ellos esperaron en silencio, dándole tiempo.

—Vi… Vimos… —Tragó de nuevo, y entonces se secó los ojos con los dedos bruscamente y barbotó—: ¡Vimos cómo Patrice se llevaba a rastras el cuerpo ensangrentado de Jimmy!

Oyó de nuevo el golpeteo sordo de la cabeza de Jimmy contra el suelo y estalló en llanto, sus hombros se sacudían mientras sollozaba por la angustia y el horror de ver cómo una persona a la que conocía moría frente a sus ojos. Theo acercó su silla a la suya para acariciarle la espalda y, tras sacarse un pañuelo blanco del bolsillo, le aseguró que estaba limpio y se lo dio. Ella tragó varias bocanadas de aire conforme el llanto iba amainando, y finalmente lo miró con una débil sonrisa mientras se secaba las mejillas.

Tras una larga pausa, el agente Alami le preguntó si se veía capaz de seguir relatando lo ocurrido. Lo dijo con amabilidad, sin presionarla ni juzgarla, y sonrió al verla asentir.

—Buena chica. ¿Está segura de que la persona a la que vio era Patrice Callier, el hombre que le había presentado su abuela?

—Totalmente segura. También nos llevó a la fiesta en su coche.

—¿Y cree que quizá se dio cuenta de que su prima y usted estaban en el jardín?

Ella le explicó por qué tenía esa sospecha.

—Creo que nos vio a Bea y a mí. O que cabe esa posibilidad.

—¿Y cree que la desaparición de su prima tiene algo que ver con ese hombre?

Vicky se limitó a asentir. Se sentía incapaz de articular palabra

mientras, bajo un incontenible torrente de emociones, pensaba en la dulce y sentimental Bea. En lo mucho que le gustaba la ropa, en su anhelo por amar y ser amada. Recordó el día en que su risueña prima había entrado en Biba, una exclusiva *boutique* londinense situada en Abingdon Road, oliendo a esos sándwiches baratos de huevo y berros que te vendían en la estación de tren y con un ejemplar de la revista *Honey* enrollado bajo el brazo. Al ver el empapelado blanco y dorado de estilo *art nouveau* que decoraba las paredes, los tiestos con grandes plantas que había por toda la *boutique* y las vistosas boas de plumas, se había quedado fascinada y había exclamado, con aquella voz suya tan animada y tersa: «¡Increíble!, ¡este lugar es una pasada! ¡Lo más de lo más!».

Los oscuros y sobrios vestidos estaban colgados en percheros; los había morados y de color burdeos, también de color violeta, e incluso algunos en un tono negruzco parecido al de las ciruelas pasas. Ella había animado a Bea a probarse algunos de aquellos diseños tan ajustados y le habían quedado perfectos, como hechos a medida.

La echaba muchísimo de menos, ¡cuánto se arrepentía de haber hecho aquel viaje! Ojalá no se le hubiera ocurrido nunca la estúpida idea de intentar impresionar a Yves Saint Laurent.

—Voy a participar en la búsqueda —estaba diciendo Alami—, pero voy a centrarme en rastrear los movimientos de Patrice Callier. ¿Sabe si vive en el lugar donde se cometió el asesinato?

—Puede que mi abuela lo sepa, no me dio la impresión de que llevara mucho tiempo aquí. Pero no sé si vive en Marrakech, la verdad.

—Y dice que es amigo de su abuela, ¿verdad?

—Lo conoce, sí.

—¿Sin más?

—Ella cree que es posible que Patrice secuestrara a mi prima. Yo vi un todoterreno verde en la carretera aquel día, uno igual al que sacó a Jimmy de la carretera a embestidas. Después de eso le registraron la casa, y entonces vi cómo lo asesinaba Patrice. ¿No parece que todo esté relacionado?

—Hablaré con ella.

—¿Puedo ir a la casba esta noche mientras tú manejas la situación aquí? —propuso Theo.

—Sí —asintió Alami—. Señorita Baudin, Vicky, usted no va a poder salir del país por el momento. Y nos sería muy útil que identificara la casa donde se cometió el asesinato, ¿podrá hacerlo?

Ella se limitó a asentir. Ojalá que Theo estuviera con ella cuando volviera a ver a los padres de Bea. No estaba pensando principalmente en su angustiada tía Florence, sino en su tío Jack, cuya valentía durante la guerra era conocida por todos. Él sabría qué hacer y a lo

mejor tenía un arma, lo que podría resultar ser útil. Aunque a lo mejor no le habían permitido viajar con una.

Theo miró la hora en su reloj y se volvió hacia ella.

—Me quedaré contigo, Vicky. Podríamos ir a comer algo con los Jackson.

Mucho después, Vicky salió de la ciudad en un coche patrulla junto a su tío Jack y a Theo, quienes la acompañaban para darle apoyo moral. Se dirigían al Palmeral para buscar la casa donde Patrice había asesinado a Jimmy. La tía Florence, por su parte, estaba aquejada de dolor de cabeza y se había quedado en el hotel, donde al menos no hacía tanto calor.

Los tres estaban sentados apelotonados en el asiento trasero del vehículo policial y, mientras avanzaban a paso de tortuga, Vicky permaneció inmóvil y rígida. Tenía miedo de volver a ver aquel lugar, y a plena luz del día. Al principio estaba tan asustada que ni se atrevió a mirar, ni siquiera estaba segura de la ubicación exacta, pero, después de dudar durante unos minutos, por fin vio la casa.

—¡Ahí! —susurró, señalando con el dedo—. ¡Esa de ahí!

Su tío Jack la tomó de la mano y ella lo miró de soslayo, sintiéndose mortificada y culpable. Debía de considerarla una descerebrada por haber metido a Bea en semejante situación. Por mucho que ella no quisiera estar allí en ese momento, no tenía otra opción porque debía ayudar como fuera.

Alami detuvo el coche y se volvió a mirarla.

—¿Se siente capaz de bajar para asegurarse al cien por cien de que es aquí?

Fue Theo quien contestó.

—Yo creo que no está en condiciones de hacerlo. Ahora ya sabes dónde está la casa, ella ya ha cumplido con su parte.

—Ya estoy segura al cien por cien —afirmó Vicky.

Emprendieron el camino de vuelta, y miró por la ventanilla mientras imágenes de aquella noche relampagueaban de nuevo en su mente. Las dos riendo mientras avanzaban trastabillantes por el Palmeral en medio de la oscuridad; el miedo de ambas al oír a los animales que se movían entre la vegetación; los horribles insectos voladores que no dejaban de picarlas; el calor, a pesar de lo tardío de la hora; el descabellado intento de devolver el cuaderno de bocetos colándose en el jardín; el *shock* de ver a Patrice empuñando una pistola.

Y la muerte de Jimmy.

29

Clemence

Kasbah du Paradis

Clemence estaba subiendo por el camino que conducía a la casba cuando oyó gritos y apretó el paso de inmediato. Llegó jadeante y encontró a Madeleine histérica, golpeando a Ahmed y arañándose sus propias mejillas.

Intentó calmarla, pero sus esfuerzos fueron en vano hasta que la tomó de las manos y le dijo con voz suave:

—Oye, ¿te acuerdas de cuando recogíamos cerezas las dos juntas en nuestra antigua finca de Casablanca? Y también higos y dátiles.

Madeleine se calmó y contestó con una sonrisa radiante.

—Y *maman* también venía, ¿verdad?

Clemence se dio cuenta de que su madre se había perdido en un pasado más lejano aún y había regresado a su propia infancia.

La finca había pertenecido a la familia materna de Clemence en un principio, años antes de que ella naciera y mucho antes de que su madre conociera a Claude Garnier. Después de casarse, sin que nadie lo pudiera prever, su padre había ido haciéndose con las riendas. El proceso había comenzado poco a poco a base de meses de manipulación hasta que de repente, antes de que su madre o sus abuelos se dieran cuenta, no quedaba ni uno de los viejos sirvientes que les eran leales, sus abuelos estaban viviendo en una destartalada villa situada en un extremo de la finca, y se había iniciado un régimen controlador. Sus abuelos habían terminado muriendo de neumonía a una edad bastante temprana, y su madre había quedado destrozada. Su padre había prometido en multitud de ocasiones que eliminaría las humedades y el moho de la villa donde vivían, pero no lo había hecho y su madre le responsabilizaba por completo de la muerte de ambos.

Esa noche, logró que su madre se durmiera finalmente, pero fue gracias a un fuerte somnífero. Detestaba darle aquellas pastillas, era uno de los muchos motivos que la habían llevado a rescatarla del

hogar de ancianos de Casablanca. Allí la tenían sedada día y noche, y ella se había prometido a sí misma que jamás recurriría a un comportamiento tan inhumano. Ahora era una ayuda que solo empleaba de forma muy esporádica. En aquel entonces, se sentía terriblemente culpable por el largo distanciamiento que había habido entre ellas (a pesar de que las dos habían contribuido a crearlo) y, cuando finalmente había decidido ir a visitarla a su apartamento, había sido una vecina quien le había explicado que estaba internada en un hogar de ancianos.

Ahora tenía la tranquilidad de saber que las rejas afiligranadas de hierro forjado que se habían instalado en las ventanas del anexo ayudarían a mantener a su madre a salvo; además, mientras ella estaba en Marrakech, Ahmed y su hermano habían instalado cerraduras y cerrojos más seguros en todas las puertas de la casba. Le había entregado al primero una lista actualizada de las personas a las que podían dejar entrar: entre ellas estaban Vicky, por supuesto, los padres de Bea y su viejo amigo Theo. En el caso de que Ahmed no conociera a alguien, la persona tendría que mostrar el pasaporte o algún documento identificativo para poder entrar.

Poco después estaba en su dormitorio sin poder conciliar el sueño, su mente se empeñaba en repasar obsesivamente todo lo ocurrido o en imaginar lo que podría ocurrir de allí en adelante. Era obvio que Patrice era mucho más peligroso de lo que ella había creído hasta el momento: además de chantajista, también era un asesino. Aquella noche durmió con un cuchillo y con su pistola bajo la almohada, porque el mero hecho de saber que estaban allí hacía que se sintiera un poco más segura.

Recordaba aún aquel día en que, a los dieciséis años, había practicado con la pistola de su padre por primera vez. Tenía el pulso desbocado y le sudaban las manos, pero no se había achantado y había tomado la decisión consciente de aprender a disparar bien. Jamás se había arrepentido de ello. No es que fuera una psicópata ni que la enloqueciera el deseo de matar, pero nunca sabías cuándo podría venirte bien tener buena puntería. Un recuerdo asomó a su mente antes de desvanecerse de nuevo, como anunciando que iba camino de quedar zanjado, y tuvo la certeza de que el día de ajustar cuentas iba a llegar. Y pronto.

Cuando logró dormir por fin, terminaron por despertarla imágenes de pesadilla donde reinaba la destrucción (su casa y su vida explotando a su alrededor), pero se desprendió de ellas tan rápido como pudo; empleando la técnica que había perfeccionado a lo largo de los años, se obligó a calmarse y a pensar en tiempos más felices.

Pensó en los planes de huida que Jacques y ella habían ideado cuando eran jóvenes. Después de explorar durante semanas las lindes

de la enorme finca, él había dibujado un mapa de los alrededores y ella había creado listas que incluían lo que debían llevar consigo, a dónde dirigirse llegado el momento y cómo llegar hasta allí. Había estado birlando monedas del bolso de su madre poco a poco y la cantidad cada vez era más grande; además, también había ido haciendo acopio de provisiones a escondidas: galletas, macarrones de almendra, dátiles. No sabía si la cocinera se habría dado cuenta de que faltaban algunas cosas; en cualquier caso, la mujer no había dicho nada al respecto, lo que hacía sospechar que quizá había estado robando también algo de comida. De ser así, Clemence no la culparía por ello porque su padre no trataba bien a los criados: no los respetaba ni les daba un sueldo en condiciones.

En una ocasión, había robado una botella de jerez medio llena y Jacques y ella habían encendido una fogata. Se la habían bebido casi por completo hasta que el dulce licor les había hecho vomitar violentamente, y ella había regresado a casa oliendo a humo, alcohol y romero. Por suerte, su madre no había notado el tufillo a vómito…, aunque, a decir verdad, en ese entonces ya no se daba cuenta de casi nada.

Logró dormirse de nuevo y en esa ocasión se sumió en un profundo sueño sin pesadillas. En su habitación todavía reinaba una completa oscuridad cuando un sonido la despertó de golpe. Su mente se despejó rápidamente y, con el corazón acelerado, permaneció totalmente inmóvil, con los ojos bien abiertos, totalmente alerta. ¿Qué habría sido ese ruido? Lo oyó de nuevo y sacó silenciosamente el cuchillo de debajo de la almohada mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Hubo una pausa, unos segundos de silencio. ¿Habrían sido imaginaciones suyas?, ¿lo habría soñado? Un gato soltó un agudo maullido más allá de los muros de la casba y uno de los perros se puso a ladrar. A lo mejor no había sido nada, algún animal nocturno. Cuando su perro dejó de ladrar, con el silencio zumbándole en los oídos, volvió a posar la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Justo cuando estaba a punto de dormirse de nuevo mientras pensaba que, de allí en adelante, dormiría acompañada de uno de los perros como mínimo, oyó unos pasos quedos que se acercaban a su dormitorio. Contuvo el aliento, agarró de nuevo el cuchillo y oyó que alguien giraba una llave al otro lado de la puerta. Un terror frío se adueñó de ella. Ahmed era el único que tenía la otra llave (la suya estaba en el tocador por una cuestión de seguridad, ya que solía caerse de la cerradura), pero él habría llamado antes de entrar. Quienquiera que fuese, no era él.

La puerta se abrió, dejando entrar una bocanada de aire cálido y denso. Ella salió de la cama con sigilo, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y le dio un vuelco el corazón al ver la silueta de un hombre.

Conocía como la palma de su mano todo lo que había en el complejo de la casba; a diferencia del intruso, ella no necesitaba luz para orientarse y, mientras él permanecía parado en la puerta, aprovechó para colocarse a su espalda sin hacer ruido y ponerle el cuchillo al cuello.

—Mueve un solo músculo y estás muerto —le susurró al oído con voz amenazadora.

—¡Por Dios, Clemmy! ¡Soy yo!

Se quedó atónita al reconocerlo.

—¡Theo?

—¡Pues claro que soy yo! Por el amor de Dios, ¡quítame el jodido cuchillo del cuello!

Ella lo hizo al instante.

—¿Cómo se te ocurre entrar a hurtadillas en mi habitación? ¡Podría haberte matado!

—Sí, ya me he dado cuenta.

Clemence tomó conciencia de lo que había estado a punto de hacer.

—Perdona, estoy un poco nerviosa.

—¡No me digas!

—Perdona —repitió.

—Jamás pensé que pudieras ser una asesina, Clem. ¿Habrías sido capaz de cortarme el cuello?

En vez de contestar de inmediato, Clemence se dio la vuelta y encendió la luz.

—¿Clem?

No sabía qué contestar, en ese momento no se le ocurría respuesta alguna. No estaba en su naturaleza mentir, pero la vida la había convertido en una mentirosa.

—Nadie sabe lo que sería capaz de hacer en un momento dado —contestó al fin—. De modo que sí, si el intruso hubiera sido Patrice, es posible que le hubiera cortado el cuello.

Él se quedó mirándola con una mezcla de desconcierto, horror, *shock* y… ¿Acaso era diversión lo que asomaba a sus ojos? ¿Admiración, quizá? Clemence no habría sabido decirlo con certeza.

—Todavía no me has dicho lo que haces en mi habitación.

—No.

—Dime.

—He venido a despertarte, nada más. Salí de madrugada en mi coche. Le he enseñado a ese joven… Creo que se llama Ahmed, ¿verdad? En fin, le he enseñado mi pasaporte y él me ha entregado la llave cuando le he explicado el porqué de mi llegada. Está justo ahí, en el pasillo.

Clemence le indicó en voz alta a Ahmed que podía marcharse, que no había ningún problema, y entonces se volvió de nuevo hacia Theo.

—No vuelvas a hacer algo así, por favor. O, si lo haces, ven con una lámpara.

—¿Siempre duermes con un cuchillo a mano?

—Últimamente, sí.

—Van a reiniciar la búsqueda de Beatrice muy temprano. No tardará en amanecer y he pensado que querrías recibir a los Jackson cuando lleguen. Y la policía querrá preguntarte por la dirección de Patrice, Vicky comentó que a lo mejor sabías dónde vive.

Clemence condujo a Theo a la terraza, y en silencio, envueltos en mantas, vieron juntos cómo iba asomando el sol por encima de las montañas. Mientras pinceladas rosadas y púrpuras se extendían por el cielo e iban dando paso a tonalidades amarillentas y anaranjadas, los dos empezaron a relajarse y sintieron que el sempiterno poder de la naturaleza les reavivaba el ánimo.

Poco después, Clemence se dirigía a las habitaciones de su madre con una bandeja cuando oyó el sonido de pesadas botas subiendo por el camino. Tres policías aparecieron al cabo de un momento, seguidos de cerca por Jack y Florence, y se dirigieron hacia la casa. Ella fue a recibirlos mientras buscaba con la mirada a su nieta.

—Buenos días. ¿Vicky no ha venido con ustedes?

Fue Jack quien contestó.

—Élise, su madre, llega hoy, así que está en Marrakech. No se preocupe, ahora está custodiada por un guardia armado.

—Entiendo. En ese caso, ¿alguien quiere una taza de café?

Todos aceptaron la invitación, aunque Florence se limitó a asentir ligeramente. Se la veía pálida y totalmente exhausta. Clemence fue directa a la cocina, le entregó a Nadia la bandeja con el desayuno de su madre y regresó unos minutos después con otra que contenía una jarra enorme de café y unas tazas.

Theo emergió entonces de la casa vestido con una camisa blanca limpia y unos pantalones gris marengo, y con el pelo húmedo aún después de ducharse. Los saludó a todos y, mientras él procedía a servir el café, su contacto de la policía, un hombre que se cubría la cabeza con un sombrero, se acercó a Clemence y se la llevó a un aparte.

—Soy Gabriel Alami, quería preguntarle si sabe dónde podría estar viviendo Patrice Callier.

—Él me dijo que había alquilado una propiedad en el Palmeral de forma temporal, me temo que es todo lo que sé.

—¿A qué se dedica Callier?

—¿Disculpe?

—¿En qué trabaja?

—Según él, es tratante de arte.

—¿Y usted le cree? —Alami la miró con ojos penetrantes.

—Tengo mis sospechas.

—¿Por qué?

—Pues… Tengo la sensación de que en realidad trabaja para el servicio secreto francés, aunque también podría ser una especie de mercenario. Pasó años en el ejército francés.

—Sí, así es. Según he podido averiguar, salió de allí bajo una sombra de sospecha.

—No lo sabía —admitió ella.

—Le sorprendería saber cuántos hombres desencantados terminan metidos en actividades clandestinas. A veces se convierten en asesinos a sueldo.

—¿Por eso mató a Jimmy?

—Es posible. —Alami saludó con la cabeza a Theo, quien acababa de acercarse a ellos, y afirmó con semblante grave—: Si es cierto que a Jimmy Petersen lo mataron por motivos políticos, la situación se vuelve más peligrosa aún para las muchachas.

Clemence respiró hondo para intentar serenarse y Alami añadió:

—Según tenemos entendido, Jimmy Petersen estaba tras la pista de pruebas relacionadas con el secuestro de Mehdi Ben Barka, quien desapareció en París el año pasado.

—¿En ese secuestro no estaba involucrado también alguien de la policía marroquí? —preguntó ella—. Ese fue el motivo de que Theo nos advirtiera a Vicky y a mí que no habláramos del asesinato con nadie hasta que usted llegara, ¿no?

—Existe esa posibilidad, pero no está confirmada.

Clemence fijó la mirada en sus propios pies, ¡cuánto desearía que Vicky y Bea no se hubieran metido en aquel lío!

—Soy consciente de lo peligroso que puede ser oponerse al Gobierno —comentó.

—Sí, así es. Este país ha tardado siglos en lograr desprenderse del control de potencias extranjeras, y ahora tenemos un régimen marroquí que gobierna con puño férreo. Quizá sea lo que se necesita por ahora, pero nuestro rey cuenta con muchos aliados en el Medio Oriente y creo que puede llegar a desempeñar un papel pacificador allí. Hasán I murió en 1894, pero implantó una política de reformas internas que aportó cierto grado de estabilidad al país. Esperamos que nuestro rey actual siga sus pasos.

Clemence cerró los ojos, lo único que quería era que todo aquello terminara.

—La policía de Marrakech ha registrado la casa donde murió el joven Jimmy —siguió diciendo Alami—. Nada. Y nada indica que Patrice Callier esté viviendo allí. Pero se ha localizado a la propietaria,

vive en Francia y lleva meses sin venir.

Ella abrió los ojos y lo miró con atención.

—¿Está diciendo que la casa está limpia?

—Sí, está impecable.

Clemence dirigió la mirada hacia los demás, que ya se habían tomado el café y se preparaban para iniciar la búsqueda, y entonces miró a Theo.

—¿Vas a ir con ellos? —le preguntó.

—No por ahora. Jack y Florence están listos para salir ya, pero he pensado que podría quedarme a echar una mano aquí.

Ella se volvió para ocultar el alivio que sentía y entonces se acercó a Florence, quien estaba sentada con la cabeza entre las manos.

—Querida, puede quedarse aquí mientras los demás siguen con la búsqueda. Se la ve exhausta.

Florence alzó la cabeza y la miró con ojos enrojecidos por el llanto.

—Gracias por el ofrecimiento, pero creo que voy a enloquecer si no me ocupo con algo, aunque sea un rato. Estar esperando sentada de brazos cruzados es lo que no soporto.

—Como quiera. Si cambia de opinión, tiene las puertas abiertas.

Los vio marcharse acompañada de Theo, y la forma en que él le puso una mano en el brazo y le dio un ligero apretón para reconfortarla la llevó de vuelta al momento en que lo había visto por primera vez, tantos años atrás.

Había ocurrido una tarde: él estaba plantado en la plaza como si se hubiera quedado clavado allí, contemplando el bullicio de Marrakech con una expresión de fascinación en el rostro, pero estaba claro que no se trataba de un turista. Había sonreído al verla y había dicho, pasándose los dedos por su corto cabello rubio:

—No me digas que vives en medio de este caos.

A ella le había gustado su acento americano.

—No, tengo una casba en las montañas. ¿Estás en Marruecos de vacaciones o has venido por trabajo?

—Trabajo en Tánger y tengo unos días libres, hacía unos años que no venía por aquí.

Él se había remangado la arrugada camiseta de lino que llevaba puesta y le había tocado el brazo con delicadeza mientras, sosteniéndole la mirada, la invitaba a ir a tomar un café. Ella había sentido una conexión instantánea y no le había dado la espalda.

Había aceptado la invitación y habían pasado horas conversando en la terraza de la azotea del Café de France. No recordaba de qué habían hablado, pero, cuando había empezado a oscurecer y había llegado el momento de despedirse, ella le había invitado a ir a la casba al día siguiente.

—Ven a comer —le había dicho.

Y él había ido.

30

Vicky

El aire estaba preñado del zumbido de aletargadas mariposas y ajetreados insectos cuando Vicky se detuvo ante la puerta del famoso hotel La Mamounia. Desde que se había enterado de que su madre había viajado a Marruecos, tenía sentimientos encontrados: por un lado, se moría de ganas de verla y de que, para variar, la consolara y la reconfortara; por el otro, estaba nerviosa por el interrogatorio que sabía que se avecinaba. Sacudió la cabeza y entró sin más demora en el hotel, aunque no habría sabido decir si estaba exasperada con su madre o consigo misma.

La recepcionista le explicó que su madre ya había llegado y estaba esperando en el jardín de los jazmines, así que, con cierta parsimonia, caminó entre grupitos de árboles cítricos y de grandes rosales hasta enfilar por un túnel de jazmín donde se respiraba un aire fresco que olía deliciosamente bien. Se quitó las sandalias para hundir los dedos de los pies en la reseca hierba, y contempló una colonia de hormigas que se cruzaba en su camino.

Dobló una esquina y se llevó un sobresalto al ver a su madre; estaba sentada en un banco de hierro forjado situado en un umbrío rincón, leyendo un periódico, y fue incapaz de descifrar la expresión de su rostro. ¿Estaba enfadada?, ¿cansada?

Retrocedió un par de pasos tan sigilosamente como pudo para intentar ganar un poco más de tiempo, pero su madre alzó la cabeza al oírla y se levantó del banco antes de decir con frialdad:

—He venido para llevarte de vuelta a casa.

—Perdona, no te había visto —contestó, intentando disimular.

—¿Qué es lo que ha estado pasando aquí?

Vicky tragó el nudo que tenía en la garganta. «No puedo llorar. Por favor, por favor, ¡ni una lágrima!». Abrió la boca para hablar, pero las palabras murieron en sus labios. Su madre permaneció inmóvil y se miraron en silencio mientras la emoción contenida crepitaba en el aire. La tensión que había entre ambas era tan marcada que resultaba

prácticamente visible. Vicky tenía el cuerpo entero rígido, los músculos tensos, la garganta seca, su mente parecía estar a punto de explotar.

—No puedo volver a casa —susurró.

Su madre la miró ceñuda y le espetó:

—¡Claro que puedes! Ya he comprado los billetes del ferri.

—No puedo volver a casa —repitió. Tragó con dificultad mientras luchaba por reprimir las lágrimas—. No puedo irme de aquí sin Bea. En cualquier caso, no me lo permitirían.

—¿Quién?

—La policía. La policía no me dejará salir del país —susurró.

Su madre se acercó de repente, recorriendo la distancia que las separaba con los brazos abiertos, y Vicky se refugió en ellos como si volviera a tener cinco años. Estalló en sollozos y su cordura se evaporó, la ansiedad y el miedo acumulados brotaron en un torrente incontenible mientras su madre la abrazaba con fuerza.

Cuando dejó de llorar por fin, se sentaron en el banco y su madre le dio un pañuelo que se sacó del bolso.

—Lo único que sabía era que Beatrice y tú os habíais metido en un problema. Tenía un mensaje casi incoherente de Jack y no he podido hablar con Florence. ¡No sabes lo preocupada que estaba, *chérie*!

—Estamos en peligro, *maman*. En verdadero peligro. —No pudo evitar que le temblara la voz.

—Bueno, tampoco será para tanto, ¿verdad? Seguro que se trata de alguna tontería.

—No. Se trata de algo grave, te lo aseguro. Y lo de que no puedo salir del país es cierto, la policía no me lo permitiría y, en todo caso, mi amigo Tom está en el hospital y Bea sigue desaparecida. Tengo que esperar a que la encuentren.

Su madre se puso en pie y extendió una mano hacia ella.

—Ven, creo que será mejor que vayamos a mi habitación. —Al tirar de ella para ayudarla a levantarse miró por encima de su hombro y puso una cara rara.

—¿Qué pasa? —preguntó Vicky.

—Ese hombre no deja de mirarnos, ¿le conoces?

Vicky la miró avergonzada y dijo sin más:

—Te presento a mi guardaespaldas.

—*Mon Dieu!*

—Nos seguirá y se quedará haciendo guardia en el pasillo, junto a la puerta de tu habitación.

La luz cambió mientras hablaban y el cielo adquirió de repente un tono rojizo. El guardaespaldas se acercó corriendo y las apremió a regresar de inmediato al interior del hotel.

—¡Tormenta de arena! —les advirtió.

Una vez dentro, recorrieron una serie de pasillos sinuosos (a Vicky le recordaron las calles de la medina) hasta llegar finalmente a la habitación de su madre, que se encontraba en la primera planta. Una doncella estaba cerrando a toda prisa las puertas acristaladas dobles que daban a la terraza y se despidió con una inclinación antes de salir. Vicky fue a echar un vistazo a través del cristal, pero la turbulenta nube roja lo engullía todo y al cabo de unos segundos se volvió de nuevo hacia su madre. Esta estaba sentada en el borde de la cama con cara de agotamiento, y alzó la mirada hacia ella antes de decir con voz suave:

—Es una habitación preciosa. Henri se encargó de reservarla, es un amor de hombre.

Vicky no contestó. Un día, cuando tenía unos trece años, había pasado junto a la puerta de la cocina y había oído lo que Henri estaba diciéndole a su madre:

—Élise, ¿sabes cuál es el problema? Que tu hija y tú os parecéis demasiado, las dos sois truculentas a más no poder.

—Pero ¡tú me quieres de todas formas! —había contestado su madre con voz risueña.

—Supongo que es mi penitencia.

No sabían que estaba oyéndolos, pero seguro que lo habían imaginado cuando ella, hecha una furia, se había marchado con un sonoro portazo. Había huido a casa de Jacques y no había vuelto para la cena.

En ese momento, se tomó unos segundos para contemplar la habitación de su madre: los preciosos motivos curvos islámicos en la terracota; las paredes recubiertas hasta media altura de un mosaico en tonos ocres y verdes; las delicadas celosías de las ventanas y el espectacular revestimiento de *tadelakt* ámbar de las paredes, que se parecía mucho al de su abuela. El mobiliario era de estilo *art déco* francés, las cortinas eran de terciopelo color chocolate y su madre tenía una enorme cama extragrande con impolutas sábanas blancas y una colcha de seda color burdeos. Aunque estaba metida en una situación de locos sobre la que no tenía ningún control, no pudo evitar apreciar la belleza de aquel lugar.

—Si necesitas dormir, podemos hablar después —le dijo a su madre.

—No. Cuéntame lo que está pasando, la policía no me ha dicho gran cosa y no voy a poder descansar hasta enterarme de todo. Anda, vamos a sentarnos. —Élise se levantó de la cama y se dirigió a un sofá tapizado en lino de color ocre con unos grandes y mullidos cojines en un tono burdeos idéntico al de la colcha.

Vicky fue a sentarse junto a ella y procedió a contárselo todo: el brutal rechazo de Russell, su plan de conocer e impresionar a Yves Saint Laurent, lo que había pasado con el cuaderno de bocetos, el

terrible asesinato de su amigo Jimmy, el accidente de Tom y la desaparición de Bea.

Su madre apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo y, mientras intentaba asimilarlo, fue haciéndole preguntas y pidiéndole que clarificara bien algunos puntos que no terminaba de entender; al final, impactada y con ojos llorosos, preguntó con voz suave:

—Entonces, ¿ha sido la policía la que te ha asignado ese guardaespaldas?

—No. Quien se ha encargado de eso ha sido Theo, un amigo de… de mi abuela.

—¿Cómo es ella? —Su madre preguntó aquello con calma, no parecía nada sorprendida por el hecho de que su hija tuviera una abuela en Marruecos.

Aquella reacción dejó atónita a la propia Vicky, quien se quedó mirándola boquiabierta.

—¿Estabas enterada de la existencia de Clemence? —preguntó, cuando recobró el habla.

—No, la verdad es que no. Era un completo secreto. Me quedé en *shock* cuando Jacques me lo contó.

—¡No me digas que te lo contó! Le pedí que no lo hiciera.

—Debo admitir que le presioné mucho cuando emprendiste el viaje. Nos preocupamos mucho, al igual que Florence cuando recibió la carta de Bea. Aunque eso fue antes de que ocurriera todo esto.

—¿Os «preocupasteis», en plural? ¿A quiénes te refieres?

—A Henri y a mí.

—¿Por qué? ¿Por qué estabais tan preocupados?

—Él tiene contactos aquí, así que está al tanto de la situación política. Dijo que no era un lugar demasiado seguro. Eres muy importante para él, *chérie*.

Vicky se mordió el labio antes de admitir con voz queda:

—Sí, ya lo sé.

—¿Por qué decidiste venir a pesar de todo?

—Clemence me advirtió varias veces que este podía ser un lugar peligroso, pero ¿quién iba a imaginar que Bea robaría el dichoso cuaderno? De no ser por eso, no habríamos presenciado el asesinato de Jimmy ni nos habríamos visto obligadas a intentar salir de Marrakech a toda prisa.

Aunque Jimmy habría muerto de todas formas, por supuesto. Ella no tuvo la culpa de eso.

—¿Por qué no volvisteis a casa de inmediato?

—Es lo que queríamos hacer, pero todos los vuelos estaban llenos por la final de la Copa del Mundo. Tampoco había billetes de tren, no había nada disponible. *Maman*, ¡cuánto me alegro de que hayas podido venir!

—¿Lo dices en serio?

—¡No puedes imaginar cuánto me alegro de tenerte aquí! —exclamó, mientras la abrazaba con fuerza.

Su madre tragó visiblemente y permanecieron unos segundos en silencio, tomadas de las manos. La paz que reinaba entre ellas era tangible, no hacía falta expresarla con palabras; era una paz que se había hecho esperar mucho y que ambas sentían en lo más hondo. Al mirarla en un momento dado, Vicky vio una mirada cálida y pensativa en sus ojos.

La tormenta de arena había pasado ya, así que fue a abrir las puertas acristaladas y salió a la terraza, que era enorme. Estaba bordeada por un muro bajo de terracota con una barandilla verde y había espacio suficiente para dos butacas rojas de mimbre y una mesa cobriza. Esta última estaba cubierta de arena y deslizó los dedos por ella mientras contemplaba las vistas: las palmeras y los exuberantes jardines, teñidos ahora de un tono rojizo; las murallas de Marrakech, que parecían cercar los jardines del hotel; y, finalmente, las magníficas montañas del Atlas alzándose en la distancia. Incluso después de una tormenta de arena, era una escena realmente divina; aun así, estaba convencida de que no podría volver a respirar tranquila hasta que encontraran a Bea y todos regresaran a casa, sanos y salvos. Si es que lograban regresar, claro.

31

Clemence

Kasbah du Paradis

La partida de búsqueda regresó cansada, sucia y terriblemente alicaída. Clemence intentó no temerse lo peor, pero algo la distrajo en ese preciso momento: su madre estaba malhumorada y empezó a quejarse de que su familia la tenía abandonada.

—¡Quiero ir a casa! —murmuró. Tenía el pelo totalmente desmadejado y la ropa torcida—. ¡Me tienen prisionera aquí!

La policía se había marchado, pero Jack y Florence estaban parados cerca de donde se encontraban ellas. Se habían girado hasta quedar prácticamente de espaldas, estaba claro que intentaban no entrometerse.

—Cuánto lo siento, mi madre… En fin, ya lo ven.

Ellos le aseguraron que comprendían la situación con un azoramiento muy inglés, y ella intentó conducir a su madre hacia el anexo con discreción. En adelante, ya no sería necesario intentar mantenerla oculta y, en cualquier caso, a esas alturas casi nunca hablaba de forma coherente y era improbable que divulgara algo inteligible. Había estado preocupándose innecesariamente.

Pero su madre no se limitó a hacerse la remolona, tenía otras ideas muy distintas: se puso a dar vueltas con los brazos extendidos como un derviche girador y, cuando Ahmed se acercó a ayudarla, lo apartó de un manotazo. A pesar de ser tan mayor, podía llegar a tener una fuerza increíble cuando se alteraba y ellos no querían emplear demasiada fuerza a su vez por miedo a hacerle daño. No sabían qué hacer, aparte de alzarla en brazos y llevársela sin más.

Clemence se volvió hacia Ahmed y dijo con calma:

—Ahmed, por favor, lleva a nuestros invitados a su habitación. La que usó Vicky. —Cuando él inclinó la cabeza a modo de asentimiento, añadió—: Yo me ocupo de Madeleine.

Le preguntó a su madre si le dolía algo, pero la respuesta de esta fue

enrollar una revista y usarla para darle un tortazo en la mejilla antes de susurrar con voz quejicosa:

—Todo, ¡me duele todo! ¡Quiero que venga mi madre! —Se echó a llorar.

Clemence se frotó la dolorida mejilla. Jamás había aspirado a ser una persona especialmente «amable»; de hecho, eso de «amable» le parecía una descripción bastante insulsa y prácticamente carente de significado, algo que se usaba cuando alguien no conocía demasiado a una persona y quería aparentar ser «amable» a su vez. Pero la senilidad de su madre estaba poniéndola a prueba, estaba llevando al límite su empatía. Se obligó a contenerse, a no reaccionar, y dijo con voz suave y tranquilizadora:

—Venga, *maman*, vamos a por un poco de tarta.

Su madre la miró con una sonrisa traviesa y ella le besó la mejilla y la tomó de la mano, consciente de que ofrecerle tarta era una treta que dejaría de funcionar tarde o temprano.

Un poco más tarde, al salir del anexo, miró hacia su pequeño patio privado a través de la celosía y vio que Theo estaba allí, sentado en un banco tras una preciosa *mousharabiya*, una pantalla exterior delicadamente tallada. Su dormitorio daba a aquel pequeño paraíso situado en la parte trasera del complejo: un paraíso donde rosas y perfumados jazmines cubrían los muros y se entremezclaban con el penetrante aroma cítrico que impregnaba el aire; los hibiscos crecían a su antojo allí, atrayendo a ruiseñores y mariposas. Era el lugar donde se sentía más segura, un lugar lleno de delicias que la envolvían por completo y donde nadie podía verla. Había una vela encendida que olía a miel, cera de abeja y azahar junto con un ligero toque de cedro que aportaba un aroma amaderado. La había dejado allí Ahmed, cuya madre elaboraba todas las velas que se usaban en la casba; empleaba para ello plantas cultivadas por ambas, así como algunos de los aceites que compraban en Marrakech.

—Da la impresión de que mi madre se altera por cualquier cosa, es una lucha constante.

Theo la miró y carraspeó un poco antes de decir, visiblemente incómodo:

—Quizá sería mejor que me fuera.

—¿Es realmente necesario?

Él escudriñó su rostro como intentando descifrar sus pensamientos, y contestó al fin:

—¿Prefieres que me quede? Había pensado en hacer que viniera un vigilante, pero podría quedarme yo mismo. Como apoyo moral.

Clemence bajó la mirada, abrumada por aquel torbellino emocional: la preocupación por Beatrice, la ansiedad por Vicky, el anhelo de estar con Theo, la compasión por Florence y Jack; por no hablar de que el

hecho de estar descuidando a su madre la llenaba de remordimiento y de un sentimiento de culpa que la carcomía en todo momento, que impregnaba incluso el aire que respiraba.

—¿Clem?

Ella miró aquel rostro que en otros tiempos no tenía ni una arruga y que ahora estaba surcado por ellas. La risa había dibujado finas líneas alrededor de sus ojos y, por supuesto, también tenía líneas de expresión en la frente. Incluso después de tantos años, su curtido rostro seguía pareciéndole total y absolutamente arrebatador; más incluso, quizá.

—Sí, por favor. Me gustaría que te quedaras.

—Me alegra que lo hayamos aclarado —dijo él, sonriente.

Después de que los invitados se ducharan y se cambiaran de ropa, todo el mundo se reunió para la cena bajo la cálida luz de unos faroles de forja calada. La noche estaba preñada del sonido de los insectos que golpeaban contra los cristales interiores de los faroles, los animalillos que se movían entre las sombras del jardín y los dos perros que, como de costumbre, rondaban olisqueando los tobillos de unos y otros con la esperanza de recibir algo de comida. En los rostros de los padres de Bea se reflejaba la tensión a la que estaban sometidos y, de los dos, fue Jack quien asumió el peso de la conversación y relató el recorrido que habían hecho por antiguos senderos para llegar a remotos pueblecillos de piedra cobijados en las laderas de la montaña.

Florence, mientras tanto, permanecía callada con la mirada fija en su plato y golpeteando con el pie con nerviosismo. Era obvio que no podía probar bocado en un momento tan increíblemente duro y, cuando Jack le acarició la espalda e intentó animarla con ternura a que comiera un poco en un momento dado, ella negó con la cabeza sin decir palabra.

Él explicó entonces que los policías marroquíes habían mostrado las fotografías de Bea que habían llevado consigo a los habitantes de los pueblos y habían preguntado si la habían visto.

—Algunos de los lugareños apenas nos han hecho caso y han seguido con sus tareas como si nada —les dijo—. Pero otros nos han ofrecido un té a la menta, nos han hecho preguntas sobre lo que ocurre y han prometido permanecer atentos. Por lo que parece, esa gente descubrió hace millones de años cómo sobrevivir en estas montañas y su forma de vida no ha cambiado demasiado —siguió diciendo Jack.

—Son bastante autosuficientes —afirmó Clemence, que había permanecido pendiente de Florence mientras lo oía hablar.

La pobre había permanecido cabizbaja en todo momento; en cuanto a Jack, era obvio que relatar cómo había transcurrido la jornada era su forma de lidiar con el miedo que sentía por su hija.

—El tamaño de los pueblos parece estar supeditado al del suministro de agua más cercano. Es lógico, ya que la cantidad de agua limita la extensión de terreno que puede cultivarse, lo que limita a su vez las bocas que se pueden alimentar…

Florence lo interrumpió de repente.

—¡Por el amor de Dios! Nuestra hija ha desaparecido, ¿podemos dejar de hablar de los dichosos pueblos?

Apenas había probado bocado y había dejado de juguetear con la comida que tenía en su plato. Tenía las manos fuertemente entrelazadas, pero le temblaban visiblemente.

—Perdón —dijo Jack, con voz penitente.

—No sé cómo actuar, cómo estar —confesó Florence, con la voz quebrada y teñida de una desesperación desgarradora—. No puedo dormir, no puedo comer, no dejo de imaginar cosas horribles que no puedo soportar. ¡Debe de estar aterrada! ¿Y si está herida y se ha quedado tirada por ahí, sola y sin poder levantarse?

—Tiene que descansar, querida —le dijo Clemence con voz suave—. Tengo somníferos para mi madre, no sé si la ayudarían en algo. Puedo darle uno, si quiere. —Le vinieron a la mente aquellas primeras noches en las que, tras recibir la carta donde Jacques la informaba de la muerte de Victor, ella misma también había tenido que tomarlos.

—¿No estaré aturdida por la mañana?

—No, siempre y cuando se salte el postre y se acueste temprano. Disponemos de un café excelente que la ayudará a despejarse mañana. Y huelga decir que puede quedarse aquí durante todo el día, si la situación la supera.

Florence no pudo contener las lágrimas y Jack la rodeó con un brazo y le apartó el pelo de la cara. La trataba con tanta ternura que a Clemence se le formó un nudo en la garganta al verlos.

—Creo que un somnífero es justo lo que necesitas, mi amor —dijo él.

—De acuerdo —asintió Florence.

Clemence fue a buscar uno y el matrimonio se retiró de inmediato a dormir, totalmente exhaustos y apoyándose el uno en el otro.

Theo extendió entonces una mano hacia ella y le propuso salir al jardín.

Poco después estaban contemplando los millones de estrellas que tachonaban el aterciopelado manto negro azulado de la noche. Contemplar así el cielo solía llevarla de vuelta a otras noches similares y él debió de leerle el pensamiento, porque le pasó un brazo por los hombros y preguntó con voz suave:

—¿Te acuerdas de cuando acampamos en el desierto?

—¿Cómo podría olvidarlo? —Se apoyó ligeramente en él—. ¿Qué edad teníamos?

—Éramos jóvenes.

—No tanto, yo tenía cuarenta y cuatro años.

—Pero éramos relativamente jóvenes, aunque no nos lo pareciera en aquel entonces.

Clemence alzó la mirada hacia el cielo nocturno y regresó al instante a 1936. Ninguno de los dos tenía idea de lo que se avecinaba ni intuía un peligro inminente, a pesar de lo que había estado ocurriendo en Alemania. Habían organizado una salida por el desierto a lomos de camellos, acompañados de un todoterreno que les seguía de cerca. Theo le había indicado que empacara un jersey de abrigo porque las noches eran muy frías en el desierto, y que durante el día eran aconsejables las camisetas de algodón de manga larga y los pantalones. Ella había llevado también una bufanda para proteger los ojos y la cabeza del sol y de la arena, así como gruesos calcetines y sus botas de montaña (estas últimas le habían dado problemas, ya que no las había domado lo suficiente todavía y, hacia el final de la primera jornada, tenía una ampolla enorme que le dolía horrores. Pero su testarudez y su determinación la habían impulsado a seguir adelante a pesar del dolor).

La primera noche, Theo había extendido en el suelo una manta donde se sentaron y se relajaron bajo el fresco aire del desierto. Ella se había quitado las botas con dificultad y se había despojado también del calcetín para enseñarle la ampolla, y él había sacado una bolsita de su mochila antes de decir:

—No puedes caminar así, voy a tener que drenártela. Si no lo hago, terminará por estallar mientras caminas y podría infectarse. Hacerlo ahora aliviará el dolor.

Después de esterilizar una aguja con una cerilla, había pinchado la ampolla en la base, justo donde empezaba a sobresalir sobre la piel, y había presionado con cuidado para drenar el líquido.

—Gracias —había dicho ella, una vez concluido el proceso.

—Es mejor dejarla al descubierto para que se seque y se endurezca con el aire. Cuando vayas a acostarte, ponte unos calcetines de algodón suaves y limpios. Te la vendaré en condiciones por la mañana.

—Has venido bien preparado.

—No es la primera vez que estoy en el desierto.

Él había tomado su mano y no la había soltado mientras contemplaban juntos la puesta de sol. El cielo había ido oscureciéndose lentamente antes de cobrar vida de repente con millones y millones de estrellas.

—Es increíble pensar que esto es lo que nuestros antepasados veían todas las noches —había dicho ella en un momento dado.

—Es un lugar perfecto para preguntarse de dónde venimos.

El aire se había inundado del olor a leña quemada y a polvo, junto con un ligero aroma a canela y a jengibre. Clemence se había preguntado si aquel toque especiado sería cosa de su imaginación, al igual que el tufillo a pellejo curtido y ese olor a distintos animales típico de la ciudad, pero entonces se había dado cuenta de que el viento llevaba hacia ellos el olor de uno de los camellos y se había levantado a toda prisa.

—¡Qué peste!

Theo se había echado a reír.

—Anda, vamos a sentarnos un poco más lejos.

Más tarde, cuando los demás ya se habían retirado a dormir, ellos seguían tumbados el uno junto al otro en la manta, hablando entre susurros.

—Cuéntame cosas de tu infancia —le había pedido él.

Clemence había sentido que se le constreñía el pecho y había buscado las palabras adecuadas.

Su infancia la había convertido en alguien que jamás habría querido ser. ¿Cómo podía hablar de aquella época de su vida con aquel hombre maravilloso, el hombre del que se estaba enamorando? Así que optó por hablarle de los campos de árboles frutales y del campamento que había montado con su amigo Jacques.

—Por lo que dices, erais buenos amigos —comentó él—. ¿Seguís en contacto?

Era inevitable, siempre igual. Dijera lo que dijese, Clemence siempre terminaba por llegar a lo mismo.

—No —se había limitado a decir, antes de acercarse más a él.

Le había acariciado la mejilla, disfrutando de la sensación de su barba incipiente, y él había tomado su mano y se habían besado. Teniendo en cuenta que había gente durmiendo en sus respectivas tiendas, no muy lejos de donde estaban las suyas, hacer el amor en el desierto estaba descartado; en cualquier caso, no se les permitiría compartir una misma tienda.

Y, aun así…

—Mañana por la noche montaremos nuestras tiendas más lejos de las otras —había dicho él, antes de agarrar la lámpara de aceite.

Ella había sonreído en la oscuridad.

Nada podría superar jamás aquella primera noche que habían pasado juntos, acampados en el desierto y rodeados de altas dunas de arena, con un cielo inmenso y atemporal extendiéndose por encima de las tiendas.

—¿Así está bien? —había preguntado él.

—Más que bien.

—Volveré a la mía dentro de un rato.

Clemence se había quedado dormida después de hacer el amor y, al

despertar, se había encontrado al instante con su mirada, una mirada llena de amor y de un deseo intenso y descarnado. Ella le había besado mientras inhalaba la fragancia de su cuerpo, que seguía teniendo un punto ligeramente especiado que no alcanzaba a identificar… ¿Semillas de cilantro, cardamomo, alcaravea…? En cualquier caso, él tenía una piel almizclada, sensual, seductora. Clemence habría querido seguir saboreando por siempre el olor de su pelo, que ahora llevaba impregnado el olor del humo de la hoguera; habría querido despertar cada día y verlo antes que a nadie y que a nada en el mundo. Lo había besado de nuevo —un beso lánguido, profundo— y, a pesar de todo, habían vuelto a hacer el amor sin hacer apenas ruido, jadeantes y extáticos, antes de que él se fuera con sigilo a su propia tienda.

«Todos somos una recopilación de historias», había pensado para sí después. «Algunas de ellas son buenas; otras, no tanto». La cuestión radicaba en cómo dejar entrar una nueva historia, cuando ya tenías una dentro que ocupaba demasiado espacio.

En aquel entonces, no había sabido responder a aquella cuestión. Pero eso había sido muchos años atrás, incluso antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial.

Ahora, tantos y tantos años después, Theo se volvió a mirarla con expresión interrogante, y ella tuvo clara la respuesta.

—Ven a mi dormitorio —susurró, intentando no preocuparse de si seguiría atrayéndolo ahora que era mucho mayor.

—¿Estás segura?

—No quiero estar sola en este momento.

—¿Ese es el único motivo?

Clemence le sostuvo la mirada al admitir:

—Sabes que no.

Aunque se moría de deseo por él, mientras volvían a entrar en la casa no pudo olvidar la gravedad de todo lo que estaba pasando a su alrededor: Bea todavía estaba desaparecida y ella misma seguía estando bajo la amenaza de Patrice, quien también podría tener en el punto de mira a Vicky.

Aun así, cuando Theo y ella hicieron el amor esa noche, sintió que despertaban todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, que un efervescente torrente de emociones le recorría las venas, que su piel ardía de deseo. Necesitaba aquello con desesperación. Ante el peligro que había provocado Patrice, necesitaba sentir cómo emergía en su interior el poder de la vida. Necesitaba aquella dicha desbordante. Necesitaba la sensación de libertad, de liviandad. Y necesitaba más que nada la sensación de conexión. Conexión con Theo, con la naturaleza, con su propia naturaleza, con la de Theo, con todo cuanto los rodeaba. Ya no estaba sola, sintió que las décadas se esfumaban y

olvidó por completo que ya no era joven. Sus respectivas edades no importaban lo más mínimo. El amor no tenía edad, era atemporal.

—¿Cómo es posible que seas incluso más bella que antes, Clemence? —preguntó él, con la cabeza apoyada en la almohada junto a la suya.

—Siempre supiste encontrar las palabras adecuadas para cada ocasión —contestó ella, sonriente.

—No, en aquel entonces no supe hacerlo. Pero ahora… —Hizo una pequeña pausa antes de seguir—. Clemence, lo único que quiero es estar contigo. El pasado no importa.

Se quedaron dormidos, pero Clemence despertó en medio de la noche al oír que alguien lloraba. Florence. Qué terrible calvario para una madre, no saber lo que había sido de tu hija…

Aquello la hizo pensar inevitablemente en Victor. Lo único que le habían dicho era que había muerto en la guerra, y a ella le había bastado con eso durante mucho tiempo; bueno, al menos había intentado autoconvencerse de que así era.

Pero en ese momento decidió que, durante la estancia de Élise en Marruecos, haría acopio de valor para preguntarle sobre Victor y averiguar en qué tipo de hombre se había convertido. Por fin iba a conocer detalladamente lo que le había ocurrido y cómo había muerto. Cómo había muerto su hijo.

32

Vicky

—Ah, Victoria, me alegro de verte. —El padre de Tom dijo aquello con un gesto entre ceñudo y sonriente al verla entrar en la habitación —. Esperaba poder volver a mi hotel por un ratito, ¿puedes tomar el relevo?

—Sí, por supuesto que sí. Mi madre se quedará también.

Él se limitó a saludar a Élise con un vago gesto de asentimiento y siguió hablando con Vicky.

—Los médicos me dijeron que las heridas de Tom se deben a un accidente, pero nadie me ha explicado por qué es necesario que haya un vigilante en la puerta.

Élise intervino en ese momento. Miró a Vicky y propuso con calma:

—¿Por qué no te sientas a hacerle compañía a Tom mientras yo hablo con su padre?

—Puedo hablar, más o menos —murmuró el propio Tom. Su voz sonaba gruesa debido al vendaje de la mandíbula, pero al menos lo habían incorporado un poco y tenía la espalda apoyada en unas almohadas.

Vicky acercó una silla a la cama, se sentó y le tocó con delicadeza la mano.

—¿Te duele mucho?

Él asintió.

Vicky se dio cuenta de que su madre se acercaba al señor Goodwin para presentarse debidamente («Élise Baudin Dumas, un placer conocerlo», dijo, con aquel inglés suyo prácticamente impecable, antes de estrecharle la mano y de proceder a relatarle lo ocurrido desde el principio), pero ella solo tenía ojos para Tom y no prestó atención a lo que hablaban mientras se centraba solo en él. Deseó tener arrestos suficientes para tomarle la mano, pero temía parecer demasiado pesada.

Lo que no esperaba era que fuera él quien tomara la iniciativa de tocar la suya antes de decir:

—Es la primera vez que me cuida un ángel.

—¡Venga ya! No te rías de mí.

—Eres… —Se interrumpió y gimió de dolor.

—No hables. Ya sé que te encuentras mucho mejor, pero…

—Además de guapa, considerada —logró decir él.

—No es verdad, y lo sabes. La verdad es que estoy como una vaca.

Él exhaló una especie de risa ahogada, y Vicky esperó a que terminara antes de seguir.

—Jimmy dijo que no tenías…, en fin, que no tenías tiempo para…, que estabas muy ocupado, y… —Se calló cuando él intentó reír con más fuerza, pero se sintió culpable al ver que el esfuerzo le había cansado—. Intenta no hablar más.

El padre de Tom se acercó en ese momento a la cama.

—Preferiría no marcharme, por mucho que haya un vigilante en la puerta. Pero está claro que Tom ya está fuera de peligro y, como he comentado antes, será mejor que vaya a ducharme y a cambiarme de ropa.

—*Maman* y yo nos quedaremos con él hasta que usted vuelva —le aseguró Vicky—. He traído un libro para leérselo en voz alta. —Pero, al volverse de nuevo hacia él, vio que se había quedado dormido.

—Está bien —asintió el señor Goodwin—. Ahora que está durmiendo, es un buen momento para marcharme.

Mientras Tom dormía, Vicky conversó en voz baja con su madre. Consciente de que a esta la complacería que mostrara interés en saber de Henri, hizo un esfuerzo y preguntó por él, pero terminó por confesar que solo podía pensar en encontrar a Bea.

—Es normal. —El rostro de su madre reflejaba la preocupación que sentía—. Estoy desesperada por ver a Florence, mi pobre hermana debe de estar muerta de angustia.

—Sí, igual que el tío Jack.

—El día antes de partir hacia aquí llamé a Malta, a Hélène.

—*Tante Hélène?*

—Sí, siempre ha sido brillante ante momentos de crisis. Étienne y ella van a unirse a la búsqueda de Bea.

Vicky titubeó antes de abrir la boca, pero era una buena oportunidad y tenía que aprovecharla.

—¿Qué fue lo que pasó en realidad entre la tía Florence y ella?

Su madre la miró con incomodidad. Había respondido con evasivas la última vez que ella le había preguntado acerca de aquel asunto, pero, dadas las circunstancias, Vicky esperaba que la cosa fuera distinta. Insistió un poco más.

—Es algo que siempre ha estado de fondo, pero nadie me lo ha explicado. Solo recuerdo haber oído alguna que otra conversación velada, pero os callabais de golpe al verme aparecer y cambiabais de

tema si os preguntaba al respecto.

Su madre suspiró profundamente antes de contestar.

—Todos compartíamos la misma opinión en su momento y acordamos no hablar del tema, pero supongo que no pasa nada por decirlo a estas alturas. Tus dos tías estaban enamoradas del mismo hombre.

—¡No me digas! ¿Del tío Jack?

—Sí, eso me temo.

—¡Vaya! —Le costaba creer que su tío Jack, un hombre tan calmado y confiable, pudiera haber sido la causa de una especie de triángulo amoroso y de una rencilla familiar.

—El problema es que Hélène se enamoró primero de él, y no pudo perdonar a Florence.

—¿Jack estaba enamorado de Hélène?

Élise se pellizcó el tabique nasal y contestó, pesarosa:

—La cuestión es que ella no podía creer que él no sintiera lo mismo, así que fue una situación horrible. Aunque yo siempre lo tuve claro, la verdad. La propia Florence ha dicho siempre que él sentía aprecio por Hélène, pero que nunca la había amado.

—Qué lío tan grande.

—Lo pasamos muy mal. Pero fue hace veinte años, cuando nuestras vidas estaban fracturadas y corrían tiempos muy difíciles. Hélène se sintió terriblemente dolida y ni siquiera asistió a la boda de Florence y Jack.

—¿Las cosas terminaron por arreglarse?

—Yo creo que, a raíz de conocer a Étienne, Hélène se dio cuenta de que había estado aferrándose a una ilusión. Por mucho que ella quisiera otra cosa, su relación con Jack nunca había sido nada más que una amistad, al menos por parte de él.

Vicky decidió arriesgarse y sacar toda la información posible. Alzó ligeramente la barbilla, se acercó un poco más a su madre y, haciendo de tripas corazón, dijo sin más:

—Nunca hablamos sobre lo que pasó durante la guerra, ¿verdad? —Su madre eludió su mirada, pero ella no cejó en su empeño—. No me cuentas nada sobre lo que viviste, lo que sentías.

—¿Ah, no?

—*Maman*, sabes perfectamente bien que no. —Le lanzó una mirada elocuente.

—¿No crees que hay cosas más importantes?

—No.

Su madre se volvió hacia ella, pero volvió a apartar la mirada al cabo de un momento.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Sí, es que…

—Me cuesta enfrentarme a esos recuerdos —admitió su madre—. Mi madre, Claudette, era una mujer de carácter difícil y aprendí a ser reservada desde niña. Supongo que se convirtió en una costumbre conforme fui creciendo.

—¿Y mi padre? Victor, ¿qué me dices de él?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Le amabas?

Su madre asintió y admitió con voz queda:

—Sí, muchísimo.

—Por favor, ¡háblame de él! Solo sé que fue un héroe de la Resistencia y que… y… Bueno, también sé cómo murió, por supuesto. Mi *grand-père* Jacques me lo contó cuando era pequeña, pero sé que no soportaba hablar mucho de ese asunto porque le dolía demasiado. ¿Ese también es tu caso? —Se arrepintió de haber insistido tanto al verla tragar con dificultad, era obvio cuánto la alteraba y la entristecía el tema—. Perdona, *maman*. No importa, dejemos el tema para otro día.

Dio la impresión de que su madre se debatía consigo misma, pero finalmente recobró la compostura y contestó con serenidad.

—No, prefiero contártelo. Victor era valiente, muchísimo, y muy guapo. Pelo castaño muy corto, piel olivácea, ojos iluminados por las llamas del idealismo. Fuerte y vigoroso, a la par que ágil y elegante. Creo que fue amor a primera vista, aunque él lo negó siempre.

Vicky permaneció en silencio. Daba la impresión de que su madre estaba sumergiéndose en el pasado y no quería interrumpirla.

—En fin, la cuestión es que yo regentaba una pequeña cafetería donde la gente dejaba mensajes para la Resistencia; «el buzón», así solíamos llamarla. Y le conocí a través de eso. Después, cuando trabajamos juntos, nuestra relación se volvió… intensa. Era un hombre muy intenso. —Tragó visiblemente de nuevo y entonces esbozó una reminiscente sonrisa—. Solía decirme que yo olía a jabón carbólico.

—Ay, *maman*…

Su madre sacudió ligeramente la cabeza para indicar que estaba bien y añadió con voz suave:

—La verdad es que eres igualita a tu padre.

—¿En serio? —Vicky la miró con curiosidad.

—Físicamente has sacado rasgos tanto suyos como míos, pero estoy segura de que tú también habrías sido una de las primeras personas en unirte a la Resistencia. Yo tardé algo de tiempo.

—No me interesa la política.

—Uy, ya sé que eso es lo que quieres aparentar, pero he visto cómo se te enciende la mirada cuando te pones a hablar del tema. En cualquier caso, no era una cuestión de política, sino de supervivencia.

Tu padre era consciente de ello y se convirtió en una de las figuras clave de nuestra zona. Eran ellos o nosotros, no había término medio.

—¡Qué horror!

—Sí. —Su madre se puso en pie antes de añadir—: Seguiré contándote más cosas en otro momento, te lo prometo. Tienes razón, tienes derecho a saber lo que pasó. Pero ahora tengo que salir en busca de *les toilettes*, y después iré a buscar algo de comer para las dos. ¿No te importa quedarte sola? Solo será un ratito y el vigilante está custodiando la puerta. —Se marchó procurando no hacer ruido para no despertar a Tom, quien seguía dormido.

Vicky se sentó de nuevo junto a su cama y contempló en silencio el ligero temblor de sus pestañas, el movimiento de sus párpados mientras soñaba. No estaba segura de si su madre había dicho en serio lo de que le contaría más cosas en otro momento, ni de si su excusa para interrumpir la conversación y salir de la habitación había sido sincera; aun así, sentía por fin que el muro de silencio empezaba a desmoronarse ligeramente. Suspiró pesarosa. Deseaba con toda su alma poder visualizar a su padre, verlo cobrar vida en su mente. Ya había oscurecido y no tenía ni idea de qué hora podría ser, pero del otro lado de la puerta llegaban los sonidos habituales de un hospital y pudo relajarse un poco; al fin y al cabo, allí estaba a salvo, ¿no?

33

Clemence

Kasbah du Paradis

Le costaba trabajo imaginar a un Jacques entrado en años, un abuelo para Vicky; al fin y al cabo, era un joven de veinte años la última vez que lo había visto. Lo que más le gustaba recordar eran los juegos con los que se entretenían de niños; cada vez que inventaban cancioncillas absurdas para acompañar dichos juegos, ella se desternillaba de risa hasta que le dolía el costado. Entonó una de ellas en voz baja:

Que arda la bruja,
y el mago también.
Que ardan el espectro
y la aparición.
Que arda la bruja,
y el mago también.
Que ardan el espectro
y el tontorrón.

En ese momento yacía despierta en la cama, disfrutando de la luz de primera hora de la mañana y del sonido de la respiración de Theo. Todavía le costaba creer que él estuviera allí. Puede que la vida les diera una verdadera oportunidad en esa ocasión, una vez que hubiera pasado ese periodo tan horrible. Se oía movimiento por la casa, pero no estaba de ánimo para levantarse aún porque tenía mucho en que pensar antes de iniciar de verdad la jornada.

A base de fuerza de voluntad, había aprendido a no pensar en Jacques ni en lo que le habían pedido, pero circunstancias recientes lo habían cambiado todo. Ahora, cuando pensaba en conocer a Élise y hablar con ella, él aparecía en su mente con todo descaro, silbando una tonada desafinada y con aquellas orejas suyas ligeramente salidas.

Seguro que Élise no solo conocía al Jacques de ahora, sino que había compartido también su sufrimiento cuando Victor había sido ejecutado.

De niños, Jacques y ella fingían a veces que partían rumbo a la aventura en dirección a la India, América o Francia; en aquel entonces, no sabían que llegaría el día en que él realmente se marcharía a otro país con un bebé en los brazos. A lo largo de los años, ella se había obligado a sí misma a no pensar en su hijo, a no pensar en la vida que estaría llevando… ni en su muerte. En un principio, cuando acudían a su mente su dulce carita y aquellos ojos oscuros que parecían mirarla sonrientes, había sido imposible dejar de pensar en él, pero tenía claro que no había más opción que dejarlos ir a los dos.

En ese momento notó que Theo se movía al ir despertando y le oyó bostezar; al cabo de unos segundos, se volvió hacia ella hasta que quedaron cara a cara y la miró sonriente al decir:

—Buenos días.

—Hola.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—El suficiente para encontrar motivos de preocupación.

—Sigues siendo la misma de antes.

Clemence soltó una carcajada e hizo ademán de levantarse de la cama, pero él atrapó su muñeca para detenerla.

—Quédate un poco más.

—No puedo. Tengo que ir a atender a los invitados, en especial a Florence.

—Tienes razón. Estoy siendo egoísta.

—No, tu reacción es normal. Tenemos que hablar de muchas cosas.

Clemence estaba poniéndose su bata de seda cuando la puerta se abrió de improviso, no había pensado en cerrar con llave debido a la presencia de Theo. Su madre irrumpió en la habitación como una tromba, todavía en pijama y con el cabello formando una desmadejada nube de tirabuzones alrededor de la cabeza. Ahmed entró corriendo tras ella y se disculpó de inmediato.

—Disculpe, *madame*. Se me ha escapado cuando he abierto su puerta para entrarle el café.

Madeleine se acercó trastabillando a la cama, se quedó mirando fijamente a Theo y alargó la mano para tocarle la cara. Entonces puso cara de desconcierto y preguntó con desconfianza:

—¿Estás ocultando a mi hija?

—No, está justo ahí.

—A ella no la conozco. Quiero ir a casa, ¿puedes llevarme a casa?

—Venga, *maman*, vamos a vestirte.

Clemence alargó una mano hacia ella para invitarla a acercarse,

pero su madre se la apartó de un manotazo y masculló:

—¡Déjame en paz!

Theo miró a Clemence e hizo un gesto sutil con la cabeza, como indicando que él se encargaría de manejar la situación. Apoyó un codo en la cama para incorporarse un poco y se volvió hacia Madeleine.

—¿Qué te parece si te ponemos la bata y vamos a por algo de desayunar?

Aunque el ofrecimiento parecía haber apaciguado a su madre, Clemence enarcó las cejas y le lanzó a Theo una mirada elocuente. ¡Estaba totalmente desnudo bajo las sábanas!

—¿Y qué te parece si antes buscamos una bata para ti, Theo?

—Ah, sí —dijo, un tanto avergonzado, antes de intentar liberarse de las garras de Madeleine. No fue una tarea fácil, pero, una vez que lo logró y que estuvo decente, la condujo al anexo.

Clemence no protestó, ya que lo que su madre pudiera llegar a decir inadvertidamente parecía una de sus menores preocupaciones en ese momento.

El desayuno transcurrió en un ambiente sombrío. Los huevos quedaron en los platos, fríos y poco apetecibles; las tostadas solo recibieron algún que otro mordisco; se pelaron algunas manzanas, pero al final quedaron abandonadas y fueron adquiriendo un tono amarronado. Florence dijo que todavía estaba atontada por el somnífero, pero que había dormido bastante bien y que se encontraba un poco mejor por ello (aunque su cara demacrada y sus hombros encorvados decían otra cosa). Bebió un poco de zumo y aceptó un cruasán, pero tan solo le dio un bocado.

—Me he despertado una vez y no podía dejar de llorar, pero debo de haberme quedado dormida otra vez —les dijo—. Espero no haber molestado a nadie.

—En absoluto —le aseguró Clemence, mientras servía café a quienes se lo pidieron. Jack y Florence solo estaban bebiendo té, y en grandes cantidades.

Se hizo un tenso silencio y ella intentó encontrar palabras de consuelo elocuentes que no sonaran trilladas ni manidas. Pidió ayuda a Theo con la mirada, pero, como él se limitó a mirarla a su vez con una mirada de aliento y permaneció callado, al final optó por preguntar sin más:

—¿Hoy también va a unirse a la búsqueda, Florence?

La aludida suspiró profundamente, como si fuera presa de un agotamiento tan profundo que no podía expresarse con palabras, y contestó con voz quebradiza:

—Tengo que hacerlo, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿Estás segura? —le preguntó Jack, mientras le pasaba un brazo por los hombros con ternura.

Florence bajó la cabeza, era obvio que estaba al borde de las lágrimas y Clemence sintió que se le formaba un nudo en la garganta; al fin y al cabo, una pérdida era una pérdida. Si ya era una tragedia de por sí perder a tu bebé (aunque, en ese caso, podría decirse que lo que estabas perdiendo era lo que podría haber sido), no podía ni imaginar lo que sería perder a la hija a la que habías criado y amado, a la que habías mantenido a salvo y cuidado desde sus primeros pasos tambaleantes y a lo largo de todos los años de su vida. Cada uno de los cumpleaños que habías marcado en el calendario y de los pasteles que habías preparado, todas las regañinas que habías lamentado después, cada lágrima derramada, cada momento de risas y de tristeza. Todo aquello se había esfumado de buenas a primeras y ni siquiera sabías qué había sido de ella, no sabías si estaría viva o muerta. Qué angustia tan horrible, no era de extrañar que Florence estuviera al borde del colapso. Inhaló profundamente y exhaló el aire poco a poco.

Nadie mencionó a Bea, como si guardar silencio y no dar voz a sus peores temores pudiera servir para mantenerla con vida. Pero Clemence conocía bien aquellas montañas y sabía que, cuanto más tiempo se alargara la desaparición, menos probabilidades había de que aquello tuviera un buen desenlace. En cierto modo, sería casi preferible que Patrice la tuviera secuestrada con la intención de usarla para negociar en caso de ser atrapado.

—Tenemos que bajar ya al pueblo, quedamos allí con la policía —dijo Jack, antes de levantarse de la silla. Extendió la mano hacia su mujer—. ¿Florence?

Esta tomó una brusca inhalación de aire, echó su silla hacia atrás, irguió la espalda con determinación y se levantó. Theo se ofreció a colaborar en la búsqueda, pero Jack le aseguró que no hacía falta y reiteró que, teniendo en cuenta todo lo que había estado ocurriendo últimamente, alguien debía permanecer en la casba.

Madeleine pasó toda la mañana siguiendo a Theo de acá para allá. Cuando él se sentaba, se sentaba a su lado e incluso intentó seguirlo cuando él salió a recorrer los terrenos de la casba, pero tuvo que rendirse cuando el esfuerzo resultó ser demasiado para ella.

Después, justo antes de comer, Theo le preguntó a Clemence si podían hablar un momento.

—Dejémoslo para después de comer, *maman* suele echar una siesta y tendremos privacidad —contestó ella.

Aunque su madre no había dicho nada inapropiado frente a él, podría escapársele algo en cualquier momento dado. Su cabeza estaba tan llena de telarañas como el ático de la antigua casa familiar de Casablanca, el ático donde la pobre se refugiaba para que su marido no la encontrara.

Al final, los temores de Clemence terminaron por confirmarse: cuando les sirvieron el postre, su madre soltó de buenas a primeras:

—Albaricoques, albaricoques podridos… Te hizo daño, ¿verdad? Tu padre. —Lanzó un escupitajo al suelo y empezó a mecerse—. Te hizo daño, te hizo daño, te hizo daño.

Clemence tragó con dificultad, pero fue incapaz de articular palabra y contempló cabizbaja su plato mientras recordaba aquel plato de albaricoques que él siempre tenía sobre su escritorio y que ella odiaba tanto porque era lo único que podía ver y oler. Aquel olor nauseabundo a albaricoques pasados, el detestable olor corporal de él, el pestazo de los puros en el cenicero de ónice; una puerta que se cerraba, una llave que giraba en un cerrojo.

Alzó la mirada, vio que Theo estaba observándola con ojos interrogantes y se limitó a sacudir la cabeza. Él debió de comprender que no debía hacer preguntas en presencia de Madeleine y permaneció callado.

Pero entonces, cuando Nadia se acercó para servirle la macedonia, Clemence apartó el plato, se levantó de golpe y se marchó del comedor como una exhalación.

34

Clemence corrió a refugiarse a su habitación, consumida por el dolor. Abrió la puerta derecha de su armario y sacó del estante superior un cofrecillo incrustado de rubíes y esmeraldas, el que Patrice había afirmado que le pertenecía. Lo depositó sobre la cama y lo abrió. Hacía mucho que las tobilleras *khalkhal* en plata maciza esmaltadas con cierres dorados no estaban allí, su madre las había vendido tras la muerte de su padre. Ocupaban su lugar un montón de cartas dobladas, unas cartas que ella le había escrito a Theo y donde se sinceraba por completo. Pero no había enviado ninguna. Las sacó del cofre y se puso a leer una de las primeras que había escrito; en un arrebato, la rompió en mil pedacitos que flotaron en el aire como pequeñas polillas blancas.

Se quedó allí sentada, inmóvil y en silencio, con las cartas aún en sus manos. Theo le había gustado desde el principio porque era un hombre distinto, uno que la hacía cuestionarse sus propios prejuicios y estaba sinceramente interesado en saber lo que ella opinaba sobre las cosas. Él siempre tomaba en serio las respuestas que ella daba a sus preguntas, como si valorara su punto de vista. Y el sexo también había sido especial porque no se limitaban a hacer el amor sin más, sino que hablaban mientras lo hacían. Ninguno de los hombres con los que había estado antes o después de conocerlo a él le había preguntado cómo se sentía mientras mantenían relaciones. Se centraban en su propia «actuación» sin molestarse en pensar apenas en lo que estaría sintiendo ella. Pero ¿en qué punto estaban ahora? Había hecho el amor con Theo por primera vez después de tantos años, reabriendo con ello una intimidad de la que ella misma había huido anteriormente. Y seguro que él iba a querer saber a qué se refería su madre al decir que su padre le había hecho daño, no había duda de que iba a preguntarle al respecto.

Leyó otra de las cartas, las manos le temblaron bajo el peso de los recuerdos. Un momento. Sí, le bastó con un momento para tomar una decisión. Exactamente igual que años atrás, cuando había decidido no enviarlas. Por mucho que deseara sincerarse con él, abrirse por

completo y contárselo todo, sabía que no podía dejarle ver aquellas cartas. Ni una sola.

No había tiempo suficiente para romperlas todas. Fue corriendo a la sala de estar, tomó una cerilla y encendió la chimenea a toda prisa. Ahmed siempre la dejaba preparada de cara a alguna velada especialmente fría y el fuego no tardó en prender los troncos; en cuanto las llamas empezaron a crepitar, empezó a echar las cartas una a una.

Alzó la cabeza al oír que la puerta se abría y vio entrar a Theo, quien se detuvo a cierta distancia y la miró con ojos interrogantes.

—Estaba buscándote, Clem.

Llevada por el pánico, echó al fuego un puñado entero de cartas, pero resbalaron sobre los troncos y la brisa que entraba por la ventana se llevó volando unas cuantas. Con el corazón en un puño, vio impotente cómo terminaban por posarse cerca de los pies de Theo, que se agachó a tomar una.

—Dámela, por favor —le pidió ella.

Él bajó la mirada hacia la carta mientras se disponía a devolvérsela, pero se quedó inmóvil de repente al ver algo que debía de haberle llamado la atención; su propio nombre escrito en el papel, seguramente.

—Está dirigida a mí, ¿verdad? ¿No puedo leerla?

Clemence no pudo articular palabra y él la observó con ojos penetrantes por un instante antes de volver a bajar la mirada. Permaneció impasible mientras leía la carta, pero, para cuando llegó al final, se le veía impactado y tenía los ojos empañados de unas lágrimas que secó a toda prisa antes de que pudieran caer. Tuvo que tomarse unos segundos antes de poder hablar.

—Lo siento, Clem. Lo siento tanto, tantísimo… —dijo, con voz estrangulada.

—Hay ciertas cosas que… —Clemence hizo una pequeña pausa para respirar hondo—. Ciertas cosas que…

—Te entiendo. No tendría que haberte presionado jamás.

Ella negó con la cabeza. Seguir por ese camino solo les conduciría a sufrir más.

—No importa, no te preocupes.

Él no se movió de donde estaba y Clemence se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía tan perdido. Se puso de pie y habló con voz serena.

—Theo, lo de anoche no tendría que haber ocurrido. Fue un error. —Al verle avanzar un paso, alzó la mano para detenerlo—. Mi decisión está tomada, Theo. No te acerques más, por favor. Me gustaría que te fueras de la casba.

—Yo creía que…

—Sí, yo también. Lo siento.

Se miraron en silencio y él dijo al fin, con un profundo pesar:

—Ay, Clemmy… ¿No vas a dejar que te ayude?

Fue como si te ofrecieran agua cuando te morías de sed, cuando habías perdido toda esperanza de volver a beberla de nuevo. El día anterior, el último que habían pasado juntos desde la mañana hasta la noche, él había tomado su mano y había ido trazando cada una de las líneas que recorrían su palma. «Esta por todo lo que quedó atrás; esta, solo por mí», había dicho, antes de mirarla con una sonrisa que había iluminado sus ojos azules. Era como si él hubiera sabido de antemano lo que podría avecinarse, cuando ni ella misma había tomado aún la decisión.

—Clem, deja que te ayude —insistió de nuevo, en voz baja y llena de apremio.

Lo que había compartido con Theo era una conexión que habían consumado tanto con palabras como con acciones, pero que no solo se basaba en esas dos cosas. Lo que había entre ellos iba más allá de eso, tenía otra dimensión añadida.

Aun así, Clemence negó con la cabeza.

—No, no hay nada que puedas hacer. El daño se infligió mucho tiempo atrás, el día de mi décimo cuarto cumpleaños. Pronto serás incapaz de mirarme a la cara. Hay días en que me siento tan aplastada bajo el peso de esa carga que apenas puedo mirarme al espejo.

—Lo que él hizo no fue culpa tuya.

Ella se encogió de hombros, llena de angustia por tener que dejar ir a Theo. La mera idea resultaba antinatural y nefasta, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Deja que me quede, lo que pasó en aquel entonces no cambia en nada lo que siento por ti —insistió él.

—Lo siento. No.

—¿Y qué pasa con lo de Patrice Callier?, ¿estarás a salvo?

—Tengo una pistola y sé utilizarla; además, Ahmed estará aquí. Lo único que quiere Patrice es desenterrar el pasado, puedo lidiar con él. Por favor, Theo, la decisión está tomada.

A pesar de la desolación que vio en sus ojos azules, le dio la espalda y se acuclilló ante la chimenea mientras oía el sonido de sus pasos alejándose hasta perderse en la distancia. No quería que él viera las lágrimas que le caían por las mejillas y caían sobre su regazo. Porque esa sería la última vez que vería el rostro de aquel hombre, y porque todavía había tantas y tantas cosas que ella jamás podría revelar…

Si Theo se enterara de todo lo ocurrido, cualquier posible felicidad futura que hubieran podido compartir habría quedado envenenada. Era mejor que él se marchara de inmediato, cortar por lo sano. A decir verdad, era una mujer que estaba rota, había sufrido un daño

irreparable. Y Theo no tenía por qué enterarse nunca del resto de la historia.

35

Clemence salió de la sala de estar inmersa en su dolor, caminando como una autómata y sin ver nada de lo que la rodeaba, abrazándose la cintura como si quisiera contener el abismo de dolor y sufrimiento que había acumulado en su interior. Pero, por mucho que estuviera sufriendo, tenía que dar prioridad a los exhaustos invitados que se alojaban en la casba; teniendo en cuenta que la hermana de Florence, Hélène, no tardaría en llegar acompañada de su pareja, no podía sumirse en sus propios problemas.

La luz vespertina teñía las laderas de la montaña de una tonalidad dorada que, en los rincones secretos de grietas y barrancos, pasaba a un violeta con intensas pinceladas de azul. A pesar de la tristeza que amenazaba con adueñarse de ella, estar en la casba en aquel momento del día le dio algo de solaz. Era la hora de la relajación, un pacífico paréntesis mientras el resto del mundo proseguía con los quehaceres de la jornada, laxo y cansado, antes de que la oscuridad llegara por fin. Un momento que no estaba lleno de nada, que solo se centraba en sí mismo.

Fue en busca de Florence y la encontró sentada bajo la marquesina de la parte delantera de la casa, meneando un pie con nerviosismo mientras ojeaba sin ningún interés una revista. Se acercó a ella y preguntó con tacto:

—¿Cómo se siente?

Le ofreció un vaso de un dulce granizado de café con un toque de vainilla, y Florence lo aceptó y tomó un sorbo antes de responder.

—Bueno… Ya sabe.

—Lamento muchísimo lo que está pasando. —Se hizo un breve silencio que rompió ella misma—. ¿Podría hablarme de cómo era la vida de su familia en su juventud?

—¿Se refiere a cuando vivíamos en la región francesa del Dordoña?

—Sí. —No preguntó acerca de nada en concreto, pero se moría de ganas de saber cómo era la zona donde había crecido su hijo.

Florence respondió con voz suave.

—Bueno, después de que *maman* regresara a Inglaterra, mis dos

hermanas y yo nos quedamos solas. Hélène era enfermera, Élise regentaba su cafetería y yo me encargaba de cuidar de la casa, de los animales, del jardín. Siempre me ha encantado cocinar.

—A mí no se me da bien, por desgracia —admitió Clemence.

—Seguro que tiene muchos otros talentos —contestó Florence, con un leve esbozo de sonrisa en los labios—. En fin, aquellos fueron unos tiempos realmente mágicos. Fuimos felices hasta que estalló la guerra.

—¿Qué pasó entonces?

Florence suspiró y se limitó a decir:

—Que llegaron tiempos no tan mágicos.

—Sí, me lo imagino. ¿Cómo era la casa donde vivían las tres en aquel entonces? —Dedujo que había dado con la pregunta correcta al ver la mirada ensoñadora que apareció en los ojos de Florence.

—Una vieja alquería preciosa, situada a las afueras del pueblo.

—Suena idílico.

—Lo era. Como le he dicho, yo era la dueña y señora de la cocina. Tenía un suelo de baldosas ahuecadas y desgastadas, y colgaba hierbas de las vigas para dejarlas secar.

—Me encanta el olor de las hierbas secas, la lavanda es mi preferida.

Florence sonrió antes de proseguir.

—Solíamos nadar desnudas en el río y nos secábamos bajo el sol. Había un sendero que llevaba al pueblo, pero también podías acortar a través de un pequeño campo.

—¿Era un pueblo grande?

—No. Tenía unas cuantas tiendas y la plaza era… era… —Su voz se apagó y dejó la frase inacabada.

—Siga, por favor.

—¿Está segura?

Clemence asintió, y Florence respiró hondo antes de decir:

—Perdone, no sabe cuánto lo lamento, pero es que fue allí donde…

Hubo unos momentos de silencio en los que Clemence tuvo que parpadear para contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

—En aquella plaza fue donde ejecutaron a Victor —dijo Florence.

Clemence habría querido taparse los oídos con las manos, salir corriendo para huir de aquella conversación, pero sus extremidades parecían haberse convertido en plomo y no podía con su peso; además, tenía que permanecer allí por Florence. Tardó unos segundos en recobrar la compostura y poder preguntar:

—¿Cree que Élise estaría dispuesta a hablar conmigo sobre lo que le pasó a Victor?

—No estoy segura, la verdad. Nunca habla de ese tema, jamás. Fue su pérdida más profunda, la dejó con el alma destruida literalmente y terminó por cerrar a cal y canto la puerta de aquella etapa de su vida.

—Ya veo.

—Se casó con Henri unos años después. Fue algo que nos tomó por sorpresa a todos, pero él era un viudo cuya primera esposa, Suzanne, fue asesinada durante la liberación, así que los dos habían perdido a alguien en terribles circunstancias. Debieron de encontrar consuelo el uno en el otro.

—Sí.

—Suzanne no apoyaba a los nazis; de hecho, todo lo contrario. Su muerte no tuvo justificación alguna. En fin, Élise ya no vive en nuestra antigua casa familiar, sino en el *château* de Henri.

—¿Un castillo? Suena impresionante.

—Sí, supongo que sí. Pero…, no sé, tengo la impresión de que Vicky está resentida con los dos por ese matrimonio.

—Qué situación tan desafortunada.

—Las cosas habrían sido un poco más fáciles para Vicky si Élise hubiera podido hablar de Victor, pero era incapaz de hacerlo.

—Es comprensible. —Clemence se tomó unos segundos para pensar en cómo alentarla a seguir hablando. Lo que fuera con tal de aliviar, aunque solo fuera unos breves momentos, la angustia y el miedo que la pobre estaba sufriendo—. ¿Dónde viven Jack y usted?

Florence la miró con una pequeña sonrisa llena de melancolía.

—En Meadowbrook, una preciosa casita techada con paja situada en Devon. Soy muy afortunada.

—¿Y Hélène?

—Ella vive en un viejo palacio de Malta que nos dejó en herencia a las tres la hermana de nuestra madre, Rosalie. Increíble, ¿verdad? Fue todo un cambio, teniendo en cuenta que antes trabajaba de enfermera en nuestro pueblecito francés.

Se oyeron pasos y las dos dirigieron la mirada hacia el escarpado camino que subía desde el pueblo.

—¿Es ella? ¿Es su hermana? —preguntó Clemence, al ver aparecer a una mujer alta que iba acompañada de un hombre de pelo oscuro.

Florence no contestó porque ya había echado a correr camino abajo atropelladamente, tropezando y trastabillando, hasta lanzarse a los brazos de su hermana. Se fundieron en un abrazo tan apretado que cabía preguntarse cómo era posible que pudieran respirar. Al final, cuando se apartaron un poco, se miraron sonrientes y Hélène se limitó a decir:

—¿Y bien?

Florence asintió como si la entendiera sin necesidad de palabras. La propia Clemence siempre había deseado tener una hermana y sintió una punzada de emoción al verlas. De aquella mujer atlética y de complexión fuerte emanaban ternura, amor y preocupación. Las dos hermanas habían pasado por mucho en la vida, y eso era algo que se

reflejaba en el profundo vínculo que las unía.

—Ven a conocer a *madame* Petier, la abuela de Vicky —dijo Florence. Aferraba la mano de su hermana con fuerza, como si no estuviera dispuesta a soltarla jamás—. Ninguno de nosotros sabía de su existencia, por supuesto, pero este lugar es suyo. Étienne, perdona que te haya ignorado. Gracias por venir.

El hombre alto y delgado que acompañaba a Hélène asintió y besó a Florence en ambas mejillas antes de hablar con un marcado acento francés.

—Estamos aquí para ayudar en lo que se pueda.

Florence asintió con gratitud y los tres se acercaron a Clemence, quien se había levantado para darles la bienvenida.

Primero ofreció la mano a Hélène, quien se la estrechó y la miró directamente a los ojos. Era más alta que Florence, más atractiva que bella y tenía una constitución musculosa. La firmeza de su apretón de manos y su actitud indicaron claramente que aquella mujer iba a ser un pilar de estabilidad y fuerza, algo muy necesario en aquellos momentos tan terribles.

—Bienvenidos a la casba. Deben de estar sedientos, ¿qué puedo ofrecerles?

—Agua fresca para mí —dijo Étienne, antes de volverse hacia Hélène—. ¿Y tú?

—Lo mismo, por favor.

Clemence se apresuró a ir a la cocina, donde le preguntó a Nadia si todas las habitaciones estaban listas y le pidió por favor que preparara una bandeja para los recién llegados. Se sumió en sus pensamientos mientras esperaba. Resultaba fascinante ver las similitudes y las diferencias que había entre Florence y Hélène; aun así, seguía siendo incapaz de reprimir aquel hondo deseo de conocer a la otra hermana: Élise, la madre de Vicky, la mujer de la que se había enamorado su hijo. La mujer que lo había conocido de verdad.

Cuando regresó con la bandeja, los tres estaban sentados a la sombra de la marquesina, sumidos en una íntima conversación. Alzaron la cabeza al oírla llegar y se sintió desnuda ante ellos debido a la agitación interna que la atenazaba, así que se limitó a sonreír y a depositar la bandeja sobre la mesa antes de marcharse para que prosiguieran con la conversación. Necesitaba tiempo para lidiar con sus propias emociones revueltas.

Veía la sombra de Theo en cada rincón, a cada paso, a la vuelta de cada esquina, y eso estaba desgarrándola por dentro. Sentía su cercanía y fueron varias las ocasiones en las que se volvió para hablarle, para hacerle una indicación o para tomarle la mano, pero no eran más que imaginaciones suyas, por supuesto. Él se había marchado, había sido ella misma quien le había obligado a hacerlo. Lo

había alejado de su vida, tal y como había pasado la vez anterior…, aunque, a decir verdad, no podía decirse que hubiera sido lo mismo. Preferiría arrancar su propio corazón antes que volver a pasar por semejante grado de pérdida. Batallando contra el empecinado pulso que le latía en el cuello, la embargó la súbita necesidad de refugiarse en el solaz de su dormitorio, donde todavía quedarían en el aire ligeras trazas del olor a azahar que siempre lograba calmarla. Apretó el paso hasta recorrer prácticamente a la carrera los últimos metros, abrió la puerta y contempló con angustia el lecho donde había dormido con Theo esa misma noche. Incluso ahora, horas después, sintió en la piel sus caricias, el amor que él le profesaba, y el dolor de la pérdida fue tan intolerable que no pudo seguir conteniéndolo. Corrió hacia la cama seguida por los dos perros, que se habían colado por la puerta tras ella y, con la cola entre las piernas, gimoteaban al verla tan alterada. Permitió que subieran de un salto a la cama y que se tumbaran a su lado encima de la colcha. Y entonces, después de ahuecar la almohada, se la puso encima de la cabeza y, con un brazo alrededor del cuello de Coco, lloró desconsolada y no paró hasta que se sintió completamente vacía.

Al cabo de un rato estaba en su cuarto de baño, deslizando una mano por las lustrosas baldosas *zellige* de color azul verdoso en distintas tonalidades (aguamarina, cian, jade, turquesa…), pero su luminoso brillo no logró levantarle el ánimo en esa ocasión. Se lavó la cara con agua fría, se la secó, abrió uno de sus botes de esencias aromáticas y se aplicó unas gotas en las muñecas. ¿Qué pensarían los invitados si la vieran en semejante estado? Contempló su propio reflejo en el espejo, enfadada consigo misma. «Tonta, ¡vieja tonta!», se reprendió. Tenía setenta y cuatro años, ¿por qué estaba comportándose como si fuera una joven de la edad de Vicky? Era absurdo, ¡qué mujer tan ridícula!

Más tarde, después de la cena, estaba saboreando el dulce perfume avainillado de los alhelíes entremezclado con los leñosos aromas del bosque cuando vio a Florence. Estaba deambulando a solas en la oscuridad, sin más abrigo que un camisón y una fina bata de algodón echada sobre los hombros. La observó en silencio durante unos segundos antes de acercarse a ella.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó con gentileza, tuteándola. Durante la cena, todos habían acordado dejar a un lado el tratamiento formal de usted.

Florence se volvió a mirarla por encima del hombro, estaba visiblemente demacrada.

—Jack está dormitando. Hélène y Étienne estaban exhaustos después del viaje, así que han decidido acostarse temprano. He salido a contemplar las estrellas.

—Yo también lo hago de vez en cuando. Salgo a contemplar las estrellas, a pensar en la vida, a reflexionar. —No mencionó que, siendo poco más que una niña, solía escapar a menudo a los campos de la finca; allí, bañada por la luz de las estrellas, se sentía libre de los miedos de la noche.

—Ruego para que Bea también las esté contemplando en este momento —susurró Florence, antes de agachar la cabeza.

Clemence guardó silencio, ¿qué se podía decir en un momento así? Al final, se limitó a decir:

—Contemplar las estrellas me recuerda lo poco que sabemos en realidad.

—Sí, es un verdadero misterio. La vida. ¿Por qué le damos tanta importancia a todo, si no somos nada más que unas partículas minúsculas?

—A mí me gusta pensar que cada uno de nosotros formamos parte de la magia, de ese todo majestuoso.

Florence alzó ligeramente la cabeza, dio la impresión de que comprendía sus sentimientos.

—Pero eso no quita que a veces podamos sentirnos desesperados, llenos de sufrimiento, atemorizados —añadió Clemence—. Al fin y al cabo, somos humanos.

—Estoy aterrada —admitió Florence con voz queda—. Esto es algo que no suelo contarle a nadie, pero ahora parece inútil intentar ocultar algo. Me violaron unos maleantes… Fue un ataque violento cuando tenía diecinueve años, en Francia, durante la guerra. Creía que eso era lo peor que me pasaría en toda la vida, pero me equivoqué. Esto es peor.

Clemence la miró horrorizada mientras sentía el doloroso martilleo de su corazón en el pecho. Era muy duro oír algo así, algo que la hacía recordar esa sensación de tener que estar en guardia en todo momento. Rodeó a Florence con un brazo y la estrechó con fuerza, estaba más que claro cuál era el temor que debía de estar atormentando a aquella pobre mujer. Pero fue la propia Florence quien cambió de tema.

—No sé si lo sabes, pero estábamos distanciadas. Hélène y yo. Por Jack. Ahora parece absurdo, pero fue una situación horrible en su momento.

—¿Las cosas se arreglaron?

—Sí, por completo. Yo me sentía culpable por lo que había pasado, pero Hélène terminó por perdonarme. Étienne y ella se compenetran a las mil maravillas. Él es uno de esos hombres callados y reservados, pero observa las interacciones de los demás y no se le escapa nada. Hélène y él son artistas y practican montañismo juntos, mañana saldrán a hacer un ascenso para intentar encontrar a Bea.

—Bueno, esperemos que un nuevo día nos traiga buenas noticias.

—¿Crees que todavía cabe esa posibilidad?

—Todo es posible —afirmó Clemence. Pero la oscuridad de la noche se lo tragaba todo excepto las luces que titilaban en el cielo, y ni ella misma estaba segura de creerse sus propias palabras.

36

Vicky

Hospital de Marrakech

Respirando un aire impregnado del olor a antiséptico y a vendajes sucios, Vicky cerró los ojos. La sirena de una ambulancia empezó a sonar en la calle, creando una desagradable nota discordante en su cabeza. El súbito revuelo de voces agitadas la llevó de vuelta al momento en que había llegado al hospital con Tom, cuando estaba tan gravemente herido que ni siquiera estaba claro si lograría sobrevivir. Pero había salido adelante, gracias a Dios, y parecía estar recuperándose bastante bien.

Etta llegó en las postrimerías de la tarde con una bolsa de papel en las manos, vestida con un caftán de color verde oscuro adornado con cuentas en un intenso rojo pasión. Aunque solo era medio marroquí, hablaba el idioma a la perfección y pudo entrar en la habitación sin problemas. Daba la impresión de que conocía a todo el mundo.

—Traigo comida, no hay quien sobreviva con lo que preparan aquí.

—Tom solo puede tomar líquidos —dijo Vicky, con un pesaroso suspiro.

—Vaya, ¡qué lástima! Pero tú también tienes que comer, apuesto a que no has probado bocado en todo el día. Ten, prueba una.

Vicky tomó una galleta y sonrió al probarla.

—¡Qué rica! Tierna y con un toque a limón, las *ghoribas* son mis preferidas.

—¿No te resulta demasiado dulce?

—No, está perfecta. ¿Puedo comer otra?

Etta se echó a reír y le entregó la bolsa entera antes de acercarse a ver a Tom.

—No tiene muy buen aspecto, ¿verdad? —comentó, mientras lo observaba ceñuda.

—Está mucho mejor que antes. En cualquier caso, me han dicho que se recuperará del todo. No le despiertes, tiene que dormir. —Se sentía

inexplicablemente protectora con su amigo, y se sonrojó al ver que Etta la miraba con interés—. ¡Solo somos amigos!

—Si tú lo dices… —Su sonrisa y el brillo de sus ojos indicaban que no la creía del todo, pero no insistió en el tema. Le dijo adiós con la mano y se dirigió hacia la puerta—. Nos vemos.

—¡Gracias por las galletas! —Vicky alzó la bolsa antes de embutirse otra en la boca.

Cuando volvió a quedarse a solas con Tom, se sentó en la silla que había junto a la cama y tomó su mano. Mientras veía el movimiento de su pecho al respirar, se dio cuenta de que le encantaría llegar a conocerlo mejor. Era muy distinto a Russell, más sosegado y reflexivo. Y también más bueno y considerado; al menos, eso era lo que ella esperaba.

Exhaló un profundo suspiro, le costaba lidiar con aquel barullo de emociones. Se sentía culpable, avergonzada y angustiada, y todo ello se entremezclaba además con la preocupación que sentía por él; aunque le habían asegurado que iba a recuperarse, era incapaz de relajarse del todo. En cualquier caso, quería saborear aquel rato que estaba pasando a solas con él, ya que su madre y el señor Goodwin no tardarían en regresar. Los dos habían salido a comer algo, aunque eran dos polos opuestos y era poco probable que pudieran congeniar.

Tom despertó en ese momento e intentó hablar.

—¿Estás bien? —Lo preguntó con los labios prácticamente cerrados y le salió un susurro quebrado casi inaudible.

Vicky logró comprenderlo a duras penas y le acarició la mano.

—¡Shhh! No hables.

—Habla… sobre ti.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Verdad. ¿Por qué viniste?

Llegados a ese punto, Vicky se dio cuenta de que no tenía nada que perder y decidió ser sincera.

—Bueno, podría decirse que para superar una relación sentimental desastrosa.

Le contó lo de Russell. Supo reconocer que él había sido cruel, y no solo al final de la relación. Era un hombre que siempre había encontrado formas de menospreciarla, de hacerla sentir inferior. Como cuando caminaba a paso demasiado rápido y muy por delante de ella cuando volvían a su apartamento de noche o cuando le desabrochaba el sujetador de buenas a primeras, sin pedir permiso; cuando la acariciaba entre las piernas con aquellos largos y experimentados dedos suyos, atormentándola, pero se reía y se negaba a hacer el amor cuando ella lo deseaba; cuando ella le mostraba sus bocetos y él los desdeñaba y decía, con una sonrisita burlona: «Cielo, estoy seguro de que puedes hacer algo mejor que esto». En aquel momento había

parecido un comportamiento aceptable, pero ahora admitía por fin que él disfrutaba atormentándola, haciéndole sentir que era una inútil. Menos mal que no había hecho ninguna escenita cuando él había roto la relación, se alegraba de no haberse derrumbado ni haber suplicado. Pero ¡qué tonta había sido al creerse enamorada de él! Era duro recordar el dolor, el sufrimiento, la angustia, pero era consciente de que Russell ya no significaba nada para ella. Menos que nada. Ya no estaba interesada en vengarse de él. Sí, todavía quería llegar a tener éxito en su profesión, pero no lo lograría motivada por el deseo de demostrar que Russell se equivocaba, sino por su propia realización personal.

Vio que Tom estaba adormilándose y cerró también los ojos. Se quedó dormida, pero despertó poco después al notar que alguien se inclinaba hacia ella. Abrió los ojos y vio que se trataba del contacto de Theo en la policía, el agente Alami, quien se quitó el sombrero y retrocedió un poco respetuosamente antes de decir:

—Perdón por despertarla.

—Eh… No estaba dormida. —A pesar de sus palabras, se sentía un poco abotargada y atontada. Le dieron ganas de esconderse, no quería hablar con aquel hombre—. O puede que sí. No sé, la verdad.

Él sonrió.

—Hace mucho calor aquí dentro, cualquiera se quedaría adormilado.

Vicky tragó saliva. Se apresuró a beber un vaso de agua y, sintiéndose un poco más despejada, admitió:

—No me gusta dormir de día. ¿Quería algo?

—¿Podemos hablar? No quiero despertar al joven.

Ella se levantó con renuencia y, una vez que salieron al pasillo, Alami lanzó una mirada alrededor y habló en voz baja por precaución.

—He pensado que le gustaría que la pusiera al día.

Vicky no estaba segura de querer enterarse de nada. Suspiró profundamente, estaba deseando que aquel hombre se fuera y la dejara tranquila en aquella pequeña burbuja que había creado con Tom, una burbuja donde estaban aislados del exterior y en la que nadie más tenía cabida.

Una enfermera enfundada en un uniforme verde dio unos pasos hacia ellos, abrió una puerta y se perdió de vista al cerrar tras de sí.

—¿Y bien? —dijo Vicky.

—Bueno, Patrice Callier parece haberse esfumado sin dejar rastro.

—No puede ser, ¡tiene que haber alguna pista! ¿Se sabe si tiene a Bea en su poder?

—No, eso no está confirmado por el momento.

Vicky luchó con todas sus fuerzas por no echarse a llorar delante de aquel hombre.

—A ver si lo he entendido bien: ni se sabe dónde está Bea ni la policía ha arrestado a Patrice por el asesinato de Jimmy.

—Teniendo en cuenta que no ha aparecido el cuerpo… —Alami alzó una mano y se encogió de hombros—. Sí, es deplorable, ya lo sé.

—Pero van a seguir buscando, ¿verdad?

—Sí. Tienen la declaración que usted presentó, pero no hay pruebas físicas ni otras fuentes que puedan aportar información sobre el asesinato. Encontrar el cuerpo de Jimmy es de vital importancia.

—Pero yo vi lo que pasó, ¿no basta con eso?

Sintió que todo empezaba a darle vueltas y respiró hondo varias veces para intentar calmarse, pero no sirvió de mucho y se tragó un sollozo mientras él eludía su mirada. Se tomó unos segundos para recomponerse y, cuando por fin se sintió capaz de hablar, preguntó:

—¿Qué me dice de Bea?, ella también lo vio casi todo.

—Hasta que no la encontremos, usted es la única que ha dado una versión de los hechos. Todavía se mantiene un equipo encargado de buscar a su prima, pero no sé por cuánto tiempo más.

Se hizo un largo silencio. Vicky sintió que el miedo le helaba la sangre en las venas y dijo al fin, con voz carente de inflexión:

—Creen que está muerta, ¿verdad?

37

Clemence

Kasbah du Paradis

Cuando Hélène y Étienne regresaron a la casba tras una agotadora jornada de búsqueda, a Clemence le bastó con verles las caras para saber que había habido algún problema. Los condujo de inmediato a su patio privado y fue a buscarles algo frío de beber y un poco de fruta.

Mientras ellos dos buscaban por la parte alta de la montaña, Jack y la policía se habían centrado en la zona donde Tom había estrellado el coche y Bea había desaparecido; aunque los agentes ya habían peinado anteriormente aquel terreno, él había insistido en volver a intentarlo. En ese momento estaba duchándose y, en cuanto a Florence, habían logrado convencerla de que descansara un poco.

Cuando Clemence regresó al jardín con el refrigerio, Étienne y Hélène estaban hablando en voz baja y fue esta última quien, al oírla llegar, alzó la mirada y dijo:

—Tenemos que hablar con mi hermana y su marido. —A pesar del cansancio y de la obvia preocupación, todavía se la veía serena y con las emociones bajo control.

—¿Habéis encontrado algo?

—Ha sido Étienne.

—No se trata de Beatrice, ¿verdad?

Hélène se limitó a negar con la cabeza y Clemence fue a por Florence y Jack de inmediato, entristecida y un poco asustada; cuando estaba a unos pasos de la habitación, se detuvo por un momento. ¿Qué sería lo que había encontrado Étienne? Porque, fuera lo que fuese, temía muy seriamente por el estado mental de Florence. La pobre ya estaba al borde del colapso.

Tocó a la puerta y el matrimonio acudió a abrir de inmediato. Jack estaba pasándose una mano por el desmadejado cabello, pero sus ojos verdes se llenaron de esperanza al verla.

—¿Han encontrado a mi hija?

Clemence negó con la cabeza y luchó por disimular su propia ansiedad, pero se dio cuenta de que sus esfuerzos habían sido en vano al ver la desesperación que apareció en los ojos de Jack.

En cuanto llegaron al jardín, Florence echó a correr hacia su hermana.

—¿Qué es lo que pasa? Por el amor de Dios, ¿qué habéis encontrado?

Hélène se levantó de la silla, se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo azul con estampado floral que hizo que Clemence contuviera el aliento de forma audible. Recordaba perfectamente bien el día en que Bea lo había comprado.

—¿Lo reconoces? —le preguntó Hélène, quien se había percatado de su reacción.

Clemence titubeó antes de contestar.

—No estoy segura, he reaccionado sin pensar; al fin y al cabo, seguro que hay infinidad de pañuelos similares. Pero la verdad es que se parece al de Beatrice. No sé. ¿Dónde lo habéis encontrado?

Fue Étienne quien contestó.

—Podría decirse que era una especie de cueva poco profunda.

—Dejadme verlo bien. El de Bea tenía un defecto, por eso lo consiguió a muy buen precio.

Hélène se lo entregó. Clemence lo examinó con detenimiento y encontró la tara en el estampado.

—A menos que el lote entero tuviera esta tara, me temo que es más que posible que este sea el de Bea.

Florence se derrumbó en una silla y bajó la cabeza. Al ver que su hermana se arrodillaba frente a ella, la miró con ojos llenos de desolación y susurró:

—No puedo soportarlo. Dime cómo soportarlo.

—Florence, por favor, escúchame —dijo Jack—. Esto no tiene por qué ser una mala señal.

—¡¿Cómo que no?! —Florence se levantó de golpe y volcó la silla al retroceder un paso—. ¿Cómo que no? Por el amor de Dios, ¡me gustaría que la gente dejara de decirme que todo va a salir bien!

—No estaba dicien…

Ella lo interrumpió sin miramientos, cada vez iba alzando más la voz.

—¡No! ¡Ya basta! ¡Deja de intentar apaciguarme!, ¡no sigas agarrándote a un clavo ardiendo!

—Yo solo…

—¡Ya basta, Jack! No lo soporto, ¡no puedo más! ¡Nuestra hija está muerta! Está tirada por ahí, en algún lugar de este país, y lo único que tú puedes decir es que encontrar un pañuelo no es una mala señal.

¡Enfréntate a los hechos por una vez en la vida! Beatrice está muerta, Jack. ¡Muerta, joder!

Él posó una mano en su brazo.

—Florence, por favor…

Ella se apartó con brusquedad y gritó, con voz rota de dolor:

—¡Suéltame! ¡Alejaos todos de mí! Dejadme en paz, ¡largaos con vuestras trilladas frasecitas de consuelo! ¿No veis que me estoy volviendo loca?

Hélène intentó intervenir.

—Creo que Jack podría tener razón…

Pero Florence estaba fuera de sí. Tenía el rostro rígido y enrojecido, los ojos nublados por la furia.

—¡No tenéis ni idea de lo que se siente! Solo con pensar… pensar que… que alguien ha podido hacerle daño… Nuestra hija, Jack, ¡nuestra preciosa hijita! ¿Y si la ha violado algún malnacido? —Se tragó un sollozo, bajó la cabeza y soltó un lastimero plañido, empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás mientras gemía como un animal agonizante.

Todo el mundo permaneció en silencio durante un largo momento hasta que, finalmente, Jack intentó razonar con ella.

—Es posible que… que nadie le haya hecho ningún daño.

Pero Florence lo miró enfurecida y, llorando a lágrima viva, gritó:

—¡Ya basta! ¡Déjalo ya!

—Pero es que es posible que el pañuelo no sea una prueba de que está muerta… —Intentó abrazarla, pero ella se debatió y se alejó corriendo.

—No la sigas, Jack —le aconsejó Hélène con calma—. Deja que se tranquilice a su manera.

Él parpadeó para intentar despejar las lágrimas que le perlaban las pestañas y se limitó a negar con la cabeza.

Clemence, por su parte, entró en la casa sin decir palabra y regresó poco después con vasos y una botella de brandi.

—Me parece que esta noche necesitamos esto.

Les llenó los vasos y se dispuso a irse para darles algo de privacidad, pero Jack la detuvo.

—No. Quédate, por favor.

—Podría ser una señal para indicarnos que vamos por buen camino —estaba diciendo Étienne—. Bea estuvo allí, es posible que todavía esté en las inmediaciones. Mañana subiremos a buscarla de nuevo, es posible que estemos a punto de encontrarla. No pierdas la esperanza, Jack.

—Gracias, Étienne —contestó él, con voz ronca.

Hélène le tocó el brazo y le dijo con firmeza:

—Aunque sea lo último que haga en esta vida, voy a encontrar a mi

sobrina. Te lo aseguro.

Ahmed salió a decirles que la cena estaba lista cuando empezó a anochecer, pero Florence no hizo acto de presencia. Jack fue a buscarla y regresó poco después con cara de preocupación.

—No está en nuestra habitación.

—Creo que sé dónde podría estar —dijo Clemence.

—¿Dónde? Iré a por ella.

—No, creo que será mejor que vaya una desconocida como yo.

Él dio media vuelta y, llevándose la botella de brandi consigo, regresó a la habitación que compartía con su esposa.

Tal y como esperaba, Clemence encontró a Florence contemplando las estrellas. Ninguna de las dos habló durante un buen rato, y finalmente fue la segunda quien rompió el silencio.

—Perdón —dijo.

—No hace falta que te disculpes, yo en tu lugar estaría tirándome de los pelos. Puedes gritar todo lo que quieras.

Sus palabras lograron dibujar una fugaz sonrisa en el rostro de Florence, que admitió con voz queda:

—Me muero de miedo por ella.

—Te refieres a lo que te pasó en Francia, a la violación.

—Sí.

Clemence tragó saliva antes de hablar.

—Te entiendo. Jamás he hablado de este tema, pero yo también pasé por lo mismo.

Florence se volvió a mirarla, y Clemence añadió:

—A los catorce años. Mi padre.

—¡Santo Dios!

—Es algo que no se olvida, ¿verdad? Una ofensa tan humillante, tan aterradora.

Permanecieron en silencio durante unos minutos, limitándose a contemplar los cielos. Unidas como mujeres que sabían lo que podía ocurrir y que habían sufrido a manos de un hombre brutal, aunque Clemence no se atrevió a contarle la historia al completo. Y hete allí a Florence, aterrada por su hija y sufriendo una agonía ante la posibilidad de que la historia se hubiera repetido.

—Venga, ¿estás lista para entrar? Podrías cenar algo.

Florence le tocó la mejilla con delicadeza y asintió.

Jack regresó al comedor para cenar también. Florence parecía más calmada que antes, quién sabe si la confesión de Clemence le había dado la sensación de apoyo que necesitaba. A lo mejor se sentía menos sola al saber que había alguien que comprendía realmente el miedo que la atenazaba. En cualquier caso, al menos estaba comiendo, y eso

era buena señal.

Más tarde, cuando Clemence abrió la puerta del anexo y vio a su madre tumbada inmóvil en el sofá, echó a correr hacia ella con el corazón en un puño. «¡Ahora no! Por favor, no, por favor, ¡ahora no!». Le tocó la mejilla tal y como Florence había tocado la suya poco antes, y su madre abrió los ojos de golpe y murmuró:

—No estoy muerta, pero él sí.

—¿A quién te refieres, *maman*?

Su madre alargó la mano hacia ella.

—¡A él! A tu padre. Y no fuiste tú, ¡fui yo!

—¿A qué te refieres?

Su madre perdió la paciencia y espetó con sequedad:

—¡No te hagas la tonta, jovencita! ¡Lo sabes perfectamente bien!

—¿Te refieres al incendio?

—No, no me refiero a eso. Crees que fuiste tú, pero fui yo.

—Está bien, lo que tú digas.

Su madre la miró ceñuda.

—¿Eres la nueva doncella? Ve a por mi hija, por favor. Está jugando fuera con el hijo del chófer, pero tiene que entrar ya para lavarse las manos. —Soltó una risita traviesa y le guiñó el ojo—. Ella cree que no me doy cuenta.

Clemence cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Algo más tarde estaba sentada en la quietud de la noche, una noche preciosa y templada con un aire tan impregnado de fragancias que se sintió enfebrecida de deseo. Se rodeó con sus propios brazos, pero ardía por Theo. Pensaba en él a todas horas. ¿Por qué había cometido la necedad de pedirle que se fuera? Oyó que el reloj de pared del salón daba las diez, pero, aunque estaba exhausta, sabía que sería incapaz de conciliar el sueño. Apenas había dormido desde que él se había marchado. El dolor de perderle, sumado a la angustia y al miedo por Beatrice, era prácticamente insoportable y le necesitaba, le necesitaba con toda su alma. ¡Había sido una verdadera cobarde!

Mientras permanecía allí sentada, envuelta en el silencio y en una profunda soledad, Jack y Hélène pasaron caminando por la parte del jardín iluminada por faroles y oyó algunos retazos de la conversación que mantenían.

—Me alegra mucho volver a verte —dijo él, arrastrando un poco las palabras.

—Lo mismo digo.

—Cuando encontremos a Bea, Étienne y tú tenéis que venir a pasar unos días a casa. No habéis ido nunca.

—Nunca se presentó la oportunidad.

—¿No tiene nada que ver con el pasado?

Hélène soltó una pequeña carcajada antes de contestar.

—En absoluto. Nos encantaría ir a pasar unos días con vosotros.

—Si… —Jack hizo una pausa antes de reintentarlo—. Si el desenlace no es bueno, Florence va a necesitarte.

—¿De veras?

—Claro que…

Sus voces se perdieron en la distancia.

«El amor hace que las mujeres estemos expuestas a una vorágine de emociones», pensó Clemence para sus adentros. Amor hacia nuestra pareja, nuestro hijo, nuestra vida. Incluso el amor que ella sentía hacia su madre había tenido multitud de facetas distintas: estaba lleno de contradicciones profundamente arraigadas, la había puesto a prueba algunas veces y había puesto su mundo del revés en alguna que otra ocasión. Porque Madeleine había sido la madre que no la había ayudado cuando más la había necesitado. Cuando la había llamado a gritos, suplicándole que la ayudara.

38

Vicky

Marrakech

Vicky llevaba una eternidad parada en la ventana, contemplando ausente a un pavo real que paseaba por los jardines del hotel. La mañana estaba nublada y el cielo plomizo reflejaba a la perfección su estado de ánimo. Se alojaba en una habitación conectada a la de su madre y era la primera vez que experimentaba tanto lujo. El desayuno en la cama, servido en una bandeja de plata; la cama abierta por la noche, lista para dormir; un bombón de chocolate belga envuelto en papel dorado, esperándola en un delicado platito. Si bien el *château* de Henri era imponente, la vida que llevaban no tenía semejantes lujos ni mucho menos; de hecho, su madre prefería cierto grado de austeridad (aunque ella lo llamaba «simplicidad»).

Se retiró de la ventana, se tumbó en la revuelta cama y fijó la mirada en el ornamentado techo. La imagen de su alta y rubia prima acudía a su mente cada pocos minutos, por mucho que intentara no pensar en ella. Daría lo que fuera con tal de que la encontraran sana y salva, pero las preguntas sin respuesta que se sucedían en su mente eran un tormento. ¿Por qué habían asesinado a Jimmy?, ¿dónde estaba su prima? Por Dios, ¿dónde estaba?

Intentó pensar en otra cosa, lo que fuera… La película, la película sería una buena opción.

Según le habían contado, Alfred Hitchcock había rodado parte de *El hombre que sabía demasiado* en aquel hotel. Ella había visto aquella película en Londres, ¿quién iba a decirle en aquel entonces que algún día estaría en la cama de una de aquellas habitaciones? Más aún, la trama no parecía muy distinta a la situación que estaba viviendo en ese momento: también se habían cometido un asesinato y un secuestro…

Los protagonistas eran James Stewart, al que adoraba, y Doris Day, a la que toleraba. Era una especie de *thriller* de suspense, pero

situaciones así era mejor dejarlas para las películas; en la vida real, la angustia era abrumadora.

Le vino a la mente una imagen de su más tierna infancia, antes de que Henri entrara a formar parte de la familia; en aquel entonces, su madre y ella vivían con la tía Hélène en la destartalada alquería que la familia poseía en la región del Dordoña, un edificio de piedra caliza con contraventanas que ella misma había ayudado a pintar de color azul grisáceo (aunque había sido su vestido el que había terminado con más pintura encima). En cuanto cumplió los siete años y recibió permiso para salir a pasear sola por los alrededores sin alejarse demasiado, solía salir corriendo en dirección a un pequeño campo bordeado de amapolas donde unos gansos hacían que se desternillara de risa con sus bamboleantes andares. En aquel entonces era una niña de lo más feliz, pero ese había sido el año en que su madre se había casado con Henri y la tía Hélène se había ido a vivir a París con Étienne, por lo que la vieja finca familiar se había puesto a la venta. Más adelante, cuando la tía abuela Rosalie había fallecido a una edad bastante temprana y había dejado en herencia su propiedad de Malta a sus tres sobrinas (Hélène, Élise, Florence), la tía Hélène y Étienne habían decidido instalarse allí, y eso había terminado de completar aquella serie de devastadores cambios.

Un toque en la puerta que conectaba la habitación con la de su madre la arrancó de sus pensamientos y contestó de forma automática.

—¡Adelante! —Se incorporó en la cama como un resorte al ver entrar a su madre—. *Maman*, ¿por qué no se sabe nada de Bea todavía?

—Seguro que nos avisarán en cuanto haya alguna novedad.

—¿No podemos limitarnos a ir a la casba sin más? —No entendía por qué no estaban ya allí; de hecho, tenía la sospecha de que su madre estaba nerviosa por el hecho de conocer a Clemence y estaba retrasando el momento todo lo posible.

—Etta me dijo que el chófer de tu abuela… Ahmed, ¿verdad?

—Sí.

—Me dijo que él vendrá a buscarnos a Marrakech en cuanto haya noticias de Bea. Se encargará de llevarnos a la casba. Mira, entiendo cómo te sientes y yo misma quiero ver a mi hermana lo antes posible. Pero, mientras tanto, aquí tenemos asuntos pendientes que debemos solucionar. ¿Tienes el cuaderno de bocetos? —El gesto de asentimiento casi imperceptible de Vicky la hizo sonreír, y la tomó de las manos para instarla a levantarse de la cama—. ¡Venga, *chérie*! ¡Hay que ponerse en marcha!

—¡Uf! Vale, está bien —masculló enfurruñada. Por algún extraño motivo, siempre terminaba por comportarse como una cría

temperamental cuando estaba con su madre.

Salieron en dirección a la medina acompañadas por el guardaespaldas (Theo había insistido en que debían llevarlo a todas partes) y, una vez allí, se pusieron a buscar la casa de Yves Saint Laurent. Pasaron un rato deambulando de acá para allá por el laberinto de empedradas callejuelas bordeadas por cuadrados *riads* de paredes rosáceas. El guardaespaldas no pudo ayudarlas demasiado porque procedía de Casablanca y tampoco estaba familiarizado con aquella zona.

—Vamos a tener que volver a pedirle indicaciones a alguien —afirmó su madre en un momento dado.

El recepcionista del hotel había sido quien les había dado unas instrucciones rudimentarias, pero estaban completamente perdidas porque todas las construcciones les parecían iguales. Para cuando cruzaron una plaza sin pavimentar y terminaron en un callejón sin salida donde no había nadie a quien poder recurrir, las dos estaban empezando a sudar. Dieron media vuelta y minutos después encontraron una parcela sin uso que procedieron a rodear por detrás siguiendo un nuevo callejón, pero no tardaron en descubrir que este desembocaba en una mezquita.

—¿Por qué no lo dejamos ya? —propuso Vicky, mientras se llevaba un dedo a la sien—. Me estoy asando de calor y empieza a dolerme la cabeza.

—Venga, cobardica, ¡hay que seguir! —contestó su madre, antes de tomarla de la mano.

A veces podía ser bastante mandona y Vicky se sintió un poco molesta al ver su actitud. Cuando regresaron sobre sus pasos vieron a un grupito de hombres que conversaban en voz baja y Élise se dirigió al más entrado en años para pedirle indicaciones en francés, pero él sacudió la cabeza como si no la entendiera; el guardaespaldas, por su parte, estaba preguntando a otro de los hombres, y Vicky no pudo evitar preocuparse al ver que este señalaba hacia la parcela sin uso.

—Es el jardín de limoneros. Y Dar el-Hanch, la Casa de la Serpiente, está justo ahí.

Vicky no esperaba que fuera el propio Yves Saint Laurent quien saliera a abrir cuando llamaron a la puerta, pero así fue. Estaba muy bronceado, llevaba puestas unas pesadas gafas de montura negra, su oscuro cabello estaba bastante largo y vestía un caftán blanco y unos pantalones del mismo color.

Fue su madre quien tomó las riendas de la situación y se dirigió a él en francés.

—Perdón por molestarle, pero mi hija cree haber encontrado su cuaderno.

—¿Ah, sí? —Él no se movió de donde estaba. Siguió parado en la

puerta, impidiendo con su cuerpo que pudieran ver el interior de la casa.

—¿Le importaría dejarnos entrar? Llevamos un rato deambulando por la zona para intentar encontrar su casa.

Él se hizo a un lado para dejarlas pasar y posó la mirada en el guardaespaldas.

—Él puede esperar aquí fuera —le aseguró Élise con calma—. Esto no nos llevará mucho tiempo.

El diseñador las condujo a una sala que, aunque estaba amueblada con sencillez, poseía un elemento impactante: una de las paredes la ocupaba el luminoso dibujo de una serpiente de vívidos colores (azul, verde, ocre, un suave marrón rojizo). Él les indicó que tomaran asiento en el sofá y procedió a sentarse frente a ellas en un viejo sillón de madera.

—Somos muy rústicos, compramos todos estos muebles en los zocos.

Vicky se había quedado sin habla, le sudaban las manos y tenía la garganta seca. Su madre carraspeó ligeramente antes de proceder a presentarse.

—Soy Élise Baudin Dumas y esta es mi hija, Victoria Baudin. Vicky, ¿quieres explicarle la situación?

Vicky abrió el bolso que llevaba consigo y, sin decir palabra, sacó el cuaderno y lo dejó sobre la mesa. El diseñador se quedó atónito al verlo, lo tomó y lo ojeó en silencio. Daba la impresión de que no sabía si enfadarse con ella o darle las gracias.

—Yo no… no me lo llevé. —Vicky barbotó aquello atropelladamente—. No lo robé.

—¿Estás diciendo que lo tomaste prestado?

—Sí. Bueno, no. No fui yo. —Dirigió la mirada hacia la serpiente y tuvo la impresión de que la veía palpitar. Respiró hondo para intentar tranquilizarse, exhaló lentamente.

—¿Debo deducir que sabes quién se lo llevó? —Él preguntó aquello con sequedad, no apartó la mirada del cuaderno mientras iba pasando las páginas.

—Mi prima. Ella intentó devolverlo, llevarlo de vuelta al estudio que usted tiene en el Palmeral, pero las cosas se pusieron demasiado peligrosas y ahora estoy custodiada por seguridad. Tuvimos que salir de Marrakech a toda prisa, el hombre que ha visto en la puerta es mi guardaespaldas.

Él elevó las cejas por encima de las gafas al mirarla sorprendido.

—¿De qué estás hablando?

—Todavía no puedo contarle esa parte de la historia, pero mi prima ha desaparecido y yo corro peligro.

Su madre se hizo de nuevo con las riendas de la conversación.

—Creo que lo que mi hija está intentando decir es que, en cuanto se

dio cuenta de lo que había hecho su prima, intentó encontrar la forma de devolver el cuaderno sin que la joven se metiera en un problema grave.

Él soltó un bufido burlón y fue a por una taza que reposaba sobre una mesita auxiliar.

—¿Espera que me crea una historia tan descabellada?

—¡Es la pura verdad! —le aseguró Vicky—. Mi prima Beatrice es joven e ingenua, actuó sin ninguna mala intención.

Él la miró con impaciencia, hinchó de aire las mejillas y lo soltó en un sonoro bufido. Saltaba a la vista lo molesto que estaba, y ella se levantó del sofá sin pensarlo dos veces.

—Por favor, créame. Todavía no puedo contarle la historia al completo, no se me permite revelar demasiado. Mi madre ha venido desde Francia para ayudarme, mi abuela es Clemence Petier.

—¿Tu abuela estaría dispuesta a dar fe de tu honestidad?

—La verdad es que me conoce desde hace muy poco tiempo —admitió ella, con un pesaroso suspiro.

Su madre intervino de nuevo.

—Mi hija es una testigo clave en una investigación criminal y lo que está contándole es la pura verdad, se lo prometo. Lamento que no podamos explicarle la situación más detalladamente.

Él sacudió la cabeza y preguntó, totalmente perplejo:

—¿Por qué robó el cuaderno tu prima?

—Se puso a echarle una ojeada, pero oyó que se acercaba alguien y le entró el pánico. Ella no tenía ni idea de que le pertenecía a usted; de hecho, no sé por qué le llamó la atención y le dio por acercarse a verlo.

Fue incapaz de mirarlo a la cara durante el largo silencio que se apoderó de la sala tras sus palabras. No tenía ni idea del cauce que iba a tomar la situación.

—¿Por qué no debería llevar este asunto más allá? Dame un motivo —dijo él al fin.

«¡Ánimo, pequeña!». Con la voz de su abuelo resonando en su mente, Vicky respiró hondo y, aunque sabía que albergar esperanzas en aquella situación era una locura, soltó sin más:

—Acabo de obtener mi diploma en Diseño de Moda en Londres, y tengo plaza en L'École de la Chambre Syndicale de la Couture Parisienne.

Él exhaló un silbido de admiración antes de decir:

—Es una institución de prestigio.

—Vine a Marrakech con el único propósito de conocerlo a usted. No sabe cuánto admiro su trabajo, ha sido una inspiración para mis estudios y para la carrera que espero labrarme.

Él se rascó la cabeza y en su rostro apareció una cautelosa media

sonrisa que solo duró un momento.

—Mi prima Bea cometió la estupidez de llevarse el cuaderno y ahora está desaparecida, tememos que la hayan secuestrado y ni siquiera sabemos si sigue con vida. La policía está buscándola. La noche en que intentamos devolver el cuaderno ocurrió algo terrible.

—Ya veo. —Saint Laurent hundió las manos en los bolsillos del caftán y empezó a pasearse de acá para allá.

Vicky mantuvo viva una llamita de esperanza mientras el silencio se alargaba durante unos momentos que se le hicieron eternos. No sabía qué decir ni qué hacer y miró a su madre, quien tenía la mirada puesta en el suelo. Se obligó a contenerse para no decir ni hacer ninguna estupidez.

Al final, aquel gran hombre al que tanto admiraba se volvió a mirarla con semblante serio y rompió el silencio.

—Por lo que parece, ya tienes bastante encima sin tener que añadir además un arresto por robo. Venir a verme ha sido valiente por tu parte. ¿Me prometes que me lo contarás todo en cuanto puedas? —Esperó hasta que la vio asentir—. Ahora ya puedes irte.

El torrente de alivio que la recorrió fue tan arrollador que Vicky estuvo a punto de echarse a llorar.

Para cuando llegaron al *riad*, Vicky todavía estaba comentando con su madre lo bien que había ido la visita a la Casa de la Serpiente, pero le bastó con ver el semblante tenso y pálido de Etta cuando esta les abrió la puerta para saber que había pasado algo malo.

—Etta, te presento a mi madre, Élise. ¿Qué ha…?

La mujer alzó una mano para interrumpirla y las condujo a la cocina, donde las invitó a sentarse. Vicky estaba impaciente por saber cuanto antes lo que estaba pasando, pero su madre no había visto antes aquel lugar y estaba contemplando con interés los cuadros que decoraban las paredes revestidas de *tadelakt*, las coloridas lámparas de cristal, los farolillos chinos, la mampara de intrincada celosía que separaba una parte del espacio.

—Es precioso, parece que esté hecho de encaje —comentó.

—Es un biombo *zouak*.

Vicky había contestado de forma automática y sin apartar los ojos de Etta, quien eludió su mirada y, sin decir palabra, se atareó hirviendo agua y preparando un té a la menta al que añadió más azúcar de lo habitual.

Cuando el dulce líquido de color ámbar estuvo listo, les sirvió dos vasos junto con un plato de galletas de almendra y se limitó a decir:

—Aquí tenéis.

—Gracias —contestó Vicky, a pesar de no tener ni pizca de hambre.

Los sonidos del mundo exterior no llegaban a las profundidades de la casa y tan solo oía a los pájaros trinando en el jardín. Era uno de esos momentos en los que sabías lo que se avecinaba, sabías que el mundo podría estar a punto de detenerse en seco para cambiar tu vida de forma irrevocable.

—No sé cómo decirte esto, pero la policía vino hace un rato para hablar contigo —dijo Etta—. Al no encontrarte en el hotel, decidieron venir a ver si estabas aquí.

—¿Y bien?

Vicky hizo aquella pregunta con voz trémula a pesar de que, en el fondo, ya sabía cuál era la respuesta. Sintió el ardiente escozor de las lágrimas mientras contemplaba el rostro desencajado de Etta. «No. Por favor, no. Bea no…». Habría querido cubrirse los oídos con las manos, tal y como solía hacer de niña cuando su madre estaba regañándola por alguna pequeña trastada.

—Me temo que han encontrado el cadáver de una joven —dijo Etta, con voz apagada—. Se trata de una mujer blanca. No sabéis cuánto lo siento.

Vicky se quedó mirándola, enmudecida por un dolor insoportable que fue creciendo y creciendo hasta constreñirle la garganta. Gimió y se derrumbó sobre la mesa mientras intentaba contener las náuseas, vagamente consciente de que su madre le frotaba la espalda. Su madre. Necesitada de su consuelo como una niñita desolada, se giró hacia ella y, acurrucada en el refugio de sus brazos, estalló en llanto.

La cocina se inundó del sonido de sus sollozos, de su angustia y su dolor, y nadie habló en aquellos terribles momentos. Era el peor desenlace posible, la noticia que nadie quería oír.

—El cuerpo no ha sido identificado todavía —añadió Etta, una vez que los lastimeros sollozos de Vicky dieron paso a un llanto menos tormentoso—. Pero ellos creen que debe de tratarse de Beatrice.

Se hizo otro largo silencio hasta que Élise murmuró algo sobre la localización, pero lo que dijo fue prácticamente ininteligible porque seguía fuertemente abrazada a Vicky. Se apartó ligeramente de ella y habló en voz más alta.

—¿Dónde? —Tuvo que tragar una bocanada de aire y las palabras le salieron estranguladas—. ¿Dónde la han encontrado?

—No han entrado en detalles, me han dicho que pensaban ir de inmediato a la casba para hablar con los padres de Bea.

—¡Tengo que salir hacia allí ahora mismo para estar junto a mi hermana! —exclamó Élise—. Florence me necesita, ¡debo estar a su lado!

Etta asintió antes de añadir:

—Le he pedido a la policía que le dé un mensaje a Clemence de mi parte, seguro que Ahmed viene a buscaros de un momento a otro.

Con el rostro desencajado, Élise se sacó del bolso un paquete de pañuelos de papel que le entregó a Vicky. Esta lo aceptó e intentó secarse los ojos, pero las lágrimas brotaban sin parar y le bajaban por las mejillas hasta terminar por caer sobre la mesa.

—¡No es posible que esté muerta! —gimió con desesperación—. ¡Haré lo que sea! Por favor, ¡no puede estar muerta!

Vicky sintió que iba a enloquecer mientras esperaban a que llegara Ahmed. Le dolía el cuerpo entero, sentía como si tuviera los músculos en carne viva, un peso enorme le oprimía el pecho. Paseaba de un lado a otro de la cocina de Etta con nerviosismo, arrancándose las cutículas con los dientes e ignorando las voces que de vez en cuando le ofrecían alguna bebida o algo de comer. ¿Dónde estaba Ahmed?, ¿dónde se habría metido?

No podía quedarse quieta en medio de aquella agónica incertidumbre, pero las horas iban pasando con una lentitud insoportable.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Ahmed cuando llegó por fin, a una hora bastante tardía y con un nerviosismo inusual en él—. Se me ha pinchado una rueda y…

—¡Ahmed! ¡Gracias a Dios que ya has llegado! —exclamó Vicky.

Su madre los interrumpió para preguntar dónde se había hallado el cadáver de la mujer, pero él negó con la cabeza.

—No estaba cerca de la casba, es lo único que sé. La policía no ha querido facilitar más información. Bueno, hablo por *madame* Petier y por mí, no sé si los demás tendrán más datos.

—Vale, ¿nos vamos ya? —dijo Vicky con voz estrangulada, mientras tomaba su chaqueta y su mochila a toda prisa.

Pero Ahmed negó de nuevo con la cabeza.

—Está demasiado oscuro y hace mucho viento en la zona de las montañas, saldremos en cuanto amanezca.

Etta le dijo que podía quedarse a pasar la noche allí, pero él rechazó el ofrecimiento con amabilidad.

—Gracias, pero puedo quedarme en casa de unos primos. No se preocupe. Volveré justo antes del amanecer.

Vicky se derrumbó en una silla, sintiéndose completamente abatida. ¿Cómo iba a poder esperar tanto tiempo?

39

Clemence

Kasbah du Paradis

Había sido en las postrimerías de la tarde cuando Clemence había visto a Jack dirigiéndose con la espalda rígidamente erguida hacia el escarpado camino que bajaba hacia el pueblo, precedido por un único agente de policía. Iban a Marrakech para identificar el cuerpo que, según les habían informado, pertenecía a una joven mujer blanca. Había estado a punto de echarse a llorar al verlo alejarse. Resultaba difícil imaginar una escena más desoladora que la de aquel padre y, sintiendo que empezaba a formársele un nudo en la garganta y que las lágrimas amenazaban con brotar de un momento a otro, se había visto obligada a apartar la mirada.

Florence había exhalado un agónico gemido al oír aquella noticia que confirmaba sus peores temores y había alargado los brazos hacia su hija perdida, como si con ello pudiera traerla de vuelta por arte de magia. Pero sus brazos solo habían encontrado el vacío y había corrido tambaleante al baño, donde había vomitado. Pero no había llorado, al menos de momento.

Clemence le había pedido a Ahmed que fuera a Marrakech para recoger a Vicky y a Élise y llevarlas a la casba. Hélène y Étienne, por su parte, seguían buscando por las cumbres del Alto Atlas y pensaban pernoctar en un remoto refugio de montaña, así que había sido imposible ponerlos al tanto de la noticia.

Clemence cerró la puerta del anexo tras de sí. Nadia había accedido a encargarse de cuidar a Madeleine, quien había tenido un arranque de furia y había empezado a darles patadas a las dos. Los periodos de calma relativa que resultaban tan necesarios empezaban a verse interrumpidos con frecuencia creciente por arranques violentos que, en el fondo, estaban causados por la frustración. Su madre se sentía frustrada por su propio estado y también con la vida; se sentía frustrada con la mujer que ahora era su hija y, al cabo de un

momento, no lo era.

Clemence se sentía culpable por dejarla con tanta frecuencia al cuidado de Nadia, pero ese era un día en el que Florence tenía que ser su principal prioridad y, después de cerrar la puerta del anexo, salió en busca de esta última. Pasó brevemente por el jardín y al final la encontró en la sala de estar, sosteniendo una taza de café mientras contemplaba las montañas con la mirada perdida.

—¿Has decidido no ir con Jack a Marrakech? —le preguntó con voz suave.

Florence se volvió a mirarla con ojos ojerosos y hundidos y admitió:

—He sido incapaz de hacerlo.

—¿Quieres que te traiga algo? Un poco de brandi, quizá. ¿Te echo un chorrito en el café?

Florence asintió de forma casi imperceptible y Clemence fue a sacar la botella de la licorera, regresó al cabo de un momento y le echó una buena cantidad de brandi en la taza.

—Estarías más cómoda sentada.

—Quiero contemplar el viento —contestó Florence.

—Voy a acercar un par de sillas para que podamos contemplarlo juntas. El viento sopla procedente del sur de Marruecos, aunque en verano es poco habitual que sea tan fuerte como hoy.

Hubo un largo silencio, quebrado tan solo por los sonidos creados por Clemence al acercar a la ventana dos sillas y una mesita auxiliar de cobre batido.

Una vez que estuvieron sentadas, Florence apuró su taza en un par de tragos antes de admitir:

—A veces tengo la sensación de que me han ocurrido cosas sin más a lo largo de toda mi vida, cosas que yo no he provocado. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que no controlas tu propia vida?

—Sí, me ha pasado en alguna que otra ocasión.

—Jack me dice que debería tomarme las cosas tal y como vienen, pero eso es muy difícil cuando se es madre. Quieres solucionarlo todo para que nada pueda hacerles daño a tus hijos, quieres protegerlos y evitar que sufran. Aunque, desde un punto de vista lógico, sabes que es imposible.

Las dos guardaron silencio durante unos segundos, y Florence añadió finalmente:

—Ahora ya ni siquiera sé cómo sentirme. Estoy entumecida, helada. A la espera de que lleguen la ira, el dolor. Pero no hay nada.

Clemence la escuchó en silencio, no sabía qué decir. No se sentía capacitada para ayudarla, ¿qué podía decir una en semejantes circunstancias?

—Me siento medio muerta por dentro. Muerta. ¿Por qué?

—Por el *shock*, imagino.

Florence la miró con desesperación y se llevó la mano al corazón.

—Pero es que quiero sentir algo, ¡lo que sea! ¡Lo necesito!

—La naturaleza está protegiéndote así. Cuando sepamos con certeza si…

Florence soltó una carcajada, un sonido breve y seco cargado de amargura, y su semblante se endureció.

—¿En serio crees que todavía hay alguna esperanza?

—No lo sé, Florence. No sé qué decirte para ayudar.

—Ya. —Otro largo silencio—. Estoy al borde de la locura. —Sacudió la cabeza y añadió, como sorprendida consigo misma—: A punto, estoy a punto de volverme loca.

Clemence le tocó el hombro con delicadeza, pero apartó la mano al ver que permanecía inmóvil.

—La vida es demasiado imposible —añadió Florence—. Amamos a nuestros hijos con toda el alma, incluso estaríamos dispuestas a dar la vida por ellos; y, aun así, podemos perderlos de buenas a primeras.

—Sí —susurró Clemence. Sabía por experiencia propia lo ciertas que eran aquellas palabras.

Florence se volvió a mirarla y, al cabo de unos segundos, dirigió la mirada de nuevo hacia la vegetación que se agitaba bajo el viento más allá de la ventana.

—Puedes perderlos sin más, pero vivimos como si eso fuera imposible. Como si las tragedias solo pudieran golpear a los demás.

Clemence no respondió, pero sabía que era la pura verdad.

—Después de todo lo que pasé en Francia, después de la guerra y de presenciar la ejecución de Victor, tendría que haber aprendido la lección. Todos estamos expuestos a que nos pase alguna desgracia en cualquier momento dado.

—¿Qué alternativa tenemos? —Oír el nombre de su hijo la había estremecido. Solo le había tenido entre sus brazos cuando era un bebé recién nacido, pero la sensación de vacío había durado toda una vida —. ¿Blindar el corazón para no sentir amor? ¿Vivir atemorizadas permanentemente?

—Jack era un hombre muy cerrado cuando nos conocimos. Tenía un hijo fruto de su primer matrimonio y lo perdió durante la guerra.

—¡Cuánto lo siento! —Acudió a su mente el momento en que lo había visto alejarse por el camino tras el policía, era terrible pensar que lo más probable era que hubiera perdido también a su hija.

—¿Cómo vamos a sobrevivir a esto? Clemence, ¿puedes decirme cómo hacerlo? ¡Ni siquiera sé cómo respirar!

—Es normal, pero aprenderás a hacerlo.

Florence se volvió hacia ella, la miró implorante con aquellos ojos de un plomizo tono azul grisáceo.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hago?

—Cuando sepamos con certeza cuál ha sido el desenlace, irás avanzando paso a paso…

Su voz se apagó, nada de lo que pudiera decir resultaría adecuado en semejante momento. Pero daba la impresión de que Florence necesitaba una respuesta, se la veía totalmente desesperada. Ningún padre esperaba tener que enfrentarse a la muerte de un hijo, ninguno debería pasar por algo así. Pero era algo que sucedía de forma habitual.

—La espera ha sido un tormento y ha habido momentos, segundos fugaces, en los que su… su muerte… en los que su muerte parecía un alivio. ¿Qué clase de madre dice algo así?

Clemence tomó su mano para intentar reconfortarla en algo, aunque era consciente de que no había consuelo posible.

—Una que siente un amor muy profundo hacia su hija.

Pero fue como si Florence ni siquiera oyera sus palabras, porque ya estaba diciendo:

—En Francia llegué a sentir odio hacia mí misma. Me culpaba por lo que hicieron aquellos canallas, me sentía culpable. Tú entenderás sin duda esa sensación.

—Sí, por completo.

—Y ahora también me siento culpable.

—No, querida, tú no tienes la culpa de lo que ha pasado.

—Pero no mantuve a salvo a mi hija —susurró Florence, mientras las lágrimas empezaban a brotar—. ¡Tendría que haberlo hecho!

Clemence estaba murmurando palabras de consuelo cuando, de buenas a primeras, su madre irrumpió en la sala con el pelo desmadejado y chillando a todo pulmón:

—¡Murciélagos! ¡Murciélagos!

Nadia entró corriendo tras ella y se disculpó precipitadamente, consternada.

—¡Perdón por la intromisión, *madame*!

Clemence se levantó de la silla con un suspiro y, después de pedirle que se quedara allí con la inconsolable Florence, llevó a su madre al anexo con rapidez.

Esa noche, el aullido del viento mantuvo despierta a Clemence hasta que perdió la batalla contra el agotamiento. Afuera todavía estaba oscuro cuando la despertaron unos suaves toques en la puerta, pero el viento había amainado. Convencida de que estaba por recibir malas noticias, encendió la linterna que tenía en la mesita de noche y fue a abrir la puerta, que estaba cerrada con llave. Se quedó atónita al ver a Theo plantado en el pasillo. Estaba visiblemente cansado, tanto su camisa azul como sus pantalones de lino de color claro estaban

arrugados y polvorientos, y la expresión de su rostro revelaba que no estaba seguro de cómo iba a ser recibido.

—Perdona, Clem, acabo de llegar. Tenía que venir, me he enterado de que han encontrado el cuerpo de una mujer. ¿Es…?

Ella se llevó un dedo a los labios para indicarle que se callara y susurró:

—No podemos hablar en el pasillo. —Lo tomó de la mano y lo hizo entrar en la habitación.

Se quedaron frente a frente a un suspiro de distancia, mirándose en silencio. Él escudriñaba sus ojos, claramente preocupado, y a Clemence le entraron ganas de llorar de puro alivio por volver a tenerlo allí, aunque solo fuera brevemente, después de creer que no volvería a verlo jamás.

—Todavía no se sabe nada nuevo.

No supo qué más decir. No, mejor dicho: sabía lo que quería decir, pero no se atrevía a pronunciar las palabras. Retrocedió un paso, ni siquiera estaba segura de lo que le había motivado a volver a la casba. ¿Había vuelto por ella o por otro motivo?

—Me… —Las palabras se disiparon antes de brotar de sus labios, todo lo que dejó sin expresar quedó pendiendo en el aire.

Se hizo un breve silencio muy incómodo, pero él la tomó por sorpresa al enmarcar su rostro entre las manos (un gesto familiar que siempre había hecho) y besarla con fuerza en la boca.

Cuando sus labios se separaron, ella lo miró con incertidumbre y preguntó con voz queda:

—¿Qué…?

—No.

—¿Qué?

—No hables. No pienso marcharme, Clem. Digas lo que digas, no volveré a dejarte.

Clemence lo contempló en silencio. Él tenía medio rostro iluminado por la luz de la linterna, la otra mitad estaba bañada por las sombras.

—¿Y bien? —insistió él. Se dio cuenta de que no entendía a qué se refería y añadió—: Me refiero a la mujer que han hallado muerta. Estaba a punto de regresar a Tánger cuando he oído la noticia por la radio, pero no he logrado contactar con el agente Alami para que me diera más detalles y he decidido venir de inmediato para ver si puedo ayudar en algo.

—No sabemos nada todavía. Han llevado a Jack a una comisaría situada en el otro extremo de Marrakech, pero no creo que hayan podido ir en coche hasta allí de noche y con este viento tan fuerte.

—No.

—Pero tú sí que has logrado llegar hasta aquí.

—Lo he pasado fatal durante el trayecto. A medio camino me paré a

dormir un rato en el coche para esperar a que amainara un poco.

—Theo, me… —Clemence se interrumpió y consiguió esbozar una sonrisa. Tenerlo de nuevo junto a ella era una dulce sorpresa que había logrado levantarle el ánimo—. Me alegro de que hayas vuelto, me alegro de verdad.

Había pensado infinidad de veces en él, recordando aquellos momentos en los que yacían el uno junto al otro en la cama muy juntos, piel con piel; o cuando Theo se echaba a reír estando medio desnudo años atrás, siendo joven… y ahora también, con más años encima y más maduro. Seguía deseándola tanto como ella lo deseaba a él; de hecho, podría decirse que ese deseo mutuo era incluso más intenso que antes. Y estaba claro que aquella iba a ser la última y definitiva oportunidad que iban a tener.

Él la miró con fingida suspicacia y dijo en tono de broma:

—No me lo puedo creer, ¡Clemence Petier está admitiendo que se equivocó! ¿Podrías ponerlo por escrito?

Dio un paso hacia él y se dieron un abrazo tan estrecho que sintió contra sí la calidez de su masculino cuerpo, el torrente de sangre que le corría por las venas, el latido de su corazón. Iban a encontrar la forma de estar juntos, en esa ocasión terminarían por conseguirlo. Movió los labios, pero no dijo nada a pesar de que muy hondo, en lo más profundo de su ser, estaba sonriendo. Los rescoldos de su ser interior se habían reavivado y brillaban con fuerza.

Cuando el abrazo terminó, lo condujo a la cama.

—Estoy muy sucio —murmuró él.

—Las sábanas se pueden lavar, solo tienes que quitarte la ropa. Pero será mejor que cierre la puerta si quieres evitar que mi chiflada madre se meta en la cama contigo.

Él encendió una lamparita y ella lo contempló a placer, profundamente excitada ante su musculoso torso y sus ágiles extremidades. ¡Cuánto amaba a aquel hombre!

Poco después estaban bajo las mantas, pero no hicieron el amor a pesar de que Clemence se sentía relajada y sensual. Posó la cabeza en el pecho de él y le expresó cómo se sentía.

—Durante todos estos años, mi vida se ha centrado en protegerme a mí misma —susurró—. Solo puedo recuperar mi espontaneidad contigo.

—¿De qué te protegías?

—De las cosas de las que era incapaz de hablar, las que intentaba mantener apartadas de mi mente.

—No sabes cuánto lo siento.

—No te preocupes. Es extraño, pero la verdad es que quiero contártelo todo. Pero no ahora. Ni por el momento, quizá. Pero lo haré.

—Sea lo que sea, no me importa, cariño mío. Por mí, como si eres una temible asesina del hacha.

—¿Lo prometes?

Él alzó la cabeza para poder ver bien su rostro bajo la tenue luz.

—¿Estás confirmando que lo eres? —Sonrió al ver la cara que ponía Clemence—. Perfecto, ¡me encantan las asesinas del hacha!

«Ya lo veremos», pensó ella para sí, a pesar de que prefería morir a no sincerarse con él a esas alturas. Iba a contarle toda la verdad y, a partir de ahí, estaría en manos de Theo tomar su propia decisión.

En ese momento pensó de nuevo en Florence, quien había aceptado agradecida otro somnífero la noche anterior. Puede que a esas horas ya estuviera despierta en la cama, rodeada de silencio y soledad, en la habitación que compartía con Jack.

Debería levantarse, lavarse, vestirse y prepararse para lo que pudiera depararles la jornada. Los pájaros habían iniciado ya sus cánticos matinales, empezaban a oírse los sonidos de la naturaleza despertando con un nuevo amanecer.

Theo logró arrancarle un gemido de placer al cubrirle un pecho con la mano, pero no tuvo más remedio que apartarlo antes de decir con firmeza:

—Después. Tengo que levantarme, pero quédate aquí y duerme.

—¡Cómo quieres que duerma? —Guio una de las manos de Clemence hacia su entrepierna—. ¡Mira cómo estoy por tu culpa!

—¡Después! —insistió ella con una carcajada.

Para cuando ella terminó de asearse y de vestirse, él estaba roncando con suavidad. Contempló aquel rostro tan amado y se estremeció maravillada, el alivio que sentía al verlo volvió a recorrerla de pies a cabeza. Pero era más que eso. Theo había liberado lo que ella había perdido en su interior, su capacidad de amar había quedado desatada; más aún: se había desprendido de su habitual cautela, había dejado de estar en guardia en todo momento. Podría decirse que había mudado de piel como si fuera una serpiente. Aquello era un nuevo comienzo, el retorno de la esperanza. No tenía palabras para describirlo con exactitud, pero sentía como si su cuerpo fuera mucho más liviano y libre. A pesar de la situación tan horrible por la que estaban pasando, nada podía igualarse a aquella dicha llena de paz. La llegada de Theo había acallado los temores subyacentes, al menos de momento, pero ella debía enfrentarse ahora a la jornada que tenía por delante. Respiró hondo y, tras acercarse a él y acariciarle con ternura la mejilla, salió de la habitación.

40

Vicky

Cuando se dirigieron hacia el vehículo aparcado al llegar la mañana, empezaba a clarear lo justo para ver por dónde iban, aunque el sol no había salido aún. Vicky lanzó una mirada a su madre, quien estaba sentada junto a ella con la cabeza cubierta con un pañuelo y el semblante tan impasible como siempre. No sabía gran cosa sobre la labor de su madre como miembro de la Resistencia, aunque el *grand-père* Jacques le había contado que era mucho lo que había enfrentado y soportado. Él era un hombre reservado que se negaba a hablar de los terribles años de guerra que le habían arrebatado a su hijo, pero tanto su sufrimiento como el de tantos otros resultaba totalmente comprensible; en todo caso, él había dejado claro que su madre sabía bien lo que eran la muerte y el sufrimiento, y verla tan estoica ante una situación tan tremendamente dura resultaba extrañamente reconfortante. Pensó en la tía Florence y el tío Jack, en cómo iba a afectarles perder a Bea. ¿Lograba recuperarse alguien de semejante tragedia?

El viento había amainado y, conforme una mañana azul y soleada iba abriéndose paso, Vicky contempló el despejado cielo marroquí por la ventanilla; en cierto modo, era un alivio salir de la ciudad. Se abrazaba a sí misma con fuerza, había agotado todas sus lágrimas y notaba los ojos enrojecidos e hinchados. No podía dejar de pensar en Bea; por mucho que intentara detener los pensamientos que irrumpían en su mente, sus esfuerzos eran en vano. Una imagen tras otra; fugaces escenas del pasado, transmitiéndose como películas antiguas; risas de la infancia que prácticamente habían quedado en el olvido. Recordó de nuevo el día en que habían ido a Biba, la *boutique* londinense, y pudo ver con nítida claridad a su prima: el brillo de entusiasmo en sus ojos azules, su liso cabello rubio con las puntas hacia arriba. Estaba preciosa, era una verdadera belleza y ella debía admitir que la había envidiado por ello; aun así, cuando Beatrice había llorado porque estaba convencida de que había suspendido los exámenes, se había

sentido fatal por ella. Todo el mundo tenía vulnerabilidades, aunque a veces estaban tan ocultas que no podías ni empezar a desenmarañarlas. Sintió una dolorosa punzada de culpabilidad y se le constriñó el pecho, ¿por qué diantres se le había ocurrido la idea de viajar a Marruecos?

La escénica ruta ascendente estaba salpicada de pueblos bereberes; cada vez que su madre y ella empezaban a adormilarse, las despertaba alguna sacudida al tomar las curvas cerradas que abundaban en el serpenteante camino. Las montañas tenían un tono azulado y la estampa de los valles salpicados de huertos de árboles frutales era preciosa, pero ella se sentía aislada de todo. Vieron burros, cabras y pollos que escarbaban la tierra, así como algunos lugareños ocupados con las tareas matutinas. Su madre estaba viendo todo aquello por primera vez y fue haciendo algún que otro comentario esporádico, pero ella no contestó; de hecho, ni siquiera la estaba oyendo, ya que su mente estaba puesta en la infinidad de discusiones que ambas habían tenido en Francia. En aquellos tiempos, solía acudir a su abuelo, quien se limitaba a comentar que ambas tenían la habilidad de sacarse de las casillas mutuamente; y entonces, cuando ella protestaba asegurando que no era la culpable de la situación, él respondía con alguna evasiva.

Para cuando llegaron a Imlil y Ahmed aparcó el coche, ya había bastante movimiento por las calles. Enfilaron a pie por el camino ascendente, cansados y acusando ya el calor, y al llegar arriba encontraron a Clemence paseándose con nerviosismo frente a la casba.

—Estaba esperando a Jack —les dijo, con una expresión inescrutable en el rostro.

—¿Todavía no se sabe nada? —preguntó Vicky.

—No, esperamos recibir noticias de un momento a otro. Menos mal que el viento ha amainado, es un alivio verte sana y salva.

—Te presento a mi madre, Élise. Mamá, ella es Clemence, mi abuela.

Su madre avanzó unos pasos y ambas mujeres se miraron en silencio, como si no supieran cómo actuar. Las dos debían de tener un montón de preguntas en mente. Finalmente, fue Clemence quien recobró primero la compostura y tomó la iniciativa.

—Te pareces tanto a tu hija, que me he quedado impactada. —Optó por tutearla directamente, como intentando quitar algo de formalidad a la ya de por sí tensa situación.

—Sí, nos lo dicen mucho. Aunque también hay quien dice que se parece a su padre.

No podía decirse que su madre estuviera siendo grosera, pero estaba actuando como una autómata que ni siquiera había esbozado una sonrisa y Vicky se sintió mortificada por su abuela, quien tenía unos

modales impecables y estaba esforzándose visiblemente por capear lo mejor posible aquel incómodo encuentro.

—En breve podrás descansar un poco en tu habitación. Vas a compartirla con Vicky, espero que no te importe.

—En absoluto. —Élise se mostraba fría, contenida.

—Después habrá tiempo de sobra para hablar. Por cierto, Hélène y Étienne no han regresado aún.

Élise frunció el ceño al escuchar aquello.

—¿No es peligroso que estén solos por esas cumbres tan agrestes?

—Hay un viejo refugio de montaña. Mientras hayan logrado llegar hasta allí, no tiene por qué haber ningún problema. Aunque es una construcción muy básica, al menos los habrá cobijado de este viento tan inusualmente fuerte que hemos tenido. Pero dejad que vaya a por Florence antes de llevaros a vuestra habitación.

Florence llegó corriendo poco después y se fundió con Élise en un desesperado abrazo. Las dos tenían los ojos llenos de lágrimas.

Después de que Vicky y su madre dejaran sus cosas en la habitación, las cuatro salieron a sentarse bajo la marquesina y, envueltas en un silencio cargado de nerviosismo, se dispusieron a esperar a Jack. Pero apenas habían pasado unos minutos cuando Vicky soltó un grito de miedo y señaló hacia un rincón de la terraza envuelto en sombras. Clemence, Florence y Élise dirigieron la mirada hacia allí de inmediato y fue esta última quien dijo, como si el grito hubiera logrado devolverla a la vida:

—¡Vaya! ¡Menuda araña!

Un súbito rayo de sol penetró las sombras, iluminando una araña de color claro que debía de medir unos quince centímetros y que, huyendo del calor, se había refugiado en aquel rincón procurando no llamar la atención.

—¿Es venenosa? —preguntó Vicky, horrorizada.

—No, pero la picadura puede ser dolorosa —contestó Clemence.

Vicky se echó hacia atrás en su silla.

—¿Qué clase de bicho es?

—Una araña camello, suelen vivir en el desierto.

El animal se escabulló a toda prisa mientras la observaban, y Clemence añadió:

—Pobrecilla, lo más probable es que llegara arrastrada por el viento de anoche.

Theo estaba en la cocina, encargándose de preparar café para todos, pero Vicky estaba muy nerviosa y no habría sabido decir si en ese momento quería tomar cafeína o dormir unas horas. Un súbito sonido la sobresaltó y, al oír que alguien se acercaba, se volvió de inmediato y vio aparecer en lo alto del camino a un agente de policía cuyo rostro inescrutable no dejaba entrever nada. Su madre y su tía Florence se

levantaron tan de golpe que echaron sus respectivas sillas hacia atrás, el rostro de la segunda revelaba la batalla que estaba librándose en su interior: por un lado, estaba la desesperada necesidad de saber la verdad; por el otro, la desesperada necesidad de evadirse y no querer saberla. Su madre se colocó detrás de su tía y posó las manos en sus hombros, como si con ello pudiera escudarla de la terrible noticia. Su tía giró la cabeza para mirarla y le aferró la muñeca con fuerza.

Jack apareció también en lo alto del camino.

Vicky vio que su tía alzaba una mano trémula, como intentando detener la llegada de malas noticias, y su propio miedo se acrecentó.

Jack echó a correr hacia su esposa y la abrazó con todas sus fuerzas mientras repetía con voz quebrada:

—¡No era Bea! ¡No era Bea!

Vicky sintió que le flaqueaban las piernas y se desplomó en la silla, abrumada por las emociones, intentando encontrarle sentido a lo que estaba pasando. ¿No era Bea? ¿Significaba eso que su prima podría estar viva? ¿Todavía había esperanzas? Su madre se sentó junto a ella y le tomó la mano, se miraron en silencio y Vicky tuvo la impresión de que las dos estaban igual de confundidas. El hecho de que el cadáver hallado no fuera el de Bea era una noticia fantástica, por supuesto, pero ¿quién sería la mujer que había fallecido? Y ¿dónde estaría Bea?

El policía se acercó en ese momento y todos centraron su atención en él. El hombre tosió ligeramente antes de hablar en francés.

—La joven a la que encontramos es una americana. Frieda Collins, era dueña de una tienda de ropa.

Vicky se quedó horrorizada al oír aquello. Se le escapó una exclamación ahogada y se cubrió la boca con la mano.

—¿Usted la conocía? —le preguntó el agente.

—No mucho, coincidimos en una ocasión.

—Lo supe al instante, era imposible que fuera Beatrice —afirmó Jack, quien no había soltado en ningún momento las manos de su mujer—. Lo que le quedaba de pelo era cobrizo, el color no se parecía en nada al rubio de Beatrice. Estaba desesperado por decírtelo, pero he tenido que esperar a que la policía me trajera de vuelta. Nadie estaba dispuesto a conducir de noche hasta aquí por el viento que hacía.

El agente se lo llevó a un aparte para intercambiar unas palabras con él en voz baja, y entonces procedió a marcharse sin revelar nada sobre las causas de la muerte de Frieda.

Vicky estalló en llanto. Lloraba tanto de alivio como por el miedo a lo que pudiera avecinarse, y también por la pobre Frieda. Recordó el momento en que la había visto entrar en el bar, acaparando todas las miradas con aquella nube de cabello cobrizo, el vestido de seda escandalosamente transparente y unos zapatos de tacón dorados;

recordó también la tienda abandonada, Frieda's Frocks: los percheros vacíos, los papeles amontonados sin ton ni son, las cajas tiradas por el suelo. El reflejo del hombre calvo en el cristal de la ventana. ¿Qué era lo que había ocurrido para que Frieda mereciera un final tan horrible?, ¿habría sufrido un accidente? Parecía poco probable, pero descartar esa posibilidad llevaba a pensar que quizá había muerto asesinada a manos de alguien.

¿Llegarían a descubrir alguna vez la verdad?

Lo único que estaba claro era que, fuera lo que fuese lo que había ocurrido, aquella pesadilla no había terminado aún.

41

Clemence

Kasbah du Paradis

Cuando Theo salió a la terraza con una jarra de café, Clemence vio que se quedaba consternado al ver a Florence llorando mientras Jack la conducía al interior de la casa. Se apresuró a tranquilizarlo.

—¡No es lo que crees! —Se levantó de la silla, tomó la jarra y la depositó sobre la mesa antes de tomarlo del codo para llevárselo a un aparte—. No pasa nada, son lágrimas de alivio.

—¿No era el cuerpo de Beatrice? —preguntó, sorprendido.

—No.

—¡Gracias a Dios!

—Sí, por supuesto, pero…

—Pero Bea sigue desaparecida.

Clemence suspiró pesarosa antes de decir:

—Parece ser que Frieda Collins era una joven americana que desapareció hace unos días. Con este calor, el cuerpo debía de estar descomponiéndose rápidamente y supongo que por eso la confundieron con Beatrice, pero el color de pelo era muy distinto.

—O sea, que la policía encontró los restos de una joven blanca y llegaron a una conclusión precipitada. ¿Cómo falleció?

—No lo sabemos, el agente solo nos ha dicho que la habían identificado.

—Bueno, pero eso nos da una pista. Si fue una muerte sospechosa en vez de un accidente, es posible que estuviera metida en lo que sea que está pasando aquí. Quién sabe, incluso es posible que estuviera espiando a los servicios de seguridad marroquíes por cuenta de los americanos. No se pueden ni ver.

—Vicky coincidió una vez con ella, ¿crees que la policía querrá hacerle algunas preguntas?

—Es lo más probable. Exceptuando al agente Alami, no debe decirle nada a nadie. Adviérteselo.

Se interrumpió al ver que Ahmed se acercaba a ellos, seguido de la madre de Clemence y de los perros.

—La señora ha estado preguntando por usted, *madame*. He intentado distraerla.

—Está bien, Ahmed. Gracias —dijo Clemence.

Él inclinó la cabeza antes de retirarse.

Madeleine se aferró de inmediato a Theo y, de lo más sonriente, empezó a acariciarle el brazo y a hablarle de los murciélagos. Los perros, por su parte, agitaron la cola mientras olisqueaban alrededor de los pies de los tres y terminaron por alejarse a toda velocidad en dirección a la mesa del desayuno.

—Madeleine y yo daremos una vuelta por el jardín —dijo Theo. Se echó a reír al ver la mirada triunfal que la anciana lanzó a Clemence, quien estaba asintiendo. La instó a tomarlo del brazo y, mirándola sonriente, añadió—: Estaremos la mar de bien, ¿verdad?

Clemence permaneció donde estaba mientras los veía alejarse. Theo se comunicaba con toda facilidad con su madre, quien estaba reclinada contra él y parecía una jovencita risueña. En ese momento vio que Nadia emergía de la casa con una bandeja que contenía cruasanes, tostadas y yogur, y se acercó a ella.

—Gracias, Nadia. Disculpa la molestia, pero el café se ha enfriado. ¿Podrías preparar otra jarra, por favor? Y, cuando tengas un momento, lleva a la habitación de Jack y Florence una bandeja con el desayuno.

Tanto Vicky como Élise habían entrado también en la casa, pero seguro que querrían desayunar algo cuando volvieran a salir. Ella, mientras tanto, se alegraba de disponer de un rato de soledad para asimilar el regreso de Theo. Era el hombre más considerado del mundo, pero la sosegada vida a la que ella estaba acostumbrada se había vuelto patas arriba y necesitaba estar a solas unos minutos. Se sentó bajo la marquesina y, con el canto de los pájaros como música de fondo, se puso a pensar en cuál sería la mejor forma de sincerarse con él y contarle la verdad; al fin y al cabo, no era una nimiedad que se pudiera soltar sin más. Quizá fuera buena idea ir dejando comentarios sueltos aquí y allá, para que el impacto no fuera tan fuerte. Quién sabe lo que él diría al enterarse de todo, pero, fuera cual fuese su reacción, estaba firmemente decidida a contárselo. Se acomodó en la silla y se puso a ojear un ejemplar de la edición francesa de la revista *Elle*, en cuya portada aparecía una fotografía de Nicole de Lamargé que había sido tomada por Duffy. Se trataba de una edición especial con el color azul como tema central a la que habían llamado «La ola azul», y la había comprado especialmente para Vicky.

Su nieta y Élise aparecieron unos minutos después. Clemence estaba

esperando a que se presentara la oportunidad de hablar a solas con esta última, pero no sabía cómo abordar la situación porque tenía la impresión de que no era demasiado amigable. En cualquier caso, ¿con qué derecho iba a agobiar a aquella mujer con preguntas sobre Victor?

—¡Uy! Esta edición especial no la he visto todavía. —Su nieta se inclinó a echar un vistazo.

—Ten, toda tuya.

—¿Estás segura?

—No estaba leyéndola, solo pasaba el rato.

—Gracias. ¿Te importa que me la lleve a la habitación?

—¿No vas a desayunar nada? —Clemence la miró con preocupación.

—No tengo hambre.

—Le pediré a Nadia que te lleve un zumo de naranja. Por cierto, Theo me ha pedido que te avise de que, exceptuando al agente Alami, no debes hablar de Frieda con nadie.

Vicky asintió y se marchó.

Clemence invitó a Élise a tomar asiento. Nadia apareció con una bandeja en la que llevaba más cruasanes y una jarra de café recién hecho, y procedió a servirles sendas tazas antes de retirarse.

Se hizo el silencio y, dado que ninguna de las dos pronunciaba palabra, el aire se cargó de una crepitante tensión. Theo se acercó en ese momento con Madeleine, pero se detuvo al notar la incomodidad que reinaba en el ambiente.

—Madeleine y yo desayunaremos en el anexo —dijo, antes de llevarse de allí a la anciana.

La incomodidad de Clemence se volvió insostenible al cabo de un largo momento y, como no podía quedarse quieta ni retirarse con alguna excusa cortés, exhaló un largo suspiro sordo y tomó la palabra.

—Supongo que querrás hacerme algunas preguntas —le dijo. Al fin y al cabo, era una madre que había permitido que se llevaran a su hijo, y seguro que Élise la había juzgado por ello.

El gran parecido que había entre aquella mujer y Vicky le resultaba fascinante y no pudo evitar contemplar con admiración su oscura melena ondulada, una lustrosa y espesa con muy pocas canas (tenía menos que Florence, su hermana pequeña). Sus ojos color coñac eran enormes y expresivos.

—Sí.

—Sé lo que realmente quieres saber y no puedo revelártelo, pero, si no te importa, ¿podrías hablarme de Victor?

Élise contempló en silencio sus propios pies; cuando habló por fin, lo hizo con voz gélida.

—¿No puedes revelar por qué no fuiste a ver ni una sola vez a tu hijo?

Clemence tuvo que tragar saliva antes de poder contestar.

—Era una situación complicada.

Élise sacudió la cabeza y apartó la mirada. Clemence tuvo la impresión de que era una mujer muy irritable, por lo que iba a tener que elegir sus palabras con mucha cautela.

—¿Qué clase de hombre era?

Élise se volvió a mirarla con actitud abiertamente hostil.

—¡No me digas que te importa!

—Por favor, Élise.

—¡No puedo entender cómo pudiste abandonarlo sin más!

—Era una situación que escapaba a mi control —admitió Clemence con un suspiro.

—Sí, claro. ¿Y más adelante? Cuando eras una adulta madura y tenías todo esto. —Indicó con un amplio gesto de la mano la casba—. ¿Seguía escapando a tu control?

Su tono de voz cáustico la afectó, pero alcanzó a decir:

—En cierto sentido, sí.

Élise debió de darse cuenta de que no iba a oír ninguna explicación más convincente, porque contestó con sequedad:

—Está bien, te diré cómo era Victor. Era valiente, insensato, bueno. Y yo le amaba, sigo haciéndolo. Incluso después de todos estos años, me sigue doliendo.

Clemence fue incapaz de pronunciar palabra.

—El día que fue asesinado por los nazis fue el peor de toda mi vida. Creí que me moría, quería hacerlo. Estaba totalmente consumida por la furia y el dolor. No podía respirar, no podía comer, lo único que quería era vengarme.

—¿Te sientes capaz de contarme cómo sucedió?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque jamás pude dejar de pensar en lo que pasó, no pude dejar de pensar en él. Porque yo fui su madre tiempo atrás. Y porque necesito saberlo.

Élise entornó los ojos como si estuviera intentando escudriñar su mente, y Clemence insistió:

—Tuve mis motivos para hacer lo que hice, Élise. Terribles motivos. Y te lo contaré todo tan pronto como me sea posible.

Se hizo un largo silencio, quebrado tan solo por los perros ladrando en algún lugar de los terrenos.

—No lograron asustarnos con la ejecución; al contrario, la Resistencia se volvió más fuerte aún.

Clemence estrujó las manos sobre el regazo mientras imaginaba la escena.

—¿Jacques estuvo presente?

—No, se sintió incapaz de presenciarlo. La muerte de Victor le

rompió el corazón, nunca se casó y le había criado él solo. Solo se tenían el uno al otro. Nunca había sido un hombre de trato fácil, pero después de la ejecución ayudó a la Resistencia y Vicky lo adora. Fue ella quien lo devolvió a la vida.

—Pobre Jacques… —susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

—Recuerdo que me entraron náuseas, unas náuseas terribles, cuando pusieron a los prisioneros en fila y los ataron a unos postes que habían sido erigidos para la ocasión.

—¿Cuántos prisioneros había?

—Cuatro, eran cuatro. Sentí que el mundo dejaba de girar mientras esperábamos.

Hablaba en voz tan baja que Clemence tuvo que inclinarse un poco hacia ella para poder oírla.

—El pelotón apuntó. El instante duró una eternidad, aunque solo fueron unos segundos. Uno a uno, tres de ellos fueron quedando inertes, sus cuerpos se doblaron hacia delante mientras se deslizaban por el poste con la cabeza caída. Sin vida. Me…

—Tranquila, tómate tu tiempo —susurró Clemence.

—Eran seres humanos que respiraban, con familias y personas que les querían, y, de un momento al otro, dejaron de serlo. Toda la gente que se había congregado allí estaba llorando. Solo… Solo quedaba Victor.

—¿Existió alguna posibilidad de que lo indultaran?

Élise negó con la cabeza y prosiguió con el doloroso relato.

—El pelotón apuntó de nuevo. Recuerdo que quería gritar, pero tenía la garganta cerrada y solo me salía un gemido. Entonces, justo antes de caer desplomado, se puso a cantar en voz bien alta y clara.

—¿Qué cantó? —Clemence imaginó a su hijo atado a aquel poste, sabiendo que estaba a punto de morir.

—*Le chant des partisans*, el himno no oficial de la Resistencia. Consiguió cantar una línea, pero…

Clemence sintió que le ardían los ojos y se apresuró a parpadear.

—Murió mientras cantaba al mismo tiempo que resonaban los disparos en la plaza. Todos nos unimos a su canto, tarareando en voz baja hasta que el pelotón se volvió hacia nosotros y nos apuntó con los rifles. En un fugaz instante, su vida terminó y la mía cambió para siempre.

—Yo creo que solo se ama así una vez en la vida —alcanzó a decir Clemence, mientras las lágrimas empezaban a caer.

—Fue el amor de mi vida.

—Oh, querida…

—Soy feliz con Henri, por supuesto que sí, pero es otra clase de afecto. Él y yo… En fin, somos buenos amigos, pero los dos hemos perdido a nuestras respectivas almas gemelas. —Élise se pasó una

mano por el pelo y parpadeó varias veces—. Lamento que no llegaras a conocer a tu hijo. Era un buen hombre, te habrías sentido orgullosa de él. —Respiró hondo. Era obvio que estaba luchando por contener sus emociones, pero también tenía lágrimas en los ojos.

Clemence se sentía tan desgarrada por dentro que estaba temblando, pero Élise la tomó de las manos y las dos mujeres que habían amado a Victor de distinta forma se aferraron la una a la otra con fuerza.

42

El día siguiente resultó bastante monótono, vacío y carente de propósito después de las emociones desatadas del anterior. Jack y Florence regresaron a Marrakech acompañados por la policía para aparecer en una rueda de prensa; Élise y Vicky se quedaron en la casba, a la espera de que regresaran Hélène y Étienne; en cuanto a Clemence, estaba desgarrada de dolor y sentía como si el mundo se hubiera derrumbado a su alrededor. Los detalles de la muerte de Victor habían quedado grabados con vívida claridad en su mente, su corazón, en todo su ser. Había aprendido a guardar en un rincón de su corazón la pérdida de su bebé, e incluso la pérdida de su hijo adulto durante la guerra. Y ahora tenía que encontrar la forma de vivir con aquella nueva información sobre la pérdida del hombre en que se había convertido. Se arrepentía de no haber ido a verlo jamás a la región del Dordoña, aunque había existido un motivo que la había llevado a tomar esa decisión. Un motivo que seguía existiendo.

Salió al jardín sintiéndose abotargada y apagada, pero se detuvo en seco al ver que los jabalíes de pelo hirsuto que vivían en aquellas tierras habían roto la valla y, valiéndose de sus largos morros y sus fuertes cuerpos, habían escarbado la tierra en busca de comida, destrozando las plantas a su paso y dejando grandes parches de terreno levantados.

—¡Mierda! —Alzó las manos al aire con exasperación y decidió ir a por un rastrillo para arreglar los destrozos como buenamente pudiera.

La cristalina luz del sol, sentir su calidez en la piel, el olor a ajo y a menta que flotaba en aquel aire tan puro y limpio…, todo ello la ayudó a sentirse un poco mejor. De vez en cuando, mientras trabajaba en el jardín, alzaba la mirada hacia la rocosa ladera de la montaña y la contemplaba como hipnotizada, apoyándose en el mango del rastrillo mientras reflexionaba sobre cuánto significaba para ella la vida que llevaba allí. Ese había sido el lugar donde había volcado todo el amor que había perdido anteriormente. Y, con el paso del tiempo, la pérdida había ido transformándose en el amor hacia aquellas tierras, hacia su hogar. Amor hacia el sereno ritmo de su día a día. Y le había

bastado con eso. Hasta ahora.

Al cabo de un rato, Vicky la vio por la ventana y bajó a ayudarla. Ninguna de las dos habló demasiado. Clemence vio lo demacrada que estaba su nieta y dedujo que necesitaba distraerse con una tarea física tanto como ella misma. Pero, a pesar del silencio, el hecho de tenerla allí seguía siendo un regalo que le alegraba el corazón, un privilegio del que no se sentía merecedora. Si en el pasado hubiera tenido otra salida, ahora no la atormentaría la culpa ni viviría con el temor de que la verdad saliera a la luz, ¡ojalá que su madre no hubiera insistido en hacer aquel pacto tan terrible! Pero, por otra parte, ¿acaso había tenido otra opción alguna de las dos?

Y aun así… Aun así, qué distinta podría haber sido su vida…

Vicky y ella pasaron una hora trabajando plácidamente en el jardín, pero al final no tuvieron más remedio que parar cuando el sol estuvo tan alto que el calor se volvió asfixiante. Guardaron las herramientas y se dirigieron hacia la casa, era un alivio descansar un poco.

—¿Has visto eso? —dijo Vicky de repente, cuando ya estaban cerca de la terraza.

—¿El qué?

—Allí, no sabría decir exactamente lo que era. Me ha parecido ver algo entre los árboles.

—Espero que los jabalíes no hayan vuelto. —Clemence usó una mano a modo de visera—. No veo nada, puede que haya sido alguna sombra. Todo titila cuando el sol está tan alto, una puede imaginar cualquier cosa.

—Y que lo digas —contestó Vicky con nerviosismo.

Más tarde, cuando todos se sentaron alrededor de la mesa a la hora de la comida, el único sonido era el de los insectos que zumbaban con languidez, adormilados por el calor. Vicky estaba visiblemente nerviosa, tensa, tamborileaba los dedos sobre la mesa y miraba alrededor cada dos por tres; Élise parecía estar sumida en sus pensamientos y Theo también estaba inusualmente callado. Los dos habían bajado a Imlil y habían pasado la mañana allí, haciendo indagaciones entre los lugareños. No habían averiguado nada nuevo, salvo por un pequeño detalle: al parecer, el día de la desaparición de Beatrice, un motorista con sidecar había atravesado el pueblo colina abajo a toda velocidad, matando a su paso a tres pollos. La gente había murmurado entre sí que conducía como alma que llevaba el diablo.

—Espero que os guste —dijo Clemence, cuando Nadia depositó en la mesa una fuente y el olor a jengibre y a canela inundó el ambiente.

—¡Huele de maravilla! —Vicky le dio un pequeño codazo a su

madre para hacerla reaccionar—. ¿Verdad que sí, *maman*?

Élise parpadeó como si estuviera despertando de un profundo sueño.

—Es un plato marroquí de pollo, aunque tradicionalmente se elabora con palomas —explicó Clemence—. Este nuestro es pollo con especias envuelto en unas láminas de pasta de harina llamadas *warga* y tortilla a las finas hierbas.

—¿Qué es eso que tiene encima? —preguntó Vicky, mientras Clemence empezaba a servirlo.

—Una mezcla de almendras crocantes, azúcar, agua de flor de naranjo y mantequilla.

—Ah, con razón me ha parecido notar un olorcillo a naranja.

El comentario lo hizo Élise, hablando por fin después del largo silencio, aunque su voz sonaba carente de vida. Clemence se preguntó si estaría pensando aún en la conversación que habían mantenido y habría querido decir algo que la reconfortara, pero no podía hacerlo en presencia de los demás. De modo que se limitó a decir:

—Esperemos que Hélène y Étienne vuelvan pronto.

Élise se volvió hacia Theo para preguntar:

—¿Cuándo calculas que sabremos si la conferencia de prensa ha dado algún resultado?

—Podrían ser días, incluso semanas —admitió él, rascándose la nuca.

—La espera es horrible. —La voz de Vicky se quebró y dejó el tenedor sobre la mesa—. Perdón, pero no tengo hambre.

—Hoy no has probado bocado aún, tienes que comer algo para mantener las fuerzas. —Élise observó con ojos penetrantes el rostro de su hija—. No estarás haciendo otra de esas dietas tan disparatadas, ¿verdad?

La joven la fulminó con la mirada y refunfuñó:

—¡Uf! ¡Por el amor de Dios!

—*Chérie*, no te lo tomes a mal…

—¡No! ¿Qué más da que yo esté a dieta o no cuando Bea podría estar muerta en alguna zanja?

—Cielo… —Élise alargó una mano hacia ella.

—¡No lo soporto! ¡No puedo más!, ¡no puedo! —Vicky echó hacia atrás la silla al levantarse de golpe, retrocedió unos pasos mientras un súbito torrente de lágrimas aparecía en sus ojos. Dio media vuelta y corrió a refugiarse en su habitación.

Clemence miró a Élise, que permanecía sentada con rigidez y cabizbaja, y propuso con voz suave:

—¿Quieres que vaya a hablar con ella? Lleva toda la mañana con los nervios a flor de piel.

—No te lo aconsejo, a menos que quieras que te echen de la

habitación a gritos. Es mejor dejar que se calme por sí sola, solo tiene estos arranques de genio cuando la desbordan las emociones. Todo esto ha sido demasiado para ella.

Tras un breve silencio, Clemence decidió cambiar de tema.

—¿Qué opinas sobre lo del motorista del sidecar?

—No sé qué pensar, la verdad.

Poco después, Ahmed llevó a Madeleine al comedor para que tomara el postre con ellos. Intentó convencerla de que se sentara en la silla que había desocupado Vicky, justo enfrente de Theo, pero la anciana se negó y le dio unos toquecitos a Clemence en la espalda antes de advertirle en voz baja:

—¡Ni una palabra! ¡No digas nada sobre lo del incendio! —Entonces se echó a reír como si acabara de contar un gran chiste.

Clemence se quedó paralizada. ¡No podía ser que su madre estuviera a punto de revelar la verdad en ese preciso momento, frente a todo el mundo!

No le pasó desapercibida la mirada de desconcierto de Theo. Los demás no habían oído las palabras de su madre, pero estaba claro que a él no le habían pasado desapercibidas.

—¡Levanta! Venga, ¡levanta! —estaba diciendo Madeleine en ese momento, para instarla a cambiar de silla.

Clemence sonrió con esfuerzo y obedeció.

Su madre le lanzó una mirada mordaz y entonces, con aires de reina, ocupó su lugar y posó la mano sobre la de Theo, quien le dio unas suaves palmaditas sin apartar la mirada de Clemence.

De postre había *baklava* con forma de diamante; consistía en capas de una crujiente masa hojaldrada, un relleno de nueces y canela, y un dulce glaseado de miel y limón. Madeleine se comió su porción con avidez y alzó su plato para pedir más.

Cuando la comida terminó y todo el mundo se levantó de la mesa, Nadia condujo a la anciana al anexo para que descansara y Clemence se llevó a Élise a un aparte.

—Si quieres descansar en la sala de estar, tú misma.

—Gracias, creo que lo haré. Así Vicky tendrá algo de tiempo a solas.

—Imagino lo preocupada que estás por ella. Y por Florence.

Élise se mordió el labio inferior para intentar que dejara de temblar. Necesitó unos segundos antes de poder responder.

—Sí. Mi hermana ya pasó por muchas tribulaciones en Francia, no es justo que ahora le esté pasando esto.

—Sí, me contó lo que le sucedió allí. —La recorrió un escalofrío al recordar la confesión de Florence, sabía que se acercaba el momento de confesar a su vez.

—¿De veras? No suele hablar del tema, ni siquiera con nosotras.

—A veces es más fácil hablar con alguien que no es cercano a ti.

Al llegar la noche, Clemence se retiró con Theo a su habitación. Allí se estaba un poco más fresco gracias al ventilador, y estrechos haces dorados de luz procedentes de uno de los faroles del patio atravesaban la penumbra de color azul oscuro. Se tumbó en la cama después de ponerse un camisón muy fino y, saboreando la sensación de la ropa de cama bien limpia y planchada bajo su espalda, se volvió a mirar a Theo.

Lamentaba profundamente todo el tiempo que habían pasado separados, ¡cuánto tiempo perdido! Tantos y tantos días, semanas, meses, años… ¿Dónde estarían a esas alturas si ella se hubiera atrevido a revelar toda la verdad sobre su pasado? Centró sus pensamientos en el momento presente, ¿iba a ser capaz de sincerarse con él ahora? Se sentía indefensa solo con pensarlo y tuvo que hacer un esfuerzo por tragarse sus miedos, pero no quería seguir batallando con aquel dilema. Había llegado el momento de la verdad.

Hizo de tripas corazón y se dispuso a hablar. Quizá le resultara más fácil hacerlo así, al amparo de la penumbra. Pero, antes de que pudiera articular palabra, Theo se le adelantó.

—Me dejas sin aliento, cariño mío.

Ella sonrió, y se estremeció de deseo cuando él le subió el camisón y deslizó una mano por su muslo desnudo.

—¿Has cerrado la puerta?

—Ah. Ahora mismo lo hago. —Theo se levantó de la cama de un salto, cerró la puerta y los postigos, y dejó la habitación totalmente a oscuras al apagar la luz del exterior.

Clemence le oyó quitarse los pantalones antes de meterse de nuevo en la cama. A pesar de lo musculoso y vigoroso que era, la trataba con una consideración exquisita y, cuando se tumbó a su lado y metió una mano entre sus muslos, Clemence se sintió lánguida y más relajada que antes. Estaba preparada. Sonrió y él se inclinó y la besó.

—Clem, te he echado de menos a lo largo de estos años —susurró, al cabo de un largo momento.

Ella le rodeó el cuello con los brazos e intentó atraerlo de nuevo hacia sí, pero él se resistió y subió ligeramente los dedos por su muslo. La caricia la hizo sentir terriblemente expuesta y tomó una brusca inhalación de aire, pero se permitió a sí misma entregarse por completo en vez de alejarlo. Percibió en su cuello un ligero aroma a sándalo y pimienta que se entremezclaba con cierto olor a sudor y con la fragancia de su aceite de neroli preferido. Fue lo último que le pasó por la mente segundos antes de arquear la espalda, incapaz de reprimir el placer.

Después, una vez que regresaron de las nubes, Clemence se echó a

reír.

—¿Qué pasa? —preguntó él con curiosidad, mientras se incorporaba sobre un codo.

—Que me siento feliz.

—Perfecto. Está permitido amar incluso en los peores momentos.

—Vamos a refrescarnos un poco. —Salió de la cama, encendió la lamparita de noche y puso en marcha un segundo ventilador.

—Madre mía, ¡qué ruidoso es!

—Es viejo, está un poco renqueante. —Lo miró con una sonrisa—. Igual que nosotros.

—¡Habla por ti! —protestó él, con una carcajada.

Clemence volvió a apagar el ventilador antes de acostarse de nuevo.

Pasaron unos minutos en silencio, pero, en un momento dado, Theo se volvió hacia ella y alzó la cabeza de la almohada un poco, lo justo para poder verle mejor la cara.

—Clem, durante la comida he notado algo que me ha llamado la atención. Madeleine ha mencionado algo sobre un incendio.

Ella asintió y tomó una lenta y honda inhalación de aire antes de contestar.

—No es fácil hablar de esto.

Él retiró el brazo que le había pasado alrededor de los hombros.

—No hace falta que me cuentes nada, de verdad que no.

Clemence titubeó, pero sabía que tendría que contárselo tarde o temprano.

—Tengo que contártelo, pero no sé por dónde empezar.

Era consciente de que lo que estaba a punto de revelar podría echarlo a perder todo. Cabía la posibilidad de que él decidiera marcharse, y en esa ocasión sería de forma definitiva.

—Tómate tu tiempo —la alentó él.

Ella lo miró a los ojos, aquellos ojos llenos de ternura y calidez, y tuvo miedo. Se trataba de un secreto que había guardado durante la mayor parte de su vida, le daba pánico sacarlo a la luz y decir aquellas palabras en voz alta. Habría querido llorar, salir huyendo, lo que fuera con tal de sofocar la ansiedad creciente que la atenazaba. Pero respiró hondo y dijo sin más:

—Maté a mi padre.

Él se incorporó como un resorte.

—¡Clemmy! ¡Qué dices?

Ella tuvo que cerrar los ojos.

—Sabía que tu opinión de mí cambiaría si te lo contaba —admitió.

—¡Pero es que ni siquiera entiendo a qué te refieres! Fue un accidente, ¿verdad? Fue… ¿un incendio?

Clemence cerró de nuevo los ojos y los apretó con fuerza. Era insoportable ver cómo la miraba, la expresión de su rostro.

Al día siguiente de su décimo cuarto cumpleaños, había buscado la palabra en el diccionario por primera vez: «parricidio». Dar muerte a un familiar próximo, en especial al padre o a la madre.

Había leído leyendas que hablaban de hijos varones que habían matado a sus propios padres, pero había encontrado un número mucho menor de hijas. Fantasear ideando distintas formas de provocarle una cruel muerte a su padre se había convertido en un juego con el que siempre se había distraído. Hasta que, ocho años después de cumplir los catorce, se había convertido en algo más que una mera fantasía.

Abrió los ojos y negó con la cabeza antes de admitir:

—No fue un accidente. Le descerrajé un tiro a mi padre a sangre fría.

43

Vicky

Vicky intentó centrarse en los crujidos de la casa, pero el sonido constante que tenía metido en la cabeza no daba tregua: una especie de gemido agudo penetrante, incluso peor que el zumbido del mosquito que también estaba dándole la lata. Aunque el insecto podría ser el único culpable, vete tú a saber. Siguió dando vueltas y más vueltas en la cama, hacía mucho calor y tenía la sensación de que las sábanas cada vez estaban más empapadas de sudor.

Si no fuera porque compartía la habitación con su madre, habría encendido la luz y se habría puesto a leer un libro, incluso puede que se hubiera levantado para esbozar unos diseños. Tenía metida en la cabeza una canción que había oído infinidad de veces por la radio cuando estaba en Londres, y que se sumaba al agudo zumbido del insecto: *I'll Follow the Sun*, de los Beatles. Había un verso en concreto que hablaba de perder a un amigo y, aunque no quería que aquellas palabras dominaran su mente, no pudo evitar seguir tarareándola mentalmente.

Cuanto más tiempo yacía despierta en la cama, más abrumador era el deseo de levantarse. Estaba asándose de calor y tenía que hacer algo al respecto. Al final, cuando no pudo soportarlo más, se pertrechó con una linterna y, mientras su madre murmuraba algo entre sueños, salió de la habitación con sigilo y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido.

A la luz de la linterna, intentó abrir una a una las puertas que daban al exterior, pero todas estaban cerradas. En el interior de la casa hacía un calor sofocante, sudaba profusamente y se sentía atrapada y al borde de un ataque de pánico. El denso aire nocturno la aplastaba mucho más que las elevadas temperaturas diurnas, que resultaban más llevaderas gracias a la brillante luz del sol y a una ligera brisa (al menos allí, en medio de las altas montañas). Tuvo la sensación de que aquel calor tan claustrofóbico iba expandiéndose hasta volverse sólido, estaba desesperada por disfrutar de un poco de aire más fresco, no podía respirar. Permaneció inmóvil por un momento, aguzando el

oído, hasta que tuvo la certeza de que no había nadie más despierto. Al entrar en la cocina, vio que la puerta que daba al exterior tenía la llave puesta y, sin pensárselo dos veces, la giró y abrió los cerrojos superior e inferior. No pasaría nada por salir unos segundos.

Respiró hondo al salir y sintió algo de alivio. Seguía haciendo calor, por supuesto, y no soplaba ni pizca de viento, pero al menos había aire. El sonido que le rondaba por la cabeza había quedado silenciado y, después de respirar hondo otra vez y de alejarse unos pasos de la puerta abierta de la cocina, alzó la mirada al cielo. La luna no estaba llena, pero brillaba lo suficiente para bañar todo el jardín de una espectral luz de un tono azul plateado. La estampa era un poco inquietante, aunque las villas francesas abandonadas que había visto en el Palmeral aquella fatídica noche le habían parecido mucho más fantasmagóricas.

El susurro del follaje al agitarse ligeramente atrajo su mirada. Se oyó un súbito crujido en la oscuridad, se quedó paralizada al oírlo de nuevo. ¿Acaso había alguien allí fuera? Todo estaba en silencio, los únicos sonidos eran los de los animalillos que se movían entre los arbustos y escarbaban el suelo (de vez en cuando veía el brillo de sus ojos bajo la luz de la luna). Se llevó un sobresalto cuando una rata le pasó corriendo por encima del pie, pero el susto sirvió para sacarla de su ensimismamiento. No tendría que haber salido descalza al jardín; mejor dicho, ¡no tendría que haber salido para nada! Podría haber algún escorpión, el jabalí podría regresar.

Dio media vuelta con intención de regresar a la cocina y en ese preciso momento oyó movimiento a su espalda con toda claridad, aunque se trataba de algo mucho más grande que una rata. Antes de que pudiera gritar, una manaza le tapó la boca con una fuerza dolorosa y un hombre le sujetó el cuerpo con la otra.

—Como grites, aunque sea una sola vez, te corto el cuello.

Vicky reconoció aquella voz.

Intentó gritar a pesar de que la tenía atrapada, pero el terror que le subía por la garganta y una boca que se había secado de repente impidieron que emergiera sonido alguno. Ya está. Tal y como temía, Patrice había terminado por ir a por ella.

Él le metió un pañuelo —o lo que fuera— en la boca y lo cubrió con una tela —una bufanda, quizá— que procedió a atar. Vicky sintió el filo de un cuchillo contra la piel y se lo imaginó rebanándole el cuello, vio el chorro de sangre brotando y salpicando la pared, sintió que su cuerpo inerte caía desplomado al suelo. No quería morir. No, ¡no quería!

Le pareció oír un leve sonido procedente del interior de la casa… ¿O habría sido alguno de los animales del jardín? No estaba segura, los atronadores latidos de su corazón lo distorsionaban todo. Él se

mantuvo a su espalda sin quitarle el cuchillo del cuello mientras la obligaba con apremio a entrar en la cocina, cruzaron la casa y la detuvo al llegar al pasillo principal.

—Vamos a esperar un momento aquí —susurró con voz amenazante.

Vicky respondió con un gemido sordo, estaba al borde del desmayo y perdió la noción de la realidad de repente. Empezaron a aparecer serpientes que se le metieron en la mente, los ojos, el cerebro, la boca…, serpientes con unas lenguas bífidas de punta rojiza. ¿Acaso había sido aquello lo que le había ocurrido a Bea? ¿Aquel hombre se la había llevado a punta de cuchillo y había terminado por enloquecerla antes de asesinarla?

Apenas podía respirar, su frente se perló de sudor, empezó a temblar de pies a cabeza. «*Maman!* ¡Sálvame, por favor! Por favor, ¡sácame de esta! Haré lo que sea, ¡no volveré a discutir contigo! Siempre pensaré en los demás antes que en mí misma, no volveré a ser celosa ni desconsiderada».

—Ni… un… ruido —le ordenó él.

Esperaron hasta que estuvo convencido de que todo estaba en silencio y no había nadie más levantado, y entonces le dijo que lo condujera al dormitorio de Clemence.

—Ni se te ocurra intentar engañarme —le advirtió.

Vicky estaba tan aterrada que obedeció y lo condujo hacia allí; una vez que llegaron a la puerta, siguió sus instrucciones e intentó girar el pomo, pero la llave estaba echada.

—Llama, dile que eres tú.

Cuando él aflojó por un momento el nudo de la bufanda con la que le había cubierto la boca, ella llamó a la puerta y dijo con voz trémula:

—Soy yo, Vicky. —Sintió que la bufanda se apretaba de nuevo.

Al oír que la llave giraba en la cerradura, empujó la puerta con su descalzo pie para abrirla haciendo todo el ruido posible e intentar alertar a su abuela. Al verla aparecer en el umbral, pálida como la nieve y enfundada en su bata blanca con una linterna en la mano, el miedo la paralizó. ¿Dónde estaba Theo? ¡Había dado por hecho que estaría allí!

—Tenemos que hablar —masculló Patrice.

Vicky recibió un ligero empujón que la obligó a precederlo en la habitación y, una vez dentro, le quedó claro que Theo no estaba allí. Quién sabe si se habría levantado por lo que fuera o estaba durmiendo en otra habitación.

—Vaya, qué situación tan inusual —dijo su abuela, con voz gélida y serena.

—¿Todavía crees que no sé lo que pasó en Casablanca? ¿Piensas que

no estoy enterado de lo que hiciste?

—Cuando me despiertan en medio de la noche, no pienso en nada.

—Pues quizá vaya siendo hora de que lo hagas.

—¿Qué es lo que quieres, Patrice?

Vicky estaba atónita al verla tan increíblemente serena. Debía de estar actuando así para disimular, ¿verdad?

—Ya te lo dije: quiero lo que es mío. —Patrice hizo una ligera pausa antes de espetar con sequedad—: Y, si no te importa, ¡lo quiero ya!

Clemence lo miró con frialdad.

—No te lo daré sin más, espero recibir algo a cambio.

—Dime.

—Dinos dónde está Beatrice.

—¿Cómo voy a saberlo?

Vicky pensó para sus adentros que realmente era un actor de primera; por su tono de voz, parecía sinceramente sorprendido. Y ella misma se sorprendió entonces al verse capaz de tener algún pensamiento racional teniendo un afilado cuchillo presionado contra el cuello.

Su abuela soltó un bufido y contestó con una sonrisa burlona.

—¡Venga ya, Patrice!

—Deja de perder el tiempo, necesito ahora mismo el cofrecillo de oro y lo que contiene.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Me marcho de Marruecos. El dinero que obtenga con su venta me vendrá de maravilla.

—¿Tienes que volver a largarte de un sitio por meterte en líos, Patrice? —Su abuela dio media vuelta y, después de dejar la linterna sobre la mesita de noche, se sentó en el borde de la cama y abrió uno de los cajones—. Está bien, tu postura está clara.

Vicky gimió de nuevo al sentir que la habitación entera oscilaba a su alrededor. Estaba mareada y a punto de desmayarse, todo estaba desmoronándose y desplomándose, tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no rendirse bajo el peso de aquel terror aplastante. Quién sabe si Patrice se marcharía sin más si lograba obtener lo que quería, ¿y si tenía intención de matarlas antes a las dos?

Su abuela se giró de nuevo hacia ellos y, de repente, fue como si todo sucediera al mismo tiempo: Vicky vislumbró un arma en su mano y, en cuestión de un segundo, su abuela había alzado el brazo y resonó un disparo. El sonido fue tan fuerte, tan impactante, que en un primer momento no comprendió lo que estaba pasando. Patrice cayó al suelo con un grito de dolor y se quedó mirándolo como un pasmarote, viéndolo retorcerse de dolor y sin asimilar siquiera que había quedado libre de sus garras. Pero entonces vio el cuchillo en el suelo, se dio cuenta de que a él se le había escapado de las manos y, sin pensárselo

dos veces, echó a correr hacia la puerta.

Pistola en mano, su abuela se detuvo junto a Patrice y le dijo con toda la calma del mundo:

—Ya que tienes tan buena memoria en lo que respecta al pasado, quizá recuerdes también que tengo una puntería excelente. —Apartó el cuchillo de una patada al ver que él lo buscaba con la mirada mientras seguía retorciéndose de dolor en el suelo—. Ni se te ocurra. Intenta moverte de nuevo y te pego un tiro en la otra rodilla.

Vicky tuvo la extraña sensación de que, en cierto sentido, su abuela estaba disfrutando de la situación, y en ese momento comprendió algo: si su abuela decidía matar a Patrice, sería capaz de hacerlo con toda facilidad.

La puerta se abrió de golpe, y Theo estuvo a punto de tirarla al suelo al entrar precipitadamente con semblante alarmado.

—¿Qué diantres ha pasado? —Miró boquiabierto a Patrice, que seguía en el suelo—. ¿Clem?

—No he disparado a matar, solo le he pegado un balazo en la rodilla —contestó ella con toda tranquilidad—. ¿Podrías quitarle esa mordaza a Vicky, por favor? Después podrías recoger ese cuchillo y pedirle a Ahmed que te dé algo de cuerda para atar a este malnacido.

Vicky cayó de rodillas en cuanto la liberaron de la mordaza y tuvo arcadas, pero su abuela la agarró con una mano y la ayudó a ponerse en pie antes de indicarle dónde estaba el baño. Una vez allí, vomitó una única vez y se echó agua en la cara antes de mirarse al espejo. Tenía el rostro blanco como la nieve. Entonces regresó a la habitación y, al cabo de un momento, Theo llegó acompañado de Ahmed y ataron las muñecas y los tobillos de Patrice, quien estaba muy pálido y no había dejado de sangrar. «Algún día les relataré todo esto a mis nietos», pensó. «Les contaré que mi propia abuela evitó que un asesino me matara».

Su abuela rasgó por la mitad una funda de almohada y, mientras Patrice lanzaba gritos de agonía, le aplicó un torniquete por encima de la rodilla. Después fue al baño a por un botiquín y cubrió con un amplio apósito el orificio de entrada de la bala, que había impactado en la parte lateral de la rodilla.

—¡Hospital! ¡Necesito un hospital! —suplicó Patrice, con un quejicoso gemido.

—Primero tienes que decirnos lo que has hecho con Beatrice —contestó su abuela con firmeza.

—¡Ni siquiera la he visto!

Ella suspiró pacientemente y dijo, como si tal cosa:

—Como quieras. Oye, Theo, no sé tú, pero a Vicky y a mí nos vendría de maravilla un cafelito. Venga, vamos a la cocina. —Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—¡No la he visto! ¡Lo juro! —Patrice tenía el rostro desencajado por el dolor.

—Venga, Vicky, vamos a por ese café. Te sentirás mejor después de tomar una taza. Tú primero, Theo.

—¡Lo juro por la vida de mi padre! —insistió Patrice con voz suplicante.

Al llegar a la puerta, su abuela se volvió a mirarlo con toda la calma del mundo.

—Él está muerto, Patrice.

—¡No ves que estoy desangrándome?

—No es una arteria.

—¡Clemence!

—Dinos dónde está Beatrice, hazlo por sus padres. Te ayudaré en cuanto nos lo digas.

—¡No sé dónde está! Por favor, ¡te lo suplico!

—Jimmy te suplicó a ti —intervino Vicky desde la puerta.

Salieron de la habitación y, tras cerrar la puerta tras de sí, se detuvieron a hablar en voz baja en el pasillo mientras él seguía pidiendo ayuda a gritos.

—¿Qué opinas? —le preguntó su abuela a Theo.

Él sacudió la cabeza, se le veía impactado al verla manejar la situación de forma tan fría y serena.

—No sabría qué decir, la verdad. Quizá sea cierto que no conoce el paradero de Beatrice.

—Me parece que vamos a tener que llevarlo al hospital.

—Sí. Ahmed y yo podemos subirlo a lomos de una mula y bajarlo hasta el todoterreno, es todo cuanto podemos hacer. La policía querrá saber lo que ha pasado, os interrogarán a las dos.

—Está bien, pero dale un poco de brandi antes de llevártelo. —Su abuela exhaló un profundo suspiro, empezaba a dar muestras de turbación.

Vicky y ella fueron a prepararse un café en la cocina y minutos después, cuando ya empezaba a clarear, se sentaron en el diván de la terraza con sendas tazas. Theo y Ahmed aparecieron al cabo de unos minutos con Patrice, quien, sudoroso y despotricando sin parar, fue conducido hasta la mula. Vicky sintió un tic en la mandíbula al ver cómo lo cargaban como un saco a lomos del animal, atado de pies y manos.

Patrice siguió despotricando a gritos contra su abuela mientras se alejaban camino abajo.

—¡Pagarás por esto, zorra! ¡Ya verás cuando te atrape!

—Cierra el pico si no quieres que te dejemos tirado en plena montaña, Patrice —espetó Theo—. Estas cumbres están pobladas de grandes aves de presa. Halcones, águilas, gavilanes,

quebrantahuesos… ¡No hay nada más delicioso que los globos oculares de una persona!

Al ver lo ridículo que estaba así, tumbado boca abajo a lomos de la mula y con la cabeza colgando, Vicky no pudo contener una risita que no tardó en convertirse en una risa desatada. Las amenazas de venganza que él seguía soltando hacían que la estampa fuera incluso más cómica.

Desencajada por el miedo y el *shock*, por el alivio visceral de haberse liberado de sus garras, sintió que estaba enloqueciendo. Inhaló una trémula bocanada de aire, pero entonces vio que su abuela estaba mirándola con desconcierto y estalló en carcajadas de nuevo. Jadeante, llorando de risa, se dobló hacia delante y se llevó las manos a los costados al sentir un punzante dolor. Parecía una desquiciada y así se sentía, estaba convencida de que aquel arranque de locura no terminaría jamás. Pero su histeria finalizó de golpe cuando su madre apareció con semblante horrorizado, y dio paso de inmediato a unos grandes y profundos sollozos. Echó a correr hacia ella, trastabillante, medio cegada por las lágrimas.

—¡He oído el disparo! —exclamó su madre con voz trémula—. No sabía dónde estabas hasta que Ahmed me ha explicado lo que ocurría y me ha pedido que no saliera de la habitación hasta que pasara el peligro. —Extendió las manos hacia ella y la abrazó con fuerza.

—¡Lo siento! —sollozó Vicky—. ¡Siento mucho haber metido a todo el mundo en esto!

44

Clemence

Clemence no había tenido ocasión de hablar con Theo sobre la terrible confesión que ella le había hecho, y ahora no tenía ni idea de si él pensaba regresar. No podía dejar de pensar en lo estupefacto que se había quedado, y se le helaba la sangre cada vez que recordaba su reacción. Cerró los ojos y regresó al horrible momento de su confesión.

—No fue un accidente. Le descerrajé un tiro a mi padre a sangre fría.

Él se había cubierto la boca con la mano, se había quedado mirándola con cara de asombro y visiblemente horrorizado.

—¿Estás diciendo que asesinaste a tu propio padre?

—Estás conmocionado.

—¡Santo Dios! No sabría decir lo que siento.

—Estás conmocionado —repitió ella, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Es normal, cualquiera lo estaría.

Él gimió, se sentó en la cama como un resorte y se llevó las manos a la cabeza.

—Di algo. Por favor, di algo —le suplicó ella.

Pero era obvio que él no sabía ni cómo reaccionar. Tomó una lenta y honda inhalación de aire antes de decir, más para sí mismo que dirigiéndose a ella:

—Estoy aturdido. No sé qué más decir en este momento.

Clemence se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Pasaron unos segundos en los que él evitó mirarla y, de buenas a primeras, la miró a los ojos con una angustia que la destruyó por completo.

—Voy a dormir en algún sofá.

—Theo.

Él alzó una mano para interrumpirla.

—Necesito pasar algo de tiempo a solas para poder digerir lo que acabas de decirme. —Salió de la cama, encendió una luz y, en total

silencio, agarró su ropa y salió de la habitación.

Era un buen hombre, eso era algo que ella sabía bien. Lo que no sabía era si tendría oportunidad de contarle el porqué de sus acciones, porque estaba por verse si él pensaba volver.

Clemence no conocía a ninguno de los dos agentes de policía que se presentaron en la casba aquella misma mañana. Cuando ella les ofreció un café en su despacho y los invitó a tomar asiento, el de constitución más recia le lanzó una mirada acerada y en su rostro no apareció ni un atisbo de sonrisa al contestar.

—Si no le importa, permaneceremos de pie.

—¿Y el café?

Él negó con la cabeza, era obvio que era el que estaba al mando; en cuanto al otro, tenía unos ojos muy claros y penetrantes que parecían atravesarla. Fue él quien le pidió que relatara detalladamente lo ocurrido, y ella procedió a hacerlo intentando exponer los hechos con la máxima claridad posible.

—Entonces, ¿fue usted quien disparó?

—Sí, acabo de decírselo.

El otro agente intervino.

—Y en cuanto a esa nieta suya…, la que el tal Callier había capturado, según usted.

Clemence se indignó al oír aquello último.

—¿Cómo que «según usted»? Estoy contándoles lo que sucedió.

Él ignoró por completo sus palabras y siguió como si nada.

—¿Ella todavía está aquí?

—Por supuesto que sí. Patrice Callier la amordazó y la amenazó a punta de cuchillo, ¡fue un *shock* terrible para ella!

—Nos gustaría hablar con ella, verificar el relato.

—Está durmiendo. ¿No les vale con mi palabra? Y hay más personas que pueden dar fe de que estoy diciendo la verdad.

—No. Vaya a por la chica, por favor.

Más que molesta, Clemence dio media vuelta y salió del despacho para regresar minutos después con Vicky, quien estaba adormilada y se había limitado a ponerse un albornoz encima del camisón.

El agente le pidió que relatara lo ocurrido desde el principio y, cuando terminó y se quedó callada, insistió:

—¿No tiene nada más que añadir?

Vicky se limitó a negar con la cabeza.

—¿Por qué vino aquí ese hombre?

Fue Clemence quien contestó.

—Cree que tengo en mi poder una herencia que le pertenece.

—¿Y está en lo cierto?

—¡Por supuesto que no! Es un demente extremadamente peligroso. —Se sentía aliviada por el hecho de que su nieta no hubiera mencionado el asesinato de Jimmy—. Victoria es prima de Beatrice Jackson, la joven desaparecida. ¿Saben si ha habido alguna novedad tras la reciente conferencia de prensa?

El agente negó con la cabeza y se dispuso a marcharse, dio la impresión de que estaba impaciente por seguir con sus quehaceres.

—Gracias, eso es todo.

—Pero ¿qué ha pasado con Callier?

—Bajo arresto en el hospital. Estamos haciéndoles unas preguntas a los dos hombres que lo llevaron a Marrakech. —Se marchó sin más, seguido por el otro policía.

Vicky se sentó entonces en una silla, visiblemente exhausta, y preguntó:

—¿Ahmed y Theo tendrán algún problema?

—Seguro que no —aseguró, a pesar de que en el fondo se preguntaba cómo estarían lidiando con lo que podría resultar ser un verdadero interrogatorio—. ¿Por qué no vuelves a la cama?

—Sí, será lo mejor. Me siento como si me hubiera pasado por encima una apisonadora.

—Necesitas descansar, no hay que subestimar nunca cómo afectan al cuerpo las presiones extremas. Te llevaré algo fresco de beber.

Su nieta se levantó de la silla y dio dos pasos, pero se giró de repente y se abrazó a ella con fuerza. La tensión que la atenazaba era prácticamente palpable.

Vicky llevaba el día entero durmiendo, Theo no había regresado y ni Élise ni la propia Clemence habían comido al mediodía por culpa del calor. Esta última ofreció a su invitada un té a la menta e intentaron relajarse un poco en la sala de estar, se habían quedado exhaustas de tanto hablar sobre Patrice y sobre el posible paradero de Hélène y Étienne. Aunque Nadia había cerrado los postigos, el calor era tan asfixiante que tenías la sensación de que te extraía todos los fluidos del cuerpo. Clemence se abanicó y se planteó darse una ducha de agua fría mientras Theo aparecía una y otra vez en sus pensamientos. Todavía no tenía ni idea de si él pensaba regresar y no podía hacer nada mientras siguieran esperando noticias de Bea. Tenía demasiadas cosas en mente, pero con Élise al menos sabía por dónde comenzar.

Respiró hondo y, con voz ligeramente titubeante, empezó a hablar.

—Cuando me contaste cómo falleció Victor, fue como…, como oír cómo moría también una parte de mí misma. Ya sé que no tengo derecho a sentirme así.

—En lo que respecta a nuestros seres queridos, no hay normas que determinen que lo que una siente es correcto o incorrecto. Yo reaccionaría igual que tú si le pasara algo a Vicky. Desde que supe que presenció el asesinato de su amigo, me aterra que le pase algo.

—Sí, a mí también. Patrice ha resultado ser mucho peor de lo que yo pensaba.

—¿Le conoces desde hace años?

—Sí.

—Dijiste que me contarías lo que sucedió en el pasado cuando pudieras, ¿él tuvo algo que ver en esa historia?

—No. Te refieres a los motivos por los que no partí rumbo a Francia con Jacques y Victor, ¿verdad?

—Sí.

—Sé que te debo una explicación, ¿puedo empezar diciendo que vivíamos en una época en la que el colonialismo francés gozaba de todos los privilegios? Las cosas eran muy distintas.

Élise asintió con claro interés.

—Dime.

—La cuestión es que…

Clemence se interrumpió al oír que la puerta se abría. Nadia entró con una bandeja que contenía una tetera de plata con té a la menta, un azucarero y dos decorativas tazas con asas de plata afiligranada. La depositó sobre una mesita auxiliar y, después de dedicar una sonrisa a ambas, salió de la sala.

—Es una buena chica —afirmó Clemence, mientras servía el té—. Échate el azúcar a tu gusto. —Le entregó la taza y Élise echó una cucharadita—. No sé lo que habría hecho sin Nadia y su hermano, Ahmed. Los considero parte de mi familia. En fin, ¿por dónde iba?…

—Por los privilegios de los franceses.

—Podría decirse que ese privilegio es el motivo de que yo esté viviendo aquí ahora. —Clemence la miró con una sonrisa pesarosa—. Nací en 1892 y me crie en un mundo feudal donde mi padre era un verdadero déspota. Unas esclavas, eso éramos mi madre y yo. Aunque heredé dinero tras su muerte.

Élise la miraba en silencio con la cabeza ligeramente ladeada, escuchando con suma atención.

Clemence se tomó unos segundos para recordar a su padre. Era un hombre que se creía con derecho a poseer todo cuanto deseara, a hacer lo que le viniera en gana a quien quisiera, y cuya soberbia era tan enorme como su excesiva riqueza; un hombre que había sido consejero de confianza del sultán de Marruecos; un hombre que había ido erosionando su confianza en sí misma por el mero hecho de que le divertía hacerlo. Y, mientras los recuerdos se sucedían en su mente, un viento cruento atravesó las heridas que jamás habían llegado a sanar.

—Junto con los colonos franceses y los apoyos que tenían en Francia, mi padre intentó evitar cualquier paso que pudiera llevar a la independencia marroquí. Todos ellos se consideraban superiores a los habitantes de este país y tuve que mantener en secreto mi amistad con Jacques, el hijo del chófer, quien tenía sangre francesa y marroquí.

Élise no hizo ningún comentario y Clemence la observó con ojos penetrantes; quizá fueran imaginaciones suyas, pero tenía la impresión de que aquella mujer ya estaba juzgándola de nuevo. Cerró los ojos al cabo de un momento y prosiguió con el relato, hablando casi para sí misma.

—Mi padre destruyó a mi madre, no me extraña que ella terminara por perder la razón. Era un hombre cruel que, por algún motivo que desconozco, sentía odio hacia las mujeres. Disfrutaba controlándola, haciéndole daño.

—Pero a ti no te odiaba, ¿verdad? Eras su propia hija.

Clemence soltó una carcajada llena de amargura al oír aquello.

—¡Claro que me odiaba!

—¿Tenías hermanos o hermanas?

—No. Yo creo que mi madre hizo todo lo que pudo por deshacerse de cualquier posible embarazo, solo le faltó lanzarse de cabeza por nuestra gran escalinata de mármol.

—No quería que sufrieran más niños, ¿es eso lo que quieres decir?

—Exacto.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué te impidió ir a Francia con Victor y Jacques? Estamos hablando de tu propio hijo y de su padre.

—Jacques tuvo que sacarlo de allí lo antes posible por su propia seguridad, y yo… estaba… Supongo que podría decirse que quedé incapacitada justo después del parto. Y ten en cuenta que estamos hablando de 1914, justo en los albores de la Gran Guerra. Yo solo tenía veintidós años, estaba soltera y no tenía medios para valerme por mí misma. De haber encontrado una forma de seguir los pasos de Jacques, mi padre habría mandado a algunos de sus hombres para que me llevaran de vuelta a rastras. Él me quería en casa.

Clemence hizo una pequeña pausa antes de proseguir.

—En cualquier caso, habría terminado siendo extremadamente peligroso para Victor. Tomé la decisión pensando únicamente en él, en su seguridad. Hice un pacto con mi madre y me veía obligada a cumplirlo.

—No lo entiendo.

—No es fácil, la cuestión es que…

La puerta se abrió de golpe, interrumpiéndola, y Hélène irrumpió en la sala como una exhalación. Élise se levantó de su asiento al verla acercarse y, sin saber cómo reaccionar, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Bea! ¡Hemos encontrado a Bea! —La voz de Hélène se quebró—. ¡La encontramos!

Élise tragó con dificultad y dijo, temiendo la posible respuesta:

—¿Está…?

—¡Está viva, Élise! ¡Viva!

Élise se quedó mirando a su hermana y, tras unos segundos, estalló en grandes sollozos de alivio. Las dos se abrazaron con fuerza y exclamó:

—Dios mío, ¡no me lo puedo creer! —Se secó las lágrimas—. ¡Es increíble! ¿Está herida?

—Un tobillo roto, lo que explica que no pudiera salir de donde fue a parar. Pero es posible que tenga lesiones internas, claro.

Pusieron fin al abrazo y se miraron en silencio, radiantes de felicidad y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo saben Florence y Jack? —preguntó Élise con apremio.

—Ya nos hemos encargado de eso —contestó Hélène.

—¿Dónde la encontrasteis?

—Pasamos la primera noche en un viejo refugio de montaña, soportando los tremendos envites del viento; bien entrado el día siguiente, un pastor estaba buscando unas ovejas extraviadas cuando la encontró a ella y, después, a nosotros. A base de señas, nos indicó que le siguiéramos y nos condujo hasta Bea, que supongo que sufrió una caída. No sé lo que le pasó exactamente, pero tuvo la suerte de que el lugar al que fue a parar era oscuro, umbrío y húmedo. Estuvo resguardada tanto del calor como del viento. Había un hilo de agua procedente de algún manantial, supongo que eso la mantuvo con vida.

—¡Dios mío! Ay, ¡Dios mío!

—El pastor fue a su pueblo a por algunos hombres y construyeron una camilla rudimentaria para llevarla al refugio; una vez allí, rasgué en tiras mi camiseta para vendarle el tobillo.

—¡Todavía me cuesta creerlo!

—Estaba demasiado oscuro para emprender el camino de regreso, así que pasamos la noche allí.

—¿Está consciente?

—A duras penas. Era incapaz de comer, pero tomó algún que otro sorbito de agua cuando estaba consciente y le di unos calmantes que siempre llevo conmigo cuando hago montañismo. Por la mañana la llevamos en la camilla al pueblo que hay cerca de aquí. Un lugareño que hablaba algo de francés se marchó a toda velocidad en una moto para alertar a la policía de Marrakech, pedir una ambulancia y avisar a Jack y a Florence. Y otro se la llevó en su furgoneta para encontrarse con la ambulancia a medio camino.

—¡Gracias a Dios!

—Pronto irá camino del hospital. Étienne está con ella y sabe lo que hace. Yo también tendría que haberla acompañado, pero quise encargarme de daros la noticia.

—Pero ¿no sabes lo que le pasó exactamente?

—No. El hombre que hablaba francés murmuró algo sobre los restos de una vieja mazmorra.

Clemence se sorprendió al oír aquello e intervino en la conversación.

—Entonces, ¿ahí fue donde la encontró el pastor?

—Sí, eso creo —contestó Hélène.

—Por lo que dices, debe de ser la mazmorra de la casba de Telouet, que perteneció en otros tiempos al último pachá. Lo que vendría siendo una especie de caudillo. Pero ¿por qué estaba allí Bea?

—No lo sabemos.

—¿Queréis que vaya a buscar a Vicky? —propuso Clemence—. Querrá ser de las primeras en verla.

—Gracias, quizá sería mejor que fuera yo. —Élise hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

Clemence la detuvo e insistió con voz suave:

—Quédate aquí con tu hermana, ahora mismo os traigo a Vicky.

45

Vicky

Vicky solo estaba medio despierta cuando oyó que su abuela la llamaba, pero el sueño en el que estaba sumida se resistía a dejarla ir. Estaban persiguiéndola unos lobos que habían estado merodeando por las gélidas y recónditas cumbres de las montañas, intentaba huir de ellos, pero iban ganándole terreno porque no lograba avanzar, resbalaba constantemente por culpa del hielo y de la gruesa capa de nieve que tenía bajo los pies.

—¡Uf! —Despertó sobresaltada y exhaló una bocanada de aire—. Ah, ¡eres tú!

—Vicky, tengo que decírtelo. —La mano de su abuela le apretó el brazo, sus claros ojos avellana estaban muy cerca de los suyos—. Han encontrado a Bea, ¡está viva!

Aquello logró despertarla de golpe. Se incorporó como un resorte en la cama.

—¡Dios! ¿Dónde estaba?

—Hélène la encontró cerca de la cima de la montaña, ahora va camino del hospital. Apenas estaba consciente, pero al menos pudo beber un poco de agua. Me temo que eso es todo lo que sabemos.

—¿Fue Patrice?

—Eso no está claro.

—¿Dónde está mi madre?

—En la sala de estar, con tu tía.

Un poco mareada por el intenso alivio, Vicky salió a toda prisa de la cama y se puso la bata. Se miró al espejo, sus ojos agrandados y enfebrecidos contrastaban con la palidez de su tez.

Cuando entró en la sala de estar poco después, fue directa a su madre y le aferró las manos con fuerza.

—*Maman!* Es maravilloso, ¿verdad? ¡Hay que ir a Marrakech de inmediato para verla!

Su madre se dispuso a contestar, pero su tía Hélène intervino para aportar una nota de cautela.

—Tu prima está deshidratada y desconocemos el alcance de sus heridas. De momento solo dejarán entrar a sus padres.

Vicky frunció el ceño al oír aquello.

—Pero ¡es que tengo que ir! Entiéndeme, ¡soy la primera que debe estar ahí! Yo tengo la culpa de lo que le pasó, no tendría que haberle pedido que viniera a Marruecos. Además…

Pero su tía hizo caso omiso a sus protestas y la interrumpió con firmeza.

—Vamos a esperar uno o dos días.

—¡No! ¡Debo saber si está bien! Fui yo quien la condujo a una situación peligrosa, ¡fui yo! —Consciente de que estaba alzando demasiado la voz, intentó controlarse.

—Ninguna de nosotras tiene forma de saber aún cómo se encuentra —afirmó su tía, con aquella serenidad tan desquiciante—. Habrá que esperar hasta que los médicos emitan su dictamen.

—Pero tú eres enfermera, ¿no evaluaste su estado?

—Hice lo que pude, pero podría tener lesiones internas. Y tanto la hipotermia como la deshidratación son difíciles de detectar.

Vicky abrió la boca con intención de seguir protestando, pero su madre decidió intervenir.

—Yo también creo que es mejor esperar, *chérie*. Debemos pensar en Florence y en Jack, darles algo de tiempo.

Clemence se unió entonces a la conversación, dirigiéndose a la mayor de las hermanas.

—Debes de estar exhausta.

—Sí, y muy sucia. —Hélène esbozó una sonrisa y bajó la mirada hacia su propia ropa. Sus pantalones estaban manchados de barro, sus botas de montaña estaban polvorientas.

—Es verdad, das asquito. —Élise dijo aquello en tono de broma y las dos hermanas se echaron a reír, se las veía ebrias de alivio—. Cuando te duches…

—¡Y duerma un poco!

Élise continuó como si nada.

—… tenemos que ponernos al día. Nos vendrá bien a todas. ¿Verdad que sí, Vicky?

Lo que Vicky quería en ese momento era protestar a gritos, ¡nadie estaba haciéndole caso! La furia que sentía le tensó la mandíbula y tuvo que respirar hondo varias veces para intentar controlarse. Pero su abuela la miró entonces con una sonrisa tan cálida que la furia se esfumó sin más, dando paso a un nudo que le constriñó la garganta. No quería llorar y contuvo un sollozo. Cuando logró tragar saliva y el nudo se aflojó, dijo pesarosa:

—No tendría que haber dejado que se fuera, tendríamos que haber permanecido juntas.

—Querida, ¿cómo ibas a saber que pasaría algo así? —Su madre le pasó un brazo por los hombros.

—Ojalá pudiéramos saber con antelación lo que va a pasar —afirmó Hélène, tajante—. Hiciste lo que te pareció mejor en ese momento.

Clemence también intentó animarla.

—Venga, si Ahmed y Theo vuelven pronto con el todoterreno, podríamos ir mañana mismo.

—¿Y si no vuelven?

—Pues vamos pasado mañana. Y ahora creo que a todas nos vendrá bien tomar un café y algo de comida en condiciones.

Vicky se dio cuenta de que era inútil obsesionarse con ver a Bea, no iba a obtener una propuesta mejor. Exhaló un profundo suspiro.

—Qué intenso ha sonado eso.

El comentario lo hizo su abuela mientras le ofrecía una mano a la que Vicky se aferró, sintiéndose agradecida. Recordó lo fervientemente que había intentado autoconvencerse de su propia invencibilidad a su llegada a Marrakech, y cómo se había enorgullecido de no haber sido nunca una llorona. Y mírala ahora: hecha un manojo de nervios, ansiosa, al borde del llanto cada dos por tres. «Venga, Vicky, ¡solo tienes que esperar hasta mañana! No puede pasar gran cosa hasta entonces, ¿verdad?».

46

Clemence

Cuando Theo regresó, Clemence sintió un alivio inmenso al verlo y corrió a sus brazos de inmediato. Lo soltó al cabo de unos largos segundos, y se sintió alentada al ver que la miraba con una sonrisa titubeante. Étienne, Ahmed y él habían visto a Jack, quien les había dicho que Bea no había recobrado aún la consciencia. En ocasiones daba la impresión de que al menos era consciente de que se encontraba en el hospital, pero a veces empezaba a delirar y hablaba entre murmullos de un motorista. La policía no había podido hablar todavía con ella por prohibición médica.

Después de la cena, cuando todo el mundo estaba reunido en la sala de estar, Clemence se llevó a Theo a un aparte. Tuvo que hacer acopio de valor, pero sabía que tenían que hablar. Era ahora o nunca. Vicky había permanecido inusualmente callada durante todo el día, en sus ojos enrojecidos se reflejaba una profunda tristeza y saltaba a la vista que se encontraba bajo una tensión aplastante. En cuanto a la propia Clemence, era obvio que el papel que ella había desempeñado en todo aquel drama de Bea estaba a punto de concluir, por lo que era momento de contarle a Theo el resto de la historia.

—¿Y Madeleine? —preguntó él, mientras salía tras ella de la sala de estar.

—Tengo que ser yo quien la acueste, pero Nadia se encargará de cuidarla un rato. —Lo condujo al despacho—. Aquí tengo brandi; bueno, en realidad es armañac.

Se sentaron uno frente al otro en las dos butacas de cuero, con una mesita auxiliar con incrustaciones de nácar y marfil entre ambos. Aunque estaba temblando por dentro, necesitaba desesperadamente encontrar la forma de sincerarse con él y contárselo todo; por mucho que temiera a los fantasmas del pasado, por mucho que deseara huir de ellos, habían acudido a buscarla y no había vuelta atrás.

—El brandi está en el cajón inferior del escritorio, sácalo tú mismo.

Theo abrió el cajón y puso cara de sorpresa al ver la botella.

—Mi mejor armañac de Montal —dijo ella.

Él sirvió dos copas antes de tomar asiento de nuevo.

Clemence respiró hondo y lo observó con atención, pero no pudo descifrar lo que él estaría pensando. Habría querido asegurarle que seguía siendo la misma, que seguía siendo su Clemence de siempre, pero era consciente de que él podría estar viéndola bajo otro prisma. Parecía cauto, inquieto, descolocado. Muy distinto al Theo al que estaba acostumbrada. Se sintió descompuesta y asqueada consigo misma, con lo que había hecho.

—Quiero contártelo, de verdad que sí. —Hizo una pequeña pausa, cerró los ojos para intentar templar los nervios. No sirvió de mucho—. Pero no sé por dónde empezar.

—No hay prisa. —La miró con semblante solemne y lleno de preocupación.

Hubo una larga pausa. Clemence oyó el sonido del viento y se vio a sí misma allí fuera, abriendo los brazos de par en par y echando a correr hacia la montaña, huyendo de nuevo. Libre.

Contempló sus propias manos en silencio, arrancó las cutículas de una uña. Jamás llegaría a ser libre, pero ahora podía dar el primer paso contándole toda la verdad a Theo, fuera cual fuese su posible reacción.

—Bueno, supongo que es mejor que empiece diciéndote que Jacques no era el padre de mi hijo Victor.

Theo la miró con desconcierto, pero se limitó a tomar un trago de brandi para que ella pudiera tomarse un respiro.

Clemence dirigió la mirada hacia el manto de oscuridad que se extendía más allá de la ventana y se frotó los tensos hombros. Siempre había sabido que aquello no sería fácil, pero estaba resultando ser incluso más duro de lo que imaginaba y, en el fondo, el deseo de salir huyendo no había desaparecido del todo.

—No me juzgues, por favor —le pidió al fin.

—Intentaré no hacerlo —contestó él, esbozando una pequeña sonrisa.

Clemence fue incapaz de articular palabra durante un largo momento, sus sentimientos eran tan erráticos que sintió que iba a desvanecerse. Él se percató de su ansiedad y le alargó la copa de brandi.

—Ten, toma un trago.

Ella obedeció y estaba devolviéndole la copa cuando de repente, antes de que pudiera evitarlo, emergió en su mente el recuerdo de aquel mundo de pesadilla del que había intentado escapar y del terrible daño que le había infligido su padre. Las horrendas palabras que había reprimido durante tanto tiempo salieron a borbotones de sus labios.

—Sabes por la carta que leíste aquel día lo que ocurrió en mi décimo cuarto cumpleaños. Pero mi padre no se limitó a ir a mi cuarto ese único día.

Él empalideció de golpe y se cubrió la boca con la mano al comprender el significado de aquellas palabras.

Clemence se sintió descompuesta, pero hizo acopio de fuerzas y prosiguió.

—Aquello duró siete años. Unas veces en mi dormitorio, otras en su despacho. Estaba indefensa, no podía hacer nada por evitarlo. —Rígida, tensa como un resorte, su voz parecía la de una desconocida—. Él quitó los cerrojos del interior de mi puerta para evitar que me encerrara en ella y después descubrí que sedaba a mi madre, aunque ella oía mis gritos. Sucedía en la noche libre del servicio. No era todas las semanas, por supuesto. Y, en todo caso, ellos no habrían intervenido por nada del mundo porque le tenían un miedo atroz.

Theo cerró los ojos y apretó los nudillos contra ellos.

—Al cabo de un tiempo, aprendí a vivir con ello…, mejor dicho: a mantenerme fuera de mí misma mientras sucedía. Mantenía la mente alejada de mi propio cuerpo, permanecía desconectada; hasta cierto punto, al menos. Pero entonces… me quedé embarazada.

Theo abrió los ojos de golpe, se quedó mirándola estupefacto mientras comprendía la verdad de lo sucedido.

—¡Santo Dios!

—Sí, Victor era hijo de mi propio padre —admitió ella con voz queda.

Empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás en la butaca, bajó la cabeza y la sostuvo entre las manos. ¿Qué podía decir Theo?, ¿qué podía decirse ante algo así? Dio la impresión de que el aire quedaba totalmente quieto en medio del agónico silencio. Había sabido desde el principio que al hablar de aquello lo convertiría en algo real, sólido, innegable. Sintió que le ardían las mejillas por la profunda vergüenza, por la repugnancia y el miedo, la indefensión. Se había odiado a sí misma durante mucho, muchísimo tiempo. Y a su padre lo había odiado con todo su ser. Cada vez que sucedía, vomitaba después una y otra vez hasta quedar vaciada de todo salvo aquella repugnancia hacia sí misma que él había creado. La recorrió una aguda punzada de dolor al verse cara a cara con el pasado. Todo aquello de lo que había intentado ocultarse emergió de lo más hondo, apareciendo ante sus ojos; todo lo que había estado reprimiendo durante tantos años afloró de golpe a la superficie y, de repente, deseó con todas sus fuerzas la liberación de dar rienda suelta a toda su ira, a todo el miedo que había sentido.

Theo aguardaba en silencio.

Intentando mantenerse entera bajo el implacable envite de las

emociones, cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y alzó entonces la mirada para admitir con voz trémula:

—Mi padre era un canalla infame, pero, a pesar de todo, yo amaba a mi hijo. —Le vio hacer ademán de decir algo y alzó una mano para detenerlo—. Victor no tenía culpa de nada, era un bebé inocente.

Theo se levantó de la butaca y empezó a pasear de acá para allá, cada vez más agitado. Apretó los puños con fuerza mientras su rostro, aquel rostro que ella amaba tanto, quedaba rígido de ira.

—¡Cabrón malnacido! —Se golpeó la palma de una mano con el puño, una y otra vez—. ¡Maldito! ¡Maldito cabrón!

Clemence esperó a que se calmara un poco antes de decir:

—Yo no quería que Victor llegara a enterarse de que su abuelo era su propio padre, ni de que había nacido como resultado de un incesto… y de una violación.

Había sabido desde el principio que sincerarse la llevaría a verse catapultada al pasado, y así sucedió en ese momento: allí estaba su antigua habitación, con sus cortinas rosadas de estampado floral (grandes peonías y pequeñas rosas blancas, rodeadas de verdes hojas), su colcha de satén azul y las paredes que había insistido en empapelar con un estampado de margaritas amarillas y blancas. Y allí estaba ella misma, sola y llena de incredulidad, cuando había ocurrido por primera vez. Su padre sujetándola contra la cama, acallando su boca con el puño, sonriendo fríamente mientras le decía que dejara de resistirse y fuera una buena niña si no quería que su madre pagara las consecuencias. «La próxima vez, la echaremos al fondo del pozo». Aquello había ocurrido poco tiempo después de verse obligada a presenciar cómo la habían azotado en el pozo del patio, y aquellas palabras la habían dejado aterrada. «La próxima vez». Cuando había roto a llorar, él la había abofeteado con fuerza y la había llamado «zorra desagradecida». El dolor había sido insoportable, todavía no había aprendido a desconectar y había permanecido rígidamente inmóvil mientras él la forzaba, jadeando enardecido hasta completar su fechoría.

La voz de Theo, rota de angustia y dolor, irrumpió en la terrible pesadilla y la llevó de vuelta al presente.

—Y esto es lo que no pudiste contarme hace tantísimos años.

—Sí —asintió ella con voz queda, agradecida por la interrupción—. Nunca he sido capaz de hablar de esto con nadie, las palabras habrían… En fin, yo solo quería olvidarlo. Pero no lo logré, claro.

Él tomó una brusca inhalación de aire antes de preguntar:

—¿Por eso mataste a tu padre? —Sus ojos estaban llenos de dolor y era obvio que estaba al borde de las lágrimas.

—Deseé hacerlo durante mucho, muchísimo tiempo, pero el miedo me lo impedía. Hasta que mi madre…

Pero él se derrumbó de repente en la butaca y bajó la cabeza, así que dejó la frase inacabada. Aguardó mientras veía cómo se sacudían sus hombros hasta que, finalmente, él logró recobrar el control de sí mismo lo suficiente para alzar la cabeza y tomarla de la mano.

—¡Discúlpame! No estoy ayudándote en nada, ¿verdad? Es que me… me está costando asimilar todo esto. Por el amor de Dios, ¿qué lo llevó a actuar de esa forma?

—Lo hizo porque podía. Era una cuestión de control y de poder, nada más.

—¿Y tu madre?

—Ella lo odiaba tanto como yo. Pero también estaba aterrada, tenía tanto miedo como yo misma. —Se encogió de hombros, consciente de que él debía de estar llegando a su límite y no iba a poder con más—. En fin, la cuestión es que estuve a punto de… contárselo a Élise, pero Hélène nos interrumpió al llegar con la noticia de que Bea había aparecido. Y ahora no tengo tan claro si seré capaz de hacerlo.

—¿Piensas contárselo a Vicky?

Clemence se mordió el labio antes de admitir:

—No. No me siento capaz de hacerlo.

El silencio regresó de nuevo. Era un silencio demasiado cargado de todo lo que había permanecido sepultado durante tanto tiempo y ella sintió que la atrapaba, que la envolvía y la sofocaba. Le costaba respirar, luchó por hacerlo.

—¿Y si salimos al jardín? —propuso él.

—Espera un momento, tengo que… —Se quedó callada, sostuvo la palma de la mano frente a la boca, se centró en respirar. Inhalar, exhalar; inhalar, exhalar.

—Quizá, si compartes con Élise lo que te pasó, podrías dejar que sea ella quien decida si contárselo a Vicky o no. Se trata de algo que afecta directamente a tu nieta, se trata de su ascendencia.

—Sí, ya lo sé. Y es una maldición terrible. Por eso no fui a visitarlos ni una sola vez. Cuanto más tiempo pasaba, más me convencía de que lo mejor para Victor era pertenecer a un mundo en el que se creyera hijo de Jacques. Era mejor para él vivir sin mí.

—No entiendo por qué Jacques accedió a hacerse cargo de él y convertirse en su padre, incluso estuvo dispuesto a iniciar una nueva vida en Francia con él.

—Era mi mejor amigo.

—Aun así…

—Es difícil de explicar. Jacques era pobre.

—¿Y qué?

—Mi madre le dio dinero suficiente para marcharse e iniciar esa nueva vida con Victor.

—¿Lo hizo por dinero?

Clemence negó con la cabeza fervientemente.

—¡No! Fue para salvar la vida de Victor, ya te he dicho que es difícil de explicar.

—Santo Dios —murmuró él.

Ahmed abrió la puerta en ese preciso momento, flanqueado por los dos perros.

—Perdón por interrumpir. Su madre está preguntando por usted, *madame*. Ya ha cenado, pero…

Clemence se levantó con cansancio de la butaca.

—No te preocupes; de todas formas, iba a ir en breve.

Salió del despacho y, cuando emergió de la casa para dirigirse al anexo, dirigió la mirada hacia las montañas. Ellas le habían dado estabilidad durante todos aquellos años. Era un alivio haberle contado por fin a Theo la verdad y la mayor parte de la historia, pero se sentía exhausta y profundamente afectada. Se quedó completamente quieta por un momento para intentar aquietar su respiración y hacer acopio de fuerzas suficientes para seguir adelante.

47

Vicky

Marrakech

—¡Madre mía! ¿Alguna vez aparece una nube?

El comentario lo hizo Hélène mientras el todoterreno se acercaba a Marrakech a la mañana siguiente, bajo un sol brillante y un limpio cielo azul cobalto. Su pelo castaño claro estaba sujeto en una coleta y, tras despojarse por fin de su ropa de montañismo, se había puesto un holgado vestido veraniego en tonos azules. No podía decirse que fuera una belleza, pero tenía unos ojos preciosos y un aire de autoridad que impresionaba a la gente.

Vicky se echó a reír al oír su pregunta.

—Pocas veces, la verdad. Bueno, hablo por lo que he visto en esta época del año, pero no he estado aquí en invierno.

Iban camino del hospital para visitar a Beatrice junto con Étienne y la madre de Vicky. Y Ahmed, claro, que iba al volante del todoterreno. A Vicky le hizo gracia la reacción de su tía y recordó cómo se había sentido ella misma el día de su llegada.

—¡Qué aire tan espectacular! —exclamó Hélène.

—¿Verdad que sí? Menta, azahar y especias. Una maravilla. Y se oye el murmullo del agua en todas partes, la mayoría de los *riads* tienen fuentes en sus patios interiores.

—El agua es un elemento central de la arquitectura islámica. Tenía una amiga que estudiaba historia marroquí y, si mal no recuerdo, el agua representa purificación y vida.

Vicky sintió que un fulgor cálido inundaba todo su ser al contemplar la estampa de los ancestrales edificios de la ciudad iluminados por el sol, teñidos de rosa y dorado; aun así, no pudo evitar pensar en lo ingenua que había sido el día de su llegada, en cómo se había negado a tomar en serio a su abuela cuando esta le había advertido de los peligros que podían acechar allí.

—¿Estás bien? —Su tía Hélène la tomó de la mano.

Ella asintió mientras seguía mirando alrededor. Aunque Patrice estaba bajo arresto, no le habían dicho si ya estaba encerrado en una celda o seguía aún en el hospital y no podía evitar sentirse inquieta. Sabía que tendría que testificar en el juicio llegado el momento, pero no quería pensar en aquellos aterradores minutos en los que él le había puesto un cuchillo en el cuello y había temido por su vida. Preferiría con mucho subir a un avión con destino a París y no regresar jamás.

Al llegar a la enorme plaza de Jemaa el-Fnaa, su madre y su tía se detuvieron para empaparse bien del ambiente que reinaba allí; al cabo de unos segundos, mientras la primera se giraba para contestar a una pregunta que acababa de hacerle Étienne, su tía Hélène exclamó:

—¡Esto es fantástico! ¡Mirad esas especias! Es un lugar muy distinto, a pesar de estar tan cerca de Europa.

—Hay algunas partes de Malta que también son bastante distintas —comentó Vicky.

—Sí, tienes razón. En especial Mdina, que conserva elementos árabes de hace siglos.

—Es una isla mágica.

—Pues vuelve en cuanto puedas, hace una eternidad que no vas a visitarnos.

—Me encantaría, pero antes tengo que… —Vicky se encogió de hombros.

—Sí, ya lo sé. En fin, al menos sabremos hoy mismo cómo está Beatrice.

Iban a pasar antes por casa de Etta para evitar llegar al hospital en masa, no querían ser una molestia para Florence y Jack si el estado de Beatrice no era demasiado bueno. Vicky los condujo por las callejuelas bajo un sol de justicia en dirección al *riad*, en cuyo pequeño apartamento seguía aún buena parte de su equipaje. Tenían como primer objetivo preguntar si había alguna novedad sobre el estado de Bea, y ya empezaba a sentirse sudorosa y un poco preocupada.

La menudita Etta salió a abrir vestida de negro, como de costumbre, y había completado el atuendo con un collar de cuentas verde limón. Los condujo de inmediato al patio interior, y cruzaron el salón (a Vicky le encantaba el precioso embaldosado azul y blanco) hasta llegar finalmente a la cocina.

Era la primera vez que Étienne y su tía Hélène estaban allí y veían aquella mezcolanza tan caótica (las palmeras que apenas cabían en sus respectivos maceteros, las lámparas de cristal, los tapices bordados, las revistas esparcidas aquí y allá, los libros amontonados por todas partes), pero, si se sorprendieron, disimularon bien.

Su madre se encargó de presentárselos a Etta, quien los saludó sonriente antes de decir:

—Sentaos, por favor. —Esperó a que todo el mundo se sentara alrededor de la centenaria mesa—. Os alegrará saber que tengo buenas noticias. —Tomó una enorme jarra de café—. Jack llamó esta mañana para pedirme que os diga que Beatrice está consciente y puede recibir visitas, aunque solo pueden ser miembros de la familia por el momento.

—¡Yo lo soy! ¡Soy su prima! —exclamó Vicky, a la defensiva.

Etta sonrió mientras servía el café y les indicó una bandeja de *ghoribas*.

—Espero que os gusten. Y sí, Vicky, tu prima ha pedido verte. Me quedé horrorizada al enterarme de lo que te pasó en la casba, me lo contó Ahmed.

—Gracias. ¿Ha dicho algo más mi tío Jack?

—Que Florence y él se alojan en el mismo hotel donde estabais tu madre y tú, La Mamounia. Él estaba presente anoche cuando Beatrice recobró plenamente la consciencia.

—¿Cómo está mi sobrina? —preguntó Hélène.

—Muy débil, pero seguro que Jack os explica su estado más detalladamente.

—¿Le pusieron suero?

—Sí.

—¿Cómo está Tom? —intervino Vicky.

—Le dieron el alta y se encuentra con su padre —contestó Etta.

—¿En el mismo hotel donde se alojó mi madre?

—No, creo que su padre ha alquilado un *riad* hasta que Tom esté lo bastante recuperado para viajar; por lo que tengo entendido, el lugar está fuertemente custodiado. La policía nos dará la dirección.

Vicky asintió, aunque se sintió un tanto abatida porque no estaba segura de si el señor Goodwin le permitiría visitar a su hijo. Y, pensando en ello, se sorprendió al darse cuenta de que había estado tan distraída en la casba que Tom había quedado prácticamente en el olvido. Pero no del todo. La recorrió una oleada de excitación al pensar en volver a verlo…, suponiendo que le permitieran visitarlo, claro.

Etta ofreció a su tía Hélène y a Étienne una habitación donde alojarse, y ellos aceptaron de buen grado.

—Es usted muy amable —dijo él.

Vicky lo miró y esbozó una sonrisa. No lo conocía demasiado bien, pero era perfecto para su tía.

—Vicky, ¿qué vas a hacer tú? El apartamento sigue siendo tuyo —dijo Etta.

—¿Puedo pensármelo? Quizá me aloje con *maman* en La Mamounia.

No quería alojarse en el apartamento sin Bea. Miró a su madre, quien asintió.

—Lo que tú prefieras. Podemos reservar dos habitaciones, también podríamos quedarnos las dos aquí.

—Por cierto, ¡casi se me olvida! —intervino Etta—. Jack me dijo que solo se permite que entren dos personas cada vez. Y únicamente en horario de visitas.

—¿Podemos ir ya? —preguntó Vicky.

Etta dirigió la mirada hacia el reloj de pared y negó con la cabeza.

—Hay que esperar hasta las cuatro.

—¡Eso es una eternidad!

—¿Por qué no descansas en tu apartamento con tu madre mientras tus tíos se instalan en su habitación?

—No puedo quedarme sentada de brazos cruzados, tengo que atarearme con algo.

Su madre le tocó el brazo para llamar su atención.

—¿Quieres que vayamos de compras a los zocos? —le propuso.

—Vais a necesitar un sombrero a esta hora del día. —Etta se acercó a un armario alto del que sacó dos grandes pamelas—. Estas os irán bien.

Poco después, cuando todos terminaron de tomar el café, Vicky salió del *riad* acompañada de su madre, cuyo cabello oscuro la hacía encajar a la perfección en la calurosa callejuela. Estaba bronceada durante todo el año debido a la vida que llevaba en Francia y seguía siendo una mujer muy guapa.

Una mujer de belleza exquisita emergió en ese momento de uno de los *riads*, vestida con un caftán de brocado en un tono ocre que se convirtió en dorado al ser iluminado por un rayo de sol. Vicky le dio un pequeño codazo a su madre y susurró:

—¡Es Talitha Pol! —Procuró disimular y evitar mirarla al pasar junto a ella.

—Elige con cuidado a las personas a las que admiras, *chérie* —contestó su madre, ceñuda—. El mundo de la moda no es una elección fácil.

—Ella no pertenece a ese mundo.

—Puede que no, pero la gente sigue su ejemplo.

Cuando llegaron a los zocos, la cara que puso su madre le recordó lo apabullada que se había sentido ella misma cuando había estado allí por primera vez, y se sintió muy satisfecha de sí misma al explicarle que estaban divididos en distintas áreas. Los recorrieron sin prisa a la sombra de las coloridas telas que colgaban sobre sus cabezas, unas telas que cambiaban el color de los haces de luz que las atravesaban y teñían el mundo: del marrón rojizo pasaban al amarillo y después al naranja o al dorado. Y, en aquellas zonas donde las copas de las palmeras se cruzaban, la luz se volvía verde.

—Un paraíso bañado por el sol —comentó su madre—. Y da la

impresión de que cada sección tiene un ambiente y un aroma propios.

—Mi preferido es el mercado de especias. Es impactante verlas así, dispuestas en esas pirámides de vívidos colores que parecen obras de arte. Y también me encantan las alfombras bereberes. Son una maravilla, te dejan sin aliento. Ojalá pueda permitirme comprar una algún día.

—¿Qué te parecen los puestos de caftanes? —preguntó su madre.

—¡Me encantan! —exclamó, con una sonrisa de oreja a oreja—. Los colores son electrizantes y los bordados una exquisitez. ¡Me han dado un montón de ideas!

—Vaya, me parece que tienes un plan en mente.

Vicky no pudo ocultar su entusiasmo.

—Estoy pensando en diseñar una colección inspirada en ellos, pero con algunas diferencias.

Se adentraron en el mercado de fruta y verdura, situado en el exterior de los zocos y repleto de puestos llenos a rebosar de lustrosas calabazas, enormes limones, rojizas granadas, berenjenas moradas, melones amarillentos y uvas doradas. Estaban recorriéndolo sin prisa cuando Vicky se puso tensa de golpe. Yves Saint Laurent y el hombre con el que vivía, Pierre Bergé, estaban parados junto a un puesto de vistosos pimientos amarillos y rojos. Sus miradas se encontraron por accidente y se quedó helada al ver la cara que puso al reconocerlas.

—¡Nos ha visto! —le dijo en voz baja a su madre.

—Y viene hacia aquí.

Su madre tenía razón, Saint Laurent había echado a andar hacia ellas. Tenía un aspecto intimidante. Iba vestido de blanco de pies a cabeza, como uno de los mensajeros de Dios… o un ángel de la muerte, quizá.

Sus ojos estaban ocultos bajo unas gafas de sol, así que resultaba difícil descifrar lo que estaría pensando. Cuando estuvo a escasa distancia de ellas, dijo con sequedad:

—Creía que habíamos acordado que yo no tomaría acciones legales por el robo del cuaderno, bajo la condición de que me contarías la historia al completo una vez que terminara todo. ¿Me mentiste?

Vicky se había quedado sin habla y se limitó a negar con la cabeza, por lo que su madre se vio obligada a intervenir.

—No le mintió. Lo que pasa es que solo ha concluido una parte del asunto, porque…

—Mi prima ha aparecido —intervino Vicky—. Está en el hospital, vamos a ir a visitarla hoy.

—Me alegra oír eso. ¿Qué pasa con la otra parte del asunto?

—No ha quedado concluida todavía. —Tuvo la impresión de que él fruncía el ceño y se le encogió el estómago.

—Vaya, has logrado que sienta una gran curiosidad. —Se quitó las

gafas de sol y resultó ser una sonrisa la que había fruncido ligeramente su ceño, no se le veía nada enfadado—. La curiosidad es algo positivo para un diseñador, ¿verdad?

Vicky no lo tenía tan claro; al fin y al cabo, la curiosidad la había metido en muchos problemas cuando era pequeña y, aunque resultaba útil en lo referente a la creatividad y a la hora de tener nuevas ideas, la había llevado por mal camino en multitud de ocasiones.

—Es una historia bastante larga —intervino su madre, empleando su fluida cortesía francesa para suavizar la rígida incomodidad de Vicky.

—No lo dudo. En fin, agradezco haber recuperado el cuaderno, pero reconsideré los diseños cuando lo daba por perdido. Nunca me convencieron del todo, pero me siento mucho más satisfecho después de rehacerlos.

—¡Qué bien! Yo estoy… Bueno, la verdad es que estoy dando vueltas a unas ideas inspiradas en los caftanes marroquíes, pero con un toque moderno. Por decirlo de alguna forma, sería una combinación de la frescura londinense con los colores marroquíes. He aprendido muchísimo durante mi estancia aquí, siento como si la vibrante vitalidad de este lugar hubiera liberado mi mente.

—Estaría interesado en ver esos nuevos diseños. Después de completar tus estudios en L'École de la Chambre Syndicale de la Couture Parisienne, ponte en contacto con mi asistente. Tendrá que ser entonces cuando me cuentes la historia al completo, ya que regresamos a París mañana mismo.

—¿Cómo contacto con ella?

Yves miró a Pierre, quien se sacó una billetera del bolsillo de la chaqueta y extrajo una tarjeta que procedió a entregarle a Vicky. Esta la miró estupefacta: no era más que una tarjetita blanca con el nombre de Yves Saint Laurent y un número de teléfono, pero lo significaba todo para ella.

Ellos se marcharon tras despedirse y, mientras los veía alejarse, le dieron ganas de ponerse a bailar allí mismo. ¡Tenía un número de teléfono que la llevaría directamente al despacho principal de aquel gran hombre! ¡No se lo podía creer! Yves Saint Laurent representaba un año entero de su vida: el año en que había elaborado su tesis, había obtenido su diploma y había sido rechazada por el hombre al que creía amar. La posibilidad de llegar a conocer a Yves había sido lo único que la había alentado a seguir adelante, y lo había logrado. Y se alegró de poder compartir ese momento con su madre, quien la miraba sonriente y le estrechaba la mano, visiblemente feliz por ella.

Al llegar al hospital, preguntaron en la recepción por la habitación

de Bea y subieron por la escalera que conducía a la sección indicada. Vicky se llevó una gran sorpresa cuando, al entrar en la habitación, se dio cuenta de que no iba a tener que preocuparse por cómo contactar con el oficial Alami para informarse sobre Patrice. Porque hételo allí, parado junto a Beatrice, quien estaba sentada casi recta en la cama con la espalda apoyada en unas almohadas, sosteniendo una taza de té de forma un poco precaria.

—¡Bea! —Se horrorizó al ver lo cambiada que estaba su prima y no pudo disimular. Con los ojos inundados de unas lágrimas que eran tanto de alivio como de estupefacción, se acercó a ella y le acarició con cuidado la mejilla—. Ay, Bea…

—Sí, ya sé que estoy hecha un espanto. —Sus ojos también se llenaron de lágrimas—. No permito que nadie se me acerque con un espejo.

Vicky le quitó la taza de té, la depositó sobre la mesa y le acarició el pelo.

—Se te ve un poco cansada, nada más.

Pero lo cierto era que el pelo de su prima parecía mucho más fino, tenía la piel escamosa y reseca, estaba terriblemente pálida y, aunque siempre había sido una persona delgada, ahora estaba esquelética.

—Gracias por mentir. —Bea se reclinó en la almohada—. Venga, si ya te has recuperado del *shock*, ¡dame un abrazo! —Esbozó una débil sonrisa al ver Vicky la abrazaba con sumo cuidado—. Oye, ¡que no estoy hecha de cristal!

—Se te ve un poco frágil, eso es todo, y pronto estarás completamente recuperada.

A pesar de sus palabras, Vicky era consciente de que no tenía ni idea de lo que le había pasado a su prima, quién sabe a qué experiencias traumáticas habría tenido que enfrentarse. Bea intentaba aparentar normalidad, pero tenía los ojos apagados. Era como contemplar a una desconocida. Cabía preguntarse cómo la había afectado pasar todo ese tiempo sola, con el tormento constante de creer que iba a morir.

Y fue como si su prima le hubiera leído el pensamiento, porque admitió con voz suave:

—Oía voces. Voces a mi alrededor y tal, ya sabes.

No, Vicky no estaba segura de saberlo. Bea estaba distraída y visiblemente agitada, su desenfocada mirada parecía estar dirigida hacia algún punto muy lejano.

—Aquí también las oigo —añadió.

—Cuánto lo siento, no tendría que haber dejado que te fueras sola. No puedo ni imaginar lo que habrás tenido que pasar, debe de haber sido horrible. Has sido muy valiente.

—La verdad es que no me acuerdo de todo. Tengo el suero puesto y

me ponen todo tipo de medicamentos. —Indicó el gotero con la mano —. Me adormecen mucho.

—Puede que eso te vaya bien.

Alami intervino en ese momento.

—Señorita Baudin, me gustaría comentarle algo cuando termine de hablar con su prima. Esperaré en el pasillo.

Las dos intercambiaron una mirada y Vicky esperó a que él saliera antes de preguntar:

—¿Sabes de qué se trata?

—No, yo acabo de terminar de contarle lo que pasó. No me ha comentado nada.

—¿Te sientes con fuerzas para contármelo a mí? —le preguntó con cautela.

Su prima suspiró.

—Para serte sincera, estoy hecha añicos. ¿Te parece bien que hablemos después?

—¿Fue Patrice?, ¿puedes decirme eso al menos?

—Alami me preguntó lo mismo.

—Fue lo que todos pensamos.

—Dios, qué cansada estoy. —Bea cerró los ojos y negó con la cabeza —. Pero no, no fue Patrice.

Vicky se quedó estupefacta.

—Fue un motorista que se ofreció a ayudarnos con Tom.

—¿Marroquí?

—No, europeo. —Su prima se tragó un sollozo—. ¡Qué idiota fui! ¿Cómo se me ocurrió subir a su sidecar?

—Bea, era imposible que supieras cuáles eran sus intenciones.

—En vez de regresar en dirección a donde estaba Tom, se… se metió por un camino de montaña a toda velocidad, fue aterrador. —Su voz iba perdiendo fuerza, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Vicky le acarició el pelo y habló con voz muy suave.

—Dios, Bea, cuánto lo siento. No hace falta que me lo cuentes ahora.

Su prima se estremeció como si estuviera reviviendo lo sucedido.

—La moto se caló. Salí huyendo, corrí con todas mis fuerzas, pero… tropecé. Tropecé. —Se le quebró la voz.

Vicky se dio cuenta en ese momento de que había estado escuchándola con el aliento contenido y exhaló con lentitud. Al cabo de un largo momento, al ver que no añadía nada más, le pidió a su madre que se quedara con ella y salió a hablar con Alami.

Después del entusiasmo previo por lo de Saint Laurent, ahora ni siquiera sabía cómo sentirse. Bea tenía un camino muy duro por delante.

—¿Le ha explicado su prima lo que le pasó? —le preguntó Alami.

—Lo único que sé es que escapó del tipo y tropezó, se ha quedado dormida y no ha añadido nada más.

—Permítame que se lo cuente —dijo él, con semblante grave—. Al parecer, cayó por una pendiente muy pronunciada y fue a parar al interior de las ruinas de una casba. Se rompió el tobillo y no pudo levantarse.

Vicky se quedó horrorizada al oír aquello.

—¡Cielo Santo! Ay, ¡pobre Bea! ¿El tipo la persiguió?

—Ella cree que sí, pero no logró encontrarla. Cuando tuvo la certeza de que él se había marchado, consiguió arrastrarse hacia un hilo de agua procedente de un manantial. Pidió ayuda a gritos, pero nadie la oyó.

Vicky empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás, enfurecida con el hombre que le había hecho aquello a su prima. ¡No podía ni imaginar lo que Bea había tenido que pasar! No supo qué decir ni cómo responder, su respiración se aceleró. Necesitaba golpear algo, dar rienda suelta a su furia…, lo que fuera, con tal de evitar que la consumiera aquella horrible mezcla de horror y sentimiento de culpa.

El agente Alami alzó una mano para intentar aplacarla, pero ella se la apartó sin contemplaciones y dijo, alzando demasiado la voz:

—¡Ustedes tendrían que haberla encontrado antes! ¿Qué diantres quería de ella ese hombre?

—Señorita Baudin, tiene que calmarse. No olvide que estamos en un hospital.

Lo dijo con calma, sin acritud, y ella no tuvo más remedio que darle la razón. Respiró hondo varias veces para intentar aliviar el dolor que la desgarraba por dentro.

—No hay forma de saber lo que él quería —añadió entonces Alami—. ¿Dinero?, ¿sexo? Una bella muchacha inglesa. Era un oportunista y ella tuvo mala suerte, eso es todo.

—¿Que tuvo mala suerte? Seguro que estaba aterrada al verse atrapada allí, completamente sola.

Se le quebró la voz al imaginarlo: las largas noches, frías y oscuras. Lo más probable era que Bea pensara que no lograrían rescatarla. El tobillo terminaría por curarse, por supuesto, pero ¿cómo iba a sanar mentalmente? ¿Cómo lograría superarlo cuando el efecto de los calmantes empezara a disiparse?

Logró mantener la calma y preguntar con voz algo más firme:

—¿Van a localizar a ese hombre? —Frunció el ceño al ver que él agachaba la cabeza por un momento antes de mirarla con incomodidad—. ¿Qué pasa?

—Sería poco probable que lográramos identificarlo. Beatrice no recuerda su aspecto. Llevaba casco y tenía una bufanda enrollada alrededor de la parte inferior de la cara para protegerse de la arena; al

menos, eso fue lo que le dijo a ella. Además, Beatrice no tiene ni idea de qué tipo de moto era.

—No, ella no entiende de esas cosas.

—Además, lamento decir que en este momento tenemos otras preocupaciones.

—¿A qué se refiere?

Alami suspiró antes de contestar. Daba la impresión de que no estaba seguro de si sería buena idea decírselo, pero terminó por hacerlo.

—Patrice Callier logró escabullirse del hospital mientras esperaba a que le hicieran una radiografía de la pierna. Salió mientras los agentes lidiaban con el papeleo. No terminamos de entender cómo lo hizo, la verdad.

—¡Está diciendo que se largó sin más?

Se quedó atónita al verlo asentir. Le flaquearon las piernas y un súbito mareo la obligó a sentarse en una silla cercana. No, ¡no podía ser cierto! No, por favor. ¿No bastaba con todo lo que ya habían tenido que pasar su familia y ella? Los sonidos habituales del hospital —los golpeteos, los pasos apresurados, las sirenas— resultaban horrendamente estridentes, eran como puñales afilados que se le clavaban en la cabeza, en el corazón. Las brillantes luces le lastimaban los ojos, se le constriñó la garganta por el esfuerzo de reprimir tanto las lágrimas como el miedo punzante que tenía clavado en el pecho.

Cuando alzó la mirada, Alami procedió a explicar que Beatrice estaría custodiada las veinticuatro horas del día, y que a ella misma la acompañaría a todas partes un agente.

Vicky tragó con dificultad y sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Me está diciendo que Patrice está deambulando a sus anchas por ahí?

—Si le sirve de algo, nos parece improbable que permanezca mucho tiempo en la zona. Y hay que tener en cuenta que está herido, por lo que no será tan peligroso.

Ella se tomó un largo momento para pensar en ello con detenimiento; al final, con un torrente de adrenalina corriéndole por las venas, se levantó de la silla en un arranque de furia.

—No, la verdad es que no me sirve de nada. ¡Esto es inconcebible!

Pero entonces se acordó de Tom y le preguntó a Alami si sabía dónde estaba alojado.

—Puedo llevarla si quiere.

—Y también está lo del cuerpo de Jimmy, ¿lo han encontrado?

—Me temo que esa línea de investigación se ha enfriado. Tenemos idea de dónde dejaron el cadáver en un primer momento, pero se encontraron indicios que indicaban que lo habían trasladado a otro lugar.

—Vaya. Entonces, el único avance ha sido la aparición de Bea, pero resulta que no fue la dichosa policía quien la encontró, sino mi tía; aparte de eso, volvemos a estar como al principio: Frieda está muerta sin que nadie sepa el porqué, y Callier va a quedar impune después de cometer un asesinato.

48

Clemence

Kasbah du Paradis

Cuando Clemence fue a ver a Madeleine, abrió los postigos de una de las ventanas y notó de inmediato que había algo raro. Su madre seguía acostada a pesar de que Nadia había dejado el desayuno en la pequeña sala de estar y, aunque eso no era inusual, había un tufillo extraño en la habitación. Olía como a acetona, a fruta podrida, a orines. Era un olor penetrante y dulzón, desagradable. Miró alrededor y se dio cuenta de que procedía tanto de su madre como de una manzana podrida que esta debía de haber escondido bajo las mantas, pero que había terminado por caer al suelo.

Su madre yacía en la cama, terriblemente pálida: su cabello y su piel estaban blancos como la nieve, como si estuviera apagándose y fuera quedando absorbida por la almohada.

—*Maman.*

Alzó la huesuda mano de su madre y colocó tres dedos en la muñeca. Todavía tenía pulso, aunque débil y aleteante. Hubo un ligero movimiento en sus párpados y susurró con voz casi inaudible:

—Quiero ir a casa.

—Estoy aquí, *maman*, y las dos estamos en casa.

—No. Mi casa.

—Vamos a cambiarte de ropa, y después ya veremos.

La cama estaba mojada, así que colocó una toalla doblada en una silla y sentó a su madre allí. Después de cambiar las sábanas, la condujo al cuarto de baño, la despojó del camisón, la lavó cuidadosamente con una esponja y le aplicó sus polvos de talco preferidos. Cuando regresaron a la habitación, le pasó un camisón limpio por la cabeza y tiró la manzana podrida al cubo de basura del baño con intención de vaciarlo después.

Le preguntó si quería que le ahuecara las almohadas una vez que la tuvo cómodamente acostada de nuevo, y su madre contestó negando

con la cabeza.

—Podrías tomar unos sorbitos de té a la menta si te incorporas un poco —la alentó.

Pero Madeleine ya estaba durmiéndose de nuevo, así que acercó una silla a la cama y se quedó haciéndole compañía. Conforme fueron pasando los minutos, dejó vagar la mente y, sin apenas darse cuenta, empezó a evaluar la vida que ambas habían compartido, incluyendo el distanciamiento que habían tenido cuando ella había sido incapaz de perdonar a su madre. Su padre irrumpió de repente en sus pensamientos. Su rostro, aquellos fríos ojos oscuros, sus arranques de furia.

Se dijo a sí misma que no era real, que él no era real.

Luchó por apartar de su mente el peligroso pasado, pero los sentimientos de culpa emergieron por voluntad propia. Como hija, no había sabido apreciar debidamente a su madre. Esa era una realidad innegable que le pesaba muchísimo, en especial en esos momentos. No podía volver atrás en el tiempo ni rehacer el pasado, por mucho que implorara al Altísimo que le permitiera hacerlo. Le dolía recordar cuántos años había tardado en darse cuenta de que su padre había sedado a la fuerza a su madre; aunque esta hubiera oído sus gritos, estaba incapacitada y no podía hacer nada por ayudarla. Puede que incluso estuviera encerrada bajo llave, quién sabe. O quizá había sido incapaz de intentar ayudarla por miedo. En cualquier caso, ella tendría que haberla comprendido, tendría que haber sabido que su madre había sufrido tanto como ella a manos de Claude Garnier.

Se inclinó un poco hacia ella al oírla murmurar algo ininteligible.

—¿Qué has dicho?

No obtuvo respuesta. Cada vez que la anciana cerraba los ojos, ella aguardaba con el aliento contenido hasta que volvía a ver el ligero movimiento de su pecho al respirar.

La muerte de su madre no sería la pérdida más grande de su vida, ya que mucho mayor había sido el amor que había muerto entre ellas; un amor que jamás podría llegar a restaurarse del todo, por mucho que ella se esforzara.

—Por él, él fue el culpable de todo —susurró.

Años atrás, cuando finalmente había localizado a su madre en aquel hogar francés de ancianos situado en Casablanca, la había encontrado abandonada, descuidada, sucia. Había sido uno de esos momentos en los que te das cuenta de que nada volverá a ser igual. La incredulidad y la mortificación que había sentido al verla en semejante estado habían logrado despojarla de la ira y el resentimiento que la habían acompañado durante tanto tiempo. La amargura, los terribles sentimientos, los rencores a los que se había aferrado a lo largo de los años se habían evaporado al instante. La había lavado ella misma con

ternura, llorando mientras lo hacía, pidiéndole perdón una y otra vez, y aquel mismo día la había sacado de aquel horrible lugar y se la había llevado a casa. A partir de entonces, había estado intentando compensar el vergonzoso abandono que había sufrido su pobre madre.

Le vino a la mente un recuerdo de su infancia: en aquellos días, sus ojos se iluminaban cada vez que veía a su madre y corría a sus brazos. «¡Mi mamita querida!», decía mientras rodeaba con sus regordetes brazos las piernas de su madre (o su cintura, conforme fue creciendo).

«Mi mamita querida».

Cómo dolían ahora aquellas palabras.

Estaba en deuda con su madre por muchas cosas; salvar la vida de su hijo, de su pequeño Victor, era una de ellas. Sí, era mucho lo que le debía a su madre… y a Jacques. Ellos habían llevado a cabo lo que ella misma no había podido hacer.

Alzó la cabeza al oír un toque en la puerta. Era Theo, quien entró y la miró con ojos interrogantes. Había permanecido cerrado en banda desde que ella le había contado por qué había matado a su padre y lo que había sucedido en el pasado; de hecho, cuando ella se había ofrecido después a terminar de contárselo todo, su respuesta había sido una negación de cabeza que indicaba que todavía no estaba preparado. Pero daba la sensación de que ahora estaba dispuesto a oírla.

—Ay, Theo… —Intentó contener las lágrimas mientras le veía acercarse.

Él la envolvió entre sus brazos y le preguntó, susurrándole al oído:

—¿Se ha ido?

Los corazones de ambos martilleaban a la par. «Corazones gemelos», pensó ella para sus adentros, antes de limitarse a contestar:

—No. Pero no creo que tarde mucho en hacerlo.

—Mi muchacha adorada… —Le acarició el pelo y, al cabo de un largo momento, retrocedió ligeramente para poder mirarla a la cara—. ¿Quieres que me siente a hacerle compañía un rato?

—Gracias. Vuelvo en cuanto me duche y me vista. Pero avísame de inmediato si…

—Por supuesto.

Clemence se dirigió a toda prisa a su habitación y se duchó en su precioso cuarto de baño, donde, por algún inexplicable motivo, le entraron ganas de llorar al ver las baldosas *zellige*. Qué frágil era la vida, había que atesorarla por muy dura que fuera. No pudo evitar pensar que, incluso después de que su madre se marchara, seguiría teniéndola a su lado en cierta forma. Sí, su madre seguiría caminando junto a ella, acompañándola por el jardín, comiendo pastel. Y se dio cuenta de lo equivocada que estaba al pensar que el amor había desaparecido. Porque había pervivido, su padre no había logrado

destruirlo jamás. Y eso la condujo a otra certeza más: fuera cual fuese la decisión de Theo, a él también seguiría amándolo por siempre.

Más tarde, Madeleine había recobrado un poco las fuerzas, pero seguía acostada y, después de consultarlo con Clemence, Theo le pidió a Nadia que se quedara cuidándola un par de horas.

Él alargó entonces la mano hacia Clemence, la instó a salir y la condujo al sereno y umbrío patio privado; una vez allí, se detuvo frente a ella y habló en voz baja.

—Me quedé profundamente impactado cuando me contaste lo que te hizo tu padre.

—Sí.

—Debió de ser realmente… —Se interrumpió, sacudió la cabeza—. No tengo palabras.

Ella respiró hondo y mantuvo la cabeza gacha. Resultaba difícil tener que desenterrar el pasado e intentar encontrarle sentido a un dolor tan tortuoso y destructivo. Alzó la mirada y le dieron ganas de llorar al ver que él estaba contemplándola con ojos llenos de compasión.

—¿Estás preparada para contarme el resto de la historia? Porque tengo claro que la cosa no quedó ahí.

49

Clemence se detuvo a la sombra de un muro cubierto de rosas trepadoras y habló pausadamente, midiendo bien sus palabras.

—Unos días antes del nacimiento de mi hijo, mi madre se enteró de que mi padre planeaba llevárselo. —Tuvo que detenerse para hacer acopio de fuerzas—. Pensaba arrebatármelo y ordenar que lo mataran.

La brusca inhalación de aire de Theo fue prácticamente inaudible, pero ella la oyó de todas formas.

—¿Estaba dispuesto a matar a su propio hijo?

—Para ocultar el crimen que había cometido contra mí, el incesto.

El día que su madre había ido a alertarla de lo que planeaba hacer su padre, ella estaba leyendo acerca de una joven de la nobleza romana que había sido violada repetidamente por su padre, el conde Francesco Cenci, y había terminado matándolo en 1599. El caso había creado un gran revuelo y, tras ser sometida a juicio en Roma, había sido condenada a morir decapitada por el crimen. La ejecución se había llevado a cabo poco después, y ella se había estremecido de furia solo con pensar en semejante injusticia. Decapitar a alguien le parecía una salvajada y, aunque el parricidio era el peor de los pecados en algunas culturas, ella había sentido una profunda compasión por la pobre Beatrice Cenci, cuya historia la había fascinado.

—Clem…

La suave voz de Theo la arrancó de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Continúa, ¿qué fue lo que pasó?

Ella respiró hondo lenta, muy lentamente, y exhaló el aire con rapidez antes de proseguir.

—Mi madre me ofreció una forma de salvar a Victor, así que hice un pacto terrible con ella.

—¿En qué consistía?

—Ella ayudaría a Jacques a salir de Marruecos con mi hijo, se convertiría en su padre y se quedaría a vivir en Francia. Le dio el dinero necesario para que no regresara jamás e iniciara una vida

completamente nueva, se encargó del papeleo y de todo lo necesario. —Respiró hondo de nuevo antes de admitir—: A cambio de que yo me deshiciera de mi padre posteriormente.

—¡Santo Dios! —La miró atónito y, al cabo de unos segundos, preguntó—: ¿Por qué no te limitaste a huir sin más?

—Me lo planteé, te lo aseguro, pero no lo hice por miedo a lo que mi padre pudiera hacerle a mi madre al descubrir que me había esfumado. No podía dejarla indefensa, él se habría puesto furioso y quién sabe lo que habría sido capaz de hacerle.

—¿Por qué no planeasteis asesinarlo antes de que dieras a luz? Así habrías podido conservar a tu hijo.

—No estábamos seguras de cuándo nacería y albergábamos la esperanza de que surgiera alguna solución. No teníamos ni idea de que mi padre iba a…, a ordenar que lo mataran. Yo había estado pensando en que quizá podría criarlo en algún lugar cercano. Para cuando nos enteramos de lo que planeaba hacer mi padre, yo ya estaba enorme y no creo que hubiera podido dispararle con el embarazo tan avanzado.

Theo bajó la cabeza. Volvió a alzarla al cabo de unos segundos y preguntó:

—¿Y Jacques accedió a marcharse de Marruecos, llevar al bebé a Francia y criarlo allí él solo?

—Sí. Como ya te dije, era un buen hombre. Era mi mejor amigo, él sabía… —Se tragó el nudo que le constreñía la garganta—. Sabía perfectamente bien lo que era capaz de hacer mi padre, y que yo no me recobraría jamás si llegaba a pasarle algo a mi hijo. Así que él se marchó y yo hice lo que me había pedido mi madre: maté a mi padre de un tiro.

—Con el beneplácito de Madeleine.

—Por completo. Como ya te he dicho, fue idea suya.

—¿Por qué no lo hizo ella misma?

—No sabía usar un arma y temía errar el tiro. Pero planeó todo lo demás minuciosamente y, unas horas después de que mi hijo naciera, ella ya lo había preparado para el viaje y le había dado a Jacques todo lo necesario. Incluso le había conseguido una ama de leche que los acompañaría hasta Tánger. Teníamos que asegurarnos de que mi bebé estuviera a salvo antes de asesinar a mi padre. Si el plan no hubiera salido bien por lo que fuera, si no me hubiera sido posible poner a salvo a mi hijo y mi padre los hubiera encontrado… En fin, supongo que podrás imaginarlo. De hecho, mi padre ni siquiera se enteró de que yo había dado a luz. Mi madre me cubrió la boca con tanta fuerza que no pude gritar de dolor.

—¿Te refieres al dolor del parto?

—Sí, y también al… —Se le quebró la voz y tuvo que tomarse unos segundos para recobrar la compostura—. Al dolor de que me

arrebataran de los brazos a mi bebé. Al día siguiente tenía los pechos cargados de leche y lloré en silencio. Y en completa soledad.

—Ay, Clem…

—No tuve alternativa. Tenía que salvarle la vida, a pesar de que para mí fue una verdadera agonía. —Su voz se tornó gélida—. No se lo he perdonado jamás a mi padre.

Cerró los ojos y todos aquellos años de su vida que había intentado borrar con tanto empeño se sucedieron vertiginosamente hasta detenerse en aquel fatídico día.

Ella había entrado en el despacho de su padre, donde el dulzón olor a albaricoques maduros se mezclaba con el de un puro que se consumía en el macizo cenicero de ónice. Él estaba allí y se había quedado mirándolo mientras la recorría una oleada de miedo. Lo había notado raro…, tenía los ojos vidriosos y la boca entreabierta, parecía ligeramente aturdido y, al intentar levantarse de la silla, había trastabillado con torpeza y se había sentado de nuevo con pesadez. Entonces había dirigido la mirada hacia su vientre y se había dado cuenta de que no estaba tan abultado como antes.

—¿Y el bebé? —había preguntado, con actitud amenazante.

Ella había tragado saliva mientras luchaba con el dolor de haber tenido que renunciar a su hijo.

—Ya no está, papá. No está entre nosotros.

Era un hombre grandote que no le tenía miedo a nada, pero en ese momento parecía un cachalote encallado y, a pesar de todo, Clemence no había podido contener una carcajada de amargura. Él había fruncido el ceño con indignación, la furia había teñido sus mejillas de un vívido rojo amoratado.

—¡Fuera de aquí, zorra! —Arrastraba las palabras, se tambaleó ligeramente.

—Estás borracho.

Pero se trataba de algo más que eso. Lo observó con detenimiento y comprendió de repente lo que sucedía: su madre se había comprometido a intentar sedarlo y estaba claro que lo había conseguido después de todo, convirtiéndolo así en un blanco fácil. Débil.

Ella creía que estaría encerrada bajo llave hasta después de dar a luz, pero su padre no había contado con la astucia de su madre ni con el odio que esta sentía hacia él. Sí, había subestimado ambas cosas.

Clemence había dirigido la mirada hacia el cenicero de ónice —un regalo del pachá— y había sentido el abrumador deseo de estampárselo en plena cara, de golpear una y otra vez aquel rostro repugnante hasta dejarlo hecho picadillo. Morir de un disparo era un final demasiado misericordioso para él. Titubeó sin saber si avanzar unos pasos, ¿iba a atreverse a acercarse un poco a él? Temblando de

pies a cabeza a pesar de que no hacía frío, aterrada por si él conservaba todavía fuerzas suficientes para agarrarla de la muñeca, dio un paso al frente mientras la vívida escena aparecía en su mente: le vio alargar la mano de repente para sujetarla, se vio a sí misma inmovilizada. Pero él se limitó a gemir, no hizo nada más, así que, con el torrente de su propia sangre atronándole en los oídos, alzó el cenicero y lo hizo añicos al lanzarlo con todas sus fuerzas contra la pared de ladrillo.

Su padre abrió los ojos como platos, atónito, pero su nuevo intento por levantarse de la silla terminó también en fracaso.

Ella llevaba su pistola a la espalda, metida bajo el cinturón de cuero que llevaba puesto, y procedió a sacarla. La alzó con lentitud y se tomó su tiempo para apuntar bien, quería asegurarse de que él comprendiera lo que estaba a punto de suceder. La miró fijamente y tomó conciencia de lo que estaba pasando; y había sido en ese preciso momento, al ver en sus ojos que comprendía la realidad de la situación, cuando ella lo había hecho. Exhalando con lentitud, había aprovechado la oportunidad: había apretado el gatillo y le había pegado un tiro en el pecho al tirano. Había sentido una fuerte sacudida a pesar de que su pistola no tenía mucho retroceso; se horrorizó por el estruendo y el olor a quemado, por la imagen del cuerpo sin vida de su padre y por la sangre, ¡tanta y tanta sangre! Era increíble lo rápido que había sucedido todo. Había cerrado los ojos por un momento mientras la imagen permanecía grabada en su mente, y entonces había dado media vuelta y había salido corriendo del despacho con el corazón desbocado.

Después había tenido un dolor de cabeza terrible y se había sentido descompuesta. Jamás se había considerado capaz de matar a alguien, pero, después de aquel breve momento que lo cambió todo, sabía que cualquiera sería capaz de hacerlo si se veía abocado a ello por las circunstancias. Sobre todo si había sido sometido a una tortura prolongada. Los remordimientos no la habían acometido en ningún momento, lo único que había sentido era alivio por el hecho de que ni su madre ni ella volverían a sufrir jamás a manos de aquel hombre déspota y cruel.

—¡Clem! Clem, ¡te has quedado muy pálida!

La voz de Theo penetró en la densa neblina de los recuerdos. Parpadeó como si estuviera intentando despertar de un sueño y lo vio allí plantado, mirándola con preocupación.

Obedeció sin protestar cuando él la condujo a una silla y, después de ayudarla a sentarse, la instó a inclinarse hacia delante y a colocar la cabeza entre las rodillas. Aguardó junto a ella en silencio y, cuando vio que se incorporaba y que parecía un poco recuperada, le preguntó con voz suave:

—¿Quieres que te traiga algo?

—Agua, por favor.

Lo vio alejarse mientras los vívidos recuerdos que había reprimido durante tanto tiempo se apelotonaban en su mente. Después de lo ocurrido, había regresado al despacho acompañada de su madre, quien había insistido en que debían encargarse juntas del siguiente paso. Habían mandado a los sirvientes a un lejano mercado donde se había instalado una feria, así que nadie había acudido corriendo al oír el disparo. El despacho no estaba conectado a la casa principal, sino que se encontraba en un pequeño edificio cercano que albergaba unas oficinas estatales; aun así, estaba muerta de miedo cuando ambas habían salido de la casa para dirigirse hacia allí. Habían rociado con queroseno el despacho y el cuerpo de su padre, empapando bien su ropa, y habían echado una cerilla para que el lugar entero se quemara. La había recorrido un escalofrío al ver la altura que alcanzaban las llamas, pero su madre y ella se habían abrazado la una a la otra mientras esperaban a que el fuego se consumiera.

Ahora, cincuenta y dos años después, Clemence se reclinó en la silla y se estremeció al recordar lo ocurrido.

Theo regresó al patio con una bandeja que, además del vaso de agua, contenía también una tetera y dos tazas por insistencia de Nadia.

—Para cuando regresaron los sirvientes, ya era demasiado tarde. Al día siguiente, poco después de enterarse de la noticia, el padre de Patrice se presentó en casa. Teníamos que notificar la muerte de mi padre y no había ningún oficial cerca de donde vivíamos. No tengo claro si fue él quien tomó las fotos porque el recuerdo es bastante vago, pero estoy casi segura de que debí de ver cómo las hacía. Lo único que alcanzo a recordar es el despacho en sí, su hedor fétido y repugnante, y que lo único que yo quería en ese momento era salir corriendo y no detenerme jamás.

¿Cuál era la causa de aquel olor tan fétido?, ¿la carne quemada del cuerpo de su padre? Le entraron náuseas. Recordó las finas espirales de humo que se alzaban de los restos del despacho. Y recordó también que, aunque había contenido el aliento mientras deseaba con todas sus fuerzas no tener que volver a ver aquella escena nunca más, se había quedado allí plantada, contemplando lo que habían hecho su madre y ella como si estuviera hipnotizada. No había sabido qué decir cuando, más tarde, el padre de Patrice se había vuelto a mirarla con una expresión peculiar en los ojos, pero el hombre se había limitado a estrecharle la mano con una sonrisa compasiva.

—¿Por qué hizo fotos? —preguntó Theo.

—Recuerdo que le pregunté a mi madre el porqué de su presencia allí. Ella dijo que alguien tenía que encargarse de notificar la muerte,

y que debíamos tener algún tipo de registro por si surgían preguntas sobre lo ocurrido.

—Tiene sentido.

—Él me preguntó dónde estaba mi bebé, me acuerdo de ese detalle. Era nuestro médico de cabecera. Me inventé una excusa, le dije que el bebé había nacido prematuramente y no había sobrevivido. Que lo habíamos enterrado en la finca.

—¿Y aceptó esa explicación sin más?

—Sí. Era un buen hombre. Me miró con tristeza y me dijo que contactara con él si mi madre o yo necesitábamos algo.

Theo la miró sorprendido.

—¿No sospechó nada? ¿No hizo más preguntas sobre el bebé ni el incendio?

—Puede que sí, pero fue mi madre quien lidió con la situación y él terminó por firmar el certificado de defunción. Muerte accidental, ese fue su veredicto.

—¿Te mostró las fotos más adelante?

—No, las había olvidado por completo hasta que Patrice me mandó unas cuantas recientemente. Eso fue lo que me hizo darle vueltas al asunto. En cualquier caso, no me habría gustado ver una imagen del cuerpo calcinado de mi padre. Recuerdo que había un policía (un inspector, me parece) que regresó en repetidas ocasiones para hacernos infinidad de preguntas una vez que se llevaron el cuerpo de mi padre. Y también rebuscaba entre los restos del incendio, estaba claro que albergaba ciertas sospechas y que pensaba que allí había algo que no encajaba. Mi madre me dijo que huyera, que me fuera de allí, cuando su doncella la puso al tanto de que empezaban a circular rumores por la finca y por el pueblo. Se negó a venir conmigo cuando le supliqué que lo hiciera, así que me marché a toda prisa a Marrakech, a casa de Etta.

—Madeleine y tú fuisteis muy valientes.

—Puede que ella sí que lo fuera, pero no se puede decir lo mismo de mí. Etta me prestó dinero y más adelante, cuando se vendió la finca familiar, pude devolvérselo y me quedó lo suficiente para comprar la casba. No sé de dónde sacaría mi madre las fuerzas suficientes para lidiar con aquella situación, pero se mantuvo firme y el inspector no tenía pruebas suficientes para presentar cargos, fueran cuales fuesen sus sospechas. Pero yo vivía con el miedo de que aparecieran nuevas pruebas y esperaba que la policía llamara a la puerta de un momento a otro, fue un temor que me persiguió durante años.

—Ay, Clem, cuánto lo siento…

—El cuerpo de mi padre quedó irreconocible, pero no estaba destruido del todo. Unas vigas ennegrecidas del techo se habían desplomado sobre él y le habían aplastado el pecho, gracias a Dios. En

aquel entonces, yo no era consciente de que los huesos que se habían roto por el disparo podrían delatarme, pero ¡el fuego fue buena idea!

—¿Destruyó casi todas las pruebas?

—Sí. Nosotras habíamos dejado botellas vacías de *whisky* cerca de él y mi madre se había llevado el vaso donde le había echado el sedante. Y logró convencer al padre de Patrice de que no era necesario llevar a cabo más pesquisas médicas. Las cosas eran distintas en aquel entonces, ahora no habríamos salido impunes.

—¿Estás segura de que murió por tu disparo?

—Eso es lo que siempre creí, aunque mi madre lleva un tiempo diciendo que no fui yo la responsable, sino ella. Solo ha empezado a hablar del tema ahora, guardó el secreto durante todos estos años. Nunca llegué a saber cuánto sedante le puso en el vaso ni de qué se trataba exactamente, supongo que utilizaría clorhidrato o algún bromuro; en cualquier caso, debía de ser alguna de las sustancias que le habían recetado para su supuesta histeria. Quizá empleara una cantidad suficiente para matar a mi padre, aun en el caso de que yo no le disparara.

Aceptó agradecida el vaso de agua que Theo le entregó y tomó un trago antes de proseguir.

—No sabes lo culpable que me he sentido siempre, me aterraba que la verdad saliera a la luz algún día.

—Tu madre se encargó de todo después de que te fueras.

—Sí, así es. Pero siempre me persiguió el miedo a que terminaran por juzgarme y mandarme a la cárcel, temía perderlo todo. Era una asesina que había cometido un parricidio, un pecado mortal. Cuando Patrice apareció de buenas a primeras hace unas semanas, justo cuando llegó Vicky, pensé que era el principio del fin.

—Has tenido que pasar por mucho, Clem. Y completamente sola. Lamento no haberme dado cuenta de nada de esto, pero te aseguro que no volveré a apartarme de tu lado.

—¿Piensas convertirte en mi sombra?

Él acercó una silla a la suya y se sentó.

—Cariño mío, mi muchacha adorada…

—Oye, sabes que tengo setenta y cuatro años, ¿verdad? —contestó ella en tono de broma.

Él se echó a reír.

—¡Sigues siendo una muchachita para mí!

Clemence exhaló un suspiro.

—En fin, ya conoces la historia al completo. Todavía no sé si contarle a Élise quién era el verdadero padre de Victor; como habrás adivinado, ese fue el motivo por el que no quise que Victor llegara a conocerme. Era una verdad demasiado terrible. No sé si Jacques le contaría algo al respecto, pero me parece improbable.

—Se trata de algo que cualquiera querría compartir con el menor número de personas posible —afirmó él, pensativo—. Podrías darle a Élise una versión editada.

—Ya, pero es que también soy reacia a dejar que Vicky descubra que Jacques no es su verdadero abuelo.

Él la tomó de las manos.

—Vamos a tener que pensar en ello con detenimiento; por hoy, que esto quede entre tú y yo.

—Patrice insinuó que estaba enterado de la verdad —dijo ella.

—Olvídate de él, ya no puede hacernos ningún daño.

Y así, sin más, Clemence sintió que quedaba totalmente liberada de aquella pesada carga. Había llegado el momento de iniciar una vida distinta, una en la que no se sintiera culpable ni avergonzada.

50

Vicky

Marrakech

Vicky llamó a la puerta de un típico *riad* de paredes rosadas. La acompañaba Alami, quien insistió en entrar con ella.

—¿No es un hombre demasiado ocupado e importante como para estar acompañándome a todas partes? —preguntó ella, sonriente.

—Dije que habría alguien custodiándola en todo momento; ahora mismo, soy yo quien se encarga de esa tarea. Además, si me necesitan para algo, saben dónde estoy.

—Ni siquiera sé si voy a poder entrar —admitió, mientras intentaba controlar los nervios.

—Sí que podrá —afirmó él.

—¿Cómo lo sabe?

Alami le guiñó un ojo y se limitó a decir:

—Tengo mis fuentes.

La puerta se abrió en ese preciso momento y apareció en el umbral un hombre de ojos negros que lanzó una breve mirada a Vicky antes de preguntar con altivez:

—¿Qué desean? —Era un europeo de nariz larga e imponente mostacho que iba ataviado con un caftán azul claro inmaculadamente planchado.

—Eh… Vengo a ver a Tom. Soy Vicky Baudin.

—Lo consultaré —contestó el hombre con altanería, antes de hacer ademán de cerrar la puerta.

Pero se oyó otra voz procedente del interior, una firme y masculina que preguntó en inglés quién había llamado a la puerta. Vicky suspiró al darse cuenta de que se trataba del padre de Tom, ¡vaya suerte la suya!

Pero, para su sorpresa, Lionel Goodwin abrió la puerta de par en par y la miró sonriente.

—¡Bienvenida, Victoria! Mi hijo ha preguntado por ti en varias

ocasiones, quiere verte. Me alegro de que hayas venido.

No esperaba que se mostrara tan hospitalario y, sorprendida, solo se le ocurrió responder con un murmullo ininteligible.

—Por lo que veo, has venido acompañada de un amigo —añadió el señor Goodwin, al dirigir la mirada hacia Alami.

—Sí, es…

Él la interrumpió con ironía.

—Sí, ya sé quién es. Nos hemos conocido. Supongo que querrás que entre contigo. Adelante.

Cruzaron un precioso vestíbulo abovedado con suelo embaldosado y espejos alineados a lo largo de las paredes, y los condujo a una salita muy soleada donde se encontraba Tom. Estaba reposando en pijama en un diván, reclinado contra unos cojines; el vendaje que llevaba puesto no era tan aparatoso como el de antes y sus ojos oscuros brillaron al verla aparecer.

Alami y el señor Goodwin los dejaron a solas, y ella lo saludó con timidez.

—Hola.

La sala olía a aceites esenciales…, ¿pachuli, quizá? En fin, al menos no había ni rastro de los olores medicinales del hospital.

—Ven a sentarte conmigo. —Tom indicó un puf de cuero y tela estampada.

Ella se acomodó allí y, por algún extraño motivo, la escena pareció muy íntima. Se dio cuenta de que él no había apartado la mirada en ningún momento y estaba observándola atentamente.

—¿Cómo estás?

—Más o menos, supongo —contestó él.

—Se te ve mucho mejor.

—Estoy muy medicado, eso ayuda. Pero cuéntame cómo están las cosas, lo único que sé es que Bea ha aparecido.

—¿Cómo te has enterado?

—Las noticias vuelan en Marrakech.

—Se encuentra bastante bien, aunque dice que ve cosas.

—¿Está dopada?

Vicky se echó a reír.

—Espero que solo sea en el hospital —dijo, sonriente.

Le puso al día de todo, incluyendo que todavía no se había hallado el cuerpo de Jimmy, y que Patrice la había amenazado a punta de cuchillo y había logrado huir de la policía.

—¡Madre mía! Ese tipo es una verdadera alimaña. Lo siento mucho, Vicky. Imagino lo asustada que estarías.

—Sí, lo pasé fatal hasta que mi abuela le disparó.

—Tienes una abuela genial.

Ella se echó a reír de nuevo.

—¿Verdad que sí? La policía cree que Patrice intentará huir de Marrakech lo antes posible, para que no lo atrapen.

—Pero supongo que piensan ir tras él, ¿no?

—Sí, pero…, en fin. —Se encogió de hombros y guardó silencio. Entre los dos había tantas cosas por decir que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Será mejor que no pensemos en él.

—Buena idea.

—Mientras estoy aquí tumbado, muchas veces hablo contigo mentalmente. —La miró un poco avergonzado, como si estuviera confesando algo indebido.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que me dices?

—Ejem. Que me gustas mucho.

Vicky lo escudriñó con la mirada, no sabía si estaría siendo sincero.

—No digas eso si no es en serio —le advirtió al fin.

—Es muy en serio. —La miró esperanzado y esbozó una pequeña sonrisa.

—Vale, ¿algo más? —Prefería ser cautelosa por el momento.

—Pues… te digo que quiero besarte.

Ella sintió que le ardían las mejillas, pero preguntó sonriente:

—¿Y lo haces? Mentalmente, claro.

—¿Besarte?

—Sí.

—Pues sí, sí que lo hago.

Vicky se inclinó sobre su cuerpo y depositó un beso en sus labios.

—¿Así?

La vidriera proyectaba figuras geométricas de enjoyados colores sobre el rostro de Tom, y ella vio que los labios que acababa de besar eran de color cereza. Él alargó una mano para hacer que bajara de nuevo la cabeza y, en esa ocasión, el beso se alargó lo máximo posible teniendo en cuenta que uno de ellos estaba vendado.

—Más bien así —admitió él, antes de echarse a reír con una mezcla de embarazo y deleite.

—Es que no quería hacerte daño. —Vicky lo miró a los ojos y vio que estaba disfrutando tanto como ella misma, pero no sabía cómo proceder tras haber cruzado una línea con tanta rapidez; al fin y al cabo, él estaba convaleciente—. Voy a volver a París cualquier día de estos. —Añadió aquello sin demasiada convicción.

—¿Ah, sí?

—*Maman* cree que lo mejor que podemos hacer es abandonar el país, alejarnos del peligro que supondría una posible reaparición de Patrice. Además, me está esperando una plaza de posgrado, pero se me olvidó enviar los documentos para confirmar mi asistencia y ahora quieren reunirse conmigo para reevaluar si estoy lo bastante

motivada.

—Tendrías que volver para testificar si se presentaran cargos contra Patrice por el asesinato de Jimmy.

—Sí, aunque en un primer momento me dijeron que ni siquiera podía salir del país.

—Bueno, pues tengo que darte una noticia que quizá te alegre. Aunque todavía está por confirmarse.

—Dime.

—Mi padre tiene un contacto en el diario *Paris Match* y cree que podría conseguirme trabajo allí. No tendría un puesto importante, pero… ¿qué te parece? Es eso o regresar a Londres.

Los ojos de Vicky se iluminaron.

—¡Me parece que sería increíblemente genial!

—Podríamos llegar a conocernos como Dios manda.

—Y en París, que es la ciudad más románti… —Se calló de golpe y notó que se ruborizaba.

Él actuó como si no hubiera notado su embarazo y preguntó, con toda la naturalidad del mundo:

—¿Tienes dónde alojarte?

—Sí. Henri, mi padrastro, tiene un pisito básico y funcional allí. Me dijo que podía usarlo hasta que empezara a ganar dinero después de terminar el curso, que empieza en septiembre y dura un año.

—Vale… A ver, los médicos me han dicho que debo guardar reposo durante un par de meses, pero pásame tu dirección de París y me pondré en contacto si al final consigo un puesto de trabajo allí.

—Me encantaría que así fuera.

—Sí, a mí también. —La miró sonriente—. Hoy tenemos cordero para comer. Cocinado a fuego lento con pimentón, jengibre, azafrán… Lo digo por si te apetece quedarte. Está riquísimo, el cordero se deshace en la boca.

—Ya veremos, me parece que vamos a volver a la casba para despedirnos de mi abuela antes de marcharnos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí.

—¿Te gustan los sitios antiguos? Mansiones decrépitas y jardines abandonados, sótanos escalofriantes que han quedado en el olvido.

—Casitas medio derruidas que se alzan en lo alto de acantilados azotados por el viento —aportó ella, siguiendo el hilo.

—Exacto. Lugares donde no puedes ver lo que ocurrió tiempo atrás, pero resulta fácil imaginar lo que pudo haber pasado. Siempre me han resultado más interesantes que los que están completos o son muy predecibles. ¿Me explico?

—Creo que sí.

—Tú eres así.

—¿Estás diciendo que soy decrépita y escalofriante? ¡Muchas gracias!

—No. Me refiero a que te tengo delante, pero no logro ver por completo lo que hay en ti. Queda más por descubrir. Hay chicas que son pura fachada. Cuando intentas ahondar un poco, no hay nada más allá de la superficie.

—Eso no pasa solo con las mujeres.

—No, tienes razón. Me he expresado mal.

Se oyó un toque en la puerta y el hombre del caftán azul claro entró portando una tarta recubierta de naranjas caramelizadas junto con toda la parafernalia de rigor para tomar un té a la menta: bandeja de plata, tetera metálica azul, azucarero y los vasitos de té más bonitos que Vicky había visto en su vida.

—Tarta de miel y azahar —anunció el hombre, mientras les acercaba una mesita auxiliar con un pie. Depositó allí la bandeja y procedió a servir el té.

Ella aprovechó para echar un vistazo alrededor, estaba tan centrada en Tom que ni siquiera había notado lo bonita que era aquella sala. Los cojines sobre los que él estaba reclinado estaban bordados con claras tonalidades rojizas y doradas; había algunos más, a rayas y decorados con figuras geométricas en ocre y naranja, apilados en un diván situado junto a la ventana. Quedaba parcialmente oculto tras un colorido biombo, y ella se preguntó si era allí donde Tom dormía. En las rojizas paredes de terracota colgaban un sinfín de cuadros con paisajes de Marrakech.

—Casi todos datan de los años veinte y treinta —dijo él, al darse cuenta de que le habían llamado la atención.

—¿Te gusta el arte?

—Me encanta. Puede que sea un tipo muy centrado en temas de política, pero no soy un completo inculto.

—Perdona, no era mi intención… —No supo cómo continuar, se sentía azorada.

—¡Estaba bromeando! —le aseguró él, con una gran sonrisa.

Una de las paredes de la salita daba a un patio. Vicky dirigió la mirada hacia allí y, entornando ligeramente los ojos para protegerse del sol, pudo ver buganvillas, macetas y naranjos; a todo ello se sumaban el susurro del agua y el canto de los pájaros, y se alegró de que Tom pudiera recuperarse en un lugar tan idílico.

Un teléfono empezó a sonar en algún lugar de la casa, pero él mantuvo su atención firmemente puesta en ella.

—No sabemos gran cosa el uno del otro —comentó, un poco nerviosa.

—Aún no, pero espero poder remediarlo —contestó él.

La puerta se abrió de repente segundos después, dando paso al

padre de Tom y a Alami. El ambiente íntimo que reinaba en la salita desapareció y dio paso a una tensión tangible. Fue el segundo quien, con semblante grave, tomó la palabra.

—Me disculpo por interrumpir, pero acaban de informarme de que hemos hallado e identificado el cuerpo de Jimmy Petersen.

Vicky se cubrió la boca con la mano, horrorizada, mientras las imágenes de aquella noche aciaga en la que Patrice había asesinado a Jimmy de un tiro relampagueaban ante sus ojos.

—¿Están seguros? —preguntó Tom.

—Eso parece. Pelirrojo, y los registros dentales concuerdan.

—¿Dónde?

—Bajo los escombros de un edificio en construcción. Así que ahora tenemos un cuerpo y se confirma que hay un asesinato por resolver.

Tom parpadeó repetidamente, visiblemente afectado por la noticia.

—Pobre Jimmy —dijo—. Pobre, pobre Jimmy.

51

Clemence

Kasbah du Paradis

Por la mañana temprano, Clemence salió a pasear por el jardín con Theo. Aunque el sol ya había salido, el día se mantenía agradable y fresco por el momento. Él tenía una mano posada en su espalda; el gesto, delicado y natural, denotaba el profundo grado de intimidad que compartían. Ella suspiró de placer y se giró un poco al percibir un ligero aroma a flores silvestres en la brisa, y él sonrió al ver su reacción.

Vicky y el resto de la familia no tardarían en regresar a Marrakech, y Clemence era consciente de que iba a estar muy atareada en breve porque su madre estaba apagándose con rapidez. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Días?, ¿horas?, ¿semanas? Quién sabe, pero en ese momento no quiso detenerse a pensar en ello.

Regresó al anexo con el desayuno de su madre (tostadas cortadas en trocitos y té a la menta) y, tras depositar la bandeja sobre la mesita de noche, colocó una silla a cada lado de la cama, una para Nadia y otra en la que procedió a sentarse.

—¿Cómo te encuentras, *maman*?

—Envenenan la comida —susurró Madeleine con voz trémula.

—No podemos permitirlo —dijo Nadia.

Clemence intentó que comiera algo, pero su madre se negó rotundamente. Cerró la boca con determinación y giró la cara hacia un lado.

—Madeleine, ¿prefieres beber algo calentito? —propuso Nadia, con una alentadora sonrisa—. ¿Te apetece un poco de té a la menta? ¡Está delicioso!

Madeleine abrió los ojos de golpe y la miró con una sonrisa beatífica.

Después, tras tomar unos sorbitos de té, se quedó dormida de nuevo.

—La manejas de maravilla —le dijo Clemence a Nadia.

—Mi abuela enfermó como Madeleine y yo me encargué de cuidarla. Al principio no sabía cómo hacerlo y me irritaba con ella, pero aprendí a ser paciente. Es la única forma.

—Sí, me acuerdo de aquellos tiempos. Manejaste la situación tan maravillosamente bien como ahora.

—Para mí nunca ha sido una molestia cuidar a los demás.

—Te debo muchísimo, y a Ahmed también.

Clemence regresó a su patio privado acompañada de Theo después de comer. Inhaló profundamente, saboreando el intenso aroma de los cítricos y el dulce perfume de las rosas.

En un momento dado, cuando él la tomó de las manos y se las acarició con delicadeza, ella se sintió vívidamente consciente de lo avejentadas que estaban.

—Mis pobres manos, ¡qué viejas están! —dijo, un poco azorada.

Pero él estaba sonriendo, aunque no era una de aquellas sonrisas típicas suyas que destilaban confianza y seguridad en sí mismo; no, aquella era distinta, reflejaba una extraña timidez. Y ella empezó a sentirse a su vez insegura al notar aquel cambio de actitud, ¿por qué estaba mirándola de forma tan titubeante? Inhaló los aromas de su hogar para serenarse. El aire olía a leña quemada, a las plantas del jardín y a los perros, que estaban sentados a sus pies.

—Cásate conmigo, Clem. —Theo soltó aquello de repente, haciendo caso omiso a su comentario sobre sus avejentadas manos—. No estoy diciendo que sea ahora mismo, pero hagámoslo en cuanto esté todo solucionado.

Sorprendida, escudriñó aquellos ojos azules tan directos y francos. Era una propuesta inesperada, incluso podría decirse que apresurada; bueno, eso le pareció al menos en un primer momento. Además, no estaba segura de si él podría soportar realmente tener una relación con alguien como ella. Ahora ya era conocedor de la verdad al completo, ¿podría amarla y casarse con ella a pesar de todo?

—¿Quieres casarte conmigo? —insistió él, antes de apartarle un mechón de pelo de la frente.

—¿Mi pasado no te importa? —Sintió la calidez de la palma de su mano cuando él la posó en su hombro.

—Clemence… —lo dijo con fingida exasperación, pero en sus ojos se reflejaba una sonrisa.

Ella sonrió a su vez.

—Eres un hombre incorregible.

—Pero me amas a pesar de todo.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—¿Estás diciendo que me amas?

—Sí. Y mi respuesta a lo otro también es afirmativa.

—A ver si lo entiendo: ¿tú, Clemence Petier, me aceptarás a mí, Theo Whittaker, como tu legítimo esposo?

—Exacto, lo has entendido a la perfección.

Y en el rostro de Clemence apareció entonces una gran sonrisa porque hétela allí, aguardando a que su madre falleciera y llena de tristeza por ello, pero, al mismo tiempo, tomando aquella feliz decisión de cara al resto de la vida que Theo y ella pudieran tener por delante. Y entonces se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—He empezado la jornada cambiando unas sábanas empapadas de orina, como de costumbre, y ahora estoy aceptando una propuesta de matrimonio.

—Oye, Clem, ¿sabes qué?

—Dime.

—¡Te amo!

La embargó una cálida y reconfortante felicidad que la hizo sonreír. Él comprobó la hora en su reloj, se puso en pie y la tomó de las manos para que se levantara también. Y entonces, con una sonrisa traviesa, añadió:

—Venga, es la hora de la siesta. Disponemos exactamente de una hora y veinte minutos, ¿te bastará con eso?

—Lo dicho, ¡eres un hombre incorregible!

Él le guiñó el ojo, extendió una mano y, tomados del brazo, se dirigieron al dormitorio de Clemence.

52

Vicky

Vicky estaba subiendo a pie por el camino que conducía a la casba y, en el último trecho, alzó la mirada y vio los muros bañados por el sol vespertino, que los teñía de un intenso tono terracota. A pesar de la maraña de emociones que se arremolinaban en su interior (el alivio, la esperanza, la ansiedad…) no pudo contener una exclamación ahogada ante aquella estampa tan bella e impresionante. El complejo parecía sacado de un cuento de hadas, resultaba difícil creer que pudiera existir en el mundo real, y sonrió maravillada mientras contemplaba sus muros relucientes. Un águila surcó el cielo y en ese momento vio a su abuela acercándose con las manos extendidas hacia ellas, vestida con un caftán en un tono lila tan claro que parecía prácticamente blanco.

Vicky echó a correr hacia ella y se fundieron en un fuerte abrazo, pero al apartarse la notó distinta. Su abuela estaba sonriente y se la veía feliz, pero bajo la superficie había algo más.

Élise se acercó a ellas y se dirigió a Clemence.

—Muchas gracias por recibirnos de nuevo en tu casa, no abusaremos de tu hospitalidad por mucho tiempo.

—Teneros aquí no es ninguna molestia para mí, me siento aliviada de veros. —Su voz no llegaba a temblar, pero sonaba apagada.

—Gracias. Es un alivio haber salido de Marrakech, la verdad —admitió Élise, sonriente.

Vicky inhaló la mezcla de aromas que flotaba en la quietud del aire: eucalipto, jazmín y rosas. Las sempiternas rosas. Se había prometido a sí misma que mantendría la calma, pero fue incapaz de contenerse y borbotó las palabras sin más.

—¡Patrice escapó del hospital! ¡Ha huido!

Su abuela se quedó atónita al oír aquello.

—¡No puede ser! ¿No estaba encerrado bajo llave?

Fue Élise quien contestó.

—Eso cabría esperar, pero resulta que se escabulló cuando los

agentes de policía estaban encargándose de llenar unos formularios.

—¡Santo Dios! —Clemence empezó a estrujarse las manos con nerviosismo.

Al verla tan agitada, Vicky tuvo la certeza de que no estaba ante la abuela serena y controlada de siempre.

—Con un poco de suerte, la policía lo atrapará pronto —añadió su madre, en un claro intento de calmarla—. La casba estará custodiada por dos agentes hasta entonces.

Pero aquellas palabras no sirvieron de mucho y Vicky no supo qué decir. Vio vulnerabilidad en los ojos de su abuela, pero esta se limitó a preguntar:

—¿Cómo está Beatrice?

—Bastante bien —contestó su madre—. Todavía tiene que recuperarse por completo, por supuesto, pero Jack y Florence estarán a su lado, ayudándola paso a paso.

Theo salió en ese momento, y rodeó con un brazo los hombros de su abuela mientras esta le contaba lo de Patrice. Fue un gesto cargado de ternura, como si estuviera cuidando a una niñita. Era obvio que la amaba de corazón.

—¿Va todo bien? —preguntó Élise de repente. También debía de haber notado algo raro en el ambiente.

Clemence tragó visiblemente y eludió su mirada al contestar.

—Habéis llegado a tiempo para la cena, pero primero debo ir a ver cómo está mi madre. Me temo que no le queda mucho tiempo.

Vicky se quedó consternada al oír aquello. Así que de eso se trataba, ¿no? Lo lamentó profundamente por su abuela y por Madeleine.

—¡Oh! ¡Lo siento mucho! —exclamó Élise.

—Podéis venir conmigo si queréis verla.

—Sí, por favor —contestó Vicky—. Pasado mañana regresamos a París, no creemos que la policía nos ponga ningún impedimento.

—¿Tan pronto?

—Sí —dijo Élise—. Vicky regresará para el juicio cuando atrapen de nuevo a Patrice. Podrías venir a visitarnos a Francia si te apetece, ver a Jacques. La región del Dordoña es preciosa y tenemos espacio de sobra en casa. Y a Henri, mi marido, le encantaría conocerte.

Clemence sonrió, pero no contestó y se limitó a conducirlas al anexo. Abrió la puerta y encontraron a Madeleine acostada en la cama, como cabía esperar, pero se la veía un poco más animada que antes.

—¿Quiénes sois? —preguntó con aspereza.

—Ella es Vicky, tu bisnieta. Ya os conocíais. Yo soy tu hija, Clemence. Vicky es hija de tu nieto, Victor.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿dónde está ese tal Victor? ¡No recuerdo haberlo conocido!

—No, fue hace mucho tiempo.

—Ven aquí, jovencita.

Vicky se acercó y se inclinó hacia delante. Madeleine dijo, en un susurro claramente audible:

—No sé si lo sabes, pero aquí envenenan la comida.

Vicky se volvió hacia su abuela, quien tenía una profunda tristeza en la mirada.

Más tarde, estaban cenando en la terraza a la luz de unos faroles, rodeados por el fuerte aroma de las velas de citronela y los quemadores con aceite de limón que se habían colocado para espantar a los mosquitos. El aire estaba preñado del zumbido de los insectos y algún que otro búho ululaba entre los árboles del bosque cada dos por tres, así que no reinaba el silencio ni mucho menos. Un chillido procedente de algún punto más elevado de la montaña quebró la paz del momento, seguido por otro. Todos dirigieron la mirada en aquella dirección.

—¿Chacales? —preguntó Élise.

—Es lo más probable —contestó Clemence, que estaba sentada frente a ella al otro lado de la mesa. Hizo una breve pausa antes de añadir—. ¿Te importaría hablarme de tu casa? Siento curiosidad.

Era obvio que había sacado un tema trivial para que la conversación fuera ligera y no tomara derroteros más serios. Élise sonrió y contestó de buen grado.

—Es un *château* precioso con vistas al río Dordoña, pertenece desde hace décadas a la familia de Henri. Su primera esposa y él lo restauraron antes de la guerra, ella era una mujer maravillosa que murió asesinada durante la Liberación. Él perdió a Suzanne a manos de aquellos salvajes, y yo había perdido a Victor a manos de los nazis.

—Teníais en común una terrible pérdida. Una tragedia así es difícil de soportar, pero supongo que encontrasteis consuelo el uno en el otro.

—Nuestra relación fue estrechándose con el tiempo y al final, sorprendentemente, terminamos por casarnos. He sido feliz.

—Me alegra que os tuvierais el uno al otro después de pasar por unos tiempos tan terribles.

Vicky miró a unos y otros y se dio cuenta de que había algo en lo que todos estaban pensando, pero que nadie mencionaba; mejor dicho: alguien. Patrice.

Fue Theo quien rompió el silencio.

—¿Qué pasa con lo de Patrice Callier? ¿Sigue siendo una amenaza para alguno de nosotros?

—Espero que no, la verdad —contestó Élise con un suspiro. Se volvió a mirar a Vicky—. *Chérie*, ¿no dijo la policía que lo más probable era que se alejara de la zona? Además, no hay que olvidar

que aquí estamos bajo protección policial.

Pero Vicky sintió que la recorría un sudor frío solo con pensar en que aquel hombre podría reaparecer. Ni siquiera soportaba oírlos hablar de él y, a pesar de lo golosa que era, declinó tomar postre y se excusó antes de abandonar la mesa.

Fue directa a la sala de estar, donde, envuelta por la penumbra, se acurrucó junto a la ventana. Contempló la imponente montaña, bañada de un oscuro tono violáceo bajo el cielo crepuscular, y de repente vio que una sombra parecía moverse.

—Podría ser un efecto de la luz —murmuró.

Pero entonces le pareció verlo de nuevo. Un movimiento, y deliberado. Quizá fuera uno de los policías o algún animal salvaje. Recordó el sueño de los lobos de gélidos ojos azules, pero descartó esa posibilidad. Seguro que no era nada. Porque era ese momento de transición entre el día y la noche, ese en el que no veías con nitidez y tu imaginación podía desbocarse. ¿Acaso estaba imaginando cosas inexistentes?

Se giró al oír a su espalda el sonido de pasos que se acercaban y se alegró al ver que solo se trataba de su abuela.

—Ah, estás sola. Me ha parecido oírte hablar con alguien.

—Era conmigo misma —admitió, un poco avergonzada.

—Se te ve un poco nerviosa.

—Es que me ha parecido ver un ligero movimiento ahí fuera. Supongo que habrá sido cosa de mi imaginación, pero ¿podrías venir a echar un vistazo?

Su abuela se acercó a la ventana y entornó los ojos mientras se le acostumbraban a la oscuridad. Se centró en la montaña durante un largo momento, pero al final cerró los postigos y negó con la cabeza.

—No es nada, nada en absoluto. Puede que una racha de viento haya arrastrado algo.

—Sí, lo suponía. Me encanta este lugar, incluso cuando arrecia el viento. Me gustaría mucho ver las cimas de las montañas coronadas de nieve algún día.

—Estoy segura de que ese día llegará.

—Ahora que me voy de aquí dentro de poco, he estado pensando. Por favor, ¿podrías decirme por qué no te marchaste a Francia con Jacques y tu hijo?

—Has tenido mucha paciencia con este tema, recuerdo que prácticamente acababas de llegar y ya me preguntaste al respecto.

—Perdona.

—No, no te disculpes. Creo que ha llegado el momento de que lo sepas. ¿Podrías ir a decirle a tu madre que venga? Hay algo que debo contaros a las dos.

53

Clemence

La inexorable ola del pasado había roto contra la orilla una y otra vez, pero ahora se había desatado ya la tormenta. Clemence había ido desplegando las páginas de su historia tan racionalmente como le había sido posible mientras su nieta y Élise escuchaban con atención. No se escuchó ni el más mínimo sonido —incluso el aire parecía haber quedado paralizado ante semejante horror— y aguardó sin atreverse a alzar la mirada.

—Ten. —Élise le tocó con delicadeza el brazo y le puso un pañuelo en la mano.

Clemence se sentía expuesta, como si el mundo entero estuviera juzgándola, y ni siquiera se había percatado del silencioso torrente de lágrimas que le caía por las mejillas.

Alzó la mirada después de secarse los ojos. Élise estaba visiblemente afectada, pero Vicky… Vicky estaba macilenta y la miraba horrorizada.

—Vicky… —le dijo con voz suave.

Pero su nieta se limitó a negar con la cabeza.

Élise lanzó una breve mirada a su hija antes de dirigirse de nuevo a Clemence.

—Lamento muchísimo que sufrieras tanto a manos de la persona que tendría que haberte protegido.

—Gracias.

—Menos mal que murió, sabe Dios a quién más habría lastimado.

Clemence asintió sin contestar. Les había relatado la historia, pero no había revelado que había matado a su padre.

Élise se levantó de la silla y bajó la mirada hacia su hija.

—Vamos, *chérie*, tienes que descansar y tomarte un tiempo para asimilar todo esto. Y Clemence necesita paz y tranquilidad.

La joven se levantó con lentitud y evitó claramente mirar a Clemence, quien también se había puesto en pie.

Élise extendió los brazos hacia Clemence y se fundieron en un cálido

abrazo; al cabo de unos largos segundos, retrocedió y dijo con voz suave:

—Hablaba en serio cuando te he invitado a pasar unos días en el *château*. Significaría mucho para todos.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco.

Al cabo de un rato, Clemence estaba tumbada bocarriba en su cama con la mirada puesta en el techo, con Theo a su lado y los perros durmiendo en el suelo.

—No sé si he hecho bien en contárselo a Vicky —admitió.

Él suspiró antes de contestar.

—Imagina si se hubiera enterado después por otro lado, se sentiría dolida al darse cuenta de que le habías mentido.

—¿Crees que podrá aceptar la verdad? —Clemence inhaló profundamente, cerró los ojos y exhaló el aire poco a poco—. Desearía haber mentido.

—Las mentiras siempre terminan por salir a la luz.

—¿Como el hecho de que a mi padre no lo mataron realmente las llamas?

—No me refería a eso.

Se quedaron callados y Clemence oyó cómo su respiración iba volviéndose más lenta y profunda. Se giró hacia él y le besó la mejilla.

—No estoy dormido —murmuró, antes de rodearla con un brazo.

Él era consciente de lo exhausta y triste que estaba y, aunque podía ser de lo más apasionado, también sabía cuándo hacer el amor con ternura y consideración. Reconfortada por el suave ritmo que crearon juntos, fue relajándose gradualmente y después se permitió el placer de quedarse dormida entre sus brazos.

Los despertó un revuelo tremendo de disparos y gritos procedente del exterior, los perros se pusieron a ladrar como locos junto a la cama. Verse arrancada de golpe del profundo sueño en el que estaba sumida fue un *shock*, los sonidos eran como estocadas que le atravesaban el cuerpo y la mente.

Salió como un resorte de la cama, encendió la luz a toda prisa y se quedó allí plantada mirando a Theo, quien murmuró horrorizado:

—Pero ¿qué…?

Clemence se puso rápidamente la bata y las sandalias, tomó su pistola y metió a los perros en el baño. ¡No iba a permitir que nadie hiciera daño a sus adorados niñitos!

—¡Mierda! —masculló Theo, mientras buscaba frenético su ropa—. ¡Me he golpeado el dedo gordo del pie! —Trastabilló al ver por fin su ropa e intentar recogerla precipitadamente, soltó otra imprecación y, después de vestirse a toda velocidad, empuñó su propia pistola.

Clemence lo esperaba con la puerta abierta y, justo cuando se disponían a salir, el griterío dejó de oírse. ¿Habría terminado todo?, ¿qué diantres había pasado? Miró por encima del hombro hacia la habitación y vio la luz titilante que se colaba por los postigos medio cerrados.

—¡Linternas! —le alertó en voz baja—. Ten cuidado, no sabemos lo que está pasando.

Enfilaron por el pasillo. Las luces estaban encendidas allí, al igual que en uno de los dormitorios. Alguien gritó. ¿Vicky?, ¿Élise? Echó a correr hacia allí y las vio encogidas de miedo en un rincón del pasillo.

—¡Está ahí fuera! ¡Lo he visto! —exclamó su nieta, jadeante y con ojos aterrados.

—¿Patrice?

—Sí. He abierto los postigos de nuestra habitación al oír el griterío y he mirado por la ventana, he pegado un grito y hemos salido corriendo a cobijarnos aquí. Ni siquiera sé por qué.

—Id a mi dormitorio y encerraos bajo llave en el baño. Los perros están allí, pero os conocen.

—¿Y vosotros qué?

—No nos pasará nada. ¡Hacedme caso!

Cuando las dos obedecieron y fueron a ponerse a salvo, Clemence siguió a Theo hacia la puerta trasera. El corazón le martilleaba en el pecho, ¿dónde estarían los dos policías que se suponía que estaban custodiando la casba? Él abrió la puerta trasera con cautela y oyeron que los gritos empezaban de nuevo, pero era imposible entender lo que decían.

—Vienen del bosque —susurró él—. Los agentes deben de estar ahí, veo luz de varias linternas.

—¡No salgas!

Pero él ya se había esfumado y Clemence optó por regresar por el pasillo con sigilo, comprobando frenéticamente todas y cada una de las puertas y ventanas a su paso. Cuando llegó a la sala de estar, se asomó a ver lo que estaba ocurriendo fuera, en los azulados terrenos bañados por la luz de la luna. Se quedó muy quieta y aguzó el oído. Silencio. Y entonces, de repente, el ensordecedor restallido de un disparo rasgó el aire. El cristal de la ventana se hizo añicos, el sonido reverberó en su cabeza mientras la bala se dirigía hacia ella. Había atravesado la única ventana que era demasiado alta para tener postigos, y supo con glacial certeza que la pistola había estado apuntándola a ella. Se quedó paralizada al notar un súbito olor a humo, intentó comprender lo que estaba pasando. ¿También se había desatado un incendio?

Pero una segunda bala entró entonces, sin que le diera tiempo a reaccionar. Sintió un intenso dolor en el brazo derecho, se dobló hacia

delante y soltó la pistola.

Jadeando de dolor, intentó recogerla con la mano izquierda, pero no la veía porque la luna se había ocultado tras una nube y la habitación estaba demasiado oscura. Tanteó alrededor, pero no podía perder más tiempo, tenía que dejarla y salir de allí cuanto antes. Se sujetó el brazo herido con la mano izquierda y justo entonces, justo cuando sintió en los dedos el calor de su propia sangre, vio primero la luz de la linterna… y él apareció un instante después, corriendo trastabillante, agitando una pistola en el aire. Sonriendo como un demente, como un poseso. Patrice, totalmente enloquecido. Lo vio girar en otra dirección y supo al instante hacia dónde se dirigía. Seguro que había visto que Theo salía de la casa y había disparado hacia la sala de estar con el único propósito de mantenerla alejada de la puerta trasera, que seguía abierta. Salió de la sala de estar a toda velocidad y corrió por el pasillo atropelladamente, tropezando sobre sus propios pies, desesperada por cerrar con llave antes de que él entrara en la casa.

Demasiado tarde.

Retrocedió como una exhalación al verlo acercarse…, entonces estalló el caos. Gritos y golpes atronadores con la súbita irrupción de Theo en la casa; alguien más estaba gritando, ordenándole a Patrice que no entrara, pero este se volvió y disparó. El disparo resonó como un rugido en el aire y en su cabeza. Vio que Theo se desplomaba, que se desplomaba sin más, pero no alcanzaba a ver dónde había sido alcanzado. Se quedó mirándolo en *shock*, incapaz de respirar por el dolor que le oprimía el pecho. «No, por favor, Theo no. Por favor, Señor, él no». Conmocionada, con el cerebro entumecido, el dolor se extendió por todo su cuerpo. ¡No podía ser! ¡Theo no podía morir!

Patrice se volvió hacia ella y se echó a reír. Fue cosa de unos segundos, pero Clemence sintió como si fueran horas. Vio la oscuridad en él, el pozo oscuro que se había vuelto más profundo que nunca. Empujada por la súbita furia visceral que se abrió paso en su interior, inhaló una bocanada de aire y volvió a la vida de golpe. No iba a achantarse, ¡era más que capaz de enfrentarse a aquel hombre! Ya se había salvado en una ocasión cuando estaba al borde del abismo, podía hacerlo de nuevo; además, era más alta que Patrice, más musculosa y mucho más ágil.

—Hola —le dijo él con tono socarrón, con toda la naturalidad del mundo.

Clemence lo observó en silencio desde el otro extremo de lo que parecía un vasto espacio vacío, pero que, en un abrir y cerrar de ojos, se encogió como un acordeón y los dejó a escasa distancia el uno del otro. Le vino a la mente su padre y tuvo que luchar por contener un grito.

—Al suelo —dijo él.

Ella obedeció antes de preguntar:

—¿Por qué haces esto?, ¿qué esperas conseguir?

—Nos estamos divirtiendo de lo lindo, ¿verdad? —contestó, antes de echarse a reír de nuevo.

—Estás acabado, Patrice.

Él negó con la cabeza muy lentamente antes de contestar.

—¿Creías que ibas a ganarme la partida?

Clemence quería entretenerlo para ganar tiempo, tenía que conseguir que él siguiera hablando.

—No sé a qué te refieres, Patrice. No tengo ni idea de lo que esperas conseguir.

Él soltó una carcajada llena de amargura.

—¡Claro que lo sabes! Necesito dinero, y de inmediato. Tú tienes de sobra y también tienes en tus manos mi herencia, zorra asesina. Es hora de saldar deudas y de que supliques por tu vida.

—¡Esto es una locura!

—Te he dicho que supliques. —Se acercó un poco más a ella pistola en mano, arrastrando la pierna que tenía herida—. Si tengo que irme al otro mundo, tú vas a venir conmigo, Clemence Petier. Y también esa nietecita tuya.

Clemence sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¿Por qué la metes en esto? ¡No te ha hecho nada!

—¡Porque me da la gana!

Un ligero movimiento tras él la hizo dirigir la mirada hacia allí y vio que Theo estaba poniéndose en pie, como alzándose entre los muertos, y se acercaba sigilosamente a Patrice por detrás. La recorrió una oleada de pura felicidad al ver que estaba vivo, ¡gracias a Dios! Se esforzó por controlar el alivio abrumador que sentía, no podía dejar que se reflejara en su rostro porque podría alertar a Patrice, pero por dentro estaba llena de dicha. Tenía que hacer que Patrice siguiera hablando; si este se daba cuenta de que no había matado a Theo, se daría la vuelta y lo remataría sin pensarlo dos veces.

—¿Qué fue lo que te pasó, Patrice? —Se esforzó por mantener un tono de voz sereno y carente de inflexión.

—¿Por qué no te centras en ti? ¡Estoy enterado de lo que hiciste! —Agitó la pistola en el aire—. Mi padre siempre tuvo sospechas, al igual que el inspector de policía. Pero mi padre se compadeció de tu madre y de ti y los convenció de que cerraran la investigación.

—Era un buen hombre.

—¡Era débil!

Clemence le sostuvo la mirada en todo momento mientras él seguía hablando.

—Mírate, ¡escondiendo a la loca de tu madre en medio de las

montañas! Tienes secretos. Y la vieja también.

—Ha perdido la memoria, no recuerda nada. Y tu padre se equivocó en sus conclusiones.

—¿No te cansas de mentir? —Patrice se encogió de hombros y la apuntó con la pistola—. Ha llegado el momento.

«Haz que siga hablando, ¡haz que siga hablando!». Pero se le quedó la mente en blanco. El tiempo se eternizó. Cada segundo, cada instante, era como un cuchillo afilado que estaba listo para atacar. No podía pensar. Entonces, como por arte de magia, supo lo que tenía que decir.

—¿Por qué mataste a Jimmy Petersen?

—No fue nada personal. Me pagan para que solucione algo y lo hago, sin más. Ese muchacho pagó el precio por ponerse a husmear el tema de la participación del Gobierno en la desaparición de Ben Barka.

—¿Estás diciendo que eres un asesino a sueldo?

—Llámalo como quieras. El muchacho fue eliminado porque sabía demasiado y estaba a punto de hacerlo público, habría causado muchos problemas.

—Ah, ¿fue eliminado? ¿Así se llama un asesinato hoy en día?

Vio por el rabillo del ojo que Theo alzaba su pistola. Él le hizo una señal infinitesimal una décima de segundo antes de disparar y, sin pensarlo dos veces, se echó a un lado justo a tiempo para evitar la bala. Patrice gimió de dolor, su cuerpo se sacudió por el impacto y —gracias a Dios— se desplomó y quedó tumbado de costado en el suelo.

Theo se acercó corriendo (más que verlo desde su posición en el suelo, lo sintió) y la ayudó a levantarse. Estaba tan temblorosa que tuvo que sostenerla contra la pared.

—¿Está muerto? —susurró.

—Sí, sin lugar a duda —contestó él—. Míralo. Patrice Callier está muerto y bien muerto.

Ella cerró los ojos, inhaló aire y lo soltó con un resoplido de angustia.

—¡Dios! Pensé que tú también habías muerto, ¿estás bien?

—Su disparo no me alcanzó, solo quería hacerle pensar que me había eliminado. ¿Dónde está tu pistola?

—Se me cayó.

Todavía le costaba creer que él estuviera vivo, estaba atónita y no podía quitarle los ojos de encima. Aquel hombre, quien era como persona y lo que significaba para ella…, lo era todo. Y viceversa, lo que ella misma significaba para él. Aquello valía un mundo.

—¿Estás bien? Se te ve muy pálida.

—Un poco mareada.

Uno de los dos policías armados que tendrían que haberlos

protegido llegó por fin. Entró corriendo seguido del otro agente, quien llevaba casi a rastras a un hombre esposado de rostro enjuto y cabeza calva.

—¡No ha sido idea mía! —protestaba a gritos—. ¡Él me obligó! ¡Lo contaré todo! Lo único que he hecho es conducir el coche, ¡soy inocente!

—La policía no nos ha servido de nada —rezongó Clemence en voz baja, manteniendo la herida del brazo cubierta con la otra mano.

—Disimula, hazles creer que lo han hecho de maravilla. —Theo lanzó una mirada alrededor—. ¿Dónde están Vicky y Élise?

—Siguen en mi cuarto de baño.

Él sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Será mejor que las avise de que ya pueden salir.

—Sí.

Theo hizo ademán de dirigirse hacia allí, pero se detuvo en seco y se volvió a mirarla.

—¡Dios, Clem! Tu brazo, ¡estás herida! ¡Mira toda esa sangre!

Ella bajó la mirada hacia su brazo herido y, sin más, se deslizó por la pared hasta el suelo y se desvaneció.

54

Vicky

La habitación estaba en penumbra cuando Vicky abrió la puerta y entró con sigilo. Los portillos solo dejaban entrar unos finos hilos de luz, y encima del tocador había un par de titilantes velas. Su abuela estaba tumbada sobre las mantas con las manos juntas sobre el pecho y el rostro totalmente despojado de color, y ella titubeó por un instante ante aquella estampa que desprendía una extraña serenidad. Se había quedado maravillada al enterarse de lo valiente que había sido al enfrentarse a Patrice, pero se sentía desolada por el hecho de que hubiera recibido un disparo.

Se acercó un poquito más.

Su abuela era una mujer estoica que había sabido ocultar bien sus vulnerabilidades, pero el abuso que había sufrido a manos de su propio padre la había marcado y hacía que fuera muy cauta a la hora de dar afecto. Y también explicaba tantas y tantas cosas que ella no había comprendido previamente, sobre todo cuando estaba recién llegada: la distancia, la dificultad para conocerla mejor.

«Nervios de acero», eso era lo que había dicho Theo con voz estrangulada cuando les había explicado con más detalle lo ocurrido.

Pero ella no estaba tan segura de eso.

Las pestañas de su abuela se agitaron ligeramente, sus ojos se abrieron, y Vicky sintió un alivio enorme.

—Me has dado un buen susto —le dijo—. Por un momento, pensé que…

En un principio, a su madre y a ella les habían ocultado lo que le había pasado a su abuela: Theo había llevado a esta a la sala de estar para que Ahmed pudiera conducirlas a ellas dos a la cocina rápidamente. No se habían enterado de lo del brazo herido hasta bien entrada la mañana, cuando Theo les había explicado por fin todo lo ocurrido. Él había insistido en que había sido necesario dejarla descansar antes que nada; según les dijo, él mismo se había encargado de vendarle el brazo, y quiso tranquilizarlas asegurando que se trataba

de una herida muy leve, un mero rasguño.

Aun así, Vicky necesitaba verla por sí misma.

—Estoy bien, solo es una herida leve. —A pesar de sus palabras, su voz no sonaba tan firme como de costumbre.

Vicky se sentó en el borde de la cama y le apretó una mano.

—Me alegro de que me lo contaras, *grand-mère*. Lo que sucedió en el pasado.

—¿No estás muy afectada por ello?

Vicky negó con la cabeza. En un primer momento había sido un mazazo que la había dejado sin palabras, pero, una vez que había podido asimilarlo, se había dado cuenta de que aquella realidad no cambiaba en nada el tiempo presente. Y Jacques seguiría siendo siempre su abuelo.

—Ha quedado en el pasado, el asunto está muerto y enterrado. Lo que fuera que hiciese tu padre no puede hacerme ningún daño, y a ti tampoco. Ya no. Estamos bien, ¿verdad? O lo estaremos.

Su abuela tomó su mano y le dio un afectuoso apretón antes de admitir:

—Me alegra que vinieras a Marruecos. Es una dicha haber tenido la oportunidad de conocerte, no sabes lo orgullosa que estoy de ti y de todo lo que esperas hacer. ¡Estoy que reviento de orgullo!

—¿A pesar de que traje esta pesadilla horrible a las puertas de tu casa?

—También me trajiste de vuelta a Theo, no lo olvides. Y Patrice ya me tenía en el punto de mira.

—He venido a decirte que *maman* y yo regresamos hoy a Marrakech. Esperábamos poder marcharnos de Marruecos de todas formas, pero, ahora que está claro que no habrá juicio, nadie puede ponernos trabas. Ella quiere que te dé las gracias de su parte, y que te pida que pienses en cuándo te gustaría ir de visita. Te escribirá pronto para proponerte algunas fechas. Theo dice que necesitas paz y tranquilidad; además, como Madeleine está tan mal, hemos pensado que será mejor irnos. Sobre todo teniendo en cuenta que Bea se está recuperando y mis tíos se encargarán de cuidarla.

—Hoy. ¿De verdad que regresáis a Marrakech hoy mismo?

—Sí. La policía ya nos ha tomado declaración sobre lo que pasó anoche.

—¿Ahmed os llevará en el todoterreno?

—Sí. —Vicky sintió el escozor de las lágrimas en los párpados—. Voy a echarte muchísimo de menos. Por favor, ¿vendréis a verme a París Theo y tú cuando estés más recuperada?

—Por supuesto que sí, ¡me encantaría!

—Gracias por ayudarme, no sé lo que habría hecho sin ti.

—Sé valiente, pequeña. Valiente y fuerte.

—No sé cómo llegar a serlo.

—Ya lo eres, te lo aseguro. Más de lo que tú crees. Confía en tus instintos, son tu mayor baza. Ha llegado tu momento, ¡vas a brillar con luz propia! Ve a compartir esa luz con el mundo y, si alguien intenta hacerte sentir que vales menos y no sabe valorarte como mereces, no le hagas ni caso.

Vicky se quedó mirándola en silencio unos segundos, pero, por mucho que le habría gustado prolongar más la despedida, al final parpadeó repetidamente para despejar las lágrimas y respiró hondo antes de decir:

—Te prometo que me esforzaré al máximo. —Besó la mejilla de su abuela, se dirigió hacia la puerta y se volvió a mirarla—. Te quiero.

Salió de la habitación con rapidez para que su abuela no viera sus lágrimas.

Vicky y Élise regresaron sin contratiempos a Marrakech, donde hacía un calor sofocante. Tenían planeado cenar todos juntos, la familia al completo, pero, dado que Jack iba a salir más tarde de lo previsto del hospital y Étienne estaba hablando con Etta sobre el apartamento —Hélène y él querían quedarse unas semanas más en la ciudad—, por el momento eran Hélène, Élise, Florence y Vicky las únicas que estaban sentadas a la mesa.

A Vicky le habría gustado poder despedirse de Tom, pero su madre le había puesto una mano en el brazo y le había pedido que esperara un poco. Ella se había dado cuenta de que debía de tratarse de algo importante al ver sus ojos suplicantes. Y en aquel momento, mientras la miraba, había vuelto a tomar conciencia de que su madre era una verdadera belleza, con aquellos ojos brillantes y aquel lustroso pelo oscuro que apenas tenía canas.

Vicky tenía la impresión de que todo el mundo era consciente de que estaban viviendo un momento trascendental, y se sumió en sus propios pensamientos con el runrún de la conversación como sonido de fondo. Al comienzo de aquel viaje, cuando se había adentrado en un mundo totalmente desconocido, jamás habría podido imaginar cuánto iba a aprender sobre sí misma. Cuando había invitado a su prima a unirse al viaje, el rechazo de Russell le parecía una tragedia que la afectaba muchísimo, pero ahora le parecía una nimiedad. Había aprendido una buena lección; como solía decirse, «todo pasa en esta vida». Sí, todo terminaba por pasar y quedar atrás, incluso los malos momentos. Solo tenías que capear la tormenta hasta que los nubarrones desaparecieran, y ahora se sentía mucho más preparada para lidiar con sus propios vaivenes emocionales.

—En fin… —Hélène paseó su mirada alrededor de la mesa.

Resultaba sorprendente que tres hermanas pudieran ser tan distintas. Hélène, la mayor, era también la más alta y solía decir que había salido a su padre. No es que fuera poco agraciada ni mucho menos; podría decirse que su belleza era un poco menos despampanante.

—La vida te pone la zancadilla cuando menos lo esperas, ¿verdad? —siguió diciendo Hélène—. ¡Quién iba a imaginar este viajecito!

—Tienes razón —asintió Élise—. Y parece que ha pasado una eternidad desde que las tres vivíamos juntas en la región del Dordoña, ¿verdad?

—¡Las tres hijas de Claudette! —dijo Vicky, sonriente—. Hijas de la guerra. Claro que parece una eternidad, ¡estamos hablando de una vida entera!

Las tres hermanas se echaron a reír.

—Ay, ¡qué recuerdos! —dijo Hélène—. Nuestra preciosa casita, los manojos de hierbas colgando de las vigas de la cocina…

—Sí, colgados por mí, debo decir —apostilló Florence—. Me encargaba de cultivarlas, recogerlas y secarlas.

—Eras nuestra brujita —afirmó una sonriente Élise, antes de volverse hacia Hélène—. ¿Te acuerdas de que tú te ponías a limpiar como una desquiciada?

—Solo lo hacía cuando estaba nerviosa, pero ¡menudo desorden se montó cuando Florence decidió volver a tapizar el sofá!

Se echaron a reír de nuevo.

—Y ¿os acordáis de cuando encontramos el vestido rojo de mamá sin tener ni idea de la historia que había detrás? —dijo Élise.

—¿Dónde lo encontrasteis? —preguntó Vicky con curiosidad.

—En un viejo baúl del ático.

Élise y Hélène habían contestado al unísono y Vicky las miró sonriente antes de dirigir la mirada hacia Florence, cuyo rubio cabello había adquirido unas cuantas canas en los últimos días. Era un cabello ondulado y rebelde que solía estar sujeto, pero lo llevaba suelto en esa ocasión y se la veía mucho más rejuvenecida ahora que ya no se reflejaba en su rostro la tensión de las últimas semanas.

—Aquel precioso vestido de seda estaba hecho jirones —dijo Hélène —. Pero ese fue el primer paso que nos llevó a descubrir lo del amante secreto de mamá, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio y fue Élise quien terminó por romperlo.

—Sí, ¡menuda historia salió a la luz! No sé por qué, pero las mujeres de las distintas generaciones de nuestra familia hemos chocado a veces. A diferencia de ti, Florence, yo nunca pude comprender a mamá. Y a Vicky y a mí también nos ha costado mucho comprendernos mutuamente.

—Pero ya no. —Vicky le guiñó un ojo a su madre, y le dieron ganas de llorar cuando esta tomó su mano y se la besó.

—Madres, hijas y hermanas —dijo Hélène—. No hay vínculo más fuerte ni más complicado.

Florence intervino entonces con voz suave:

—Nos peleamos, lloramos, amamos de corazón, pero nadie pudo quebrantar nuestro espíritu; ni la guerra, ni las privaciones ni los nazis.

Sus hermanas asintieron.

—Centrémonos en los buenos recuerdos —añadió Florence—. Cuando íbamos a nadar al río, cuando recogía verduras en el huerto…

—¡Cuando cuidabas de tus *jolies petites chèvres*! —Hélène y Élise dijeron aquello al unísono.

Todas estaban sonrientes, llenas de recuerdos y dicha. Llenas de esperanza.

—Y cuando tú te encargabas de cuidar a los enfermos, Hélène —añadió Élise.

—Sí. Y cuando, algún tiempo después, tuviste que buscar a Rosalie. Fue la última petición de nuestra madre.

—Eran hermanas que habían perdido todo contacto años atrás —apostilló Élise—. ¿Lo veis? Otra brecha más entre dos mujeres de la familia.

—Qué jóvenes éramos en aquel entonces… —Hélène suspiró—. Pero ahora todo ha vuelto a su cauce, ¿verdad? A pesar de las rencillas que haya podido haber a lo largo de los años, de los secretos.

Vicky se conmovió ante el amor palpable que seguía existiendo entre las tres hermanas. A pesar de que sus respectivas vidas habían tomado rumbos distintos y vivían en diferentes lugares, el amor seguía manteniéndolas unidas como un pegamento indisoluble. Sintió que su corazón rebosaba de emoción, agradecida y llorosa a partes iguales.

Su tía Florence se percató de sus lágrimas.

—Ay, Vicky… ¡No llores, cielo!

—Son lágrimas de felicidad —le aseguró, antes de levantarse de la silla—. Ahora mismo vuelvo, el *riad* donde se aloja Tom está justo a la vuelta de la esquina. Pedidme lo que queráis de cena, me comería un caballo del hambre que tengo.

—¡Ah! ¡Qué bello es el amor de juventud! —dijo su tía Florence, sonriente.

A Vicky le entró la timidez y sintió que le ardían las mejillas.

Poco después, estaba cerrando la puerta del *riad* tras de sí después de darle a Tom su dirección en París y de explicarle que Patrice había muerto. Al salir a la callejuela, apoyó la espalda en la pared rosada y

agachó la cabeza; entonces, inhalando el olor a especias que impregnaba el aire, dejó que las lágrimas brotaran de nuevo.

No era por tristeza. No, era mucho más que eso: era por todo.

Jimmy asesinado a sangre fría frente a sus ojos, el corrosivo miedo por lo que Patrice pudiera llegar a hacer atormentándola noche y día, el terrible accidente en el que Tom había resultado herido de gravedad, la desaparición y posterior aparición de Bea. Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo. Por fin tenía una relación amistosa con su madre, había experimentado la gran dicha de conocer a su maravillosa abuela… y también a Theo. Y a Ahmed, por supuesto, que las había llevado montaña arriba y montaña abajo cada dos por tres. Haber formado parte de la magia de Marrakech y de la belleza de la casba era un privilegio de por sí. ¡Por no hablar de lo emocionante que había sido conocer al mismísimo Yves Saint Laurent! Y también estaba Tom, claro. Era demasiado pronto para saber lo que iba a pasar con esa relación, pero la cálida sensación que la embargaba cada vez que pensaba en él no podía ser una mala señal. Sonrió a través de las lágrimas. Estaba deseando ir conociéndolo mejor, ¡iba a disfrutar de lo lindo! Por otra parte, tenía claro que volvería a visitar a su abuela de nuevo; sí, no tenía la más mínima duda de que volvería a subir a bordo del tren nocturno a Marrakech. Y eso le recordó a su vez la primera noche que había pasado en Tánger; aunque ni siquiera había querido admitirlo ante sí misma, lo cierto era que en aquella ocasión estaba aterrada. Pero ahora era mucho más fuerte.

55

Clemence

Kasbah du Paradis. Unos días después

Estaba sentada bajo la marquesina en el diván de la terraza, contemplando sin ver la montaña. Su mente conjuró una vívida imagen de su madre: estaba observando fijamente una porción de su tarta favorita como si no supiera lo que era, desmenuzándola entre los dedos y extendiendo las migajas por el plato. Entonces aparecieron otras del distante pasado, y su vida junto a su madre en la finca familiar de Casablanca emergió en su mente. Las imágenes se arremolinaron al principio en una vorágine caótica y, cuando se aposentaron al fin, eran tan nítidas y reales como si las escenas hubieran ocurrido el día anterior. ¿Por qué sería que, conforme ibas haciéndote mayor, los recuerdos del pasado iban volviéndose más y más nítidos? Fluían en tu mente como un riachuelo de agua cristalina que no se detenía jamás, y solo tomabas conciencia realmente de lo corta que era la vida cuando te encontrabas en la última etapa de tu viaje. Pobre Madeleine. Había tenido el más horrendo de los matrimonios, pero al menos había sido feliz en su apartamento con vistas al mar hasta que la confusión de su mente y sus problemas de salud lo habían echado a perder. Cuánto desearía haberse enterado antes del declive de la salud de su madre.

Recordó cuando solían salir a sentarse en el jardín al caer la tarde, rodeadas de los sonidos vespertinos, antes de que las primeras estrellas tachonaran el cielo. Ellas dos solas charlando y riendo, antes de que llegara su padre. Pasar aquel rato juntas, libres de la opresiva presencia del dueño de la casa, era una dicha para ambas. Pero la vida de su madre estaba a punto de llegar a su fin.

Antes de que Vicky viajara a Marruecos y de que Theo reapareciera, había habido ocasiones en las que ella misma había estado a punto de querer pasar a mejor vida. El miedo corrosivo ante la posibilidad de que la verdad saliera algún día a la luz había sido una losa constante

que llevaba a las espaldas, y el control férreo que debía ejercer para mantener enterrado el pasado la había agotado. Ahora, sin embargo, sentía que le quedaba mucho por vivir y quería saborear al máximo cada instante.

Nadia la arrancó de sus recuerdos y sus pensamientos al depositar una bandeja sobre la mesa con una sonrisa, y ella le dio las gracias antes de que se retirara.

Sabía que debía comer un poco a pesar de no tener apetito y procuró hacer un esfuerzo; para su sorpresa, disfrutó tanto del sándwich como del café, y después se sintió mucho mejor. Pero hacía demasiado calor para permanecer demasiado tiempo fuera y se había manchado la ropa de café, así que se dirigió a su dormitorio y se dio una ducha rápida antes de ponerse un caftán verde claro.

Regresó al anexo para acompañar a su madre. Theo estaba allí, sentado en una silla junto a la cama, y sonrió al verla acercarse. Ella se quedó de pie tras la silla y, cuando posó las manos sobre sus hombros, él alzó el brazo y le sostuvo la mano por un momento antes de decir con voz suave:

—Sigue igual.

Clemence colocó una silla junto a él y procedió a sentarse. Su madre tenía la piel moteada y ligeramente grisácea, verla morir era una experiencia desesperadamente triste. La recorrió una oleada de ansiedad, no estaba segura de poder lidiar con la situación. Sus propias lágrimas la tomaron por sorpresa.

—Perdón —dijo.

—No seas tonta.

—Ya sé que le ha llegado el momento. Mi mente lo sabe, pero mi corazón…, en fin, no puedo evitarlo. No suelo ser tan emocional. —Se le quebró la voz, pero se esforzó por dejar de llorar y respiró hondo.

—Tu reacción es comprensible.

—¿En serio? Porque yo no sé si termino de comprenderla.

—Has estado sometida a muchas tensiones y preocupaciones en los últimos tiempos, tienes las defensas más bajas de lo habitual.

—Sí, supongo que tienes razón. —Clemence contuvo el aliento al ver que las pestañas de su madre se agitaban un poco y le habló con voz suave—. *Maman*, ¿me oyes?

La vio decir algo con una voz prácticamente inaudible y se inclinó hacia ella para intentar oírla mejor, pero de los labios de su madre ya no salían más palabras. Solo oyó su dificultosa respiración, que fue volviéndose más intermitente de forma gradual.

—¿Has entendido lo que ha dicho? —le preguntó a Theo.

Él contestó negando con la cabeza y Clemence tomó la mano de su madre entre las suyas, una mano fría y de piel prácticamente traslúcida.

—Te pido perdón por todo, *maman*. —Se le quebró la voz y tuvo que batallar contra las lágrimas antes de poder continuar—. Siento muchísimo haberte culpado de lo que pasó. Tú no tuviste ninguna culpa. Lamento de corazón no haberte encontrado antes. Perdóname, por favor.

Notó que la respiración de su madre se aquietaba y le lanzó una mirada implorante a Theo.

—¿Y si intento darle unos sorbitos de agua?

—Es demasiado tarde, Clem. Apenas está consciente. Solo emerge a la superficie por unos instantes fugaces.

—No puedo soportarlo, ¡no puedo!

—No es necesario que lo hagas.

—Sí, sí que lo es. Debo hacerlo.

—Mira qué expresión tan beatífica tiene en el rostro. Se la ve serena, en paz.

—¿De veras? —Lo miró esperanzada.

—Sí, no lo digo por decir; al fin y al cabo, se va a casa.

Clemence perdió la batalla contra las lágrimas, pero lo miró sonriente a través de ellas.

—Sí, ¿verdad? Al fin puede irse a casa.

—Todos debemos irnos tarde o temprano, mi amor. Ahora le ha llegado la hora a Madeleine, es ley de vida.

Clemence asintió pesarosa y permaneció atenta a su madre para cerciorarse de que seguía respirando. Sí, todavía respiraba. Pero, varios minutos después, alzó la mirada hacia Theo.

—No respira —susurró con apremio—. ¡Theo! ¡No respira!

Él se acercó un poco más a Madeleine, quien, tras permanecer totalmente inmóvil por un momento, tomó dos largas y trémulas inhalaciones antes de que su rostro se relajara por completo.

Se hizo un silencio absoluto.

Clemence aguardó a verla inhalar de nuevo, aguardó mientras los segundos iban pasando; al ver que la espera era en vano, se le constriñó la garganta y sintió el húmedo calor de las lágrimas que le caían por las mejillas. Tomó una de las inertes manos de su madre y depositó un beso en ella.

—Que tus alas te lleven a casa, *maman*. Vuela. Vuela a casa —susurró, antes de cruzar las manos de su madre sobre las mantas.

Le acarició el pelo con ternura y salió de la habitación.

Ya está. Finalmente, había terminado por pasar. Su vida había llegado a su fin. Así, sin más, y ella misma apenas podía respirar.

Después, más tarde, se encargaría de preparar el cuerpo con la ayuda de Nadia. Era tarea de mujeres. La propia Madeleine ya había elegido su camisón preferido tiempo atrás y había dejado instrucciones precisas para todo; a pesar de la confusión que

dominaba su mente, había sabido de alguna forma lo que se avecinaba. La gente acudiría a presentar sus respetos. Se servirían platos deliciosos y habría comentarios sobre una vida plenamente vivida, a pesar de que había sido un infierno durante años. Ahmed tendría que ir a Marrakech y se llevarían a cabo los preparativos del funeral.

Pero, por ahora, Clemence se encerró en su habitación y lloró por su madre, dio rienda suelta a sus emociones. Liberó todo el sentimiento de culpa, todo el dolor que había estado acarreando durante tanto tiempo. Lloró y lloró hasta que notó la garganta en carne viva, hasta que tuvo los ojos hinchados y le dolió la cabeza, hasta que su espíritu quedó completamente expuesto.

56

Agosto de 1967, un año después

Clemence contemplaba los detritos de su vida con apatía. Se encogió de hombros con indiferencia al ver el cuadro que le mostró Nadia y exhaló un suspiro.

—¿Qué te parece a ti? No es ninguna maravilla, ¿verdad?

La joven optó por tomar las riendas de la situación.

—Déjelo aquí, Ahmed puede colgarlo en alguna de las habitaciones de invitados.

Había cajas y un baúl por todo el suelo de la sala de estar. Nadia estaba ayudándola por última vez a decidir lo que iba a llevarse y lo que iba a dejar en la casba.

—¿Y estos viejos caftanes? —La joven alzó uno para mostrárselo.

—Córtalos a trozos, pueden servir para limpiar. Y esos jarrones tampoco me los llevo.

—¿Necesita más libros? —Indicó unos que estaban amontonados a un lado.

—Nunca pueden faltarme, pero esos puedes quedártelos si quieres.

Y así fueron transcurriendo los minutos. Era un arduo trabajo y habría que bajarlo todo a lomos de unas mulas hasta el todoterreno, que iría llevándolo entonces de forma gradual hasta un vehículo más grande que esperaba colina abajo. Así que Clemence no tenía más remedio que hacer una criba brutal. Aunque jamás había sido dada a ir acaparando cosas sin ton ni son, había mucho por revisar.

—Nadia, vamos a descansar un ratito. —Salió de la sala y fue a pasear por el jardín y a contemplar la montaña. Su montaña.

Inhaló hondo y saboreó los aromas, paladeó los sabores, se sumergió en recuerdos del entramado de su vida. Las plantas, las flores; los limones, recién cortados en la tabla y listos para aplacarte la sed al convertirse en deliciosa limonada; las piedras de la montaña, al rojo vivo después de pasar horas bajo el sol; el olor a sábanas recién planchadas; el agua fría de la ducha deslizándose por su cuerpo desnudo y salpicando las baldosas del baño; el pelaje humeante de los

perros después de una caminata bajo la lluvia; los troncos ardiendo en la chimenea.

Iban a casarse en Tánger en septiembre. Vicky viajaría desde París acompañada de Tom, quien ya estaba totalmente recuperado; Élise desde el Dordoña acompañada de Henri… y de Jacques, al que ella llevaba tantos años sin ver. Se llevó una mano al corazón, el lugar que él había ocupado siempre junto con Victor. Hélène y Étienne estaban de viaje por Sudamérica, por lo que no podrían asistir a la boda; en cuanto a Jack y Florence, viajarían desde Devon junto a Beatrice, quien, aunque no estaba todavía al cien por cien a pesar del tiempo transcurrido, estaba firmemente decidida a no perderse el evento. Y huelga decir que tanto Ahmed como Nadia asistirían también.

Vicky había terminado su posgrado en París y había diseñado y cosido a mano un espectacular vestido de novia para ella; la prenda, confeccionada en resplandeciente seda de un color muy clarito, formaba parte de su colección de caftanes con un toque moderno. Y, si bien debía admitir que como abuela suya no podía ser imparcial, saltaba a la vista que su nieta tenía un talento excepcional y llegaría muy lejos.

Iba a marcharse de las montañas, pero no había vendido la casba. Habría sido incapaz de llegar a esos extremos y había optado por convertirla en un hostal para montañistas. Sería Ahmed quien estuviera al mando de la gestión del negocio, estaba encantado de poder trabajar por su propia cuenta; en cuanto a Nadia, viviría allí y trabajaría a tiempo completo, ocupándose de los quehaceres de la casa con la ayuda de algunas muchachas del pueblo.

Clemence había cambiado su testamento y, aunque todavía no se lo había dicho a Ahmed, Nadia y él heredarían la casba algún día. Era de justicia que así fuera. Ellos formaban parte de aquellas montañas en igual medida que la tierra que las formaba, que el aire que las envolvía. Aquel lugar les pertenecía por derecho propio.

Después de la boda, Theo y ella disfrutarían de una breve luna de miel en París antes de viajar a la región del Dordoña, donde pasarían unos días en el *château* de Henri. Sabía que allí tendría momentos agridulces por encontrarse en la parte del mundo donde había vivido Victor. La embargaba una mezcla de pesar y de tristeza al pensar en que visitaría la tumba de su hijo, pero, por otro lado, tendría la dicha de estar junto a su nieta y junto a la mujer a la que él había amado.

Esperaba con ilusión el inicio de su vida de casada en la preciosa casa de Theo. La vivienda se alzaba en lo alto de un risco situado en la ladera de la vieja montaña de Tánger, tenía un jardín y vistas al océano. Lo del jardín la alegraba especialmente, ya que no podría vivir sin uno después de pasar tantos años en la casba. Él ya le había advertido que Tánger podía ser un lugar bastante frío y lluvioso, pero

le había asegurado que la casa era muy cómoda.

«Encalada por fuera y cómoda por dentro». Así la había descrito el propio Theo a su llegada a Marrakech, cuando había acudido de inmediato a ayudarla después de recibir su llamada. Clemence no sabía cómo habría podido superar aquellos momentos tan difíciles sin tenerlo a su lado. Él se había ofrecido a vender su casa y había propuesto que compraran juntos una nueva, pero ella había preferido vivir allí, al menos de momento.

Al día siguiente, llegaría el momento de despedirse de la que había sido su vida durante tantos años. Sería un nuevo comienzo para ella. La casba había sido un santuario de vital importancia para ella en un momento crítico, y se marcharía de allí con sentimientos encontrados. Anhelaba quedarse, necesitaba irse. Después de marcharse, pasarían la primera noche en el *riad* de Etta, comiendo y bebiendo champán procedente del mercado negro, y a la mañana siguiente partirían rumbo a Tánger. Esa jornada era su última oportunidad para hacer algún ajuste en el equipaje, en lo que se llevaba consigo y lo que iba a dejar; y también era su última oportunidad para encontrar la forma de decirle adiós a la vida que había construido allí.

Nadia preparó de cena su especialidad: una especie de albóndigas de cordero picado con ajo, cilantro fresco, perejil, canela y cilantro molido, cocinadas y servidas en una salsa de tomate y cebolla en la que, justo antes de servir, pochaba unos huevos. Clemence y Theo habían tenido unos días de mucho ajetreo (la una terminando de empacar, el otro preparando la casa de Tánger) y disfrutaron del plato con apetito.

Mucho después de que Ahmed y Nadia fueran a acostarse, ellos seguían levantados. Theo no protestó a pesar de los bostezos que se le escapaban y, cuando la oscuridad se volvió tan cerrada que ni siquiera se veían el uno al otro, salieron a contemplar las estrellas. Clemence se había enamorado de aquel lugar cuando se había dado cuenta de lo cerca de las estrellas que se sentía allí, le había infundido valentía en una época de su vida en la que carecía por completo de ella.

Los perros salieron tras ellos al jardín.

—Se han dado cuenta de que pasa algo. No os preocupéis, mis niñitos queridos. Vosotros también venís. —Se inclinó para darles unas palmaditas afectuosas en la cabeza.

—En Tánger no tendrán tanta libertad —comentó Theo.

—Son mayores. Una comida decente, una camita cómoda, una chimenea cuando haga frío. Algún lugar donde poder hacer sus necesidades. Es todo cuanto necesitan.

—Como yo, más o menos.

—¡Y yo! —contestó ella, con una carcajada.

—No, hablando en serio… No hace falta que nos vayamos, podríamos vivir aquí.

Ella negó con la cabeza, le había dado vueltas y más vueltas al asunto infinidad de veces. Por una parte, quería aferrarse con fuerza a todo lo que tenía allí, que ahora incluía también a Theo. Volvió la mirada hacia la silueta de su casa y pensó en las idas y venidas; las pérdidas y las ganancias; los comienzos y los finales. El amor. El amor, siempre. No podía haber vida sin paradas y comienzos, sin dudas y miedos. Y, aun así, el brillo radiante del amor encontraba siempre la forma de abrirse paso. Uno tras otro, acudían a su mente momentos de su vida en la casba, pequeños fragmentos: los haces de luz que se colaban por las rendijas de los postigos, por ejemplo; o la forma en que la montaña iba pasando del ocre al morado. Y el cielo, tan vasto y azul. Y Ahmed y Nadia, los leales amigos que habían estado a su lado contra viento y marea.

Theo y ella no hicieron el amor y se levantaron justo después de que amaneciera. Ella había pasado la noche entera dando vueltas en la cama debido a los nervios, y el pobre apenas había podido dormir por su culpa.

El aire de primera hora de la mañana era fresco, la incandescente luz del sol era tan nítida que resultaba casi cegadora. Desayunaron huevos, fruta y café en el patio. Fue una pausa relajada, un momento suspendido en el tiempo. El reloj parecía haberse detenido mientras recorrían sin prisa el jardín, con el zumbido de las abejas y el canto de los pájaros sonando de fondo. Clemence sonrió cuando un pequeño lagarto amarronado le pasó corriendo por encima del pie.

Pero, media hora después, cinco familiares de Ahmed llegaron con sus propias mulas para ayudar a transportar las cajas colina abajo. Hablaban entre gritos y risas, bromeando entre sí de esa forma tan típicamente masculina, y pasar de la paz y la tranquilidad a aquella actividad frenética fue un cambio súbito que la impactó de lleno en el estómago. Tomó conciencia de que aquello real, estaba sucediendo, se marchaba realmente de allí. Se quedó allí plantada, observando la escena como si estuviera paralizada, y entonces volvió a entrar en la casa a toda prisa.

Theo la llamó cuando no quedó ninguna caja en la sala de estar.

—¿Clem?

—¡Ya voy! —Miró por la ventana una última vez, contemplando las vistas. Se secó las lágrimas y salió de la casa.

—¿Qué estabas haciendo?

—Rezar.

—Pero si no eres una persona religiosa.

—No.

—¿Rezabas para haber tomado la decisión correcta?

A ella le dio un poco de vergüenza admitir que así era.

Theo le dio un largo abrazo y, después de besar sus labios, la tomó de la mano y preguntó:

—¿Estás lista?

—Sí. Vámonos.

Él no soltó su mano y balanceó los brazos de ambos de acá para allá, como si fueran un par de niñitos. Y entonces echaron a correr hacia el camino que bajaba al pueblo. «¡Quién me lo iba a decir!, ¡mírame!» pensó ella para sus adentros. Sí, había dado ese paso, no estaba soñando. A los setenta y cuatro años, estaba corriendo jubilosa hacia su nueva vida como una muchachita; feliz, emocionada, asustada.

Treinta años después de separarse con tanto dolor, Theo y ella estaban empezando de nuevo. Era un nuevo comienzo para ella.

Se dio cuenta de que él estaba silbando una melodía y preguntó con curiosidad:

—¿Qué canción es? ¡Suena muy pegadiza!

—*All You Need is Love*, de los Beatles.

«Todo lo que necesitas es amor». Desbordante de dicha, de felicidad, Clemence se dio cuenta de que así era.

Nota de la autora

Aunque he procurado ser rigurosa en el tratamiento de los hechos reales, esta es una obra de ficción. Para el desarrollo de la trama se han alterado algunos detalles históricos y fechas en lo que respecta a Yves Saint Laurent, Talitha Pol y Jean Paul Getty (jr.).

El célebre diseñador era una figura tan inspiradora para uno de mis personajes, Vicky Baudin, que era de vital importancia que apareciera en la historia junto con las amistades que tenía realmente. Que yo sepa, YSL nunca tuvo un estudio en el Palmeral y la fecha en que compró Dar el-Hanch (también conocida como la Casa de la Serpiente) varía según la fuente consultada. Talitha Pol y Jean Paul (jr.) se casaron en diciembre de 1966, pasaron la luna de miel en Marruecos y, posteriormente, regresaron a Marrakech algún tiempo después de las fechas en las que se desarrolla esta novela.

Agradecimientos

Tren nocturno a Marrakech es el volumen final de la trilogía *Hijas de la guerra*. Quiero dar gracias al equipo de HarperCollins, que ha contribuido a la publicación tanto de esta novela como de las dos anteriores, pero muy especialmente a mis increíbles editoras: Lynne Drew, Sophie Burks y Cari Rosen. Esta trilogía ha llegado a ser lo que es gracias a vuestra visión y minuciosidad. Ha sido un verdadero placer y todo un privilegio trabajar con vosotras.

Quiero dar las gracias a mi agente literaria, Caroline Hardman, sin la que no habría sucedido nada de todo esto. Me siento orgullosa de que me hayas apoyado, en las buenas y en las malas, durante todo el trayecto a través de estas historias hasta llegar hasta aquí, hasta mi décima novela. Me cuesta creer la suerte que he tenido.

No puedo terminar sin mencionar también mi deuda de gratitud con Venetia Butterfield. Ella trabajaba en Penguin/Viking cuando compró mi primera novela, *La separación*, y me ha ayudado con siete libros en total. Finalmente estáis vosotros, mis lectores, que me conmovéis profundamente con vuestras amables palabras y maravillosas reseñas. Gracias, muchísimas gracias.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com

AUTORA SUPERVENTAS DEL *SUNDAY TIMES*
DINAH
JEFFERIES
El
palacio
secreto
UNA ISLA DE SECRETOS,
UNA DESAPARECIDA
Y UNA PROMESA...
Harper

El palacio secreto

Jefferies, Dinah
9788418976506
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una hija rebelde

1923. Entre los antiguos muros de color miel de la diminuta isla de Malta, gente extraña se desliza entre las sombras y cualquiera puede comprar un nuevo nombre. Rosalie Delacroix huye de París para trabajar como bailarina en los clubes bohemios de sus sinuosas calles.

Una hermana con un secreto

1944. Florence Baudin tiene ante sí una nueva vida después de escapar de la brutalidad de la guerra en Francia. Pero su madre, con la que apenas tiene relación, le hace una petición desesperada: que encuentre a su hermana, que desapareció años atrás.

Una brecha entre generaciones

Traiciones y secretos, mentiras y silencios penden entre las hermanas. Una desvaída última carta de su tía Rosalie es la única pista de Florence, la guerra es una barrera inamovible… y el tiempo se acaba.

«Me transportó por completo a otro lugar y tiempo. Dinah es la reina de los escenarios suntuosos y lleva al lector sin esfuerzo desde el Devonshire de la caja de bombones hasta los clubes de cabaré del París de los años veinte y la Malta devastada por la guerra. Una historia maravillosa, de múltiples capas, poblada de personajes a los que hay que prestar atención».

HAZEL GAYNOR

«Dinah Jefferies hace gala de su magia narrativa en la isla de Malta. Es absorbente y sensual, llena del calor del sol mediterráneo».

GILL PAUL

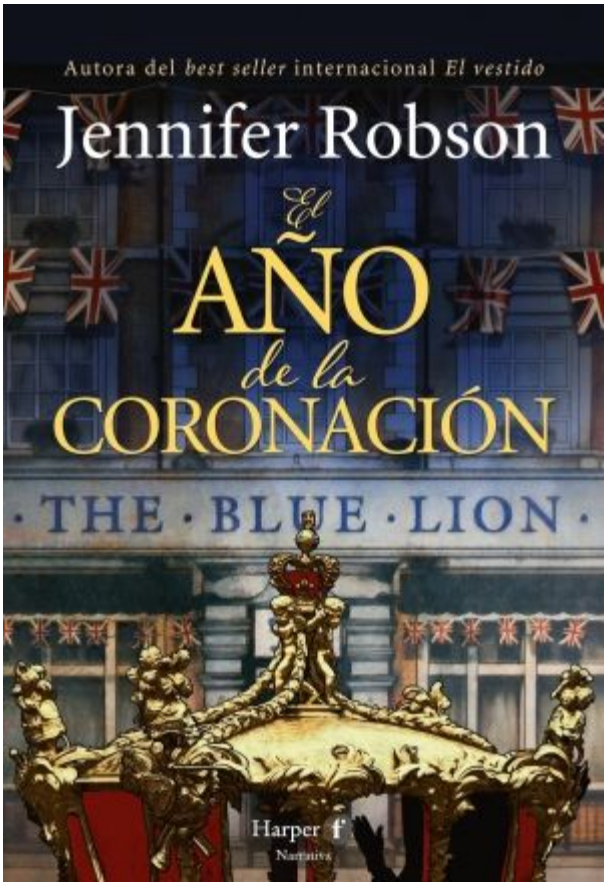
«Poderosa, apasionada y profundamente conmovedora..., esta convincente mezcla de amor y tragedia vibra con calidez y dolor, y captura el intenso trastorno de la guerra».

KATE FURNIVALL

«Arrasadora y suntuosa, con un magnífico sentido del lugar descrito. Una aventura maravillosa».

TRACY REES

Cómpralo y empieza a leer


Autora del best seller internacional El vestido
Jennifer Robson
El AÑO de la CORONACIÓN
THE · BLUE · LION
Harper
Narrativa

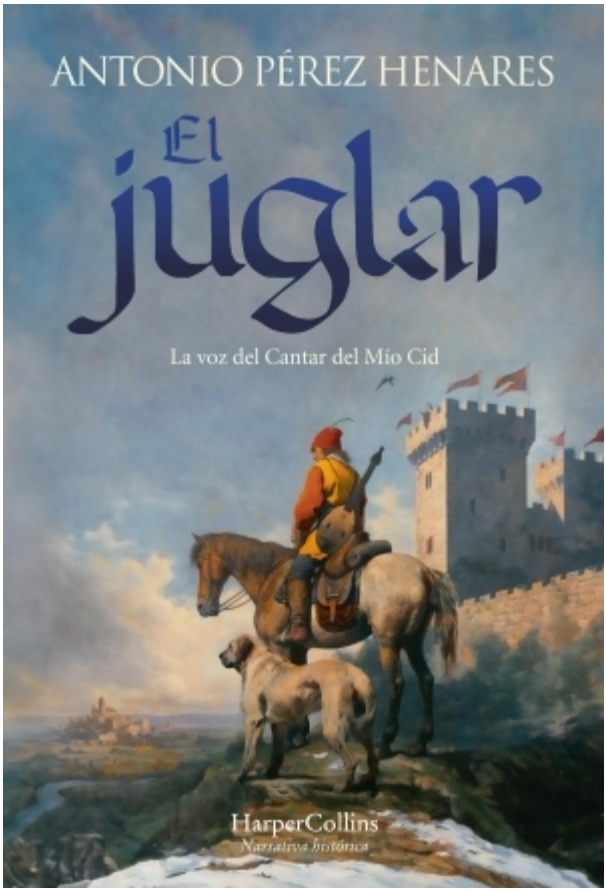
El año de la coronación

Robson, Jennifer
9788418976636
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Es 1953 y una nueva reina está a punto de ser coronada. El pueblo de Londres está de celebración, sobre todo los residentes del hotel Blue Lion.

Cómpralo y empieza a leer


ANTONIO PÉREZ HENARES
El
juglar
La voz del Cantar del Mío Cid
HarperCollins
Narrativa histórica

El juglar

Antonio Pérez Henares
9788419883445
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Antonio Pérez Henares, con gran verosimilitud, amenidad y rigor, como es habitual en sus novelas, glosa la vida de los juglares que vivieron y transmitieron las andanzas, aventuras y desventuras del guerrero más famoso de su época: Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid.

La Edad Media era un tiempo de caballeros, reyes, damas, castellanos, comerciantes, campesinos, prostitutas, mercenarios, ladrones… y también de juglares, que fueron testigos y transmisores de batallas, romances, banquetes y todo aquello que llenaba el medievo de luz, color y música.

Porque la Edad Media era un mundo mucho más luminoso del que nos han vendido. Fue una época de lírica y música, un tiempo de explosiones de color en iglesias, castillos y ciudades, una edad donde el juglar era el cronista, el portador de las buenas y las malas nuevas en salones nobiliarios, plazas de pueblos y ciudades, e incluso en las cortes de los reyes. Esta es su novela.

Tres generaciones de juglares, a caballo entre los siglos XI y XII, protagonizan esta fascinante historia. Tres juglares que compusieron y dieron voz a la epopeya medieval más trascendental. Tres hombres que dieron vida al Cantar del Mío Cid, el más importante hito en la historia de nuestra cultura, pero que también tuvieron vidas fascinantes llenas de aventuras, amores y traiciones, y recorrieron toda la Península, de Santiago de Compostela al reino moro de Murcia, y hasta la Occitania francesa.

Cómpralo y empieza a leer

ALESS LEQUIO
ANA OBREGÓN

El chico de las musarañas

HarperCollins

El chico de las musarañas

Obregón, Ana
9788491399056
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ana Obregón, una de las mujeres más queridas y reconocidas de nuestro país, nos ofrece un desgarrador testimonio sobre la pérdida de su hijo Aless Lequio, tras una larga y dura enfermedad.

El corazón de este libro es *El chico de las musarañas*, el texto que Aless empezó a escribir cuando le diagnosticaron cáncer. Un relato sincero, ácido, irónico, vibrante, con un sentido del humor único, que no pudo terminar, y que nos descubre el talento, el carisma y la personalidad de un joven que, sin duda, hubiera triunfado como escritor.

A través de estas páginas, Ana se desnuda en un viaje de esperanza, lucha y fuerza, donde muestra un huracán de sentimientos y emociones sin filtro, en el que sumerge al lector en una experiencia inolvidable.

La prueba de amor más bonita de una madre, una narración conmovedora, que sobrecogerá y en más de una ocasión despertará una sonrisa cómplice.

<p

Cómpralo y empieza a leer

PAZ PADILLA

MADRE!

HarperCollins

Madre!

Padilla, Paz
9788491398943
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Si existe un amor incondicional, ese es el de una MADRE! Están para lo bueno y para lo malo. Conocen nuestros secretos, nos escuchan y saben cuándo se necesita un abrazo, una risa o el mejor consejo…, aunque lo den de aquella manera. Tras el fenómeno editorial de El humor de mi vida, Paz Padilla vuelve a encogernos el corazón con este libro dedicado a Lola, su madre, describiendo con maestría el acompañamiento, la compasión, el amor y el humor; las herramientas que les han guiado ante los reveses de la vida. Un emocionante recorrido a través de tres generaciones donde evocamos a la madre de nuestra propia infancia, a la que nos ayuda cada día y a la que sigue en nuestro recuerdo, aunque ya no esté con nosotros. Un homenaje a todas las que dieron todo sin tener nada, para que las mujeres de hoy caminen libres. «A la sombra del árbol del paraíso, en una casa con tejado de uralita, se crio Lola, mi madre. Lo único que podía llevarse a la boca eran algunos caracoles y muchas risas. Cada día era una aventura y así nos enseñó a vivir».

Cómpralo y empieza a leer